

Todo tuyo

JUDITH
GALÁN



TODO TUYO

Judith Galán

Copyright ©Judith Galán, Septiembre 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en esta historia son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso.

Sonia, todo tuyo...

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1 – SONRISA MUDA

CAPÍTULO 2 – EL VAGABUNDO DE LAS FLORES

CAPÍTULO 3 – ENVUELTA EN ÉL

CAPÍTULO 4 – LLEGÓ SIN AVISAR

CAPÍTULO 5 – ¿MITAD Y MITAD?

CAPÍTULO 6 – UNAS MILÉSIMAS DE SEGUNDO

CAPÍTULO 7 – A TRAVÉS DEL CRISTAL

CAPÍTULO 8 – SUS RAREZAS

CAPÍTULO 9 – AZUL TURQUESA

CAPÍTULO 10 – DOS VIDAS ROTAS

CAPÍTULO 11 – SU MIRADA AZUL

CAPÍTULO 12 – LA QUISE PARA MÍ

CAPÍTULO 13 – BONDADOSA Y VALIENTE

CAPÍTULO 14 – HE TOMADO UNA DECISIÓN

CAPÍTULO 15 – JAMÁS ME PERDONARÉ POR AQUELLO

CAPÍTULO 16 – MECIÉNDOSE EN MI MANO

CAPÍTULO 17 – AQUÍ ESTÁS A SALVO

CAPÍTULO 18 – ¿DÓNDE ESTABA ÉL?

CAPÍTULO 19 – YA NO HABRÁ MARCHA ATRÁS

CAPÍTULO 20 – UN LAZO INDESTRUCTIBLE

CAPÍTULO 21 – NOS BESAMOS

CAPÍTULO 22 – LA CHICA DE DUDOSA DISPONIBILIDAD

CAPÍTULO 23 – EL ÚNICO QUE LE RECORDABA

CAPÍTULO 24 – LA MORDEDURA DE DRÁCULA

CAPÍTULO 25 – NO TE DEJARÁ ESCAPAR

CAPÍTULO 26 – NUNCA TE ABANDONARÉ

CAPÍTULO 27 – LA CAMISETA DE LA SUERTE

CAPÍTULO 28 – A PESAR DE SUS VEINTE AÑOS

CAPÍTULO 29 – TÚ LE HABRÁS MATADO

CAPÍTULO 30 – LOS DEDOS DE SU MANO

CAPÍTULO 31 – EL LATIDO DE MI CORAZÓN

CAPÍTULO 32 – EN SILENCIO

CAPÍTULO 33 – LAS FIESTAS DE SANT ANTONI

CAPÍTULO 34 – EL MAYOR BATACAZO DE LA HISTORIA

CAPÍTULO 35 – FUI YO

CAPÍTULO 36 – PROMÉTEMELO

CAPÍTULO 37 – VIVIR CAUTIVA EL RESTO DE MIS DÍAS

EPÍLOGO – TODO TUYO

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

MARCOS

El padre de Raúl me estaba explicando una de sus historias del pasado, cuando era fotógrafo y él y su mujer viajaban por África para realizar un reportaje sobre la tribu Mursi. Movié las manos sobre su piel para que me imaginara los dibujos que los miembros de la tribu pintaban con tiza blanca en sus cuerpos. Me contaba que aquellas pinturas eran una estrategia de seducción y, aunque su conversación se estaba tornando sumamente interesante, en aquel instante desconecté. No podía quitarme de la cabeza los ojos de ella, las lágrimas corriendo por sus mejillas y su temor.

Inspiré profundamente. Desde aquella noche apenas había podido conciliar el sueño y cuando pensaba en ella la rabia paralizaba mis pulmones. Inspiré de nuevo, con fuerza, a veces incluso respirar me resultaba doloroso. ¡Joder! ¿Por qué me dejé llevar de aquella manera? ¿Por qué me comporté como un jodido animal en celo?

Alicia salió de la habitación donde descansaba su hermano. Raúl estaba malherido y acababa de ser intervenido de urgencia, no era el mejor momento para hablar con él, pero debía hacer acopio de todo el coraje necesario y plantarle cara. No podía demorarlo por más tiempo. Sabía que Raúl no iba a aceptarlo, que no iba a creerme cuando le confesara mis sentimientos hacia ella. Me conocía desde hacía muchos años, sabía que evitaba los compromisos y que enamorarme no entraba en mi cabeza. ¡Qué iluso había sido! Caí en la trampa como un imbécil, dejándome atrapar en el cepo que el mismísimo Cupido había colocado para mí. Y la había jodido hasta el punto de perder cualquier posibilidad de estar con ella.

Jamás me lo iba a perdonar, ni ella, ni Raúl, ni yo mismo.

Tragué saliva antes de abrir la puerta de la habitación y me acerqué en silencio. Raúl estaba recostado en la cama y Laura le rodeaba con sus brazos. Él la había encontrado y sabía que era ella, la mujer con la que quería compartir el resto de su vida. Y me alegraba por él, ¡joder! Nadie más que yo sabía lo que había sufrido Raúl y lo mucho que merecía ser feliz junto a

Laura pero... ¿Por qué no podía yo disfrutar de esa misma felicidad? ¿Acaso yo no merecía sus abrazos o sus besos?

—Perdonad... —Al oír mi voz, la pareja se separó unos centímetros—. Raúl, tengo que hablar contigo, ahora.

La inquietud cambió el gesto de mi amigo. Supuse que detectó la tristeza en mis ojos y miré a Laura buscando su apoyo. Ella lo sabía todo y cuando asintió levemente con la cabeza me transmitió las fuerzas necesarias para continuar.

—¿Debo preocuparme? —preguntó Raúl.

—Tengo que contarte algo.

PRIMERA PARTE

LAURA Y RAÚL

LAURA

CAPÍTULO 1 – SONRISA MUDA

La tarde de aquel viernes Sonia y yo habíamos salido de compras. Era el primer día de rebajas y quisimos aprovechar al máximo las ofertas para renovar nuestros armarios, tan necesitados de ropa menos desgastada por los lavados y más apropiada para la moda del momento.

Había acabado ya la carrera de Turismo y las prácticas en una agencia de información turística de la ciudad, después de pasarme seis meses trabajando largas horas delante de un mostrador por apenas trescientos euros al mes. Afortunadamente, después de repartir decenas de currículums a hoteles, centros de convenciones, agencias de viajes y empresas organizadoras de eventos, un hotel de dos estrellas me había contratado como recepcionista. Empezaría a trabajar el lunes siguiente y aunque ya me habían facilitado las americanas, camisas y faldas que componían el uniforme, necesitaba urgentemente actualizar mi vestuario.

No se trataba del tipo de hotel en el que podría desarrollar mi formación y mejorar mis aptitudes, pero estaba situado en una zona céntrica y cercana a algunos museos y monumentos artísticos, así que bien podría practicar el inglés o el francés con los turistas que se hospedaran para visitar la ciudad. Cinco idiomas fueron el motivo principal por el cual aquel hotel aceptó mi currículum: el castellano como lengua materna, el catalán, el francés, el inglés y la lengua de signos. Sí, tanto mis padres como yo aprendimos la lengua de signos cuando tenía quince años, después de que naciera mi prima Paz, una niña maravillosa que llegó al mundo para regalarnos su preciosa sonrisa, una sonrisa muda, carente de palabras, de sonidos, pero colmada de una dulzura y una musicalidad que todos los que la adoramos apreciamos como la más hermosa de las melodías.

Según me explicó Rafael, el que iba a ser mi encargado en dos días, cada año el hotel recibía la visita de más de una pareja de sordos y a las recepcionistas les resultaba complicado comunicarse con ellos, así que vieron en mí la salvación a sus problemas.

—Laura, ¿qué te parece este conjunto? —me preguntó Sonia mientras salía del probador.

Había elegido una faldita corta plisada con cuadro escocés y una camiseta ceñida con un escote discreto.

—Estás genial, te queda de fábula.

—¿Estás segura? No sé... ¿no es demasiado atrevido? —me preguntó mientras observaba su menuda figura en el gran espejo del probador.

—Sonia, tienes un cuerpo bonito, no sé de qué te avergüenzas. Entiendo que no quieras ir enseñando demasiado pero deberías dejar de lado esa inseguridad y mirarte al espejo con mejores ojos. —Me acerqué a ella por detrás, sujeté su barbilla para que contemplara el reflejo de su rostro y le sonreí—. Mira, mira qué cara más guapa: una boquita para comérsela, ojos de leona y un cabello negro ondulado por el que muchas modelos matarían. Seguro que esta noche triunfas con esta faldita.

Sonia sonrió y yo hice lo mismo.

—Pero ya lo sabes, luego, una vez estoy delante de un chico que me gusta, soy incapaz de hablar...

—Porque te falta confianza o porque no has conocido aún al chico adecuado...

—Laura —suspiró ella—, para ti es todo tan fácil, eres guapa, simpática y cuando estás delante de los chicos son ellos los que se quedan sin palabras. Mira Miguel, hasta que hablaste con él le tuviste comiendo de la palma de tu mano...

—Sonia, no fue para tanto, él solo lo intentó... Pero ya sabes que no estoy preparada aún para tener una relación seria, paso... ahora debo estar concentrada en mi nuevo trabajo y en aprender el oficio.

Y así era, o al menos así pensaba en aquel momento. Tenía veinticuatro años recién cumplidos y enamorarme, prometerme y casarme no entraba en mis planes. Mis relaciones sentimentales se resumían en tres chicos, tres veranos y tres “ya nos llamaremos”. No estaba en contra del matrimonio, ni de los noviazgos, simplemente no era mi momento.

Y Miguel era uno de los tantos chicos que había intentado que cambiara de idea respecto a ir más allá de una relación amistosa. Aunque, afortunadamente, y a pesar de mis múltiples rechazos, con Miguel habíamos

llegado a un pacto no firmado, un acuerdo que los dos respetábamos al máximo: él dejó de insistir y yo lo incluí en mi lista de mejores amigos. Además de un morenazo guapo de ojos negros, Miguel era muy divertido, siempre nos hacía reír con sus bromas o sus chistes malos y tanto mis amigas como yo le hicimos un hueco en nuestro grupo dispar.

Solíamos salir juntos los viernes y sábados a tomar unas copas después de cenar cada uno en su casa, porque la economía no daba para más, y acabábamos la noche bailando en alguna discoteca o sala de conciertos. Nuestro grupo dispar se componía de: Miguel el chistoso, Sonia la tímida, Natalia la alocada y Laura la bondadosa. Sí, mis amigos me pusieron ese mote porque según ellos yo siempre acudía al socorro de los más desamparados. “Ya está aquí la abogada de los pobres” me decía Natalia en numerosas ocasiones, “la defensora del pueblo” me recriminaba Miguel. Y es que tanto él como Natalia no tenían pelos en la lengua y cuando conocíamos gente nueva no tenían miramientos a la hora de expresar lo que opinaban de ellos o los asustaban con sus prejuicios, a pesar de las veces que yo había intentado rebajar la tensión. En varias ocasiones perdimos la posibilidad de ampliar el grupo y eso me exasperaba. A mí siempre me ha gustado interactuar con el resto de la especie humana y ellos parecían odiar todo lo que saliera de su círculo amistoso. A excepción, claro está, de que alguno de los dos buscara compañía para intercambiar fluidos. Porque para eso sí sentían la necesidad de ampliar su círculo. Algo para lo que ambos tenían una facilidad innata. Muchas veces me pregunté por qué no se habían liado aquellos dos. Supongo que la razón era obvia: eran iguales, se hubiesen acabado tirando la vajilla a la cabeza.

—¿Recuerdas que esta noche he quedado con Marcos y sus amigos?

—Lo recuerdo. ¿A qué hora?

La semana anterior Sonia se había reencontrado con Marcos en la boda de su primo. Al parecer ambos eran primos del novio y habían compartido mesa con el resto de los parientes solteros. Sonia me llamó entusiasmada el día siguiente, explicándome las mil y una cualidades de Marcos: simpático, guapo a rabiar, inteligente, divertidísimo, alto, moreno, melenita, ojos azules, buen físico... y a partir de ahí, desconecté, ya no recuerdo el resto de adjetivos. A mí un chico tan perfecto me resulta

altamente extraño, quimérico... vamos, un imposible. Pero ella estaba ilusionada y yo solo podía cruzar los dedos para que ese portento de hombre no le hiciera daño a mi amiga.

—A las doce en *El Midas*. Es el bar de copas de un amigo suyo. Miguel también va a venir.

—¿Y Natalia?

—No, dice que tiene reunión familiar.

Perfecto, si Sonia tenía alguna posibilidad con Marcos, mejor que Natalia no metiera las narices. Su físico y su desparpajo eran un delicioso anzuelo para los hombres y Natalia sabía perfectamente cómo lanzarles la caña. Así que, al menos el primer día, mejor que Natalia no le hiciera sombra a la pobre Sonia y mi tímida amiga pudiera brillar con luz propia. Y esa faldita de cuadros escoceses iba a ser la purpurina que encandilaría al tal Marcos.

—¿Te llevas el conjunto?

—Vale... me lo llevo.

Bien. Ya solo faltaba que esa noche no se tragara la lengua y quedara muda delante del chico, como solía hacer.

Y a las once en punto estábamos todos ante la puerta del bar. Miguel se acercó hasta allí en autobús, Sonia en metro y yo pude ir caminando, puesto que se encontraba a apenas dos manzanas de casa de mis padres. Más tarde ya volveríamos en un taxi compartido, como hacíamos muchas noches, y así evitar los controles de alcoholemia.

El local del amigo de Marcos era muy amplio y nada ruidoso. Grandes mesas rodeadas de sillones de terciopelo y tres barras repletas de gente. Sonaba “Te he echado de menos” de Pablo Alborán y la luz no era demasiado tenue. Un lugar ideal para charlar sin tener que gritar y para contemplar los ojos de tu interlocutor. Algo que una persona como yo, conversadora por naturaleza, agradece sumamente. No pude evitarlo, pero pensé que así podría estudiar mejor a Marcos y conocer por sus miradas y sus gestos cuáles eran sus intenciones con respecto a Sonia. Laura, la bondadosa

y la protectora. Esa era yo.

Estábamos abriéndonos paso entre la multitud cuando Sonia vio a Marcos sentado en una de las mesas grandes. Él movía los brazos para hacerse ver de una forma algo exagerada a la par que divertida. Y a medida que nos acercábamos, aquel chico empezó a gustarme cada vez más, sobre todo cuando abrazó cariñosamente a Sonia y la elevó unos diez centímetros del suelo. La besó en las mejillas y nos dirigió una sonrisa. Sí, realmente parecía un chico encantador.

—¿Me vas a presentar a tus amigos, casi prima?

—Ellos son Laura y Miguel. Chicos, él es Marcos, mi casi primo.

Los dos se miraron con complicidad y soltaron una carcajada. Me encantaba ver a Sonia así de radiante, siendo ella misma, porque era tímida delante de los chicos pero con Natalia y conmigo era súper divertida.

—Os presento a mis amigos: este renacuajo sentado a mi lado es Pedro y el otro cascarrabias del fondo es Raúl. —Fue una extraña forma de presentar a sus colegas pero sonreí al ver como nos guiñaba un ojo—. Chicos, esta morena tan guapa es mi prima Sonia —dijo Marcos mientras tomaba la mano de Sonia y tiraba de ella para que se sentara a su izquierda— y ellos son Laura y Miguel.

Pedro, el renacuajo, aunque se mostró algo tímido, nos sonrió y nos saludó con un hola susurrado. Su timidez me recordó a Sonia y me cayó bien. Aunque estaba sentado, me pareció que era más bajo que Marcos, rubio, delgado y con unos pequeños ojos rasgados ocultos tras las típicas gafas de pasta que proporcionan ese inconfundible aire de empollón. Y el otro chico, Raúl, el cascarrabias, tal y como Marcos le había descrito, estaba recostado en el sillón, al otro extremo de la mesa, perdiéndose en el fondo de su vaso casi vacío. Y él sí me cayó mal. Apenas levantó la cabeza levemente para lanzarle una ruda mirada a su amigo, ni tan siquiera se dignó a saludarnos, ni a mirarnos a los ojos, algo que yo odié. No me fío de la gente que esquiva la mirada, siempre he pensado que ocultan algo y eso mismo es lo que yo pensé de aquel chico cabizbajo y enfurruñado.

—Entonces, ¿sois primos de verdad? —El tono frío de Miguel me hizo comprender que Marcos no le había gustado nada. Otro malhumorado.

La noche iba de mal en peor.

—Casi —respondió una Sonia risueña—. Marcos es primo de Javier por parte de madre y yo soy prima por parte de padre.

—Ya... o sea que no sois familia.

—No, por ahora... —Marcos le guiñó un ojo a Miguel y seguidamente miró a Sonia con cariño. Cada vez era más evidente: esos dos se gustaban.

En vista de que el ambiente empezaba a tornarse denso como la lava, decidí intervenir para pulverizar la noche con un ambientador de cordialidad *made in Laura*.

—Me comentó Sonia que eres informático... —me dirigí a Marcos mientras contemplaba asombrada como este apoyaba su mano sobre el hombro de Sonia, rodeando su espalda con su brazo.

—Los tres lo somos.

—¿Sí? —pregunté sonriendo a Pedro para que participara en la conversación. Raúl ni tan siquiera alzó la cabeza así que ¿para qué perder el tiempo con él?

—Nos conocimos el primer año de universidad y desde entonces somos casi inseparables —respondió Marcos—. Digo “casi” porque a ciertos lugares y para ciertas cosas no vamos los tres juntos... Ya me entiendes.

Sonreí por ser cortés y porque el mohín simpático de Marcos me hizo gracia.

—¿Y también trabajáis juntos?

En ese instante, cuando parecía que me había ganado la atención de Pedro, noté como una mano se apoyaba en mi hombro. Miguel me había pasado su brazo por detrás y me acercó a él con un gesto posesivo que no pude ni quise permitir. Con delicadeza, levanté mi mano y aparté la suya de encima de mi hombro. Y después de regañar con una mirada de desaprobación a mi amigo, todos escuchamos a Marcos. Nos explicó que al acabar la carrera, Pedro y él habían creado su propia empresa. Programaban y diseñaban *apps* para móviles. En aquella época aún no conocíamos

demasiado esas nuevas aplicaciones y Marcos se encargó de ponernos al día. La empresa les estaba funcionando muy bien, las ventas iban en aumento y ya tenían dos ex compañeros de universidad trabajando para ellos.

—Raúl nos echa una mano de vez en cuando. Es otro *friki* de la informática como nosotros... —Marcos sonrió mirando a su amigo pero este no le devolvió el gesto, creo que ni tan siquiera supo que hablaba de él—. Pero él prefiere trabajar para empresas multinacionales.

Miré de reojo al cascarrabias. Estaba ausente, los músculos de la cara en tensión y la mirada fija en el vaso que sujetaba con las dos manos. Dio un trago a su bebida y volvió a su misma posición. Me quedé por unos segundos observándole. Aunque la luz del local no era demasiado tenue, no alcancé a ver bien sus ojos. Parecían marrones. Llevaba el pelo muy corto, piel bronceada y vestía una camiseta gris de algodón que le marcaba los músculos de hombros y brazos. A pesar de que no me estaba gustando su actitud, tuve que reconocer que era atractivo o al menos eso llegué a apreciar desde el otro extremo de la mesa.

—¿Tú te fías de este tal Marcos? —me preguntó Miguel mientras se acercaba, volviendo a rodearme con su brazo—. No me gusta un pelo y va a hacerle daño a Sonia.

En ese instante Marcos le susurraba al oído a Sonia y ella sonreía algo sonrojada.

—Creo que Sonia ya es mayorcita, ¿no te parece? Deja de comportarte como un crío —le recriminé mientras me deshacía de nuevo de su brazo.

No entendí la actitud de Miguel, pero pensé que estaba demasiado acostumbrado a ser el único chico del grupo. Él continuó observando a la pareja de casi primos hasta que Marcos, que pareció comprender su incomodidad, le preguntó por su profesión. Miguel había estudiado periodismo y hacía dos años que trabajaba en un importante diario. Empezó como ayudante pero por fin había conseguido que le publicaran algunos artículos opinando sobre conciertos, macro fiestas, cine... artículos para los que buscaban un punto de vista joven y desenfadado. Marcos, que no dejaba de hacerle preguntas, parecía muy interesado en saber cómo se documentaba

Miguel para redactar su opinión, hasta que comprendí el motivo de su interés.

—Podrías hablar de nuestra empresa y de las aplicaciones que diseñamos.

Y, en contra de lo que hubiese esperado después del malhumor de Miguel, este aceptó encantado. Es cierto que el artículo podía ser interesante y mi amigo vio la oportunidad de lucirse en el periódico. Así que, una hora después de entrar en aquel bar, Miguel y Marcos ya parecían colegas de toda la vida. Sonia, sentada entre los dos, los contemplaba sonriente y feliz... ¡cómo me gustaba verla así de contenta! Pedro, al otro lado de Marcos, intentaba seguir la conversación, sonriéndonos de vez en cuando... sobre todo a Sonia, o al menos eso me pareció a mí. ¿Se habría fijado también en ella? Aquel conjuntito estaba resultando de lo más efectivo. Y Raúl... bueno, en fin, el cascarrabias seguía igual, cabizbajo, ausente, con el ceño fruncido e ignorándonos por completo.

Poco después Sonia nos propuso cambiar de local e ir a una discoteca que estaba a unas manzanas de allí. Todos aceptamos encantados, menos Raúl que se despidió de Marcos en la puerta de *El Midas*. Se dieron unas palmadas en la espalda y se giró sin decir nada. Ni un adiós, ni una mirada, ni un gesto con la cabeza... Nada.

Aquel chico desbordaba simpatía a raudales.

CAPÍTULO 2 – EL VAGABUNDO DE LAS FLORES

¡Por fin! ¡Mi primer día de trabajo como recepcionista!

Rafael, el director y mi nuevo jefe, me había mostrado el hotel: las habitaciones, la lavandería, el comedor donde solo se servían desayunos, la pequeña cocina, el almacén, el bar y la recepción.

Aunque era un sencillo hotel de dos estrellas, el hall era amplio y estaba muy bien iluminado. Una gran cristalera daba acceso a la luz y dejaba ver el interior del hotel desde una de las calles más transitadas de Barcelona. El mostrador de la recepción estaba situada a la izquierda y a la derecha varias mesas bajas, sillones de cuero barato y una pequeña barra componían el bar del hotel.

Aquella mañana apenas hubo movimiento. Hice el check-in a dos familias que iban a pasar varias noches en la ciudad para hacer turismo. Rafael estuvo en todo momento a mi lado para mostrarme cómo debía introducir los datos en el ordenador, activar la llave de acceso a la habitación y dar las explicaciones correctas sobre el horario del desayuno y el camino que debían seguir hasta llegar al ascensor. Todo bastante sencillo.

Cuando Rafael creyó que yo ya tenía bajo control las tareas propias de recepción, salió del hotel. Debía hacer unos recados y decidió dejarme bajo la supervisión de Dolores, la encargada del grupo de camareras de pisos y del servicio en el bar. Y, apoyada en la superficie barnizada y brillante del mostrador, contemplé maravillada el ir y venir de la gente a través de la gran cristalera. El estrés de una sociedad con prisas, sin tiempo para hablar, sonreír o saludar. El goteo constante de taxis negros con puertas amarillas, como abejas obreras formando un enjambre, se movía y se paraba de forma organizada. Cada cinco minutos un autobús rompía el paisaje y oscurecía por unos segundos el hall. Estudiantes, amas de casa con sus carritos cargados de frutas, niños con sus pesadas mochilas cogidos de la mano de sus madres y jóvenes absortos en el mundo al que les trasladaba unos auriculares, aislándolos del ruido exterior, del zumbido de las abejas y del motor de los autobuses al arrancar.

Fue entonces cuando apareció aquel vagabundo. Se situó a un lado de la cristalera del hotel, en una de las esquinas. Desde donde yo contemplaba aquel paisaje urbanístico pude observarle sin ser descubierta. Depositó un trozo de cartón a sus pies, sacó unas rosas de una bolsa verde que guardó en un saco de tela y se apoyó en la pared sucia del edificio. Llevaba un abrigo largo, marrón y desgastado. Su espesa barba no me permitía adivinar su edad pero intuí que debía rondar los cuarenta. Una gorra bastante desarrapada cubriendo su frente y unas gafas viejas no me permitieron ver sus ojos con claridad.

—Aquí le llamamos el vagabundo de las flores.

Dolores se acercó a mí por detrás.

—¿Siempre está ahí? Es decir, ¿está todos los días en esa esquina?

—Viene por aquí desde hace una semana, más o menos. No siempre está en el mismo lugar. Hay días que se sitúa al otro lado de la calle o días en los que simplemente no aparece.

—¿Y qué hace? ¿Vende flores y pide limosna?

—O pasa droga...

—¿En serio? —La miré sorprendida y volví a fijar la vista en aquel vagabundo.

—Bueno, es lo que hacen la mayoría de ellos, pasan droga para ganar dinero fácil o piden limosna para luego gastarla en alcohol o meterse esa mierda. Es una pena que desperdicie su vida así, pudiendo vender cupones de la ONCE...

—¿Cupones de la ONCE?

—Es sordo y se comunica con la lengua de signos.

En aquel momento sentí una enorme empatía hacia él. El profesor que nos enseñó la lengua de signos nos hizo comprender cómo vivían las personas sordas y cómo debían agudizar otros sentidos, el olfato, la vista y el tacto. Y comprendí la profunda soledad que debía sufrir aquel vagabundo, aislado en una ciudad invadida por el ruido.

Seguí contemplándole durante unos minutos más hasta que se giró y

me sorprendió mirándole. Moví la cabeza hacia la pantalla del ordenador y simulé que escribía algo tocando el teclado. No quería llamar su atención, así que continué cabizbaja durante unos minutos más, haciendo grandes esfuerzos para no mirarle de nuevo.

Estaba tan absorta, intentando obviar todo lo que me rodeaba, que me asusté al oír un golpe en el mostrador. Levanté la cabeza súbitamente y me topé con sus ojos. Aunque estaban deslucidos tras unas lentes sucias y desgastadas, me quedé admirada por su profundidad y por su color miel, cálidos y sosegados. Nos miramos fijamente durante unos segundos y sentí que me ruborizaba. Incliné la cabeza al ver como depositaba el ramo de rosas sobre el mostrador. Volví a levantar la mirada para entender qué era lo que pretendía y él alzó un brazo para señalar los lavabos. Me estaba pidiendo permiso. Afirmé con la cabeza y se dirigió hacia los servicios. Mi intuición no me había fallado, debía rondar los cuarenta años de edad. Su barba descuidada y sus pobladas cejas le proporcionaban un aire de abandono y desidia que me entristeció. Su vida no debía ser fácil y por unos segundos recordé las frases de Natalia y Miguel: “ya está aquí la abogada de los pobres, la defensora del pueblo...”.

Volví a concentrarme en la pantalla del ordenador, no quería que pensara que estaba atenta a sus movimientos. Cuando regresó a por el ramo, me miró de nuevo, fijamente. Me estaba queriendo dar las gracias con un leve movimiento de cabeza pero reaccioné rápidamente y le hablé con las manos.

“De nada. Puedes usarlos cuando los necesites”.

Se sorprendió. Es lógico. Somos pocos los no sordos que conocemos perfectamente la lengua de signos. Extendió la mano izquierda y haciendo salir del centro de su palma el dedo medio de su mano derecha me dio las gracias. Y por unos segundos, mientras me miraba fijamente, intuí una sutil sonrisa bajo la barba. Ya sé que fui demasiado confiada, pero en aquel momento me sentí contenta, como si acabara de hacer un nuevo amigo.

¡Cómo pude ser tan inocente!

La semana fue transcurriendo con total normalidad. No estábamos en temporada alta, así que pude atender perfectamente todas las peticiones,

entradas y salidas de los clientes. Mi relación con el vagabundo de las flores continuó en la misma línea: miradas intensas, rosas en el mostrador, “gracias” por su parte y “de nada” por la mía.

El jueves por la mañana le había pedido permiso a Rafael para llegar algo más tarde. Mi madre tenía visita con el ginecólogo. Le habían llamado desde el hospital para que acudiera con urgencia a comentar el resultado de una mamografía. ¡Pobrecilla! Estaba aterrada y, naturalmente, me pidió que la acompañara. Así que a las nueve de la mañana estábamos sentadas las dos en una de las salas de espera del hospital, en la planta de obstetricia y ginecología. Tenía visita a las nueve y media, pero mi madre debía llegar siempre con media hora de antelación. “Niña, ¿y si nos llaman antes? Pues antes acabamos”. Ya, claro, ¡cómo si en los hospitales de la seguridad social te fueran a llamar antes de la hora acordada! Pero, en fin, ella estaba muy nerviosa y yo no quise cuestionarle nada.

Estaba hojeando una revista del corazón que llevaba mi madre en el bolso, cuando me fijé en una pareja que acababa de entrar en la sala de espera de obstetricia. Ella era castaña con reflejos cobrizos y pelo ondulado. Debía estar embarazada de seis o siete meses. Él me daba la espalda, tenía buen físico, músculos marcados, pelo corto, moreno... Pero al sentarse junto a la mujer y verle de perfil, me quedé petrificada. ¡Era el cascarrabias! Alcé con rapidez la revista para cubrirme la cara. Dudaba de que me reconociera después de pasar la noche ignorándonos pero, por si acaso, me escondí para que no me viera. Y al igual que uno de esos ridículos detectives de las películas americanas, estuve observándoles con disimulo, ocultándome tras la revista cuando temía que él me pillara in fraganti.

Raúl sujetó la mano de su pareja y empezó a acariciarla cariñosamente. Aquel gesto me sorprendió. El chico al que estaba espiando en aquel momento nada tenía que ver con el rancio y malhumorado Raúl que había conocido unos días atrás. Los dos parecían serios y apenas se susurraban de vez en cuando, pero él no dejaba de acariciar su mano, su brazo, incluso besó su frente en más de una ocasión cuando ella se dejó caer sobre su hombro. La chica tenía el rostro algo demacrado, tal vez por los malestares matutinos propios del embarazo.

Cuando Sonia me habló de los amigos de Marcos no recordé que

mencionara que estaban casados o alguno de ellos esperara ser padre. Y según la conversación que mantuvimos con ellos el viernes por la noche ninguno de ellos parecía tener pareja. ¿Y si Raúl estaba casado y salía de fiesta con sus amiguitos dejando a su embarazadísima mujer en casa sola? Algo en aquel cascarrabias no me cuadraba. Me desagradó su mala educación pero supe que además había algo en él que no me iba a gustar.

Y mientras continuaba con mi nueva faceta de espía, una enfermera salió de la consulta y llamó a mi madre. Entré con ella y ya no les vi más. Por suerte todo había sido un susto y mi madre estaba bien.

Acompañé a mi madre hasta casa y me dirigí hacia el hotel. Mientras me acercaba caminando vi al vagabundo de las flores. Estaba apoyado en la pared, observándolo todo, con su inexpresivo rostro, tan oscuro y triste como siempre. Se sorprendió al verme frente a él y abrió mucho los ojos, atónito. Otra vez aquella mirada intensa que me ruborizaba. Le sonreí y le dejé una moneda sobre el trozo de tela negro que siempre estiraba en el suelo, junto a un cartón escrito: “soy sordo y no tengo trabajo”. Volví a mirarle fijamente, esperando una sonrisa, un gesto de agradecimiento, pero él se mantuvo serio y con la misma rigidez en el rostro. Aquel hombre ocultaba algo y ese misterio empezaba a fascinarme.

En cuanto llegué a la recepción del hotel y Rafael me dejó sola, llamé a Sonia. Le expliqué lo que había visto en el hospital y me dijo extrañada que cuando Marcos le había hablado de sus amigos insinuó que no tenían pareja.

—Le llamaré y se lo preguntaré.

—No, Sonia, no... No le digas nada. No quiero que sepan que yo estuve observándoles. Ese tío no me gusta.

—¿Quién? ¿Raúl?

—Sí, ¿no te parece algo raro?

—Marcos me explicó que el viernes había pasado un mal día y que por eso actuó así. Me pidió que no se lo tuviéramos en cuenta, que normalmente no se comporta de esa manera.

—No sé, Sonia, tal vez sea intuición, pero ese chico no es de fiar y al

verle allí con esa mujer embarazada...

—Pero, Laura, no sabes quién es esa chica... ¿Y si es su hermana?

Aquella pregunta me hizo dudar. Sonia tenía razón. Tal vez le estaba prejuzgando. Me quedé en silencio un rato mientras contemplaba al vagabundo de las flores. No podía hablar de alguien sin conocerle lo suficiente.

—Tienes razón.

Me despedí de Sonia y me puse a actualizar algunos datos en el ordenador. Pocos minutos después vi entrar a un hombre por la puerta acristalada del hotel. Debía tener poco más de treinta años. Era alto, rubio, vestía un traje negro muy elegante, camisa azul y corbata granate. Arrastraba dos grandes maletas con ruedas y caminaba con decisión. Al llegar al mostrador me miró sonriente

—Buenos días. Quisiera una habitación individual para dos meses.

Hablaba castellano perfectamente pero su acento era extranjero. Le pedí su documentación ofreciéndole la mejor de mis sonrisas. Me dejó su pasaporte y pude comprobar que era alemán. Anoté todos sus datos notando su mirada sobre mí. Fotocopíé su documentación y mientras se la devolvía le sonreí de nuevo, esta vez algo más sonrojada de lo habitual.

—Veo que no es una leyenda... Las españolas sois realmente guapas.

Y todo aquello lo dijo con una sonrisa seductora que me dejó sin respiración. Uf... mi primera semana como recepcionista en ese hotel estaba resultando demasiado intensa.

—Tenga, la tarjeta de su habitación —le dije ofreciéndole la llave—. Es la número 403. El desayuno se sirve de siete a diez de la mañana. Para subir a la habitación puede utilizar el ascensor que se encuentra al fondo del pasillo, a la izquierda.

Al tomar la tarjeta de mis manos, rozó con suavidad mis dedos, lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Muchas gracias, señorita...

—Laura, me llamo Laura.

—Encantado, Laura. Yo me llamo Derek.

Me cogió la mano, me besó en el dorso y se fue sonriente. Le seguí con la mirada, algo confundida. No estaba acostumbrada a conocer hombres tan caballerosos. Continué observando como entraba sus maletas en el ascensor hasta que un golpe seco en el mostrador me hizo volver la cabeza sobresaltada. Y de nuevo estaban allí aquellos ojos color miel, abiertos, mirándome con esa intensidad que me fascinaba. Había vuelto a colocar el ramo sobre el mostrador, pero esta vez no se fue a los lavabos y se quedó quieto clavando sus ojos en los míos. Luego cogió una de las rosas y sacó un pequeño cuchillo de su abrigo. Por un instante sentí miedo, miedo a lo desconocido y a mi ingenuidad, pero él notó mi inquietud y abrió la mano para tranquilizarme. Las rosas estaban envueltas en un plástico verde. Desenvolvió una de ellas, cortó el tallo por la mitad, se guardó el cuchillo y me la acercó hasta rozar, con extrema delicadeza, uno de los pétalos con la punta de mi nariz. Cerré los ojos para inspirar el aroma de la rosa y los volví a abrir, encontrándome de nuevo con su mirada. Cogí la flor y le sonreí.

“Gracias por tu moneda”, me dijo con las manos.

Salió del hotel y volvió a apoyarse en la sucia pared de la esquina. Me quedé observándole durante unos minutos, como una boba, con la rosa aún en la mano. Entre la galantería del alemán y la mirada intensa del misterioso vagabundo, mis pulsaciones parecían estar participando en un decatlón.

CAPÍTULO 3 – ENVUELTA EN ÉL

Aquel viernes tocaba noche de chicas y Sonia y yo esperábamos a Natalia sentadas en la pizzería que solíamos frecuentar.

—¿Qué tal con Marcos?

—¡Bien! Es un encanto, ¿verdad? He quedado otra vez con él y sus amigos mañana.

—¿Irá el antipático de Raúl?

—Supongo... —respondió Sonia con una media sonrisa—. Será antipático, pero no puedes negar que también es guapo.

—¡Bah! Tampoco es para tanto —respondí, algo molesta. Mi amiga tenía razón pero me resultaba tan oscuro aquel chico que odiaba tener que reconocer que era atractivo.

En ese preciso instante, Natalia entró en el restaurante. Y, cómo no, todos los hombres allí presentes se giraron para contemplarla. Recuerdo que más de uno recibió una reprimenda por parte de su pareja. Se acercó a nosotras sonriente y contoneando las caderas como solo ella sabía hacer. Alta, pelo castaño, largo y liso, labios sensuales y pintados de un rojo pasión que te obligan a clavar la mirada en ellos, ojos negros, pestañas oscuras y un vestidito de falda corta que provocó más de una mirada de desaprobación por parte de las chicas que intentaban volver a recuperar la atención de sus parejas. Su descaro y su físico le daban una apariencia de chica fácil que solo podía aspirar a ser modelo o actriz, pero Natalia no era así. Hacía dos años que se había licenciado en Química con matrícula de honor y ya trabajaba en unos importantes laboratorios. Un coco con un cuerpo diez.

Mientras esperábamos que nos sirvieran las pizzas, le explicamos a Natalia la noche que pasamos con Marcos y sus amigos.

—Así que Sonia tiene un lío...

—No... —se defendió la aludida—. Solo somos amigos.

—Por ahora... —insinué yo mirando a Sonia con picardía.

—Pues estoy deseando conocer a esos chicos tan majos... —dijo Natalia alzando las dos cejas y pensé que seguro alguno de los tres caería a sus pies... solo pude desear que no fuera Marcos.

—¿Y tú?, ¿qué tal tu fin de semana?

Recordé que el sábado anterior ella y Miguel habían quedado para salir. Sonia debía cuidar aquella noche a su sobrina y yo me quedé en casa con mis padres. Mi madre había recibido ese mismo día la llamada del hospital y decidí hacerle compañía para tranquilizarla.

—Bueno, como siempre... Entramos juntos al *Music* y ya no nos volvimos a ver. Yo conocí a un chico que estaba muy bien y acabamos haciéndolo en su coche, a dos manzanas del bar, y Miguel me dijo que estuvo con una rubia que no dejaba de mirarle. Creo que ha quedado con ella mañana.

—¿Mañana? ¿Otra vez? —preguntó Sonia algo molesta, como si no conociera a Miguel y sus breves romances.

—¿Y tú has vuelto a quedar con ese chico? —le pregunté a Natalia obviando el enfado de Sonia.

—¿Para qué? Ya hice con él lo que quería hacer.

—De verdad, Natalia, que no lo entiendo... —añadí algo preocupada por ella—. ¿Nunca sientes la necesidad de conocer mejor a la persona? Conocer a un chico, hablar, salir a cenar, a pasear, a tomar algo, a bailar...

—Laura, sabes que paso de esas chorradas. Además, ¿tú crees que a los hombres les interesa conocerme en profundidad? ¿Qué crees que puede pasar si supieran que soy una empollona superdotada? ¿De qué crees que van a querer hablar conmigo? ¿De fútbol, de coches, de videojuegos...? Paso, Laura, paso de chiquilladas. Supongo que tarde o temprano acabaré enamorándome de un tío veinte años mayor que yo. Pero mientras tanto, pienso acostarme con quien me dé la gana, sin necesidad de conocer ni su nombre ni si es del Barça o del Madrid. ¡Bah! ¡Que les den!

Continuamos un rato más hablando y riendo con las ocurrencias de Natalia, hasta que Sonia me preguntó por mis primeros días de trabajo en el hotel y les expliqué lo que me había sucedido con el vagabundo de las flores.

—Cuidado, Laura, que tú eres demasiado bondadosa. Ese vagabundo puede meterte en un lío.

—Tal vez... Ya sé que soy excesivamente confiada, pero no sé... ese hombre tiene algo en la mirada. Parece buena persona y me entristece pero a la vez me fascina...

Acabamos la noche tomando unos mojitos en uno de los bares del Puerto Olímpico y regresamos a casa temprano.

Sonia había vuelto a quedar con Marcos y sus amigos en *El Midas*. Yo fui andando con Natalia, que vivía a dos calles de casa de mis padres y Sonia y Miguel ya nos habían enviado un mensaje indicándonos que nos esperaban dentro.

Entramos en el local sonrientes y bromeando cuando Natalia se giró bruscamente y me miró aterrorizada.

—Laura, esos chicos que están sentados con Sonia y Miguel...

Miré tras ella. Estaban sentados en el mismo sofá que ocupamos el viernes que nos conocimos. Sonia, Marcos, Miguel y Pedro. Me sentía tan aturdida por la reacción de Natalia que no me percaté de que faltaba uno de ellos.

—Pedro y Marcos...

—¿Quién es el de la melenita?

—Marcos.

Se tapó la boca con las dos manos y su rostro emblanqueció de golpe.

—Mierda... —susurró—. Ese... ese es el chico con el que me lié la semana pasada.

—¿Cómo...? —No me lo podía creer.

—Sí, Laura, el mismo...

—¡Será cabrón! —No pude pensar en otra cosa que en la pobre Sonia.

—Lo siento, Laura, lo siento...

—Tranquila, Natalia. —La sujeté por los hombros y la miré fijamente—. No es culpa tuya. Tú no sabías quién era él.

—Ya, pero Sonia no me lo va a perdonar nunca... Y ahora ¿qué hacemos?

—Espera un momento... —Intenté pensar fríamente—. Ya sé lo que vamos a hacer. Nos sentaremos allí como si no pasara nada. Yo te los presentaré y seguro que Marcos actuará como si no te conociera. Tú haz lo mismo. Ahora no es momento de montar un numerito. Ya hablaré más tarde con Sonia, ¿de acuerdo?

—Está bien...

No parecía muy convencida, pero tragó saliva y se giró sonriente.

Nos fuimos acercando poco a poco. Yo caminaba detrás de Natalia y pude contemplar el espectáculo desde las mejores butacas. La cara de Marcos se fue endureciendo y sus ojos agrandando como platos. Él debía estar diciéndose “tierra, trágame” y yo sonreí pensando “te jodes”. Pedro nos miraba sonriente, por cierto, hasta ese instante no me di cuenta de la sonrisa tan bonita que tenía. Miguel nos vio venir de reojo, parecía molesto... otra vez debía estar con sus prejuicios. Y Sonia, pobrecilla mía, nos saludaba agitando los brazos, con una expresión de felicidad que a mí me quebró en dos el corazón. ¿Cómo se lo iba a explicar? ¿Cómo decirle que su príncipe encantador le había salido rana?

Antes de sentarnos, presenté a Natalia y, efectivamente, Marcos la saludó como si fuera la primera vez que la veía, a pesar de que su cara era más surrealista que el bigote de Dalí. Las dos teníamos espacio en el lado del sofá donde se sentaba Sonia, pero Natalia prefirió ocupar el asiento libre junto a Pedro. Supuse que su sentimiento de culpabilidad estaba rehuendo de Sonia.

Y fue en aquel instante, mientras me inclinaba para sentarme con mi amiga, cuando sentí su mirada clavada en mí. Raúl caminaba despacio, acercándose a nosotros con miedo, como si una cuerda le tirara hacia atrás y le impidiera continuar. Llevaba un vaso lleno en cada mano y depositó uno de ellos sobre la mesa, frente a Sonia.

—Toma, Sonia, tu bebida. —Se sentó a mi lado y continuó con voz

neutra—. Hola.

Apenas giré la cabeza para saludarle con un gesto desinteresado. “Donde las dan, las toman”, pensé yo. Si él había sido tan mal educado la semana anterior, yo no iba a ser en ese momento la versión más simpática de Laura. ¡Adiós Laura, la bondadosa! ¡Bienvenida Laura, la vengativa!

—Tú eres Laura, ¿verdad? —Su voz sonó apagada y titubeó como si las palabras se quedaran atrapadas en su boca—. La semana pasada creo que no estuve demasiado hablador.

¿Se estaba disculpando el cascarrabias? ¡Laura la comprensiva, quieta ahí, no vuelvas!

—No... —Tajante y seca... ¡bien!

—¿Quieres tomar algo?

—Ahora no, gracias...

Mantuve mi actitud distante y mi cuerpo rígido durante varios minutos. Me sentía incómoda junto a él y a él parecía sucederle lo mismo. Aunque su cercanía me abrumaba, el calor que desprendía su cuerpo y el leve roce de nuestros codos, cubiertos por la tela de las camisetas, también me estaban provocando otra sensación distinta: una extraña excitación, la intriga hacia lo desconocido y el recelo hacia lo despreciado. Noté como él contenía la respiración, como evitaba girar la cabeza y como miraba para otro lado, de nuevo evadiéndose y abandonando nuestra compañía, sujetando su vaso con fuerza y bebiendo a sorbos breves, movimientos reiterativos que le ayudaban a escapar hacia un mundo paralelo. ¿En qué estaría pensando en ese momento? ¿Qué era lo que le perturbaba? ¿Y por qué yo sentía curiosidad hacia aquel maleducado?

Marcos y Sonia hablaban animadamente. Él había vuelto a rodearla con el brazo y ella parecía feliz apoyada en su hombro, sin ser consciente de las miradas de desconfianza que se intercambiaban Marcos y Natalia. Miradas de las que solo yo fui testigo. Miguel continuaba serio, mirando de reojo a Marcos y a Sonia, como si sospechara de él, ¿sabría que era Marcos con quién Natalia se había enrollado el sábado anterior? Y, junto a Miguel, Pedro, el chico tímido que casi no había abierto la boca la semana anterior, parecía haber aprendido a hablar en siete días. Estaba entablando

conversación con Natalia, una Natalia interesada en lo que el chico que acababa de conocer le estaba explicando, un chico que para nada cumplía los requisitos necesarios para acaparar a la chica de labios rojos y falda corta que no dejaba de observar aquellos ojos rasgados, engrandecidos tras las gafas de empollón. Las mismas gafas de empollona que ella se ponía en el laboratorio, cuando se quitaba las lentillas y cubría su cuerpo con una larga bata blanca que guardaba con recelo la sensualidad de sus curvas.

Transcurrieron unos minutos que para mí fueron horas de incomodidad. El cascarrabias a mi lado, más tenso y rígido que yo, cruces de miradas que ocultaban verdades, ceños fruncidos por la desconfianza y susurros al oído despertando sonrisas ingenuas.

Afortunadamente Marcos aniquiló en unos segundos aquel extraño ambiente animándonos a cambiar de local. Sugirió un disco bar próximo, donde podríamos tomar algo y bailar.

—Si nos vamos ya no encontraremos demasiada gente esperando en la puerta. El local es pequeño y se llena enseguida.

Todos aceptamos la invitación, incluso Raúl, que fue el primero en levantarse, como deseoso de huir de allí o huir de mi lado...

Una vez fuera, todos envueltos en nuestros chaquetones, nos dirigimos hacia el lugar que Marcos nos había indicado. Intenté aprovechar la ocasión para acercarme a Sonia y volver a preguntarle por su relación con el casi primo. Ella nos había insistido en más de una ocasión que tan solo eran amigos y aunque dudaba de que fuera así, aquella noche deseé que no fuera de otra manera, que realmente ella controlara sus sentimientos hacia él y que aceptara lo que inevitablemente iba a conocer en breve. La vi caminar junto a Miguel mientras este se inclinaba para susurrarle al oído. Temí que le estuviera hablando de Marcos, prefería ser yo quien la alertara, pero las risas de ambos me hicieron comprender que debían estar hablando de cualquier otra cosa, una broma o un chiste más de nuestro Miguel. Luego busqué a Natalia con la mirada y la vi caminando junto a Pedro, que continuaba igual de hablador. Y mi amiga, la más descarada de las descaradas, sensual y atrevida como la Mata Hari del siglo XXI, solo escuchaba atenta, concentrada, como si aquel chico delgado, apenas cinco centímetros más alto que ella, frágil y poca cosa, fuera el centro de su universo... ¿de qué estarían

hablando?

Tal y como Marcos nos había advertido, en la puerta del local se había acumulado un grupo de personas haciendo cola para entrar. Iba absorta, dándole vueltas a cómo comenzar mi conversación con Sonia, cuando recibí un mensaje en el móvil. Era de mi madre, recordándome que al día siguiente salíamos a pasar el día con mis tíos. La indirecta era clara: “niña, no vuelvas tarde que tenemos que madrugar”, como si la estuviera oyendo en ese momento. Mientras le respondía me quedé atrás sin darme cuenta, esperando al final de la fila.

Apenas llegué a levantar la cabeza después de guardar el móvil en el bolso cuando noté una espalda ancha y fuerte impidiéndome continuar, haciéndome retroceder y sacándome del grupo de gente que se había amontonado frente a la puerta del disco bar. No supe reaccionar, me sentí apesada entre aquel cuerpo y una mano sobre mi muslo izquierdo que me obligaba a acercarme a él. Alcé la vista como pude, rozando mi nariz contra el anorak de mi opresor, y solo entonces pude reconocer el perfil de Raúl, que me miraba de reojo mientras estiraba su brazo hacia atrás para rodearme la cintura. Me pegó a él con más fuerza a la vez que retrocedía, empujando a la gente que nos miraba con el ceño fruncido.

—Pero, ¿qué haces? —acerté a decir en un susurro, sintiendo que me faltaba el aire.

No me respondió y eso me enojó aún más. Levanté mi mano derecha y le golpeé en la espalda todo lo fuerte que pude, tomando apenas impulso en el escaso espacio que había entre nuestros cuerpos.

—¡Suéltame! —intenté alzar la voz pero creo que ni me escuchó.

En pocos segundos me vi aprisionada entre su espalda y la fría pared de la fachada del local. Noté sus músculos tensos y su respiración acelerada. Pude ver por encima de su hombro como dos personas se precipitaban sobre el pecho de Raúl, empujados por alguien o por algo. Pero él se mantuvo firme, rodeándome con su espalda, lo justo para no hacerme daño y soportando el impacto de los empujones. Estiré las piernas para alzarme y apoyé una mano sobre su hombro izquierdo, manteniendo así el equilibrio. Quería ver qué estaba sucediendo delante de Raúl pero al notar mi contacto

sentí cómo él se estremecía. Giró la cabeza a un lado y el calor de su respiración sobre el dorso de mi mano me provocó un cosquilleo que me recorrió todo el cuerpo. Las piernas me fallaron y relajé las rodillas para volver a ocultarme tras su espalda, contemplando su perfil.

Estábamos a pocos centímetros de distancia, mi nariz casi rozaba su pómulo y por unos segundos me perdí en su cuello, en su piel morena, en su cabello oscuro, en su olor. Inspiré profundamente y cerré los ojos, sintiendo como él abría la mano que sujetaba mi espalda y percibiendo el calor de sus dedos a través de mi chaquetón. Bajé mi mano de su hombro y la deposité sobre su espalda. Sus músculos continuaban tensos, rígidos. Él volvió a mirar al frente. Ya no quise saber qué estaba sucediendo. Yo estaba segura, a salvo de cualquier peligro, envuelta en él, en su fuerza, en su protección. Durante unos instantes permanecí inmóvil, respirando con dificultad y con la mirada fija en su nuca.

Apenas unos segundos después se giró para situarse frente a mí. El foco que alumbraba la fachada del bar no me dejó ver su rostro, ni sus ojos, pero noté su resuello acariciar la punta helada de mi nariz.

—¿Estás bien? —me preguntó con la respiración entrecortada.

No supe qué responder. No sabía si debía estar bien o no, estaba aturdida. Miré a un lado, por encima de su hombro, y vi a alguien tumbado en el suelo. Dos jóvenes sujetaban los brazos de ese individuo mientras cerraban unas esposas alrededor de sus muñecas.

—¿Son policías? —le pregunté, aunque la respuesta parecía obvia.

—Creo que sí.

Volví a contemplar la figura de su cabeza a contraluz. Él estaba inmóvil, imaginé que mirándome, no le veía los ojos pero oía su respiración, todavía más acelerada de lo normal. Se separó unos centímetros para darme paso y caminamos hacia la entrada del local, sin dejar de rodearme con su brazo, en alerta, protegiéndome. Me soltó mientras cruzábamos el umbral de la puerta. Las luces móviles de la pista de baile me cegaron y recuerdo que al cerrar los ojos pensé que Raúl acababa de salvarme de un golpe o un empujón que me hubiese tirado al suelo y ni tan siquiera le había dado las gracias. Me di media vuelta, Raúl iba detrás y cuando quise abrir la boca para

decir su nombre, él se giró y desvió su camino, dirigiéndose apresuradamente a la barra. Me sentí una estúpida, quería agradecerle su protección y él había recuperado su actitud esquiva e indiferente.

Aun así dudé, pensé que tal vez no me había visto, que las luces también podían haberle cegado y le seguí. Al llegar a la barra y situarme a su lado, se inclinó sin mirarme y me preguntó si quería tomar algo. Le pedí un refresco y no me dio la oportunidad de decirle nada más. Se acercó al camarero y volví a sentirme una estúpida. Decidí dejar de intentarlo, quizás en otro momento le daría las gracias, así que busqué a mis amigos con la mirada.

Cuando vi a Sonia, esta y Pedro se acercaban a nosotros. Los dos parecían molestos y enseguida entendí la razón. Detrás de ellos, al final de la barra, pude distinguir la figura de Marcos y Natalia. Ella sentada sobre un taburete alto y él apoyándose en la barra y susurrándole algo al oído. Ambos sonrientes y acercándose demasiado el uno al otro. ¡Mierda! Debía haber hablado antes con Sonia. O Natalia debía haberse controlado delante de ella. Ahora me había dejado a mí el problema, ahora debía ser yo la que le tirara la jarra de agua fría.

—Laura, me voy. Pedro me acompañará a casa.

—Sonia, yo quería hablar un momento contigo... —Tragué saliva y desvié la mirada al fondo de la barra. No necesité explicarle más.

—Tranquila. Ya sé que Marcos y Natalia se liaron la semana pasada. Marcos me lo ha contado.

—¿Marcos? —Me quedé boquiabierta.

—Sí, pero no te preocupes por eso... —Se giró para hablar con Pedro —. ¿Nos vamos?

—Sonia... —Sujeté su brazo—. No te enfades con Natalia...

—¿Con Natalia? No... ya sabemos cómo es y es normal que los chicos se sientan atraídos por ella.

Me sonrió levemente, mi cara debía parecer un piano sin teclas, incapaz de emitir un acorde musical.

—No me mires así, estoy bien, Laura, solo que prefiero irme. Tú quédate. Pedro tiene el coche cerca y me llevará a casa.

Les miré con los ojos entreabiertos, ¿y si Sonia y Pedro querían estar solos? La verdad es que hacían buena pareja.

—Está bien, pero mañana hablamos.

Mientras me despedía de ellos, Raúl se puso a mi lado y me ofreció la bebida. Le preguntó a Pedro si se iba y éste le respondió, algo molesto y dirigiendo la mirada hacia el final de la barra. Raúl pareció entender perfectamente a qué se refería su amigo y movió la cabeza de lado a lado. Después de que se fueran busqué a Miguel por el local hasta que le encontré en la pista de baile, rodeando con su brazo la cintura de una rubia cuyos tacones la hacían más alta que él. Debía ser la misma rubia con la que se había enrollado la semana anterior. Ya no tenía sentido que permaneciera por más tiempo en aquel bar. Recordé el mensaje de mi madre y después de darle un par de sorbos a la bebida, la dejé sobre la barra. Envié un mensaje a Natalia y a Miguel y guardé el móvil.

—Me voy... —No sé por qué quise advertir a Raúl de mi partida, pues él parecía estar otra vez ausente.

—Te acompaño...

Dejó su bebida sobre la barra y empezó a caminar hacia la salida. No me dio tiempo a reaccionar. Hubiese querido negarme pero casi tuve que correr detrás de él hasta llegar a la calle. Una vez fuera, se detuvo y sin mirarme, ni girar la cabeza, me preguntó el camino. Le expliqué que vivía a tres manzanas de allí y al señalarle la dirección empezó a andar. Me situé a su lado, cerrando la cremallera de mi chaquetón y resguardando las manos heladas en los bolsillos. Durante unos minutos ninguno de los dos habló, hasta que decidí romper el silencio.

—Gracias por lo de antes... Si no llegas a apartarme hubiese acabado recibiendo un golpe o tirada en el suelo. —Alzó los hombros para quitarle importancia—. ¿Cómo supiste lo que iba a pasar?

—Vi a los dos policías abriéndose paso entre la gente e intuí que iban a detener a alguien cuando noté que uno de ellos sacaba unas esposas del bolsillo. Me giré y te vi detrás, mirando el móvil. Supuse que si pasaba algo

no te ibas a dar cuenta y podías recibir algún empujón.

—Y así hubiese pasado si no llegas a apartarme. —Le miré de reojo. Él seguía con la vista al frente—. Gracias de nuevo.

Continuamos caminando en silencio hasta que entramos en mi calle.

—Ya casi hemos llegado.

—¿Vives con tus padres?

—Sí, ¿y tú?

—Con mi padre.

Recordé a la chica embarazada del hospital y vi la oportunidad de salir de dudas.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté.

—Una hermana y un hermano. Los dos están casados.

—Entonces tendrás sobrinos ¿no?

—No, todavía no. Aunque no creo que mi hermana tarde demasiado en quedarse embarazada. Sé que ya están buscándolo.

Así que no era su hermana. ¿Quién podía ser? ¿Una folla-amiga a la que había dejado preñada? Nos quedamos en silencio hasta llegar al portal de casa de mis padres. Nos despedimos con un simple adiós y le vi caminar calle abajo mientras abría la puerta, intrigada y algo confundida. Una semana atrás nos había estado evitando y ese día se medio disculpa, me salva de una caída, me esquiva de nuevo y luego me acompaña a casa hablándome de su familia, eso sí, de forma escueta y sin tan siquiera mirarme a los ojos. Ocultaba algo, ese chico ocultaba algo y tuve el presentimiento de que la chica embarazada era la explicación a esa actitud...

CAPÍTULO 4 – LLEGÓ SIN AVISAR

Cuando vi entrar a mi prima Paz en la recepción del hotel me sorprendí y también me asusté. Hacía poco que había cumplido diez años y ya parecía una adolescente. ¡Cómo cambian los niños a esa edad! Aunque para mí seguía siendo una inocente y entrañable princesita, Paz ya vestía pantalones ceñidos, camisetas estampadas con fotos de los cantantes de moda y movía su pelo liso de lado a lado como si fuera una jovencita coquetona.

Entró sonriente y casi corriendo. Nos veíamos una vez al mes, la tarde que su madre, mi tía Eulalia, tenía cena con sus amigas. Aprovechábamos esas horas para visitar el acuario, el museo de cera, pasear por el centro de la ciudad o jugar al parchís en casa cuando el tiempo no acompañaba. El cielo anunciaba a gritos una tormenta así que pensé en la posibilidad de alquilar una película de camino a casa y hacer palomitas a la vieja usanza, como a las dos nos gustaban, nada de microondas ni mantequilla pringosa... una olla donde verlas saltar mientras se abrían, un chorro de aceite de oliva y una pizca de sal.

Faltaban apenas treinta minutos para acabar mi turno cuando mi tía Eulalia se despidió y me dejó a Paz. Le pedí permiso a Rafael para que mi prima me hiciera compañía dentro de recepción y no puso impedimento. La niña se sentó a mi lado, en uno de los taburetes altos que teníamos tras el mostrador y llamó mi atención tocándome en el hombro.

“Cuando sea mayor quiero trabajar en un hotel”, me dijo.

Sonreí por su ocurrencia. Mi tía ya me había contado en más de una ocasión que Paz me admiraba y quería ser como yo.

“Puede que cambies de idea dentro de unos años”, le repliqué.

Continuamos conversando con las manos durante unos minutos más hasta que me di cuenta que observaba con curiosidad al vagabundo de las flores. Le expliqué que era sordo como ella y que siempre se situaba en esa esquina para pedir limosna y vender rosas. Ella lo estaba contemplando intrigada cuando el vagabundo se giró y nos miró a las dos. Paz le dijo hola con las manos y él le respondió de la misma forma. Creo que incluso le

dedicó una sonrisa.

—Buenas tardes —Una voz me sorprendió por detrás. Era Derek, con su leve acento alemán—. Tienes una ayudante preciosa, Laura, tanto como tú.

Me sonrojé y mi prima me miró sonriente y suplicante. Aún le costaba leer en los labios y todavía le resultaba más difícil cuando la persona que hablaba era extranjera. Le traduje la frase de Derek y también le dedicó una sonrisa complaciente.

Le expliqué al alemán que mi prima era sorda de nacimiento y estuvimos un rato conversando sobre ella. Parecía interesado, no dejó de mirarme a los ojos en ningún momento y su sonrisa se mantenía estática, como sacada de un anuncio de cepillos dentales. Aunque su mirada verde no era tan intensa como la del vagabundo, tuve que reconocer que aquellos ojos me embobaban. Poco me duró el atontamiento cuando noté cómo mi prima tiraba de mi falda de recepcionista.

“¿Puedo ir?”, me preguntó mirando al vagabundo. Me sorprendió comprobar que a ella también le fascinaba aquel hombre, que la curiosidad le empujaba a acercarse a él. Asentí con la cabeza, naturalmente. Ella solo quería conocerle y yo confiaba en que el vagabundo no la iba a defraudar.

La seguí con la mirada y Derek hizo lo mismo. Paz salió decidida al exterior y se situó frente a su objetivo. Desde el otro lado del mostrador contemplé ensimismada como él se agachaba para estar a la misma altura que la niña. Abrí bien los ojos y me incliné hacia adelante para convencerme de que lo que estaba intuyendo tras su poblada barba era lo que creía ver: ¿estaba sonriendo? Tuve que inspirar con cierta brusquedad al sentir que me faltaba el aire. Me había quedado tan atónita observándoles que ni tan siquiera respiraba. Él con una rodilla apoyada en el suelo mirando a Paz a los ojos mientras ella agitaba las manos como una cotorra. Sonreí al verla tan entusiasmada y contenta. El vagabundo respondía a todas sus preguntas afirmando con la cabeza y añadiendo algunos gestos. Intenté leer los signos pero uno de los sillones del bar me impedía ver las manos de mi prima. Así que me mordí el labio inferior y permanecí allí quieta, esperando que ella volviera para saber qué había averiguado sobre él. No hay mejor periodista que la inocencia de un niño de diez años y sus preguntas sin filtros, sin miedos, a saco.

Aunque el cielo se había cubierto de una densa y oscura nube, la lluvia continuaba al acecho, esperando el estrépito del trueno para salpicar las calles con su furia.

—Deberías decirle a tu prima que vuelva. Está a punto de llover. — Me había olvidado totalmente de Derek—. ¿Os gustan los gofres? Los que hacen en la cafetería de al lado están exquisitos, ¿se dice así, exquisitos?

Sonreí por su pregunta y volví a la recepción. Físicamente ya estaba allí, pero mis cinco sentidos estaban en la calle, en aquella sucia esquina. Miré sus ojos verdes y sonreí mientras asentía con la cabeza.

—Os invito a merendar.

Acepté como una autómatas. No estaba yo para pensar en si debía o no rechazar la invitación de un desconocido con apariencia de hombre culto y bien educado. Y, como otras tantas veces, volví a hacerlo, volví a confiar, a no dudar y dejarme llevar por esa extraña facilidad que tengo yo para ver solo el lado bueno de las personas.

Miré mi reloj de muñeca al oír los pasos de Rafael, que salía de una de las habitaciones de la planta baja que usaba como despacho. Él se encargaba de atender a los clientes en recepción cuando acababa mi turno. Recogí mis cosas y, mientras me despedía de mi jefe, un fuerte estruendo me sobrecogió. El trueno nos avisaba de la inminente lluvia. Recordé que solo llevaba un pequeño paraguas en el bolso y le pedí prestado a Rafael uno de los que guardábamos en recepción, grandes, negros y con el nombre del hotel impreso en letras blancas.

Derek y yo salimos a paso ligero hacia donde Paz y el vagabundo continuaban conversando animadamente. Ella sujetaba una rosa en la mano y se la acercaba a la nariz para inspirar su olor. Al vernos él se reincorporó y me miró con esa intensidad y esa seriedad que tanto me fascinaba. Le sonreí agradecida y él me devolvió el gesto con una leve inclinación de cabeza. ¿Conseguiría yo alguna vez que me sonriera como había hecho con Paz?

Le expliqué a mi prima que Derek nos quería invitar a un gofre en la cafetería que teníamos justo enfrente y ella aceptó encantada. Se despidió cariñosamente del vagabundo y los tres entramos en la cafetería, donde el olor a azúcar y chocolate caliente nos hizo inspirar largamente, un pequeño

anticipo a lo que íbamos a degustar en unos minutos. Nos sentamos en una mesa redonda junto al escaparate. El sitio lo eligió Paz y enseguida supe el porqué: desde ese lugar podía observar a su nuevo amigo. Me moría de ganas por preguntarle sobre lo que habían hablado, qué sabía de él, si conocía su nombre, si habían conversado sobre mí, si tenía familia, si tenía sitio dónde dormir, si estaba solo, a qué se había dedicado en el pasado, qué le había llevado hasta esa situación... Las preguntas que todos los días me hacía sobre él eran interminables. Estuve tentada a sonsacarle algo de información a mi prima pero delante de Derek no me pareció correcto así que, de nuevo, tuve que reprimir mi curiosidad y esperar.

Pedimos cada uno un gofre con chocolate caliente y Derek empezó a hablarme de él. Trabajaba para una importante empresa familiar alemana que producía bebidas alcohólicas, sobre todo vinos y cervezas. Me nombró la marca, que al parecer debía ser bastante conocida, pero le dije que yo no solía beber alcohol y que no la había probado. Estaba en Barcelona para pasar un período de descanso, aprovechando que en dos semanas se celebraba la primera edición de la “Barcelona Beer Festival”, una feria sobre la cerveza artesana. Me contó que su abuela materna era española y aunque su madre había nacido en Alemania, siempre había hablado con él en castellano. Me resultó agradable mantener aquella conversación. En todo momento se comportó con mucha educación, sonriente y muy cercano. Había oído hablar del carácter frío y distante de los alemanes pero intuí que los genes españoles de Derek le habían ganado la partida a los alemanes.

Paz rebañaba entusiasmada el chocolate de su plato cuando se giró súbitamente, mirando al exterior. Un relámpago iluminó la calle y apenas unas décimas de segundo después un trueno hizo vibrar la mesa. Miré a mi prima para tranquilizarla, pero ella parecía estar más preocupada por el vagabundo, que empezó a recoger sus cosas y fue a resguardarse bajo un balcón, a dos metros de la sucia esquina donde se situaba todo los días. Empezó a llover con fuerza y el viento atizaba la lluvia haciendo que virara como una veleta.

“¿Nos vamos?”, le propuse a mi prima. Ella asintió con la cabeza.

Derek se dirigió a la barra para pagar los gofres y, una vez solas, mientras Paz se ponía su chaquetón, las manos se me movieron solas, como si

llevaran horas reprimiéndose. Naturalmente, le pregunté qué había averiguado sobre el vagabundo.

“Se llama Ángel”, mi prima gesticuló su nombre, letra a letra.

—Ángel... —susurré mientras mi mirada se cruzó con la de él y mis carrillos volvieron a sonrojarse.

“Sus flores favoritas son las rosas de color rosa. Y creo que tú le gustas...”, eso último lo dijo mi prima mientras me sonreía con picardía.

—¿Qué dices? —exclamé alzando la voz.

—¿Todo bien? —Derek me sorprendió por detrás. Este hombre tenía el don del oportunismo.

—Sí, sí... vámonos antes de que llueva con más fuerza. —Saqué el paraguas de mi bolso y le di el del hotel a Paz—. Será mejor que volvamos a casa en taxi.

Había una parada de taxis a apenas cinco metros del hotel así que nos preparamos para salir corriendo hacia la puerta acristalada, donde aprovecharíamos para refugiarnos y despedirnos de Derek. Pero justo cuando pasábamos frente al vagabundo, mi prima se paró y se acercó a él. Se resguardó bajo el balcón que mantenía aquel pequeño espacio seco y le ofreció el paraguas. Él me miró buscando una aprobación en mis ojos y asentí con la cabeza. Cubrí a Paz con mi paraguas y con apenas una mano le pedí que me lo devolviera al día siguiente. Continuó clavando en mí la mirada hasta que la desvió para fijarla en Derek. Fueron décimas de segundo, pero pude apreciar como fruncía el ceño levemente, antes de volver a mirarme.

Nos despedimos rápidamente de Derek y subimos al taxi. Antes de que arrancara, Paz se giró en el asiento trasero del vehículo y se despidió del vagabundo saludándolo con una mano. Él hizo lo mismo y yo me quedé observándole mientras nos alejábamos de allí, pensando en lo que había dicho mi prima unos minutos antes: “creo que le gustas...” ¿Sería una absurda idea propia de niñas pre-adolescentes? ¿Niñas que buscan en hombres adultos un príncipe azul, un héroe, un caballero oscuro que oculta su corazón tras una coraza o un vagabundo misterioso con una mirada seductora y penetrante? ¿Estaba yo dejándome llevar por ese enigma, por esa fascinación hacia la intriga y lo desconocido? No entendía muy bien qué

suscitaba en mí aquel hombre, pero no quise negarme a lo evidente... Algo en él me atraía y debía frenarlo antes de que fuera a más.

El día siguiente amaneció despejado de nubes. Las calles continuaban mojadas y el frío había congelado algunos charcos, creando peligrosas capas de hielo sobre las aceras. Después de coordinar con Dolores el servicio de limpieza con las salidas y entradas previstas para ese día, estaba contemplando el ir y venir de la gente, cuando vi al vagabundo de las flores entrar por la puerta acristalada. Se acercó despacio, con un paso lánguido, como si le pesaran las piernas. Sus ojos estaban brillantes y algo enrojecidos. Su mirada no tenía la misma intensidad que otras veces y no supe qué pensar. Me señaló los baños mientras depositaba las flores sobre el mostrador, como otras tantas mañanas, pero aquella vez fue distinto...

—Menudo colocón lleva encima. —Dolores por detrás, con el mismo don que Derek—. Debe estar de coca hasta las cejas.

—¿Tú crees? —pregunté sin dejar de mirar la puerta de los lavabos.

—Laura, eres demasiado inocente. Hazme caso a mí, que por desgracia he visto esos ojos muchas veces...

¿Sería cierto? ¿Se drogaba el vagabundo? Cerré los ojos y por un instante recordé a mi prima Paz frente a él. Aquella imagen que había quedado grabada en mi retina como una de las postales más tiernas que jamás había visto de pronto se tornó oscura y tenebrosa. Había dejado a mi prima de diez años a solas con un drogadicto, un hombre al que desconocía y que podía haberle hecho algo malo... ¡Ingenua! Me repetí varias veces a mí misma lo ingenua y tonta que podía llegar a ser. ¿Por qué confiaba en la gente con tanta facilidad? ¿Por qué no dudaba aunque fuera un poco? ¿Por qué no era capaz de ser más cauta? Estaba inmersa en aquellos pensamientos y no me di cuenta de que volvía a tener sus ojos sobre mí.

“¿Estás bien?”, me preguntó, haciendo un amago de buscar la respuesta en mis pupilas.

Apenas asentí con la cabeza y miré para otro lado, no quería conversar con él. Me sentía defraudada. Y supongo que lo notó porque agachó la cabeza, cogió las flores y volvió a su esquina.

Intenté dejar de pensar en ello. No debía inmiscuirme en la vida de los demás al igual que no debía permitir que nadie entrara en la mía sin conocerle lo suficiente. No hay que dejar la puerta abierta y consentir que alguien se cuele sin avisar. Y así fue como llegó Ángel, o el vagabundo de las flores, llegó sin avisar, llegó sin pedir permiso y debía salir de mi vida lo antes posible.

Había vuelto a concentrarme en la pantalla de mi ordenador cuando un señor de unos cincuenta años, bajito, grueso y con un pequeño bigote, se acercó al mostrador para pedirme una habitación individual. Arrastraba una pequeña maleta plateada y vestía un traje de pantalón y americana negro. El típico hombre de negocios que viaja a la ciudad para reunirse con clientes o asistir a conferencias.

—Señorita, ¿me podría dar la habitación 402? La última vez que estuve aquí me hospedé en ella y me gustó su ubicación.

Me extrañó su petición pero pensé que no era tan descabellada. Si ya había estado ocupando aquella habitación bien podría pedir la misma. Busqué en el ordenador si la 402 estaba disponible para las tres semanas que me solicitaba y le confirmé la reserva. Le di la tarjeta y le indiqué cómo llegar a los ascensores. Le seguí con la mirada y al volver la cabeza vi como el vagabundo se llevaba una mano a la boca para controlar un ataque repentino de tos. Me pareció que estaba algo más pálido y continué observándole. Tosía cada vez con más frecuencia y le vi sacar del bolsillo de su abrigo un pañuelo de papel para limpiarse la nariz. ¿Y si estaba resfriado? Eso explicaría sus ojos vidriosos y su debilidad al caminar. El día anterior había llovido mucho y aunque le dejamos el paraguas, el viento ya le había empapado casi por completo. Recordé entonces que le había pedido que me devolviera el paraguas e intuitivamente fui a buscar en el armario donde los guardábamos. Estaban todos allí. ¿Se lo entregaría a Rafael antes de irse? ¿O lo dejaría en recepción en un momento que no hubiera nadie?

En una de las veces que cruzamos la mirada le pregunté con las manos si se encontraba bien, pero él apenas asintió con la cabeza y desvió la vista al frente. No estaba bien. No hacía falta ser médico para saberlo. Continué observándole durante casi una hora, hasta que ya no me pude reprimir. ¿Me había dicho yo que debía ser más cautelosa? Pues, me duró

poco... No había nadie en recepción así que me puse el abrigo por encima y salí fuera.

Me situé frente a él, crucé los brazos y le miré con los ojos entreabiertos. Él se sorprendió en un primer instante, pero luego agachó la cabeza, rendido, como si me leyera la mente y supiera qué le estaba insinuando. Se llevó un dedo a la altura de la garganta para indicarme sin más gestos dónde tenía el dolor. Me fijé en sus ojos. Los tenía más cerrados de la cuenta, estaban tristes y vidriosos. Me acerqué a él y le rocé la frente con el dorso de mi mano. Estaba ardiendo de fiebre.

“Estás mal. Deberías ir al médico”.

Negó con la cabeza y le miré enfadada. Un amago de sonrisa apareció tras su barba. ¿Se estaba riendo de mí? Ese hombre no conocía mi testarudez. Sin pensarlo dos veces, sujeté su brazo y le indiqué que me siguiera. Él cogió rápidamente la bolsa de tela que siempre dejaba en el suelo e intentó que le mirara, pero aproveché su debilidad para tirar de él con fuerza hasta la recepción. Busqué a Dolores. Afortunadamente no estaba allí, así que arrastré al vagabundo hasta adentrarnos en el pasillo de la planta baja. Él intentaba frenarme, dándome golpes en el hombro para que le mirara, pero ignoré sus quejas. Entramos en una de las habitaciones. Estaba vacía y no podíamos ocuparla con ningún huésped porque el televisor no funcionaba. Antes de cerrar la puerta me giré y le miré amenazante.

“Quítate el abrigo y métete en la cama. Voy a traer algo para que te baje la fiebre”, le dije sin darle opción a réplica. Cerré la puerta y le dejé allí, mientras movía la cabeza de lado a lado para negarse.

Volví a recepción muy nerviosa y notando como mi corazón palpitaba a una velocidad desenfrenada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Me había vuelto loca? ¿Si Rafael se enteraba, estaba despedida! Tapé mi cara con las dos manos. Cerré los ojos y recordé las palabras de Natalia: “Cuidado, Laura, que tú eres demasiado bondadosa. Ese vagabundo puede meterte en un lío”. Y, ¿cuánto había tardado? Dos semanas y ya estaba yo metiendo la pata con mi afán de ser caritativa. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Le dejaba allí en la calle con aquella fiebre? ¿Y si no tenía dónde ir? ¿Y si no tenía dinero para medicamentos? De todas formas, ya era demasiado tarde. Ya le había metido en aquella habitación y posiblemente estaba tumbado en la cama. Fui en busca del

botiquín y cogí algunos medicamentos. Dolores seguía sin aparecer así que tomé prestadas dos botellas de agua del bar. Después le diría que me las había pedido un cliente.

Cuando abrí la puerta de la habitación él ya no estaba allí de pie. Entré intentando hacer el menor ruido posible, andando casi de puntillas. Debía haber corrido las cortinas porque la habitación estaba más oscura. Vi su abrigo estirado sobre una silla y sus zapatos en el suelo. Se había tumbado sobre la cama sin deshacerla. Me acerqué con sigilo. Se oía su respiración algo más acelerada por la fiebre pero parecía dormido. Dejé las dos botellas de agua sobre la mesita de noche y preparé la medicación en un vaso. Iba a intentar despertarle para que se bebiera el paracetamol pero me quedé observándole. No se había quitado la gorra, ni las gafas, pero al acercarme pude ver mejor sus facciones. Nariz recta y pequeña, labios bien perfilados y una barba muy poblada que le oscurecía el semblante. Pensé que afeitado su rostro debía ser agradable.

Bajé la mirada al notar como movía una de sus manos. Estaban sucias, como si hubiera escarbado en la tierra. Vi que asomaba una pulsera negra por su muñeca, bajo un jersey de punto deshilachado y descolorido. Levanté el final de la manga para ver mejor qué había inscrito en la placa de la pulsera. Era una placa plateada, pequeña, como las que se le compran a los niños cuando hacen la primera comunión. Estaba sujeta por una tira de cuero negra trenzada. Me acerqué para leer el nombre grabado: Nacho. Estaba acariciando con la punta del dedo el relieve de esas letras sobre la placa cuando sentí su mano sujetar mi muñeca con fuerza. Me la separó con brusquedad y me asusté. Busqué sus ojos y los encontré abiertos, mirándome con sorpresa. Había levantado la cabeza y noté los músculos de su mano en tensión, apretando todavía mi muñeca. Apenas unas décimas de segundo después su rostro se relajó y suspiró aliviado. Se volvió a tumbar y soltó mi mano.

Nos pedimos perdón mutuamente y le señalé el vaso con el medicamento. Se reincorporó con lentitud y se lo tomó a sorbos, haciendo gestos de dolor al tragar. Volvió a recostarse y me dio las gracias sin dejar de mirarme a los ojos. Incluso con fiebre era capaz de fascinarme con su mirada.

“Mi prima me contó que te llamas Ángel”, le dije para disimular mi

sofoco.

Asintió con la cabeza y me preguntó mi nombre. Le respondí gesticulando cada una de las letras que lo componen y me sonrió levemente cuando acabé. No parecía tener fuerzas para continuar conversando pero no pude evitar hacerle la pregunta.

“¿Quién es Nacho?”

Tardó en responder. Sus ojos miraron para otro lado y su semblante entristeció. Empezó a mover una mano, pero parecía no encontrar la respuesta adecuada a mi pregunta... Le toqué el brazo para darle a entender que no debía responderme si no quería, pero aun así lo hizo.

“Nacho fue alguien muy importante para mí. Pero ya no está”.

“Lo siento”.

Cerró los ojos unos segundos después y salí de la habitación para dejarle descansar. Caminando por el pasillo pensé en quién podía ser Nacho. Descarté que fuera su padre o un amigo. No creí que nadie llevara grabado el nombre de su padre o de un amigo en una pequeña placa tamaño infantil. Y un vuelco en el corazón me hizo parar, quedándome quieta en medio de aquel pasillo. ¿Nacho era un niño? ¿Su hijo? ¿Había perdido Ángel a su hijo? Un escalofrío recorrió mi cuerpo, dejándome una angustia en el estómago al pensar en el dolor que la muerte de un hijo puede suponer para un padre. Llegué a recepción aún conmovida.

—Laura, Laura... Ha llegado algo para ti. —Dolores me sacó de mis pensamientos—. Lo acaba de traer un mensajero. No lleva tarjeta.

Sobre el mostrador pude ver una pequeña maceta transparente de la que se erguía la orquídea color turquesa más hermosa que jamás había visto. Abrí mucho los ojos, alucinada. Me acerqué para acariciar sus flores y percibir su fragancia. Una mezcla de chocolate y canela que me recordó a mi infancia. Adoro las orquídeas y las de color turquesa son unas de mis favoritas. Busqué alguna nota, algún sobre, algo que me indicara quién me la había enviado.

—¿Algún enamorado que no quiere dar la cara? —me preguntó Dolores con curiosidad y ladeando la boca en forma de sonrisa picarona.

—No tengo la más mínima idea...

—¿Es tu cumpleaños, tu santo, algún aniversario...? —Creo que ella tenía más curiosidad por saber de quién era que yo misma.

Negué con la cabeza mientras cogía la maceta y la situé sobre la cómoda de cajones que tenía detrás de mí, admirándola ensimismada. ¿Quién me podía haber enviado una orquídea color turquesa, una planta tan difícil de encontrar? ¿Quién sabía que era mi flor favorita? ¿Quién? Y, ¿por qué?

—Sabía que te gustaría... —la voz de Derek nos sorprendió a las dos.

—¿Has sido tú? —me llevé las manos a la cara para tapar el rubor en mis mejillas.

—Busqué una flor que superara tu belleza, pero creo que es imposible... Tú eres mucho más hermosa.

Me quedé inmovilizada ante sus palabras. Todas y cada una de ellas pronunciadas con una voz dulce y sensual, acompañadas con una sonrisa en los labios y una mirada embaucadora. Oí gimotear a Dolores, estaba emocionada, como si contemplara una escena romántica frente a su televisor.

—Derek, yo... —No me salían las palabras—. Te lo agradezco, de verdad, pero no hacía falta...

Se acercó al mostrador y se inclinó levemente para taparme la boca con dos dedos, en una caricia que me subió todavía más los colores. Uf... con el alemán.

—No te preocupes, solo quería agradecerte que aceptaras mi invitación de ayer. Me encantó merendar contigo.

Me quedé quieta, sin saber qué decir aunque en mi mente no paraban de circular absurdas preguntas: ¿me envía una orquídea porque acepté merendar con él un simple gofre?, ¿y si llego a cenar con él qué me regala?, ¿un diamante?, ¿será algo típico en Alemania, que la gente agradezca con flores que aceptes una invitación a merendar?

Derek me sacó de esos pensamientos sin sentido para explicarnos que estaba muy contento porque acababa de cerrar un negocio con una distribuidora de bebidas alcohólicas, dispuesta a comercializar en España la

marca de cervezas que él representaba. Dolores le hizo algunas preguntas mientras yo continuaba contemplándole algo descolocada. Al cabo de unos minutos Derek miró al exterior y se volvió a nosotras arrugando las cejas.

—El vagabundo que siempre vende flores en esa esquina, ¿no ha venido hoy?

¡El vagabundo! Con tanta orquídea y tanta conversación me había olvidado de que estaba durmiendo a escasos metros de allí. ¡Si Dolores o Rafael se enteraban estaba de patitas en la calle!

—Se habrá ido a meterse algo más de esa mierda. Esta mañana iba pasadito de vueltas.

Derek me miró sorprendido e interrogante, como si buscara en mí una confirmación. Moví la cabeza, intentando mostrar una expresión neutra, ni sí ni no...

—¡Quién lo hubiera dicho! —exclamó escudriñando en mis pupilas—. Laura, deberías tener más cuidado...

—¿A qué te refieres? —Imaginaba a qué se refería pero me hice la tonta.

—Ayer dejaste que tu prima estuviera a solas con ese hombre y estoy seguro de que le has ayudado en alguna ocasión. Vi cómo te agradeció ayer que le dejarais el paraguas y supuse que no era la primera vez. No deberías ser tan confiada.

Tenía razón, no debía ser tan confiada, pero no estaba arrepentida. Algo en mi interior me decía que Ángel no era mala persona, que su mirada dulce e intensa no podía transmitir odio ni maldad. Pero era cierto, debía ser más cauta, debía recordármelo de nuevo. No le conocía y seguro que tras él había un pasado doloroso o quizás oscuro. Sí, debía tener cuidado pero no por eso iba a dejar de ayudar a alguien que lo necesitaba. Eso era ir en contra de mis principios.

Estuvimos los tres un rato más conversando sobre el trabajo de Derek hasta que Dolores nos dejó a solas. En ese preciso instante me percaté de que el alemán sujetaba el asa de una de sus maletas. La miré extrañada y él me preguntó si podía hacerle un favor. Me explicó que en el interior de la maleta

guardaba algunas muestras de los diferentes tipos de cerveza que comercializaba y que necesitaba un lugar fresco donde guardarlas. Recordé que teníamos espacio suficiente en las cámaras frigoríficas de la cocina. Me siguió hasta aquella pequeña estancia donde apenas se preparaban los desayunos.

—Puedes guardarlas aquí —le dije mientras abría una de las cámaras—. Más tarde se lo comentaré a Rafael.

—Muchas gracias, Laura. —No sabría decir si me sonrió con su mirada más seductora o me miró con su sonrisa más seductora—. ¿Tienes algo que hacer este sábado por la noche?

¡Mierda! Aquella pregunta no me hizo ni pizca de gracia, pero... ¿cómo iba a ser descortés con él después de su regalo?

—Pues... no. Cenaré con mis amigos el viernes pero aún no tengo planes para el sábado —Había hablado con Sonia el día anterior y quedamos que nos veríamos el viernes.

—Te invito a cenar en un restaurante griego que está a dos esquinas de aquí. Hacen una musaka excelente, ¿se dice así, excelente?

Volví a sonreír por su humor, tan inocente y educado como él. Asentí, no pude remediarlo. Derek me caía bien. Me parecía uno de esos caballeros románticos que te agasajan con sus palabras y gestos pero sin avasallar, con educación y con respeto. Así que me resultó imposible decirle que no.

Salimos de la cocina y nos despedimos. Por fin volvía a estar sola, así que aproveché para acercarme a la habitación donde Ángel dormía. Entré de nuevo con sigilo pero ya no le vi tumbado en la cama. Encendí la luz y comprobé que todo estaba en su sitio. El edredón parecía haber sido estirado, como si nadie hubiera dormido sobre él apenas unos minutos antes. Me acerqué a la mesita de noche y sonreí al ver una rosa roja junto al vaso y las dos botellas de agua. Fue su forma de darme las gracias. Cogí la rosa e inspiré su fragancia, rozando uno de sus pétalos con la punta de mi nariz, recordando la vez que él me hizo aquella misma caricia.

Regresé a mi puesto en recepción, esperando contemplar de nuevo la figura de Ángel en aquella sucia esquina, pero solo pude ver al nuevo cliente del pequeño bigote, recostado sobre uno de los sillones del bar, leyendo el

diario.

No volví a ver al vagabundo hasta el viernes. Cuando llegué al hotel él ya estaba allí y me saludó con un movimiento leve de cabeza. Guardé mis cosas en el armario de recepción, repasé las entradas y salidas registradas por Rafael y coordiné con Dolores el servicio de limpieza. Una vez ella me dejó sola, me senté en el taburete alto y miré a Ángel, esperando que él se girara. No tardaría en hacerlo. Pensé que tal vez él también sintiera curiosidad por mí, al igual que yo la sentía por él... aunque, ¿quién puede sentir curiosidad por una simple recepcionista? Yo no podía despertar en él ninguna clase de interés, yo no parecía misteriosa, ni intrigante... Recordé de nuevo las palabras de Paz, ¿y si yo le gustaba? ¿Y si sus miradas intensas eran provocadas por la atracción? Uf... Debía dejar de pensar así, debía olvidarme de esas chorradas y centrarme en mi nuevo objetivo: ser más cauta.

Unos minutos después, tal y como yo sabía que no tardaría en hacer, se giró y me miró. Tardé unos segundos en mover las manos para hacerle la pregunta que tenía en mente, pero es que, una vez más, me había quedado atrapada en la intensidad de su mirada, en sus ojos fijos en mí. Creo que nunca antes nadie me había mirado de aquella forma, como queriendo escarbar en mi interior, abducirme y apresarme para siempre. ¡Laura, vuelve al planeta tierra!

“¿Estás mejor?”, pregunté al fin.

Asintió con la cabeza.

“Gracias a ti”

Sonreí y me sentí satisfecha. Satisfecha no, feliz.

¡Al cuerno los consejos cobardes de que no debo acercarme a un desconocido para ayudarlo! ¡Al cuerno las personas que no entienden que la bondad es una cualidad humana que todos debemos practicar para ser felices! ¡Y al cuerno mi nuevo objetivo de ser más cauta con Ángel! No sabía cuánto me iba a durar mi recién estrenada determinación, pero en aquel momento lo tenía claro: iba a confiar en él.

La jornada de aquel viernes fue tranquila. Entraron dos familias de

ingleses con los que por fin pude practicar ese idioma que tenía tan oxidado. Ángel entró a recepción un par de veces, siempre aprovechando que me encontraba sola. Apenas cruzamos un “gracias” y un “de nada”, pero aquel día sentí una mayor complicidad en sus gestos, amagos de sonrisas y un guiño que me dejó paralizada durante casi sesenta segundos. Una vez volví en mí, recuerdo que pensé sonriente que Ángel debía haber sido todo un Don Juan veinte años atrás.

Había quedado con Sonia a las ocho en una pizzería a tres manzanas de allí. Aquel viernes mi turno acababa a las siete y pensé que no me iba a dar tiempo de pasar por casa con el tráfico que solía haber a esas horas, así que me llevé algo de ropa para cambiarme antes de salir y dirigirme directamente al restaurante. Incluso me daría tiempo de pasar por las calles más comerciales de la ciudad y ojear los escaparates.

Estaba en uno de los baños del hotel cambiándome cuando recordé el instante en que Raúl me aprisionó con su espalda contra la pared. La verdad es que había rememorado muchas veces ese momento durante aquellos días. Era curioso como en apenas dos semanas tres hombres habían entrado en mi vida para ocupar mis pensamientos de aquella forma.

Raúl me parecía intrigante, al igual que el vagabundo, pero distinto... Él me confundía, parecía una cosa y luego era otra... algo difícil de explicar. El chico ausente y esquivo que conocí en aquel bar era distinto al chico cariñoso y atento que vi en el hospital. Y después, aquel momento en el que me sentí tan protegida por él, envuelta en su cuerpo como si fuera un preciado tesoro al que custodiaba con su propia vida... Sí, tal vez pareciera exagerado, pero en ese instante me sentí segura junto a él. Y, sin embargo, acabó la noche confundiéndome de nuevo. Amable pero esquivo, protector pero distante... Y esa manía de no mirarme casi a los ojos. ¿Sería timidez? ¿O es que yo no le caía bien?

Luego estaba Ángel, del que no pasaba un día sin preguntarme quién era, cómo era, qué pensaba, qué sentía, quién era Nacho... y sus miradas, esos ojos color miel posándose sobre los míos, acariciando mis pupilas con las suyas... Intrigante, misterioso e intenso. Muy intenso.

Y por último, Derek, el amable, educado, encantador y atractivo hombre que me invitaba a un gofre y luego me regalaba la más hermosa de

las orquídeas.

Rafael ya ocupaba mi puesto, así que después de recoger mis cosas, salí por la puerta de cristal despidiéndome y deseándole un buen fin de semana. Por fin era viernes y por fin iba a encontrarme con Sonia y Natalia. Estaba pensando en ellas, sonriente, como cada vez que mis amigas ocupaban mis pensamientos, cuando vi a Ángel caminar delante de mí a unos tres o cuatro metros de distancia. En un inicio aceleré el paso con la intención de acercarme a él, pero cambié de idea. Tenía una oportunidad única: seguirle. ¿Para qué? Pues aún no lo tenía claro, tal vez para averiguar todo lo que pudiera sobre él, sobre dónde dormía, dónde vivía, si se iba a encontrar con alguien o si acudiría a un centro de esos donde dan de comer a la gente sin hogar. Tenía tiempo suficiente y podía desviarme de mi ruta, así que continué caminando a escasos metros de él. Recuerdo que mi madre me llamó por teléfono para preguntarme sobre un restaurante chino con el que quería sorprender a mi padre esa noche. Era su aniversario de bodas y desde hacía más de treinta años salían a cenar para celebrarlo. Le expliqué cómo llegar mientras no perdía de vista la espalda del vagabundo, acercándome a él tal vez más de la cuenta.

Cuando acabé de hablar con mi madre, vi como Ángel se adentraba en un callejón oscuro, húmedo y repleto de bolsas de basura a los lados. Me quedé observándole en la esquina. Entró en el portal de un edificio viejo, con una de esas fachadas descuidadas y sucias de las que cuelgan tendederos de ropa deslucida por los años y la contaminación. Permanecí unos minutos apoyada en aquel rincón, sin comprender qué estaba haciendo allí o qué esperaba averiguar. Ángel no volvió a aparecer, ni le vi asomarse por ninguno de aquellos estrechos balcones de hierro forjado. Sacudí la cabeza de lado a lado, para regañarme a mí misma por haber llegado a esa extraña situación y miré hacia adelante. Estaba a pocas manzanas del restaurante y aún podía entretenerme veinte minutos así que continué caminando y utilicé los escaparates para olvidar al vagabundo y esa obsesión que me estaba desviando de mi ahora doble objetivo: ser más cauta y disfrutar de una noche con amigos.

CAPÍTULO 5 – ¿MITAD Y MITAD?

Llegué al restaurante un par de minutos antes de las ocho y en pocos segundos me encontraba sola sentada en una mesa redonda para siete. Sonia había hecho la reserva y supuse que además de nosotros cuatro también nos acompañarían Marcos, Pedro y Raúl. No me desagradó la idea. Yo siempre había querido ampliar el grupo de amigos y al parecer estos chicos estaban encajando bien con mis amigas. No puedo decir lo mismo de Miguel. Aún no tenía muy claro qué opinaba de ellos. Pensé que se sentía algo desplazado o tal vez desconfiado, como era normal en él.

Estaba jugueteando con los cubiertos y no me di cuenta de que Marcos y Raúl acababan de entrar en el restaurante. Sus risas me hicieron despertar de mis pensamientos y levanté la mirada hacia ellos. Abrí la boca sorprendida y pestañee sin acabar de creerme lo que estaba contemplando. “Increíble”, pensé. Fue la primera vez que vi reír a Raúl. Sí, reír echando la cabeza hacia atrás, mostrándose relajado, simpático, divertido y, lo peor para mi firme determinación de ser cautelosa con los hombres misteriosos, guapo, muy guapo, guapo a rabiar. Llevaba unos pantalones vaqueros claros y una camiseta de algodón negra y ceñida. Sujetaba con una mano una bolsa de deporte y con la otra el chaquetón colgando de su espalda, el chaquetón con el que me había envuelto unos días atrás y que no había podido retirar de mi mente. Color gris y con un leve olor a colonia masculina, una fragancia que despertaba mis sentidos cada vez que recordaba el calor de su cuerpo sobre el mío. Sabía que debía controlar esos pensamientos pero, ¿qué me estaba pasando con Raúl? ¿Qué tenía ese chico que me confundía tanto? ¿No había dicho yo que me caía mal?

—¡Hola, Laura! —Marcos se acercó para darme dos besos y se sentó a mi lado—. ¿No llegaron todavía los demás? ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Le saludé con una negativa. Le expliqué que trabajaba a pocas manzanas de allí y que había ido directamente, sin pasar por casa, dando a entender el porqué de mi puntualidad. Mientras tanto, noté como Raúl ocupaba el asiento libre a mi izquierda. Me giré hacia él para saludarle y me

besó las mejillas rápidamente, como si pasara un trámite tedioso. Me susurró un hola, agachó la cabeza y cogió una de las cartas del restaurante. De nuevo esa actitud esquiva y distante.

—Nosotros acabamos de salir del gimnasio —me aclaró Marcos y entendí entonces por qué llevaban bolsas de deporte y el pelo algo húmedo—. ¿Y dónde trabajas? Ahora que lo pienso no sabemos casi nada de ti...

Sonreí porque me gustan las personas directas y claras y Marcos era una de esas con las que era fácil entablar conversación, a pesar de que continuaba algo confusa con él y esa relación extraña que mantenía con mis dos amigas. Le conté que había estudiado Turismo y que llevaba apenas dos semanas trabajando como recepcionista.

Sonia y Miguel aparecieron justo cuando acababa mis explicaciones. Después de saludarnos se sentaron junto a Marcos. Natalia hizo acto de presencia unos segundos después, luciendo uno de esos vestiditos que atraen todas las miradas masculinas en cien metros a la redonda. Me alegró ver que los chicos de nuestra mesa no la miraron de arriba abajo, ni emitieron un silbido de admiración, ni clavaron sus ojos en sus curvas pronunciadas, sino que la saludaron con total normalidad. ¡Bien por ellos! Natalia se sentó al lado de Raúl y, poco después, cuando estábamos todos ojeando la carta, apareció Pedro. Nos saludó tímidamente y se situó entre Natalia y Miguel. Ya no faltaba nadie más, así que el camarero se acercó para tomar nota de los pedidos. Nos anotó las bebidas y nos dio unos minutos para decidir la cena. Miré de nuevo la carta y dudé entre una pizza cuatro quesos y una pizza romana.

—¿Sabes ya lo que vas a pedir, cascarrabias? —Marcos se dirigió a Raúl y yo sonreí al ver como éste alzaba una ceja y le miraba de reojo. No parecía que le gustara mucho ese mote y Marcos, sin embargo, se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Estoy entre una pizza cuatro quesos y una romana.

Le miré atónita.

—¿En serio? Yo estaba pensando lo mismo.

Casi no giró la cara pero le vi sonreír.

—Si quieres pedimos las dos y las compartimos —sugirió.

—¿Mitad y mitad?

—Mitad y mitad —afirmó con rotundidad y con una media sonrisa que me gustó. Me gustó mucho.

El camarero se fue con el pedido y todos empezaron a hablar casi a la vez. Marcos y Sonia se explicaban lo que sabían sobre el viaje de novios de Javier, su primo en común, Miguel, Pedro y Natalia hablaban sobre un artículo que estaba preparando Miguel y yo les escuchaba sonriente.

—¿Y te gusta tu nuevo trabajo? —La pregunta de Raúl me sorprendió. Se había acercado más de la cuenta para murmurarme al oído y su voz grave me acarició el tímpano.

—Mucho. Me gusta atender a las personas, recibirlas, aconsejarlas... En un hotel puedes llegar a conocer gente de todo tipo, desde comerciales que apenas pasan una noche para asistir a una reunión, hasta familias enteras con niños y abuelos incluidos. Unos solo necesitan que todo esté a punto y les atiendas rápidamente y otros te reclaman atención, te piden consejo o, simplemente, agradecen unos minutos de conversación.

—Debes tener mucha paciencia y facilidad para tratar a las personas —afirmó mientras acariciaba el tenedor apoyado sobre la mesa.

—Supongo que sí...

—Yo sería incapaz. No tengo paciencia y relacionarme con personas no es mi fuerte.

“Ni que lo digas”, pensé yo.

—Pues no te imagino todo el día delante de la pantalla de un ordenador. —Me miró sorprendido pero rápidamente volvió a su posición anterior, acariciando el tenedor y dejándome ver solo su perfil—. Si tuviera que adivinar tu profesión, creo que diría que eres... —Me acaricié la barbilla para hacerme la interesante—. Sí, ya sé, guardaespaldas.

Emitió una carcajada que me hizo sonreír.

—¿Del presidente de los Estados Unidos o de la primera dama? —me preguntó entre risas. ¡Vaya! El cascarrabias tenía ganas de bromear.

—De la hija, por supuesto...

—¿De la hija joven y guapa que está a punto de ser golpeada en la puerta de un disco bar? —Sonreí asintiendo y notando como me subían los colores, ¿me acababa de decir guapa?—. No sé... creo que eso de ir con traje y corbata todo el día no es lo mío.

Justo cuando Raúl acababa la frase, el camarero apareció por detrás, dejando las pizzas sobre la mesa. Raúl se apresuró a cortar las dos por la mitad, dejándome con el tenedor y el cuchillo en las manos. Pasó los cubiertos bajo una de las mitades para levantarla, esperando que yo hiciera lo mismo. Lo hice y los dos a la vez intercambiamos las mitades. Me gustó mucho aquel gesto. No esperó que fuera yo quien repartiera las pizzas, no parecía ser de los que permanecen quietos mientras los demás deciden por él o hacen el trabajo sucio. Se le veía decidido y seguro de sí mismo, aunque con sus gestos y su actitud esquiva diera a entender otra cosa distinta.

—Creo que hemos hecho la mejor elección —afirmó sonriente y mirando su plato.

Le dije que sí alargando la i y rió divertido.

—¿Has probado la pizza de chocolate?

—¿Pizza de chocolate? —pregunté atónita.

—Yo la he probado en su casa, pero que no te engañe... —Marcos me sorprendió hablándome al oído—. Es su padre el que cocina, él es un desastre.

Noté como Raúl pasaba su brazo por detrás de mi cabeza para darle una colleja a su amigo. Sonreí sintiéndome cómoda entre aquellos dos.

—¿Qué te ha dicho? —Raúl volvió a acercarse.

—Me ha dicho que tú sabes hacer unas pizzas de chocolate muy buenas —mentí aguantándome la risa.

—¡Ah! —exclamó recostándose en la silla.

Esperé unos segundos mirándole de reojo mientras él cogía los cubiertos.

—No es verdad... Yo soy un desastre en la cocina. Es mi padre el que

hace unas pizzas muy buenas.

—Lo sé... —Sonreí mientras me llevaba un trozo de pizza a la boca.

Noté como se giraba pero yo le ignoré y seguí comiendo. Sonrió y empezó a cortar una de las mitades de su pizza. Cogió un trozo con las manos, lo mordisqueó y después de unos segundos masticando, se acercó de nuevo a mi oreja.

—Mentirosa...

Nos miramos de soslayo y sonreímos a la vez. Sí, lo reconozco, esa versión seductora de Raúl, tan distinta de la versión que hasta ese momento había conocido, me gustó mucho.

La cena fue muy amena y divertida. Además de bromear con Raúl y Marcos, hablamos todos sobre algunas series de televisión y las películas de cine que se estrenaban ese mismo fin de semana. Miguel propuso ir a ver una el sábado por la noche y Sonia, que ya sabía que Derek me había invitado a cenar, habló por mí.

—Laura no puede, mañana tiene una cita... —Su tono y su movimiento de cejas llamó la atención del resto—. Ha quedado para cenar con un alemán muy guapo y caballeroso que le envió una orquídea.

Noté como todos clavaban su mirada en mí. Incluso Raúl se giró sorprendido. Esperaban una explicación, claro.

—No es una cita, cita... Es cliente del hotel y simplemente me pidió que le acompañara a cenar...

—O sea, para los que no lo entendáis: Laura tiene una cita... —ironizó Natalia.

—Natalia, no es una cita, no voy a salir con él, ya lo sabes, no quiero liarme con nadie. Estoy muy bien como estoy.

—Ya, eso decimos todos siempre, hasta que aparece un chico que te regala flores o te mira fijamente o te sonríe más de la cuenta y caes como una tonta... —añadió Sonia, con un tono de resentimiento que no comprendí.

Miré a Natalia para ver si ella también se había percatado de esa nota

de tristeza en la voz de Sonia, pero no parecía sorprendida. Volví a mirar a mi amiga, dudando de si su comportamiento era debido a Marcos o no, pero fue precisamente él quién me lo aclaró. Marcos no era el problema.

—Cariño, yo te miro fijamente y te sonrío mucho, ¿si te regalo flores conseguiré enamorarte?

—Tonto... —Más sonriente, Sonia le golpeó en el hombro—. Tú no necesitas regalarme flores para ganarte mi amor...

Todos reímos al ver la cara de Marcos, que pestañeó exageradamente y se llevó la mano al pecho. ¡Menudo payaso!

Pensé que con la broma de Sonia se habrían olvidado de mi cita, pero Raúl parecía demasiado interesado.

—¿Te ha regalado una orquídea? —Me sorprendió su pregunta, pero todavía más el tono que utilizó. Algo arisco y hosco, como si aquello le hubiese molestado. Naturalmente y, como era de esperar, no se giró para formularme la pregunta a la cara.

—Me quiso agradecer de esa forma que merendáramos juntos el día anterior.

—Ya, solo por eso... Está claro que el alemán quiere algo más... —insinuó Sonia.

—Laura está arrasando en el hotel... Tiene a dos hombres babeando por ella —Natalia y su sentido de la discreción.

—¿Dos? —Y Raúl y su tonito de cascarrabias. Pero, ¿de qué iba?

—El alemán “regala orquídeas” y el vagabundo misterioso —Con Natalia debía yo tener un par de palabritas.

—¿Un vagabundo? —Esta vez fue Miguel el interesado—. Laura, mucho cuidado, que ya conocemos tu afán de ser la abogada de los pobres.

—Y el vagabundo también le regala flores pero este lo hace para agradecerle otros favores... —De nuevo el turno de Sonia.

—Pero, ¿qué tipo de relación tienes con ese vagabundo? —¡Joder con Miguel!

Resoplé exageradamente para darles a entender que no me estaba gustando en absoluto el interrogatorio al que estaba siendo sometida.

—A ver... Ángel es un vagabundo sordo que se comunica con la lengua de los signos. Vende flores y pide limosna en la esquina del edificio del hotel. Solo es un amigo y me regala flores cuando le dejo alguna moneda o porque le permito que entre en el baño de recepción cuando no está mi jefe... Y, la verdad, no sé por qué tengo que daros explicaciones... —Y para dejar zanjado el tema, me levanté y me fui a los servicios.

Me molestó ser interrogada de aquella forma. Sí, no lo pude evitar. Sentí que cuestionaban mi comportamiento y supongo que el problema era que yo misma me lo estaba cuestionando todos los días. Con Derek me había dejado llevar sin dudar, sin preguntarme quién era, qué intenciones tenía invitándome a cenar y qué esperaba de mí. Y con Ángel, ¿qué os puedo decir? Le estaba ayudando y me estaba acercando demasiado a él, hasta el extremo de seguirle como si fuera un detective. ¿Estaba perdiendo el norte? Supongo que sí... no sé. En fin, respiré profundamente mirando mi reflejo en el espejo del lavabo. Debía tranquilizarme, olvidar aquel absurdo interrogatorio y volver con mis amigos. Ellos solo se estaban preocupando por mí y yo les había mostrado mi versión más antipática.

Cuando regresé a la mesa el camarero ya había dejado la cuenta y todos estaban sacando sus billetes. Pagamos y recogimos nuestras chaquetas. Antes de salir del local intercambiamos nuestros números de teléfono y Marcos me explicó que habían decidido ir a un disco bar en el Puerto Olímpico, uno de esos donde puedes tomar algo charlando en una esquina o animarte a bailar salsa, bachata o *reggaeton*.

Saliendo del restaurante busqué a Sonia. Quería entender su comentario durante la cena y asegurarme de nuevo que su relación con Marcos no la estaba haciendo sufrir. Algo en sus palabras cargadas de resentimiento y en su mirada triste me hicieron dudar. ¿Y si sentía algo por Marcos y se negaba a aceptarlo? ¿Y si con esa supuesta amistad ella pretendía esconder su miedo a ser rechazada o su timidez?

—Sonia, ¿puedo preguntarte algo? —La cogí del brazo para apartarla

de los demás.

Ella me miró sonriente y me rodeó los hombros con su brazo.

—¿A qué ha venido eso?

—¿A qué te refieres?

—Al comentario que has hecho cenando, sobre los chicos que regalan flores o miran fijamente...

—¡Bah! No le des importancia, estaba bromeando...

—¿De verdad? Sonia, tu relación con Marcos...

—Laura... —Se paró para mirarme a los ojos—. Estoy bien, de verdad. Marcos es un buen amigo, nada más... ¿vale?

Me quedé algo más tranquila, aunque continuaba sin tenerlas todas conmigo. Sonia me ocultaba algo, lo intuía, pero estaba claro que si no me lo quería explicar, no iba a ser yo quién la forzara. Sabía que cuando ella lo considerara oportuno me contaría lo que le estaba sucediendo.

Al ir las dos hablando, separadas de los demás, no nos dimos cuenta de que Miguel, Pedro y Natalia se habían desviado en busca del coche de Miguel y nosotras nos dirigíamos a donde Marcos había aparcado su vehículo, siguiéndole a él y a Raúl.

Al llegar al aparcamiento, Marcos se acercó a la puerta del copiloto y la abrió haciendo una reverencia.

—Mi reina, pase por aquí, por favor —le dijo a Sonia con una sonrisa y alzando las cejas.

Nos reímos las dos y ella entró en el coche alargándole la mano para que él besara su dorso. En ese instante, mientras les miraba sonriente, recordé las palabras de Sonia hacía dos semanas en el probador de aquella tienda. Era cierto que cuando un chico le gustaba ella se reprimía, su timidez no le permitía ser la chica divertida y bromista que nosotras conocíamos. Así que tal vez sí era cierto y Marcos tan solo era un amigo especial, al igual que Miguel.

Más relajada y con una sonrisa en los labios, entré en la parte trasera del vehículo mientras Raúl dejaba las bolsas de deporte en el maletero. Poco

después, él se sentó a mi lado y abrochó su cinturón de seguridad. Le miré sonriente, esperando continuar con la buena sintonía que habíamos mantenido durante la cena, pero no fue así. Raúl giró la cara para mirar a través de la ventanilla, esquivándome, otra vez. Y otra vez me sentí estúpida. Estúpida por creer que sus bromas y sus sonrisas significaban un cambio en su actitud hacia mí, un acercamiento. Un acercamiento que parecía el fin de esa confusión que me había perseguido durante toda la semana, recordando su protección, sintiendo su respiración sobre el dorso de mi mano y deseando entender su distanciamiento. Otra vez evitándome, otra vez esquivando mi mirada. Me giré dándole la espalda y actuando igual que él. Ya estaba cansada de tanta tontería. Le iba a ahorrar el trabajo, ahora iba a ser yo la antipática.

Aparcamos a tres manzanas del Puerto Olímpico y empezamos a caminar apresuradamente para entrar en calor. Marcos y Sonia se adelantaron unos pasos mientras hablaban en voz baja, como intentando que no los escucháramos. Procuré acercarme a ellos para evitar caminar junto a Raúl, pero les vi tan huidizos que reduje el paso para mantener la distancia. A pesar de mi desplante, el cascarrabias volvía a estar pegado a mí.

—¿De verdad vas a ir a cenar con ese alemán que casi no conoces? ¿Solo porque te ha regalado una orquídea?

¿Cómo? ¿Estaba escuchando bien? ¡No me lo podía creer! Que él, precisamente él me tuviera que hacer aquella pregunta... Si hacía unos minutos en el coche estaba caliente, en ese instante yo era pura combustión.

—Creo que eso no es de tu incumbencia, ¿no te parece?

—Tienes razón, pero...

—Pero, nada. —Le corté enfadada, frenando en seco y girándome para mirarle a la cara. Él también se paró pero evitó mis ojos, para variar—. Hoy he cenado a tu lado y dime ¿te conozco de algo? No... —Intentó responder pero no le dejé—. Sin embargo, a pesar de eso, a pesar de que no te conozco y de que cuando nos presentaron ni tan siquiera te dignaste a saludarnos, he intentado ser agradable contigo esta noche y ¿ahora me preguntas tú por qué voy a salir mañana con una persona que en todo momento se ha mostrado educada, respetuosa y atenta conmigo? ¿Eh? Algo

que no puedo decir de ti, de alguien que evita mirar a los ojos, que no saluda o saluda por obligación y que un día te habla y otro te ignora...

Escupí todas aquellas palabras sin pensarlas. Siempre he sido una persona pacífica, comprensiva, tolerante y muy muy paciente... pero esa actitud, esos cambios, esa confusión... me estaba sacando de mis casillas. Sí, exploté. Ya no lo soportaba más y sentí la necesidad de decírselo, de hacerle saber de una vez por todas lo que pensaba de él.

—Supongo que tienes razón...

—Sí, la tengo... —afirmé rotundamente y continué caminando.

Raúl aceleró el paso para situarse a mi lado pero no dijo nada más y nos mantuvimos en silencio durante aquel incómodo trayecto.

Afortunadamente, Miguel, Natalia y Pedro ya nos esperaban en la puerta del garito. Me acerqué a Miguel y entramos juntos al local. Necesitaba un amigo a mi lado, alguien con quien conversar, bromear o reírme y así olvidar la mala leche que tenía. Pero Miguel no parecía la persona adecuada en aquel momento.

—¿Has hablado con Natalia? ¿Sabes que ella y Marcos se liaron hace dos semanas?

—Lo sé, ¿por?

—¿Cómo que por? ¿Y Sonia? Ese tío está jugando con ella. Laura, Marcos no me gusta. Ese tonto que tienen los dos no acabará bien y Sonia saldrá malparada.

—¿Por qué? ¿Crees que a ella le gusta él?

—No lo sé, no estoy seguro. —Agachó la cabeza y se echó el pelo hacia atrás—. Laura, habla con Sonia. Convéncela para que se aparte de Marcos.

—Miguel, yo no voy a intentar convencerla de algo así. Además, empiezo a creer que entre ellos dos no hay nada.

Volvió a echarse el pelo hacia atrás y se giró para contemplar a Sonia y a Marcos que hablaban animadamente apoyados en la barra. Nos acercamos

a ellos y Miguel se inclinó para pedirle algo de beber al camarero.

El local estaba repleto y la pista de baile parecía sacada de uno de esos musicales donde todos se mueven siguiendo la misma coreografía. Continué observando a las parejas que se agitaban al compás de la bachata hasta que vi a Raúl, de pie, al otro lado de la pista. Pensé que contemplaba a las personas que bailaban, al igual que yo, pero no, no miraba a nadie más, solo a mí, con sus ojos clavados en los míos, como si quisiera someterme a su voluntad. Estaba molesta con él pero no pude evitar observarle durante unos segundos. Sus músculos perfectamente dibujados formando un cuerpo escultural, sus pantalones tejanos, su camiseta de algodón y su pose desenfadada le proporcionaban un aire de chico comedido, natural y para nada presuntuoso. ¡Mierda! Estaba muy enfadada con él pero no podía evitar sentirme atraída por su sencillez y a la vez por esa ambigüedad que me confundía, que me ofuscaba hasta hacerme perder la paciencia. Recobré mi actitud arrogante y giré la cara bruscamente.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Miguel.

—No, ya sabes que no es lo mío... —No tuve que insistir, sabía que a Miguel tampoco le entusiasmaba la idea.

Agachó de nuevo la cabeza y me miró con resignación.

—Voy a ver qué se cuentan aquellos —Se refería a Natalia y a Pedro que se habían parado cerca de la entrada y hablaban como dos cotorras.

Me quedé contemplando la espalda de Miguel mientras caminaba frente a mí y le noté distinto, encogido, triste, nada que ver con el chico risueño y bromista que nos hacía sonreír con su sola presencia, que nos animaba las fiestas, que se acercaba a todas las chicas guapas del local y que reía a carcajadas.

Di un paso hacia adelante con la intención de seguirle pero sentí como un brazo rodeaba mi cintura por detrás y me empujaba hacia un lado. Me asusté al notar que mis pies se levantaban del suelo y mi cuerpo giraba como una peonza. Las puntas de mis pies volvieron a rozar el suelo cuando las palmas de mis manos se apoyaron sobre su pecho. Se oyó un fuerte estruendo detrás de mí y giré la cabeza sorprendida. El camarero había perdido el equilibrio y una bandeja repleta de vasos vacíos se hacía añicos en el suelo,

justo donde yo estaba apenas un segundo antes. Volví a buscar la mirada de quién todavía me sujetaba por la cintura y me apretaba contra su pecho. Y nos miramos a los ojos, por primera vez...

—¿Estás bien? —Noté el calor de su aliento sobre mis labios.

—Otra vez tú... —respondí en un susurro.

—Soy tu guardaespaldas, ¿lo recuerdas? —Se separó unos centímetros y me sonrió—. Ten cuidado, no te hagas daño con los cristales—. Me advirtió mientras daba unos pasos hacia atrás, apartándonos de los vasos rotos.

Uno de sus brazos todavía rodeaba mi cintura y yo continuaba apoyando mis manos sobre su pecho. Noté como su corazón latía y pensé que estallaría entre mis dedos.

—Perdona por lo de antes. Tienes razón...

Se rascó la frente y por unos segundos desvió la mirada. Pero volvió a fijar sus ojos en los míos.

—Aquella primera noche yo... —Suspiró y expulsó aire para continuar—. Fue un día terrible para mí. Marcos insistió en que saliera para despejarme, ya sabes, pero no debí hacerlo... Ni tan siquiera recuerdo qué pasó, de qué hablasteis o si me dijisteis algo... Estuve ausente, lo sé, pero no era mi intención ser maleducado. Tampoco he debido preguntarte lo del alemán, ha sido una estupidez.

No supe qué decir, estaba abrumada por su cercanía, por la intensidad de su mirada, por sus palabras, por su sinceridad.

—Es cierto que no nos conocemos pero no quisiera perder la oportunidad de hacerlo, de conocerte y de que tú me conozcas. Y si sigo comportándome como un imbécil no vas a querer compartir de nuevo una pizza conmigo y eso sería imperdonable.

Sonreí inevitablemente y él me devolvió la sonrisa, sin apartar la mirada, sin esquivarme. Por fin pude verle mejor los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas por la escasez de luz y fue difícil apreciar el color de su iris pero eran marrones, cálidos y aterciopelados.

Tomó una de mis manos que continuaban apoyadas en su pecho y sujetándome la cintura con la otra dio unos pasos hacia atrás. No dejamos de mirarnos a los ojos y solo cuando su boca dibujó una sonrisa picarona me di cuenta de que estábamos en el centro de la pista de baile. Me separó unos centímetros de su cuerpo y empezó a mover las piernas.

—¿Estás, estás... bailando? —pregunté tartamudeando.

—Estamos bailando.

—Yo no sé bailar... —Agaché la cabeza para mirar sus pies, intentando seguirle.

—No te preocupes, este paso es sencillo: tu pie derecho para atrás un, dos, tres y ahora hacia adelante cinco, seis, siete... y otra vez, un, dos tres, cambias, cinco, seis, siete...

Continuamos así durante unos minutos. Raúl me sujetaba la cintura con delicadeza y me guiaba con los dedos de su mano derecha entrelazados con los míos. Yo no me lo podía creer. Nunca había disfrutado bailando, siempre había pensado que se me daba fatal, pero en aquel momento me dejé llevar y sentí una conexión extraña entre los dos. El mismo compás, el mismo movimiento de caderas, nuestros pies persiguiéndose y sus manos guiándome.

—Ahora mírame...

Busqué sus ojos y continuamos moviéndonos sin abandonar la mirada del otro. Y no sé si fue por nerviosismo, por la intensidad del momento o por las cosquillas que sentí con el roce de sus dedos sobre mi cintura que empecé a reír. Raúl sonrió y aprovechando que me vio más relajada me hizo dar una vuelta sobre mí misma, guiándome a la perfección y haciéndome volver frente a él sin perder el compás. Fue increíble.

—¿Dónde has aprendido a bailar así? —Me acerqué más a él para hablarle al oído.

—En una academia de baile. Mi hermana nos obligó a mi hermano y a mí a apuntarnos a bailes de salón. Quería que todos aprendiéramos para el día de su boda. Fue divertido, aunque en un inicio pasé mucha vergüenza.

—¿Te daba vergüenza bailar?

—No, me daba vergüenza ser la pareja de baile de mi hermano. Tuve que hacer de chica, claro, porque si para mí ya fue difícil, para él ni te cuento ¡Menudo es Héctor!

Me reí al ver cómo resoplaba mirando hacia arriba. Me sonrió de nuevo y me quedé por unos segundos magnetizada con sus labios. Esa sonrisa, esa mirada y su mano acariciando mi cintura fueron como conocer a un Raúl distinto, un Raúl que me fascinó. Y de nuevo la confusión, la incertidumbre. ¿Era aquel chico el Raúl verdadero? Quise creer que sí, deseé creer que sí... Todos aquellos desplantes y aquellos momentos de desconcierto desaparecieron en esas décimas de segundo y supe que quería conocerle, que iba a dejar que me conociera y que sí iba a compartir más pizzas con él.

—¿Tienes buena relación con tus hermanos? —pregunté.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y ellos han sido mucho más que hermanos para mí.

—Vaya... Lo siento. Debió ser difícil.

—Lo fue, sobre todo para mi padre. Pero Alicia y Héctor, a pesar de la edad que tenían, supieron seguir adelante y consiguieron sacar a mi padre de la depresión que le estaba consumiendo. ¿Tú tienes hermanos?

—No. Y se podría decir que yo estoy aquí gracias al milagro de la ciencia. Mi madre fue una de las pocas mujeres que en aquella época se atrevieron con la inseminación artificial, después de años intentando quedarse embarazada. Y tras varios intentos, inyecciones de hormonas y desengaños, llegué yo. Ya no quisieron volver a pasar por todo aquello, así que me quedé sin hermanos.

—Bueno, cuando quieras te presto a los míos... Dos días con Héctor y acabarás agradeciéndoselo a tus padres. —Me sonrió y separó su mano de mi cintura—. ¿Quieres tomar algo?

Asentí con la cabeza y, sin soltar mi mano, se hizo paso entre los bailarines hasta llegar a la barra. Pedimos unos refrescos, nos sentamos en dos taburetes altos y empezamos a charlar como si nos conociéramos desde hacía años. Me explicó algo más de su hermano mayor entre risas y bromas. Al parecer, aunque estaba casado, su mujer viajaba bastante, pasaban

semanas sin verse y Raúl intentaba hacerle compañía los fines de semana. Me explicó también que su hermana era ginecóloga y por unos segundos recordé a la chica embarazada del hospital. Pero lo borré de la cabeza, en ese momento quería disfrutar de su compañía y no ser todo lo cauta que me había propuesto ser. Cuando hablamos de su padre vi como su rostro se iluminaba.

—Es un hombre increíble y un romántico empedernido. Algún día te contaré cómo se conocieron mis padres... Por cierto, ¿si te hago una pregunta no te enfadarás?

—Miedo me das.

Sonrió y me miró con cara de niño bueno.

—El alemán ese te enviaría la orquídea con una nota, ¿no?

—No empecemos... —¿Otra vez el mismo tema?

—Mi padre dice que cuando envías una flor a una mujer debe ir acompañada de un poema.

—¿Eso dice? —De nuevo me dirigió una sonrisa y haciendo un gran esfuerzo para no mirar sus labios continué—. No, no había ninguna nota ni ningún poema.

—Ya... —Bebió un sorbo de su refresco y volvió a mirarme—. ¿Hablas alemán?

—No. Si lo dices por Derek, él habla un perfecto castellano.

—Pero al haber estudiado Turismo debes conocer varios idiomas, ¿verdad?

—Sí, es muy importante. Hablo inglés y francés y también conozco la lengua de signos.

—¿La lengua de los mudos?

—Mis padres y yo lo aprendimos cuando nació mi prima Paz. Ella es sorda.

—Ahora entiendo lo del vagabundo... —Volvió a llevarse el vaso a los labios y me miró fijamente, esperando alguna explicación.

—Creo que el hecho de que pudiéramos comunicarnos ha ayudado a

que cogiera confianza con él y quisiera ayudarle. Pensarás, al igual que los demás, que debo tener cuidado y ser más cauta...

—Creo que eres muy valiente. —Alcé las cejas y le miré expectante—. Ser bondadoso o buena persona puede ser fácil, pero hacer actos de bondad y ayudar a los que lo necesitan no lo es tanto. Muchos queremos hacerlo pero nos reprimimos por miedo a ser defraudados o simplemente porque nos falta valor. Y tú tienes mucho coraje.

Le miré embelesada y no solo por sus palabras, también por la forma como pronunció cada una de ellas, con total seguridad, como si me conociera perfectamente. Hacía apenas dos semanas que Marcos me lo presentaba, prácticamente no nos habíamos dirigido la palabra la semana anterior y unos días después compartíamos una pizza, bailábamos y charlábamos como dos amigos de la infancia.

—¿Me enseñas a decir algunas palabras en la lengua de signos?

—Claro —afirmé pensando que podía ser divertido—. Dime ¿qué quieres saber?

—Gracias —Le mostré con las manos cómo dar las gracias en la lengua de signos y él intentó hacer lo mismo—. Tienes unos ojos muy bonitos. —Le miré arrugando la frente y las cejas. Sonrió y se bajó del taburete—. Vale, me has pillado... y ¿bailamos?

Moví las manos y él me imitó. Acto seguido me guió de nuevo hasta la pista de baile. Volvió a colocar la mano sobre mi cintura, a entrelazar sus dedos con los míos y a movernos al ritmo de la salsa.

Pasamos el resto de la noche bailando.

CAPÍTULO 6 – UNAS MILÉSIMAS DE SEGUNDO

Aquel sábado lo pasé meciéndome sobre una maravillosa nube de algodón, recordando cada roce, cada caricia, cada palabra, cada décima de segundo junto a él. A partir de su disculpa, todo fue tan intenso que luego me resultó imposible dormir. Estaba nerviosa, excitada y totalmente embelesada, incapaz de olvidar su sonrisa y su mirada. Sin embargo, aunque me sentía menos confundida, todavía estaba temerosa. Todo había sucedido muy rápido. De la antipatía a la desconfianza, de la desconfianza a la confusión y de la confusión a la fascinación. Pero no quise pensar en el sentimiento que me abordaría después, solo deseaba que llegara el momento de volver a verle, de volver a dejarme sorprender por ese nuevo Raúl, anhelando que fuera él el verdadero, el definitivo.

Sin embargo, aquella maravillosa sensación, aquella nube de algodón que me había hecho flotar durante todo el día se disipó antes de acabar el sábado. Se esfumó de una forma tan repentina que caí al vacío hasta desplomarme contra el suelo.

Había quedado con Derek a las ocho de la noche en la puerta del hotel. Fui hasta allí en metro, pensando en tomar un taxi a la vuelta. No quise arreglarme demasiado para no dar una impresión equivocada pero era sábado por la noche, así que me puse un vestido azul sencillo que me cubría hasta las rodillas, me alisé bien el pelo y pasé la brocha del colorete por mis mejillas, sin excesos, elegante y comedida.

Derek me esperaba sentado en uno de los sillones del bar del hotel, vestido con un traje de chaqueta gris oscuro y una camisa blanca, sin corbata. Noté que su pelo estaba distinto, más desenfadado y más rubio. Al verme entrar se levantó súbitamente y me miró sorprendido. Tal vez me había arreglado más de lo que yo creía. Se acercó con esa sonrisa seductora que parecía perenne y tomó mi mano derecha para acercarla a sus labios, mientras la acariciaba con su dedo pulgar. Una caricia cargada de ternura y, a la vez, sensual y provocadora. Me besó el dorso de la mano y me miró fijamente con sus adúladores ojos verdes.

—Estás preciosa.

No necesitó más de dos palabras para ruborizarme hasta el extremo de creer explotar allí mismo. Derek tenía un magnetismo especial. Se mostraba tierno, inocente, tímido, pero al mismo tiempo despertaba sensualidad con sus miradas, sus gestos caballerosos, sus caricias y sus palabras pronunciadas sin prisas. Observándole detenidamente pensé en Raúl e inevitablemente les comparé. Eran muy diferentes pero los dos despertaban algo nuevo en mí. Tal vez ese misterio, esa parte desconocida de ellos era la que me atraía, al igual que me sucedía con Ángel. ¿Cómo tres hombres tan distintos podían provocar en mí la misma sensación? Pero, en aquel instante, yo continuaba subida en aquella maravillosa nube de fascinación por culpa de Raúl y deseé, con todas mis fuerzas, que fuera él y solo él quien besara el dorso de mi mano y me llevara a cenar y no Derek.

Caminamos hasta el restaurante sin parar de hablar. Me explicó los lugares de Barcelona que había visitado desde su llegada a la ciudad: la Sagrada Familia, el Parque Güell, la Rambla, el mercado de La Boquería, Plaza Cataluña y mil sitios más.

—Creo que viajar hasta aquí ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Y no hablo precisamente de Barcelona. —Se giró para mirarme a los ojos, tomó de nuevo mi mano y la llevó hasta sus labios para besar mis nudillos—. Ahora mismo no deseo estar en ningún otro lugar ni estar con nadie más, solo contigo.

Me quedé petrificada mirando como besaba de nuevo el dorso de mi mano, intentando asimilar sus palabras.

—Derek, yo...

—Tranquila, no pasa nada. Solo quería que supieras lo feliz que me hiciste aceptando mi invitación —me confesó mientras abría la puerta del restaurante—. Ya verás qué bien cocinan aquí la musaka.

Le sonreí agradecida por cambiar de tema. Me había sentido demasiado halagada. Yo no estaba acostumbrada a ese nivel de galantería y a que me adulasen de esa forma tan directa, pero el tono suave que utilizó para pronunciar aquellas palabras y la manera como evitó continuar por ese

camino para no molestarme me resultaron adorables. Así que decidí tranquilizarme y disfrutar de su compañía.

El restaurante era encantador. Debía tener apenas cuarenta metros cuadrados. Las mesas eran para dos personas y en todas ellas había una vela roja encendida. Las paredes estaban recubiertas de unos diminutos azulejos azules y blancos y las sillas eran de hierro forjado. Nos indicaron una de las mesas situadas junto a un gran ventanal a través del cual se podía ver una pequeña plaza iluminada por cuatro farolas. Nos sentamos y nos enumeraron los platos típicos. Derek me propuso cenar un menú degustación que él ya había probado y que incluía la excelente musaka de la que tanto me había hablado. Acepté, naturalmente, y pedimos un vino tinto griego.

—El restaurante es precioso y muy acogedor —le dije mirando de lado a lado, sorprendida aún por los pequeños detalles que adornaban el salón.

—Y la comida es exquisita, ya verás...

Nos sirvieron el vino y empezamos a charlar sobre gastronomía. A Derek le encantaba probar los platos típicos de los lugares a donde viajaba pero también solía buscar restaurantes de otros países. Coincidimos en que nuestra comida favorita era la Mediterránea, así que a ambos nos gustaban la gastronomía griega, italiana, libanesa y, como no, la española.

Entraron unas cuatro parejas más que fueron completando el salón. Continuamos hablando sobre varios temas hasta que nos trajeron un surtido de cremas griegas: de berenjenas, de yogurt y de garbanzos. Estaba untando una de ellas sobre el típico pan de pita griego cuando entró una pareja que me llamó la atención. Se dirigían a su mesa de espaldas a mí, pero en cuanto ella se sentó y la vi de frente, recordé quién era. El pan y el cuchillo resbalaron de mis manos al temer que fuera él el chico que la acompañaba... Y, efectivamente, era él... Cuando reconocí su perfil una punzada en el estómago me impidió continuar cenando.

Otra vez la misma confusión, otra vez la misma desconfianza, otra vez la misma mujer embarazada a la que acariciaba en el hospital y otra vez él, el mismo que hacía apenas veinticuatro horas compartía conmigo una pizza mientras me susurraba al oído. ¿Por qué? ¿Por qué había tenido que

acabar cenando allí, a dos escasos metros de mí?

—¿Estás bien? ¿No te gusta la crema de berenjenas?

—Sí, sí... perdona, estaba algo despistada... —No supe cómo disimular mi sorpresa y volví a coger el cuchillo y el pan—. Mmmhhh... está buenísima.

Intenté continuar disfrutando de la cena y de la compañía pero mis ojos y mis cinco sentidos se dirigían hacia aquella mesa. Ella parecía encontrarse mucho mejor, tenía buen color de cara y tuve que reconocer que era guapísima. Ojos verdosos y un precioso cabello rojizo y ondulado. Sonrió un par de veces, acercándose a Raúl y mirándole con una ternura que me hizo bajar directamente de la oscura y horrible nube. Aquella chica no era una simple amiga y Raúl era un cabrón de mucho cuidado. ¡Adiós fascinación! ¡Bienvenida de nuevo la rabia y la irritación! Me fui encendiendo por momentos, recordando cada instante en que él se acercó a mí con palabras susurradas, con bromas inocentes, con caricias sugerentes y con aquel odioso baile. El buen chico, el buen hijo, el buen hermano... ¡El grandísimo hipócrita, en quien nunca debí confiar!

Volví a centrarme en Derek y en la conversación apaciguada y agradable que habíamos estado manteniendo hasta la llegada de Raúl, intentando por todos los medios no dirigir la mirada hacia aquella chica y la espalda de él. La espalda que me había protegido dos semanas atrás y que no conseguía retirar de mi mente. ¡Joder! ¡Maldito cascarrabias!

—... empieza el jueves pero yo iré el viernes... ¿Me acompañarás? Puede ser divertido.

—Vale... —afirmé sin saber de qué me estaba hablando Derek—. Perdona, voy al servicio.

Necesitaba salir de allí por un momento, estar a solas, conseguir quitarme de la cabeza a Raúl y, sobre todo, tranquilizarme porque el nivel de ira estaba alcanzando mi límite.

Pasé justo detrás de él para llegar a los servicios, pero no pareció inmutarse, debía estar tan embelesado con su amiga que ni tan siquiera notó mi presencia en el restaurante. Y lo que más me fastidiaba era encontrarme yo en aquella situación.

¿Acaso éramos pareja? No...

¿Acaso había insinuado él que quisiera algo conmigo? No... tontear sí, mucho, pero nada más.

¿Acaso estaba yo dispuesta a empezar una relación con alguien? No...

“Entonces, Laura, ¿qué te está pasando? ¿Por qué estás tan irritada?”

Miré el reflejo de mi rostro en el espejo del lavabo buscando respuestas a mis preguntas. Sí, me había gustado mucho charlar con Raúl, me había sentido cómoda. También me había encantado bailar guiada por sus manos, sentirle de nuevo cerca, dejarme envolver por su cuerpo, por su protección. Sí, me atraía mucho, demasiado, pero tal vez era algo físico, algo que se podía olvidar, un sentimiento fácil de manejar.

Mojé mis manos con agua fría y las pasé por mi nuca para despejarme, para serenarme y salir de allí con la cabeza bien alta.

Abrí la puerta y me encontré de frente con Raúl. Le miré enfadada y quise esquivarle para salir de aquel oscuro pasillo, pero él me lo impidió.

—Laura, espera, por favor...

—Raúl, déjame pasar, me están esperando.

—Dame un minuto, solo un minuto...

Clavé mis ojos en los suyos y crucé mis brazos, esperando que fuera lo más breve posible.

—Sé que parece algo extraño... Ayer te preguntaba por qué ibas a cenar con ese alemán y ahora estamos en el mismo restaurante... Pensarás que te he seguido.

La verdad es que esa idea no me había pasado por la cabeza. ¿Me habría seguido?

—¿Lo estás pasando bien? —Se echó el pelo hacia atrás, nervioso—. He oído decir que aquí se come muy bien...

—Y tú, ¿te diviertes? —le pregunté en un tono irónico que enseguida reconoció.

—Yo... —hizo una pausa y me miró a los ojos con una intensidad que me congeló la respiración.

Dio un paso hacia adelante y me miró los labios. Sentí su respiración enredándose con la mía. Durante unas milésimas de segundo deseé que me besara, que rozara con sus labios mi boca. Unas milésimas de segundo después deseé que no lo hiciera, que saliera de allí lo antes posible. Y las siguientes milésimas de segundo volví a desear que me besara, que la sensible piel de nuestros labios se uniera en un abrazo, formando uno de esos besos interminables, inolvidables, indescritibles.

—Perdona, no debí molestarte —murmuró mientras se hacía a un lado y agachaba la cabeza.

Al pasar frente a él nuestras manos se rozaron accidentalmente y sentí una punzada en el pecho. ¡Joder! ¿Qué me estaba haciendo aquel imbécil?

Volví con Derek todavía más confundida. No sabía qué acababa de ocurrir con Raúl, pero ya intentaría analizarlo más tarde. En aquel instante solo anhelaba acabar la noche y volver a casa.

—¿Estás bien? —me preguntó el alemán mientras me sentaba.

—Sí, tranquilo, estoy perfectamente... Con ganas de seguir probando estos platos tan deliciosos.

—¿Un brindis? —Con una gran sonrisa en los labios, Derek alzó su copa—. Por la mujer más hermosa que he tenido el placer de conocer.

Sonreí por su forma tan encantadora de hablar y alcé mi copa de vino para chocarla con la suya, pero un golpe seco en la mesa me dejó paralizada.

—¿Por qué coño me haces esto? ¿Por quéééé...? —Aquel grito me paró el corazón.

Me giré aturdida, sin comprender nada, y me asusté al ver la mirada de odio de Raúl. Sus pupilas dilatadas disparaban chispazos eléctricos.

—Raúl, no... no te entiendo... —susurré mientras dejaba la copa sobre la mesa y me inclinaba hacia atrás atemorizada.

—Me dijiste que me querías, que nuestro amor duraría toda la vida... ¿Tan rápido te has olvidado de mí?

—Yo... —No me salían las palabras, estaba temblando.

—Perdone, señor, pero Laura está ahora conmigo y... —Derek quiso intervenir pero Raúl se giró bruscamente hacia él y le clavó el dedo en el pecho.

—Tú te callas, esto es entre ella y yo.

Le miré atónita. No me lo podía creer. Busqué a la chica que acompañaba a Raúl y la vi hablando por teléfono. Aquello era totalmente surrealista.

—¿Qué? ¿No me dices nada? —Volvió a mirarme consumido por la ira.

—Laura, ¿sabes quién es este hombre? —Derek me preguntó molesto.

—Sí... pero solo somos amigos, casi no le conozco.

—Señor, por favor... —Derek intentó de nuevo calmar a Raúl.

Pero él, lejos de tranquilizarse, le dirigió una mirada amenazante, cogió su copa de vino y se la vació sobre la camisa, dejándole una mancha roja que le cubrió todo el pecho. Derek enrojeció de repente, creí que explotaría en mil pedazos, pero le mantuvo la misma mirada intimidadora. Durante unos eternos segundos los dos se retaron con los ojos, mientras yo les contemplaba atónita y aterrada. Temí que empezaran a pelearse allí mismo, en medio de todas aquellas parejas que no perdían detalle de la discusión, hasta que unas luces azules e intermitentes iluminaron el salón. Derek miró sorprendido al exterior y se inclinó hacia atrás, separándose de Raúl. Cerró los botones de su americana y tomó el abrigo que colgaba de su silla.

—Laura, me voy al hotel. Perdona, pero creo que deberíais hablar.

¿Cómo? ¿Se iba y me dejaba allí, delante de aquel loco con problemas de bipolaridad?

Derek se acercó a la barra para pagar nuestra cena mientras Raúl le seguía con la mirada y una sonrisa de medio lado. Dos agentes de policía entraron en el instante en que el alemán salía por la puerta y se dirigieron al camarero que servía en la barra. Éste señaló a Raúl y los dos policías se

aproximaron. Uno de ellos sujetó con fuerza los brazos de Raúl y se los llevó a la espalda para inmovilizarle. Sacó sus esposas y se las colocó, sin que él opusiera resistencia. Yo le miraba aún sorprendida por todo lo que había sucedido. Uno de los agentes se dirigió a mí.

—Señorita, ¿le conoce?, ¿le ha molestado en otras ocasiones?, ¿quiere usted denunciar?...

No supe qué responder. El otro agente empujaba a Raúl hacia el exterior del restaurante.

—¿Señorita?

—Yo... No, no quiero denunciar. Le conozco pero desde hace poco y hasta hoy no le había visto así. No entiendo qué le ha pasado. —Me levanté y cogí mi chaqueta—. Si no le importa, quisiera irme a casa.

Se hizo a un lado y me acompañó hasta la salida haciéndome algunas preguntas y anotando mis datos en una libreta.

—¿Ha venido usted en coche?

—Llamaré a un taxi.

—Tenemos otra unidad fuera, le pediré a mis compañeros que la lleven a casa.

—No, no hace falta —Me sorprendió su ofrecimiento.

—Verá, si su acosador no tiene antecedentes, no creo que pase mucho tiempo en comisaría, así que será mejor que nos aseguremos de que llega usted bien a casa.

¿Acosador? ¿Había dicho acosador? Aquella palabra me dejó hundida. Hacía apenas unas horas deseaba con todas mis fuerzas volver a ver a Raúl, volver a estar junto a él y pasar otra maravillosa noche bailando. ¡Madre mía! Hacía apenas unos minutos había estado a escasos centímetros de sus labios anhelando que me besara y en aquel momento un policía se refería a él como mi acosador. Sentí un peso terrible en las piernas y acepté la oferta del policía.

Una vez en la calle vi como el agente que había inmovilizado a Raúl le sujetaba con fuerza, empujándolo contra el vehículo. Su cara estaba

aplastada en el capó del coche y por unos segundos nos miramos fijamente. Sus ojos ya no mostraban odio sino tristeza, una tristeza que no comprendí. ¿Por qué? ¿Por qué se había comportado de aquella forma?

Entré en la parte trasera del vehículo, con una horrible mezcla de sentimientos: frustración, desengaño, miedo, incertidumbre, ansiedad... Empecé el día flotando en una maravillosa nube y lo acabé subida en un coche de policía, después de ver como el Raúl que me había fascinado la noche anterior se convertía en mi acosador.

Cuando llegué a casa evité encontrarme con mis padres, corrí hasta mi habitación y cuando me estiré sobre mi cama empecé a llorar, agotada, atemorizada y triste, muy triste. Media hora después recibí un mensaje en el móvil. Era de Raúl.

“Laura, te juro que no volverá a suceder. Lo siento”.

Me dormí releendo de nuevo el mensaje y preguntándome una y otra vez por qué, por qué...

CAPÍTULO 7 – A TRAVÉS DEL CRISTAL

Después de un domingo de pijama, sofá y pañuelos de papel, empecé el lunes apoyada en el mostrador de la recepción del hotel, arrastrando unas ojeras de campeonato y con una de esas tristezas empalagosas que no se despegan del pecho por mucho chocolate negro que te comas.

Afortunadamente Ángel ya estaba allí cuando llegué. Tenerle cerca, frente a mí, tras aquella pared de cristal, me tranquilizaba. Nos saludamos con nuestro típico movimiento de cabeza y nos miramos unas cuantas veces durante aquella mañana. Supongo que no tardó en deducir que algo me entristecía.

Había pensado llamar a Sonia y a Natalia para explicarles lo que había sucedido pero después de recibir el mensaje de Raúl, decidí esperar. No me apetecía revivir lo ocurrido y además, sabía de sobras qué me iba a decir cada una de ellas. Natalia se indignaría, naturalmente, se enfadaría y me reprocharía no haberle denunciado. Sonia, más parecida a mí, hubiese intentado calmarme y habría llamado a Marcos para pedirle explicaciones. No necesitaba escuchar todo aquello en aquel momento, así que iba a esperar al fin de semana para contarles cómo había acabado la cena con Derek. Esos días me irían bien para tranquilizarme y analizar mejor la situación.

Estaba repasando las entradas realizadas por Rafael durante el fin de semana, cuando sentí como la fragancia de las rosas me envolvía. Alcé la vista y me encontré con los ojos en los que necesitaba perderme para encontrar sosiego. Inspiré profundamente para impregnarme del olor de esas preciosas flores y le sonreí.

“Gracias”, le dije.

Me miró sorprendido, buscando una explicación en mi rostro.

“Gracias por estar ahí y por regalarme cada mañana el perfume de las rosas”.

Sonrió levemente y clavó sus ojos en los míos durante unos largos segundos, con aquella intensidad que me abrumaba. Luego parpadeó varias veces, como queriendo despertar de una hipnosis.

“¿Sois hermanas?”, me preguntó con las manos.

Arrugué las cejas esperando una explicación.

“¿Si sois hermanas?”, señaló la orquídea que estaba detrás de mí.

Me giré y volví a mirarle sonriente, abriendo bien los ojos para darle a entender que no le había comprendido.

“Tenéis el mismo color de ojos”, me aclaró sonriente.

No lo pude remediar y arranqué a reír. Después de unos segundos sin poder parar las carcajadas, le miré agradecida. Me hizo reír cuando más lo necesitaba.

“Gracias a ti por regalarme tu sonrisa”, me dijo con un brillo especial en los ojos.

Cogió el ramo que había depositado sobre el mostrador y volvió a su oscura esquina, dejándome una vez más con la boca abierta y el corazón a mil.

Pocos minutos después fue Derek quien me sorprendió mientras estaba concentrada repasando unos números en el ordenador.

—Laura...

Me giré intentando no sonreír. Estaba molesta con él, muy molesta.

—Creo que te debo una explicación. —Crucé los brazos y levanté una ceja—. En uno de mis viajes a París tuve un problema similar. Por una confusión me vi mezclado en una pelea que yo no había provocado. Me llevaron a comisaría y tuve serios problemas para volver a mi país. El sábado me asusté al ver el coche de policía y solo pensé en salir de allí. Lo lamento. No temí por ti porque sabía que los agentes se llevarían a tu novio.

—No es mi novio...

—¿No estáis juntos?

—No —respondí con rotundidad.

Me giré para volver la vista a la pantalla del ordenador. Derek permaneció callado, de pie, mirándome. Mi enfado se esfumó en apenas un

minuto y me volví hacia él.

—Hace pocas semanas que conozco a ese chico. El viernes estuvimos cenando y tomando algo con más amigos y fue muy amable conmigo en todo momento. No entiendo qué le sucedió... —Agaché la cabeza aún afligida.

—Seguro que le gustas y se puso celoso al vernos en el restaurante.

Me quedé en silencio. Eran muchas las preguntas que no dejaban de rondar por mi cabeza pero no me apetecía hablar de Raúl con Derek.

—Entonces, ¿el viernes por la noche me acompañarás al “Barcelona Beer Festival”? El sábado me dijiste que sí...

¡Mierda! Recordé que le había dicho que sí a algo sin saber a qué.

—Iré, pero te aviso que no suelo beber cerveza.

Durante casi una hora Derek me hizo compañía en recepción, explicándome los diferentes tipos de cerveza, su elaboración, las marcas más importantes... en fin, un tema fascinante para él, pero aburrido para mí.

Cuando se fue y me dejó sola, el recuerdo de Raúl y la escena en el restaurante volvieron a mi mente y la tristeza a encoger mis pulmones. Y de nuevo acudieron a mí las cientos, miles y millones de preguntas que me atormentaban: ¿Por qué se inventó aquello de que yo le había prometido amor eterno? ¿Por qué me gritó de aquella forma? ¿Por qué poco antes me había esperado en la puerta del lavabo para darme explicaciones y preguntarme si lo estaba pasando bien? ¿Pasando bien? ¿Por qué le preocupaba si yo lo pasaba bien o no estando él en compañía de una mujer preciosa, embarazada, cuyo futuro hijo posiblemente fuera suyo? ¿Por qué había visto pasión en sus ojos y minutos después era ira lo que leía en sus pupilas? ¿Por qué después de gritarme y dar aquellos golpes en la mesa me envía un mensaje de disculpa? ¿Por qué?

La tarde se hizo eterna. A las siete recogí mis cosas y salí por la puerta del hotel, mirando de lado a lado con un cierto temor a encontrarme con Raúl y aquella expresión de odio que no lograba olvidar.

Aquel día Ángel continuaba allí a aquellas horas y mientras me acercaba, no dejó de mirarme preocupado. Posó su mano sobre mi brazo al pasar junto a él.

“¿Necesitas hablar?”

Aquellos signos en sus manos fueron el detonante que me hizo estallar. Una lágrima se deslizó por una de mis mejillas y el vagabundo alargó la mano para recogerla con uno de sus dedos.

“¿Un café?”, sugirió.

Sonreí entre sollozos y acepté su invitación.

Entramos en la misma cafetería donde unos días atrás había merendado con Derek y mi prima Paz. Nos sentamos en una pequeña mesa para dos y empecé a mover las manos, temblorosa. Media hora después le había explicado sin palabras todo lo que había sucedido, desde el instante en que vi a Raúl por primera vez hasta el momento en que nos miramos estando él apoyado en el capó del coche de policía.

“Y cuando llegué a casa recibí este mensaje”, concluí.

Le mostré la pantalla del móvil y él lo leyó, arrugando las cejas. Inspiré profundamente y me tomé el café ya frío que habíamos pedido al entrar.

Ángel no había apartado sus ojos de los míos y de mis manos en todo momento, en silencio y concentrado totalmente en mí. Me sentí realmente bien, cómoda y acunada por su compañía.

“¿Qué crees que puede haberle pasado?”, me preguntó un par de minutos después.

“No tengo ni idea... Aunque... El viernes parecía molesto porque yo había quedado con el alemán, después aparece allí y provoca un escándalo en el restaurante haciendo que Derek volviera al hotel...”

“¿Estás pensando que lo hizo para que no siguieras con la cita?”

“Tal vez...”

Miré a Ángel aturdida. ¿Quién haría algo así? Raúl y yo no nos conocíamos tanto como para que actuara de aquella forma.

“Creo que está loco, trastornado, obsesionado... no sé”.

“Estás asustada, ¿verdad?”

Una lágrima volvió a rodar por mis mejillas y Ángel apoyó su mano sobre la mía. Sentí su calor recorrer mi cuerpo y una enorme sensación de seguridad calmó mis nervios. Separó su mano para hablar.

“Te acompaño hasta tu casa”.

Me sorprendió mucho su propuesta pero me resistí haciéndole saber que la casa de mis padres estaba a varias paradas de metro del hotel, sin decirle que yo sabía que él vivía cerca de allí.

“No me importa”.

Insistió mientras se levantaba para pagar los cafés. Intenté detenerle y hacerme cargo yo de la cuenta, pero se negó y me pidió que yo le pagara el metro.

Acepté y no solo por su insistencia, sino porque realmente necesitaba su compañía, necesitaba recuperar la seguridad y yo sabía que él, con su silenciosa presencia, me devolvería la calma.

Volvimos a casa sin apenas mover nuestras manos para conversar y nos despedimos frente al portal del piso donde vivían mis padres.

“Mañana estaré aquí a las ocho y media”.

Me negué de nuevo pero de nada sirvió. Se fue y a las ocho y media del día siguiente estaba allí, sentado en un banco frente al portal, dándome los buenos días con un leve movimiento de cabeza. Le sonreí y volvimos a hacer el trayecto en metro sumidos en el mismo apaciguado silencio.

Los días fueron pasando y la compañía muda de Ángel fue mi mayor amparo. Me sentí protegida por su sola presencia, respetada por su silencio y arrullada por su cariño. Cada vez que nos mirábamos me regalaba una suave sonrisa, cada vez que nos rozábamos en el metro, me acariciaba el brazo sutilmente para demostrarme su apoyo y cada vez que yo necesitaba conversar él escuchaba leyendo mis manos, atento, devoto, como si me adorara.

El jueves por la tarde, Ángel me buscó con la mirada a través del ventanal del hotel y sonriente me señaló al señor del bigote diminuto que

siempre pasaba la tarde recostado en alguno de los sillones de recepción, concentrado leyendo el periódico.

“¿Crees que lleva peluquín?”

Me llevé la mano a la boca para ocultar mi risa y mi cara de sorpresa ante el atrevimiento de Ángel.

Moví la cabeza negándome.

“¿Lo comprobamos?”, me preguntó.

¿Cómo? No me lo podía creer... ¿Se había vuelto loco? Le miré con los ojos bien abiertos.

Ángel empezó a caminar hacia la entrada del hotel y yo le seguí con la mirada, expectante y con una expresión a camino entre el asombro y la diversión. El vagabundo se aproximó a él y le acercó las rosas, ofreciéndoselas. El señor del bigotillo estornudó súbitamente y con tal fuerza que el pequeño peluquín que cubría su cabeza se adelantó hasta tapar su frente. Soltó el periódico de las manos para intentar recolocárselo, totalmente ruborizado. Tuve que girar sobre mí misma para que aquel peculiar cliente no me viera reír a carcajadas. Carcajadas que silencié tapándome la boca mientras notaba los lagrimones de la risa empapar mis mejillas. Permanecí así, de espaldas a él, durante varios minutos. Cuando conseguí calmarme, volví a mi posición habitual y vi como Ángel, de nuevo apoyado en la esquina, me miraba sonriente. Movié las manos para hablarme a través del cristal.

“Me encanta verte reír”.

Tuve que retener mis manos para no decirle que a mí me encantaba él. Y era así. Estaba maravillada con Ángel. Solía estar serio, escondido en su oscura esquina, concentrado en el ir y venir de la gente, ocultando sus sentimientos tras aquella poblada barba. Pero a veces me sorprendía con su sentido del humor y con su actitud cariñosa, como cuando me acariciaba el brazo dándome a entender que estaba allí, a mi lado, y que podía contar con él. ¿Quién no hubiera acabado encandilada con aquel hombre? ¿Y qué mujer, sin prejuicios por el hecho de ser un vagabundo, no hubiese acabado fascinada con la intensidad de su dulce mirada? Pues bien, aquella mujer fui yo. Yo caí en su encantadora tela de araña.

—¿Por qué estás tan sonriente? —me preguntó Derek, bajando por la rampa que comunicaba los ascensores con la recepción.

Alcé los hombros para quitarle importancia pero mis ojos viajaron hasta los de Ángel y no pude evitar sonreír de nuevo. Derek me miró curioso, buscando una explicación en mi rostro, y luego se giró para encontrarse con el vagabundo tras el cristal.

—Veo que me ha salido competencia...

Me costó unos segundos comprender a qué se refería. Aunque su tono no había sido de enfado, sí noté cierta preocupación en su mirada.

—Ángel es buena persona...

—Ya... pero vive en la calle, toma drogas y seguro que también las vende.

No supe qué responder y no quise alargar aquella conversación. Derek no conocía a la persona que se escondía tras aquellas barbas y aquel semblante de abandono y tristeza. Ángel era mucho más que todo eso.

—¿A qué hora quedamos mañana? —le pregunté para cambiar de tema.

—He pensado que podríamos ir en taxi directamente desde aquí. Así tendremos tiempo de probar algunas cervezas antes de cenar.

—Me parece bien.

Eran casi las siete de la tarde así que mientras charlaba con Derek sobre algunos lugares de interés en la ciudad, recogí mis cosas. Rafael llegó para sustituirme y me despedí de ellos. Al salir por la puerta, Ángel ya llevaba en la mano su bolsa de tela y se acercó a mí para caminar a mi lado hasta la estación.

“¿Cómo has sabido lo del peluquín?”, le pregunté mientras bajábamos las escaleras de la boca del metro.

“Debe tener alergia a las flores porque siempre que pasa frente a mí estornuda y un día me pareció que se le desplazaba el peluquín”.

Recordar aquella escena me hizo reír de nuevo y pasamos todo el trayecto hasta casa bromeando sobre el señor del bigotillo.

El viernes por la mañana, Ángel volvía a estar allí, sentado en el banco, esperándome con su semblante serio y triste. Al verme llegar me saludó con su casi imperceptible sonrisa pero con ese brillo especial en los ojos, como esos bonitos carteles de neón que adornan las fachadas oscuras de los edificios más viejos y abandonados de la ciudad. Volvimos a hacer el camino en silencio, olvidando las risas del día anterior. Mientras caminábamos por la calle del hotel, a pocos metros de separarnos, le expliqué que esa tarde iba a salir con Derek y que no hacía falta que me acompañara de vuelta a casa. Me preguntó si iba a estar bien el fin de semana y le dije que sí, o al menos eso era lo que yo esperaba...

Poco antes de las siete de la tarde, Derek apareció por recepción. Esta vez no vestía un traje de chaqueta pero volvía a llevar el pelo desenfadado. Lucía unos pantalones tejanos y una camisa de cuadros marrones y azules. Le admiré sorprendida e incluso tuve que desviar la mirada al temer que él leyera mi mente y supiera lo que estaba pensando. Estaba tremendamente guapo.

—¿Preparada para adentrarte en el espumante y aromatizado mundo de la cerveza? —Alzó las dos cejas a la vez un par de veces y me reí de su expresión infantil y traviesa.

—Por supuesto... En cuanto llegue Rafael me cambio y nos vamos.

Estuvimos un rato planificando la tarde entre risas y bromas hasta que Derek se quedó en silencio, se giró para ver al vagabundo y se volvió hacia mí.

—Ayer vi que os ibais juntos... —Me miró algo más serio—. Laura, deberías tener cuidado.

—Derek, verás... el lunes estuvimos Ángel y yo tomando un café. Le expliqué lo que nos sucedió el sábado por la noche y decidió acompañarme a casa. No supe negarme y tampoco lo hice cuando insistió en acompañarme de nuevo por la mañana. —Dirigí la vista hacia el vagabundo—. Ha sido un gran apoyo para mí esta semana y le estaré siempre agradecida.

El alemán me miró sorprendido y permaneció en silencio durante unos segundos. Poco después, salió de recepción y caminó hasta la esquina de Ángel. Le seguí con la mirada, desconcertada, sin entender a qué venía aquel arrebato tan impropio en él. Se acercó al vagabundo y le señaló las flores. Ángel le dio tres y Derek posó una mano en su hombro y le dijo unas palabras, aproximándose a su oreja. Después, dejó unas monedas sobre la sucia alfombrilla del suelo y volvió a recepción, con el pequeño ramo en la mano.

Se acercó a mí y me ofreció las rosas con una sonrisa.

—¿Has hablado con él? —le pregunté sorprendida.

—¡Es verdad! No me habrá entendido... —Se rascó la nuca con una mueca inocente—. Le he dado las gracias por cuidar de ti.

Aquel gesto me encantó y sonreí como una tonta. Rafael apareció en ese momento y me fui a cambiar aún emocionada por el acto de agradecimiento de Derek hacia el vagabundo.

Cuando llegamos al festival eran casi las ocho de la tarde y decidimos dar una vuelta por los stands principales antes de pararnos a cenar en alguno de los bares de tapas recomendados por la organización del evento. Nos dieron el vaso oficial del festival y empezamos a probar algunas de las cervezas artesanas más suaves. Derek me fue explicando la composición, el grado de alcohol, los matices del sabor, algunas peculiaridades del proceso de elaboración... no paró de hablar durante la hora que estuvimos dando vueltas por el recinto. Cenamos una tabla de quesos y embutidos ibéricos degustando una de las cervezas favoritas de Derek y volvimos al recinto con ganas de seguir aprendiendo más sobre cebadas y lúpulos.

A medida que transcurrían las horas, las risas, los stands, los pequeños vasos de cerveza, las palabras susurradas de Derek, los tacos de jamón, las conversaciones con los expertos cerveceros, las luces del recinto, las manos del alemán rodeando mi cintura, la espuma blanca, el aire frío de la calle, el pub donde entramos para tomar una copa más, los labios de él acercándose a mi cuello, sus manos bajando por mi espalda... todas aquellas fracciones de tiempo y todas aquellas sensaciones se fueron diluyendo,

mezclándose con los sabores amargos de la cerveza y el alcohol chispeante de su líquido amarillento... Todo se tornó borroso, turbio, impreciso, un cortometraje extraño con personajes tenebrosos, con escenarios oscuros, con actos impuros... Todo se volvió borroso. Todo lo que hice, dije, insinué, toqué y acaricié pero que jamás recordaré.

Dos horas después de mi último recuerdo sentí un terrible dolor en el estómago. Las arcadas me hicieron despertar de aquel extraño sueño y abrí los ojos aturrida. El vómito salpicaba mis zapatos y noté el suelo húmedo y fangoso bajo mis pies. El aroma a hierba fresca se mezclaba con el pestilente olor de la bilis. Una punzada espantosa me torturaba el cerebro, sintiendo la necesidad de gritar, de golpear la cabeza contra un muro, una y otra vez, hasta caer inconsciente, volver al olvido y a la ausencia de dolor. Mi cuerpo se resquebrajaba con cada arcada y mis pies se tensaban hasta casi aguantarme de puntillas. Noté el calor de dos manos sujetando mi cuerpo, evitando que cayera sobre el barro. Una de ellas sostenía mi frente y la otra mi cintura. Supuse que eran los brazos de Derek los que me impedían caer. Las arcadas cesaron y la mano que abandonó mi frente me ofreció un pañuelo. Me limpié la cara y me enderecé torpemente, sintiendo que todo giraba a mi alrededor. Aquellas dos manos sujetaron con fuerza mi cintura e impidieron que me desplomara. Giré la cabeza, aún aturrida y mareada, para agradecerle a Derek su apoyo, pero no era él quien me sostenía con sus manos, no eran sus brazos los que rodeaban mi cintura y no eran sus ojos verdes los que me miraban con preocupación. No era Derek quien me acompañaba, sino Raúl.

—¿Tú? ¿Tú, qué coño haces aquí? —Intenté zafarme de sus manos pero él me sujetaba con fuerza—. Suéltame, no te acerques.

CAPÍTULO 8 – SUS RAREZAS

Cerré los ojos al sentir que me desvanecía, que mi cabeza se balanceaba sin control y los músculos de mi cuerpo cedían, abandonándome a la merced de quien me sostenía entre sus brazos.

—Laura, Laura... Despierta... no cierres los ojos.

Su voz se clavó en mis tímpanos, taladrándome el cerebro como si lo agujereara sin piedad.

—Laura, mírame...

Levanté los párpados con dificultad, me pesaban y las córneas me escocían. Distinguí perfectamente su rostro, pero todo estaba borroso.

—¿Do... dónde estoy? ¿Por qué estás tú aquí? ¿Y Derek?

Raúl me miraba con interés, como si buscara una marca en mi cara o una prueba de que la chica que tenía enfrente realmente era yo.

—Suéltame... —Intenté de nuevo separarme de él, pero volví a perder el equilibrio y él a sujetarme—. Vete, déjame en paz.

—No te voy a soltar. Si lo hago te caerás. Vamos, tienes que seguir caminando.

—No, contigo no... Tú, tú... tú estás loco... por favor, déjame.

Rodeándome con sus brazos me situó frente a él y coloqué mis manos sobre su pecho.

—Mírame... —Evité hacerlo pero él movió mi barbilla con dos dedos, suavemente, hasta encontrarse con mis ojos—. Sé que el otro día me comporté como un auténtico cabrón y te juro que no me lo perdonaré en la vida, pero lo tuve que hacer...

—¿Por qué?

Agachó la cabeza y miró hacia otro lado.

—Ahora no es momento de dar explicaciones, estás muy débil, has vomitado tres veces y tenemos que seguir caminando.

—No quiero ir contigo a ningún sitio... —Logré separarme de sus brazos sin caerme y empecé a caminar, tambaleándome de lado a lado y saliendo de entre los matorrales de un parque—. ¿Dónde está Derek?

—No lo sé... cuando te vi estabas sola —Raúl seguía detrás de mí.

—¿Cómo? No, no puede ser... —Intenté hacer memoria—. Fuimos al Barcelona Beer Festival, cenamos en un bar cercano y volvimos al recinto. Luego entramos en un local para tomar algo y... No sé, todo es borroso, no recuerdo bien qué pasó después...

—Supongo que te refieres al pub donde yo estaba con unos amigos. Me topé contigo cuando te dirigías a los lavabos. Estabas muy mareada y casi te desmayas. Te acompañé a los servicios...

—¿A los servicios? —Me giré y le miré asustada.

—Tranquila, yo solo estuve a tu lado mientras vomitabas, como ahora. Debes haber bebido mucho o algo te sentó mal...

Me paré porque volví a sentirme mareada y él me sujetó de nuevo.

—¿Dónde estamos? —susurré sin fuerzas.

—Estamos ya a pocas manzanas de tu casa... Vamos, te irá bien caminar.

Me sujeté la cabeza con las dos manos. Me iba a estallar. Raúl, sin dejar de rodear mi cintura con su brazo, empezó a caminar y yo a arrastrar mis pies. Miré de lado a lado y, aunque mis ojos continuaban velados de una extraña neblina, reconocí el barrio.

—No hace falta que me acompañes... Ya sé dónde estoy —Le miré con reproche. Ya no necesitaba su ayuda y no me fiaba de él.

No se separó de mí ni un centímetro así que le empujé con las pocas fuerzas que tenía.

—No te voy a soltar...

—Vete, estás loco. Déjame.

Raúl se paró y se giró para mirarme.

—Laura, pídemelo lo que quieras, que no vuelva a molestarte, que no te

hable, que desaparezca o incluso que me vaya de la ciudad para no coincidir contigo nunca más... pero no me pidas que te abandone ahora porque no lo voy a hacer. Estás mareada y muy débil... No voy a irme de tu lado hasta que no te vea entrar en tu casa. ¿Entendido?

Le miré por unos segundos. Su gesto era de preocupación. Soltó una de las manos que retenían mi cadera y la llevó a una de mis mejillas. La acarició suavemente con el dedo pulgar y bajó su mano hasta depositarla sobre mi hombro.

—Seguiré siendo tu guardaespaldas hasta que sepa que estás segura.

Otra vez me lo volvía a hacer, otra vez volvía a llevarme a esa confusa fascinación... Sus ojos transmitían ternura, el calor de sus manos desprendían seguridad y sus palabras borraron cualquier rastro del Raúl que me había atormentado durante aquella semana. Continué clavando mis ojos en los suyos, rindiéndome a lo indiscutible, a lo innegable... me gustaba. Raúl me gustaba, me atraía, algo en él le hacía especial... pero, ¿qué?, ¿qué era lo que me hacía confiar en él a pesar de lo que había sucedido la semana anterior?, ¿qué tenía él que me hacía olvidar todo lo demás?

Después de unos segundos mirándonos fijamente, Raúl empezó a caminar, volviendo a rodear con su brazo mi cintura.

—Háblame de tus padres.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes preguntarme eso después de lo que sucedió la semana pasada? ¿Quieres que haga como que no pasó nada?

—¿A qué se dedican? —insistió él.

Desistí. No tenía fuerzas para discutir.

—Mi padre se jubiló hace pocos meses. Era conductor de autobuses.

—¿Y tu madre?

—Ella es guía turística.

—¡Ah...! Así que de ahí viene lo de estudiar Turismo.

—Mis padres se conocieron trabajando juntos para la misma agencia de viajes. Él conducía el autobús y mi madre explicaba los lugares que visitaban, con el micrófono en la mano. Me encantaba escucharla. Conseguía

que un simple recorrido por calles repletas de tráfico se convirtiera en un viaje alucinante al pasado, una aventura de caballeros de la Edad Media, soldados que pagaron con su vida los caprichos de un rey, amores que enfrentaron familias o reinas que lucharon por su pueblo empuñando la espada como un guerrero más.

Estiré un brazo y alcé la mano como si desenfundara mi espada al aire, al igual que hacía mi madre cuando narraba la historia. Raúl se rió mientras me sujetaba con fuerza, evitando que perdiera el equilibrio con aquel gesto.

—He pasado muchos veranos recorriendo España con jubilados, grupos de jóvenes o personas que viajaban solas. Y a pesar de lo aburrido que pudiera parecer, sobre todo para una adolescente, para mí era fascinante.

— Toda una aventura para una niña.

—Para mí lo fue. Creo que ya con siete años decidí que quería ser guía turística, como mi madre.

—¿Y eso es lo que quieres hacer todavía? ¿Viajar por España o por el extranjero?

—Creo que no... Me encanta viajar, pero prefiero hacerlo en mi tiempo libre. Me gustaría ser encargada en un hotel y organizar eventos, convenciones, rutas turísticas por la ciudad...

—Seguro que lo consigues.

—Eso espero...

Se interesó por mi trabajo de recepcionista y le estuve explicando algunas de mis tareas. Continuamos caminando unos minutos más hasta llegar frente al portal de mi edificio.

—¿Estás mejor?

—Todavía me duele la cabeza pero menos...

—¿Y el estómago?

—Más calmado...

Me senté en el banco donde Ángel me había esperado todas las

mañanas de aquella semana y por un momento deseé que estuviera allí, que me aconsejara o que simplemente me regalara su silencio.

—Esperaré unos minutos antes de subir. El aire fresco me irá bien y no quisiera que se despertaran mis padres y me vieran así.

—¿Puedo quedarme contigo? —preguntó Raúl sentándose a mi lado.

—¿Si te digo que no, te irás?

—No.

—Pues creo que no tengo opción...

Sonrió y agachó la cabeza mirándose las manos cruzadas y apoyadas sobre sus piernas. Yo no dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido. Desconocer qué había hecho durante las últimas horas era inquietante y me empecé a preocupar.

—No sé qué me ha pasado. Yo no he bebido tanto... Estuvimos probando diferentes cervezas y como no suelo beber alcohol siempre daba pequeños sorbos.

—Pero has debido mezclar diferentes grados de alcohol y como no estás acostumbrada te ha afectado más.

—Puede ser... pero, ¿hasta el punto de olvidarlo todo? ¿Todo...?

—¿No recuerdas nada?

—No... no recuerdo haberte visto, ni haber vomitado... Y ¿Derek? No lo entiendo... ¿Desapareció así, sin más?

—No lo sé... yo no le vi.

Aquello era muy extraño ¿Se habría vuelto a asustar al ver a Raúl? ¿Me habría dejado de nuevo a solas con él sabiendo lo mal que lo había pasado la semana anterior? O...

—¿Tú, tú... le dijiste algo a Derek para que se fuera? ¿Os peleasteis? ¿Es eso?...

—No, no... Laura, no. Yo te vi sola. —Se echó el pelo hacia atrás nervioso—. Joder... Lo siento. Entiendo que lo que hice en el restaurante te asustara y ahora dudes de mí, pero...

—¿Pero...? —Le miré buscando una respuesta.

Él se enderezó en el asiento y se giró para estar frente a mí.

—Laura, puedes confiar en mí... Jamás, jamás te haría daño y jamás permitiría que nadie te lo hiciera.

—No entiendo nada, Raúl... Me confundes. Eres, eres...

—Soy muy raro, ¿verdad?

—Sí... —Me sonrió y yo hice lo mismo.

—Lo sé... En mi casa dicen que soy el raro porque no me gusta la pasta, me encanta el queso roquefort, odio las series de televisión, soy friolero y remuevo el azúcar en el café girando la cuchara en sentido contrario al de las agujas del reloj.

Me reí mientras enumeraba sus rarezas, contando con los dedos de la mano, y pensé que no me parecían tan extrañas aquellas peculiaridades.

—Pues, a mí sí me gusta la pasta, pero en todo lo demás coincidimos.

—¿En serio? ¿Tú también giras la cuchara en el sentido contrario?

—No, nosotros lo hacemos en el sentido correcto, son los demás que lo hacen mal —le repliqué sonriente.

—Eso mismo es lo que yo le digo a mi hermano.

Nos reímos durante unos segundos más, sin dejar de mirarnos. Me fascinaba esa faceta de Raúl. Esa capacidad que tenía de sacarme una sonrisa en cualquier situación y con pocas palabras. Ahora ya no esquivaba mi mirada y se concentraba en mi rostro, en mis ojos, en mis cejas, en mis labios..., y siempre en silencio.

—¿Tienes frío? —me preguntó al verme temblar.

Sin esperar la respuesta, abrió su chaquetón y me abrazó con él, apretándome contra su cuerpo, de forma que mi cabeza quedó hundida en su pecho. Llevé mis manos a su estómago, buscando su calor y cerré los ojos al inspirar la fragancia de su colonia. Y deseé quedarme allí dormida, arrullada por los latidos de su corazón, envuelta de nuevo en Raúl.

Permanecimos así unos minutos, hasta que salí de su abrazo con

pesar, me despedí de él y subí a casa.

El sábado lo pasé en pijama, con un terrible dolor de cabeza y un malestar en el estómago que me impidió comer hasta la cena. Después de un arroz hervido y algo de pescado a la plancha, me fui a mi habitación, dispuesta a pasar una divertidísima noche de sábado, hundida entre edredones y escuchando música relajante. No me apetecía salir y necesitaba tiempo para pensar, para aclarar algunos de mis sentimientos e intentar recordar por enésima vez qué había sucedido la noche anterior, aunque sin éxito.

A las diez de la noche recibí un mensaje de Raúl.

“Hola. Estoy en este momento tomando un café con mi hermano y me he acordado de ti mientras removía el azúcar. ¿Cómo estás?”.

Sonreí tontamente mirando la pantalla del móvil.

“Mejor, aunque cansada y con ganas de dormir. Ya le puedes decir a tu hermano de mi parte que el raro es él”.

“Se lo acabo de decir y cree que deberíamos buscar más personas con ese defecto y formar terapias de grupo”.

Me reí imaginando a los dos hermanos discutiendo por esa tontería y envidié a Raúl. Siempre había querido tener hermanos y aquello me recordó que Paz y yo pasaríamos juntas la tarde del lunes.

Miré de nuevo la pantalla, pensando qué responder, pero él se adelantó.

“¿Te puedo preguntar mañana cómo estás?”.

“Sí”.

“Pues hasta mañana. Buenas noches”.

Me despedí de él y me quedé durante unos minutos releendo sus mensajes. Me adormecí haciéndome mil preguntas sobre Raúl...

El domingo no fue muy diferente al sábado. Volví a pasarlo en pijama, pero sin malestar ni dolor de cabeza. Aproveché la tarde para acabar

de leer @Daniela: no voy a seguir las reglas del juego de Susana Rubio y llamé a Natalia para recomendarle el libro, pensando que tanto la protagonista de aquella bonita historia como mi amiga tenían el mismo carácter indómito. Pero no respondió a mi llamada y solo recibí un mensaje de ella más tarde en el que me preguntaba si me encontraba bien. Le respondí que sí, extrañada. No sabía bien por qué pero intuí que ella sabía algo...

Sin embargo, después de mucho meditar, olvidé esa absurda intuición y llamé a Sonia. Estuvimos un rato charlando y me contó que Marcos, ella y Miguel habían acabado juntos en el *Music* la noche anterior. “¿Y Natalia?”, pensé pero no le pregunté. Me contó que al parecer Raúl había quedado con su hermano para cenar y al final decidió no salir. La noté algo triste. Le expliqué que la tarde del lunes la pasaría con Paz y se apuntó. Sonia vive cerca de mi tía, así que ella misma recogería a mi prima y se irían directamente hacia el hotel.

No quise darle detalles sobre lo sucedido con Raúl la semana anterior ni sobre la extraña noche que había pasado el viernes. Todavía necesitaba tiempo para aclarar ese entresijo sobre Raúl que me tenía tan intrigada.

A las ocho recibí un mensaje en el móvil y corrí en su busca como una quinceañera enamorada. Era de él.

“Hola. ¿Cómo estás hoy?”

“Bien, mucho mejor”.

“Me alegro”.

Durante unos segundos estuvimos los dos conectados, pero sin escribir. Sonreí pensando que tal vez él estuviera igual que yo, sentado en su cama, mirando la pantalla y deseando recibir un mensaje. Recordé sus rarezas y empecé a escribir.

“¿De verdad no te gusta la pasta?”

“No. Ya sé que parece extraño, pero no me ha gustado nunca. Esa textura blanda... agggghhh”.

“Nadie es perfecto. Yo tengo más rarezas que tú”.

“No me lo puedo creer... Si no fuera por el defectillo de remover el

café en el sentido contrario, serías perfecta”.

“Espero que eso haya sido un cumplido”.

“Lo ha sido”.

“Gracias pero no es así... Tengo muchas rarezas. Por ejemplo: me encanta comerme los champiñones y la coliflor crudos, nunca lloro pelando cebollas pero sí me pican los ojos cuando pelo ajos, adoro las películas de romanos y cada Semana Santa veo Quo Vadis hasta dos veces, no me gustan las palomitas de microondas y las hago yo en la sartén, lo primero que leo de un libro son los agradecimientos y opino igual que tu padre, me parece imperdonable que se regalen flores sin unas palabras escritas a mano en un tarjeta”.

“Sigo pensando lo mismo, me pareces perfecta. Y los dos tenéis razón, es totalmente imperdonable”.

“¿Has regalado alguna vez flores con un poema escrito a mano?”

“Una vez”.

“¿Alguien especial?”, le pregunté pensando en la chica embarazada. ¿Serían para ella?

“Muy especial. ¿Y tú has recibido alguna vez flores con un poema?”

“No, nunca”.

“Imperdonable”.

Sonreí y me sonrojé... ¿estábamos tonteando? Cerré los ojos y recordé la noche que compartimos la pizza y como el calor de sus susurros acariciaba mi oreja. No sabía qué me estaba pasando con Raúl pero debía controlarlo y no dejarme llevar con tanta facilidad. Aunque me sentía cómoda a su lado, aún no lograba entender su actitud esquiva a veces y cariñosa otras. Y sobre todo sus ojos de ira en el restaurante griego. No había olvidado aquellos gritos, aquel odio, aquellos golpes en la mesa... Debía frenar ese acercamiento.

“Me voy a cenar. Buenas noches”.

Leí su despedida y paré el móvil.

CAPÍTULO 9 – AZUL TURQUESA

La mañana de aquel lunes me desperté con la sensación de que aquella semana iba a ser distinta, especial... algo iba a cambiar y deseé que así fuera. Estaba cansada de formularme tantas preguntas, de cabalgar montada en un constante interrogante... que si por qué Raúl actuaba así, que si cómo era Ángel, que si quién era la chica embarazada, que si por qué Sonia estaba triste, que si por qué Derek me había dejado sola el viernes, que si, que si... ya estaba cansada de tantos “que si”. Las cosas debían cambiar, empezando por mí. Iba a dejar de cuestionármelo todo y una de dos: o preguntaba directamente para salir de dudas o dejaba de hacerme preguntas y pasaba de las dudas.

Pero poco me duró el propósito, pues saliendo por la puerta de casa lo primero que pensé fue: ¿Estará Ángel esperándome en el banco? Primera pregunta del día.

Afortunadamente obtuve una rápida respuesta. Sí, estaba sentado en el banco, esperándome, serio, tenso, concentrado. Se levantó en cuanto me vio salir por el portal y le sonreí agradecida. Y agradecida de verdad, porque su compañía era lo que más me apetecía en ese momento.

Y como aquella mañana había tomado una firme determinación, camino del metro le expliqué a Ángel lo que me había sucedido durante el fin de semana. Compartir tus dudas con alguien te puede ayudar a obtener respuestas.

“¿Y no te ha dicho por qué se enfadó contigo en el restaurante?”, me preguntó Ángel después de leer mis manos durante más de quince minutos.

“Pues no... y la verdad, no sé si quiero saberlo. Estoy cansada de tantas dudas y he decidido dejar de cuestionarlo todo”.

“¿Eso quiere decir que ya no te importa saber lo que pasó?”

Sí, sabía a dónde quería llegar a parar él y tenía razón. No podía dejar de hacerme preguntas y pasar de obtener respuestas. Eso significaba ser inmune a lo que sucediera a mi alrededor y eso no era posible, no conmigo.

“Sí, me importa. Y mucho más de lo que yo pensaba porque... creo que él me gusta. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Dejar que mis sentimientos caminen a sus anchas mientras dudo sobre todo lo que él haga o diga? No puedo seguir así, estoy cansada, la cabeza me va a estallar”.

“A veces la mejor manera de solucionar un problema es no hacer nada para solucionarlo”.

Me gustó mucho su consejo y tal vez lo aplicara con Raúl, pero aquel lunes debía aclarar dudas, así que empecé por él.

“¿Nacho era tu hijo?”. Segunda pregunta del día.

“No”.

“¿Has estado o estás casado?”

“No”.

“¿Vendes drogas?”

“No”.

Bien. Dudas importantes sobre Ángel aclaradas. Ahora era el turno de Derek.

Y allí estaba yo, apoyada en el mostrador, expectante, al acecho, en cuanto le viera aparecer le iba a clavar las garras para no dejarle escapar. Tenía que saber qué había sucedido la noche del viernes, cada hora y cada minuto de aquella extraña noche. Y si no obtenía respuestas con Derek, el siguiente a ser interrogado iba a ser Raúl.

Llegaron las seis de la tarde y ni rastro de Derek. Si no fuera porque sabía que seguía registrado en el hotel, dudaría si continuaba o no en Barcelona.

Ángel me sorprendió en aquel momento depositando sus flores sobre el mostrador. Inspiré el aroma y le sonreí. Y a diferencia de otras veces, me devolvió la sonrisa más abiertamente, como si no temiera destapar sus sentimientos. Pensé en Raúl y le lancé la quinta pregunta del día.

“¿Te gusta la pasta?”

“¡Y a quién no!”, me respondió mientras se dirigía a los lavabos.

Sonreí por mi absurda pregunta y porque realmente Raúl iba a acabar siendo más raro que yo. Noté que mi móvil vibraba en el bolsillo de mi americana y lo busqué preguntándome si sería Sonia o...

¿Raúl?

“Tu pupila es azul, y cuando ríes, su claridad suave me recuerda el trémulo fulgor de la mañana, que en el mar se refleja”.

Miré atónita la pantalla, releí hasta diez veces esas palabras, sin cuestionarme nada, sin querer buscar respuestas... solo leí para sentir. Para sentir como la pluma que había escrito ese poema me hacía cosquillas en el estómago.

“Gustavo Adolfo Bécquer”, le respondí.

“Esa es la poesía escrita a mano que debería acompañar a una orquídea color turquesa. El mismo color de tus ojos”.

Me giré hacia la orquídea y me quedé paralizada mirándola. Ni tan siquiera reaccioné cuando Ángel recogió sus rosas para volver a su esquina. Estuve en estado de shock durante varios minutos. Contemplando la planta, volviendo a leer el poema y las palabras de Raúl. El azul turquesa, el mismo azul de mis ojos, los ojos que se habían humedecido de la emoción. La maceta continuaba envuelta en un fino plástico transparente, sujeto por un lazo azul que lo rodeaba. Azul, azul turquesa...

Y todavía no logro comprender qué fue lo que me hizo reaccionar, qué fue lo que me impulsó a coger unas tijeras y romper aquel celofán transparente. Sí, en realidad sí sé qué fue lo que me hizo sospechar. Aquella noche en la pizzería ni mis amigas ni yo mencionamos que la flor era azul. Yo nunca le dije a Raúl que la orquídea era color turquesa.

Rompí desesperadamente el envoltorio, levanté la maceta y allí estaba ella. Enganchada en la base, tapada por un adhesivo que sujetaba el plástico transparente, allí estaba el sobrecito que había estado custodiando la tarjeta. Mi tarjeta.

La abrí temblorosa, sin pensar en nada, ni quién, ni cómo, ni por qué... solo la abrí y leí en voz alta aquellas palabras escritas a mano.

—Tu pupila es azul, y cuando ríes, su claridad suave me recuerda el

trémulo fulgor de la mañana, que en el mar se refleja.

Busqué el taburete para sentarme. Aturdida, emocionada, incrédula. Volviendo a formular preguntas a toda velocidad: ¿Por qué me dijo Derek que la había enviado él? ¿Cómo sabía Raúl que yo trabajaba aquí? ¿Por qué me envía una orquídea si casi no nos conocíamos? ¿Cómo sabía que era mi flor favorita? Me dijo que le había enviado una flor con un poema escrito a una persona muy especial, ¿se refería a mí?

En ese instante, a apenas pocos minutos de las siete de la tarde, Sonia y Paz entraron por la puerta acristalada del hotel. Sonrientes y cogidas de la mano. Sonia conocía bastantes palabras de la lengua de signos y las dos se entendían a la perfección. Me encontraron sentada en el taburete, con la mirada perdida y la tarjeta aún en la mano. Tuvieron que gritar mi nombre para que bajara de la nube donde había estado flotando durante más de cinco minutos.

—Perdonad, estaba algo despistada.

Rodeé el mostrador para salir de detrás de él e ir a saludarlas. Cuando acabé de besar a Sonia, mi prima me tiró de la falda, haciéndome saber que debía leer sus manos.

“Te regaló la orquídea”, me dijo señalando la planta.

Entendí que quería saber quién me la había regalado.

“Me la ha comprado un amigo”.

Ella negó con la cabeza.

“No. Te la ha regalado él”, se giró y alzó la mano, señalando a Ángel.

“No, Paz, Ángel no ha sido”, le respondí acariciando su pelo.

“Sí. Él me preguntó si sabía cuál era tu flor favorita y le dije que era la orquídea color turquesa”, acabó la frase y me señaló los lavabos para advertirme que se dirigía hacia ellos.

No entendí nada. ¿Ángel? ¿Ángel le había preguntado a Paz por mi flor favorita? ¿Ángel me había enviado la planta? Pero si había sido Raúl... Un momento... ¿Raúl y Ángel se conocían? ¿Ángel le había dicho a Raúl que esa orquídea era mi flor favorita?

Los golpes de dos maletas saliendo apresuradamente del ascensor y el chirriar de las ruedas descender por la rampa interrumpieron mi torrente de preguntas. Derek atravesó a toda prisa la recepción. Me acerqué a él enfadada. Ahora me debía dos explicaciones: por qué me había dejado sola el viernes y por qué había mentido diciendo que la planta la había enviado él.

—Derek, esa flor no me la regalaste tú.

—Lo sé... —¿Cómo? ¿Y lo admitía así, tan fresco?— ¿Ya sabes quién te la envió? ¿Fue el vagabundo como yo había pensado o fue el cabrón de tu novio?

Abrí mucho los ojos, alucinada por sus palabras y su tono despectivo. ¿Aquel hombre era el mismo Derek, educado y caballeroso?

—Ya te dije que no tengo novio —respondí molesta.

—¿No? ¿No era tu novio con quién te fuiste el viernes por la noche?

—¿Yo me fui con él? Si me dejaste sola...

—Supongo que follaríais de lo lindo... ¡Cabrón con suerte! —Sonrió de medio lado.

—¡Derek! ¿Pero qué estás diciendo? —alcé la voz porque me estaba empezando a tocar las narices.

—Mira, niñata, no estoy aquí para escuchar tus gritos. Necesito que me devuelvas las muestras de cerveza que guardaste en las cámaras frigoríficas y me prepares la cuenta ya. Y rapidito —Dio dos pasos apartándose de malas maneras y se acercó al mostrador, sacando su cartera.

Miré a Sonia. Había escuchado la conversación y al igual que yo tenía la boca abierta. El timbre del móvil, que aún sostenía en mi mano, me hizo dar un brinco. Miré la pantalla y era una llamada de Raúl. Dudé en responder porque estaba tan aturdida que no creía que me salieran las palabras. Pero apreté el botón verde.

—Laura, salid de ahí las tres... ¡Ya!

—¿Cómo?

—Laura, por favor, confía en mí... Coge a tu prima y a Sonia y salid del hotel.

—Raúl, por favor, deja de decir tonterías, deja de confundirme...

—Mírame...

—Pero... ¿dónde?

—Mira a Ángel.

Giré la cabeza atónita, con el corazón paralizado, incapaz de respirar, de pensar... Ángel me miraba con los ojos bien abiertos, con el móvil en la mano, apoyado en su oreja... Sus labios empezaron a moverse.

—Laura, salid de ahí.

Los siguientes segundos se precipitaron de una forma arrolladora. Oí los pasos acelerados de dos personas entrando apresuradamente en el hotel, un estruendo ensordecedor hizo que el móvil se escurriera de mis manos e instintivamente me agaché para cogerlo o para protegerme. Cerré los ojos. Se oyeron otros tres disparos y oí gritos detrás de mí, a mi lado, en la barra del bar, entre los sillones del salón. Abrí los ojos después de notar como algo caía a mi lado, golpeándome el brazo, y vi que mis manos estaban llenas de sangre.

UN MES ANTES...

RAÚL

CAPÍTULO 10 – DOS VIDAS ROTAS

Nacho y yo nos miramos a través del pasamontañas y resoplamos acalorados. Era la tercera vez que participábamos en una redada y todavía no nos habíamos acostumbrado a la sofocación que provocaba esa prenda en la cara y la presión del chaleco antibalas en el pecho. Íbamos dentro de una de las tres furgonetas que asaltarían una nave en uno de los polígonos industriales de la ciudad. Uno de los agentes infiltrados en una banda de narcotraficantes advirtió que esa noche se realizaría una importante entrega de cocaína y estupefacientes. Aparcaríamos dos calles más atrás y después de rodear la nave, un grupo de policías entrarían por la puerta principal. Nacho y yo estaríamos situados en una de las puertas laterales.

—¿Tienes algún plan para mañana por la noche? —me preguntó Nacho con total normalidad, como una de las tantas veces que compartíamos coche para volver a casa desde comisaría.

—Marcos ha quedado con una chica con la que se reencontró en la boda de su primo. Quiere que vayamos los tres para conocer también a los amigos de ella.

—¿Marcos? ¿En serio? ¿A Marcos le gusta una chica?

—Pues ni idea... Dice que son amigos, solo eso. Ya sabes cómo es... Estoy seguro de que intentó ligársela y ella se resistió. La chica debe estar bien y solo quiere una segunda oportunidad. Si mañana no tiene nada con ella, la ignorará y a otra cosa mariposa...

—¡Menudo es Marco! Aunque él no lo quiera, acabará enamorándose, solo es cuestión de tiempo y de que conozca a la mujer perfecta, al igual que hice yo. Bueno, pues nada... Irene quería invitarte a cenar. Viene a verla una prima de París y tiene ganas de presentártela. Es de tu edad y parece que es muy maja.

—Nacho, dile a tu mujer que la quiero mucho pero que deje de buscarme pareja.

—¿Y crees que podré convencerla? —Intuí su media sonrisa a través del pasamontañas.

—No, estoy seguro de que no... —Sonreí al pensar en la testarudez de Irene.

Nacho y yo nos conocimos en la academia de policía.

Después de acabar la carrera de Ingeniería Informática y un postgrado de especialización en datos empecé a prepararme para entrar en el cuerpo. Tenía una facilidad innata para la informática pero siempre había querido ser policía y mi objetivo era acabar trabajando en la investigación de crímenes, fraudes o espionaje. No me importaba si usaba mis conocimientos de informática para capturar asesinos, violadores, políticos corruptos o narcotraficantes, lo que tenía claro era que quería ser policía e informático a la vez.

Nacho era siete años mayor que yo. Él había estudiado Económicas para ayudar a sus padres en el negocio familiar. Su abuelo fundó una empresa de transformación y distribución de madera que heredó su único hijo, el padre de Nacho, cuando el negocio estaba en pleno auge. Colaborar con sus padres y continuar con el legado familiar era lo que más deseaba mi amigo desde que tenía uso de razón. Pero, desgraciadamente, aquel futuro se esfumó la tarde de un miércoles. Sus padres fueron asesinados a sangre fría por unos ladrones, antes de provocar un incendio que acabó calcinando el local y toda la mercancía que se guardaba en su interior. Tan solo se llevaron doscientos euros. Pasaron muchos meses hasta que Nacho fue capaz de levantar cabeza, destrozado por la cruel pérdida de sus padres y por ver aniquiladas sus expectativas de futuro. Afortunadamente, Irene y él ya se habían casado un par de años antes del robo y ella consiguió que él recuperara la ilusión.

Aquellos ladrones borrarón un camino a seguir, pero dibujaron otro muy distinto: Nacho decidió que ayudaría a evitar más tragedias como la que vivieron sus padres e ingresó en la academia de policía. Nos encontramos por primera vez cumplimentando nuestros datos en la solicitud de ingreso.

—¿Y cómo está Irene?

—Las náuseas ya han pasado y está mucho mejor. El próximo jueves le harán una ecografía y esperamos que esta vez el bebé nos deje ver el sexo.

Irene estaba embarazada de siete meses y Nacho no podía evitar

emocionarse al hablar de su futura familia. Adoraba a su mujer y no era para menos. Irene era encantadora, inteligente, divertida... A las pocas semanas de conocernos en la academia, Nacho me invitó a cenar a su casa e Irene y yo conectamos a la perfección. Yo cuidaba de su Nacho y ella me buscaba novia. Ese era nuestro trato. Aunque en más de una ocasión huí de sus encerronas. Porque, aunque habíamos bromeado sobre lo difícil que era encontrar una chica de mi edad que se pareciera a ella, yo aún no estaba preparado para una relación sentimental. Mi trabajo no era compatible con el compromiso. Noches fuera de casa, llamadas por las que debía acudir a comisaría de inmediato, horario inestable... Una chica de mi edad no iba a aceptar una relación así. Pero, al parecer, Irene no se daba por vencida y seguía en su empeño de emparejarme.

La furgoneta aparcó dos calles más abajo de la nave y caminábamos agachados cuando uno de los policías que coordinaba la operación nos dio instrucciones. Nacho y yo debíamos desviarnos al lado izquierdo del local y cuatro compañeros más al lado derecho, dos de ellos custodiarían la otra puerta lateral y los otros dos la trasera. Nos situamos junto a la puerta y esperamos a que nos indicaran por radio que ya podíamos entrar.

Nacho y yo nos volvimos a mirar, en silencio. Aquellos momentos de tensión y expectación eran desconcertantes y difíciles de explicar. Te sientes como un animal salvaje, en alerta, observando a la víctima para atacar por sorpresa pero atento ante el peligro. Si bajas la guardia, puedes pasar de ser cazador a ser víctima en décimas de segundo.

Nos advirtieron por radio. Algunos agentes ya estaban dentro y unos segundos después oímos tres disparos. Empujamos la puerta los dos a la vez y el cerrojo se rompió. Entramos con los brazos en tensión y las armas en la mano, apuntando hacia la oscuridad del interior. Con la poca luz de las farolas de la calle pudimos distinguir unas estanterías llenas de cajas. Nacho me hizo una señal con la mano para advertirme que él entraba por un pasillo de estanterías situado a su izquierda y yo entré por el de la derecha. Fui esquivando las cajas tiradas en el suelo con cuidado, agudizando todos los sentidos y escuchando la respiración entrecortada de Nacho al otro lado de la estantería. Caminábamos a la vez, como si fuéramos uno solo. A medida que avanzábamos, la luz de los fluorescentes encendidos al fondo de la nave nos

permitió ver con algo más de claridad. Oímos gritos que provenían del otro lado del local, por donde habían entrado nuestros compañeros.

—¡Suelta el arma! ¡Al suelo, al suelo...!

Debían estar reduciendo a los narcotraficantes pero no podíamos bajar la guardia hasta que la nave no fuera registrada por completo, sobre todo si estaban armados. Así que continuamos caminando con sigilo. Seguimos avanzando y esquivando cajas hasta que llegamos al final del pasillo. Noté como Nacho, al igual que yo, reducía la marcha y se apoyaba en un lado de la estantería para asomar la cabeza.

Apenas recuerdo de dónde salió aquel chico. Muy posiblemente se escondía entre unos sacos situados frente a las estanterías, agachado y esperando una oportunidad para huir. Pero nos vio y se levantó de su escondite, apuntándonos con una pequeña pistola. Supuse que debía tener dieciocho o diecinueve años.

En décimas de segundo contemplé sus pupilas. Estaba asustado. Sus ojos se dirigieron a Nacho y luego a mí. Dos policías armados le apuntaban. Estaba acorralado, tenso y respiraba con dificultad. Podía haber tirado el arma al suelo y levantar los brazos o podía haber continuado agazapado entre los sacos y permanecer allí hasta que varios agentes le encontraran. Posiblemente hubiese acabado en prisión. Dependiendo de la cantidad de droga incautada y sus antecedentes le podrían haber caído dos o tres años. Sin embargo, el terrible destino quiso que aquel muchacho se levantara, nos apuntara y decidiera que no iba a rendirse sin luchar. Volvió a mirar a mi compañero y de nuevo a mí.

—¡Baja el arma! —ordenó Nacho intentando mantener la calma—. Si bajas el arma nadie saldrá herido.

El chico permaneció inmóvil, sin dejar de apuntarnos con su pistola. Pensé que si me acercaba a él poco a poco podría llegar a reducirle, así que di un paso hacia adelante. Pero él levantó más los brazos para apuntarme con el arma a la altura de sus ojos.

—¡Quieto! —gritó el muchacho.

Su voz no era grave, no era la de un hombre, era la de un adolescente. Más tarde supe que tenía tan solo diecisiete años.

—Raúl, espera... —Oí que Nacho me susurraba bajo el pasamontañas.

Retrocedí un poco casi sin moverme del sitio y el chico volvió a fijar la mirada en Nacho y en mí, alternativamente, apuntándonos a la vez, como si estuviera tomando una decisión. A quién de los dos dispararía él y quién de nosotros dos le quitaría la vida.

Y el terrible destino volvió a intervenir.

Unos agentes aparecieron por detrás y sus pasos asustaron al muchacho.

Dos vidas truncadas en pocos segundos. Dos vidas rotas. Dos futuros incompletos. Dos caminos que llegaron a su fin. Debía decidir a quién de los dos disparar y fui yo quien le quitó la vida a aquel joven de diecisiete años. Oí el disparo mientras sus ojos estaban clavados en los de Nacho. Aquella sucesión de imágenes continúa grabada en mi cerebro y, siempre que las reproduzco, esas décimas de segundo me siguen pareciendo eternas. La bala recorriendo la distancia entre aquel chico y mi compañero, el impacto y el cuerpo de Nacho cayendo a cámara lenta, despacio, como una pluma que lucha contra la gravedad. Mi dedo apretando el gatillo, mi arma empujando mi hombro y la bala volviendo a recorrer aquella distancia hasta impactar en el pecho de aquel muchacho, haciendo que su cuerpo rebotara en el suelo.

Corrí hasta donde yacía Nacho, deseando que la bala hubiese impactado en su chaleco, pero el charco de sangre sobre el que descansaba su cabeza aniquiló toda esperanza. Murió en el acto. Murió sin conocer el sexo de su hijo, sin despedirse de su mujer. Y me sentí desgraciado, ruin, debía ser yo quien yaciera sin vida sobre el suelo de aquella nave, rodeado de cajas de cartón vacías. Aquel chaval debió elegirme a mí, joder, a mí... Yo no necesitaba despedirme de ninguna mujer, yo no debía conocer el sexo de ningún hijo, yo no iba a ser padre... él sí.

Oculté mis lágrimas bajo el pasamontañas mientras esperaba que se llevaran el cuerpo sin vida de Nacho. Pensé en aquellos ladrones que mataron a sus padres por doscientos euros. Si aquellos ladrones no hubiesen aparecido la tarde de aquel miércoles, los padres de Nacho seguirían vivos, yo jamás hubiese conocido a Nacho y él estaría dirigiendo, feliz y orgulloso, el negocio

que había fundado su abuelo con tanto esfuerzo.

Y mientras yo deseaba no haber conocido a Nacho, mi superior y un psicólogo llamaban a la puerta de un hogar que iba a ser destrozado. Tras oír la palabra “fallecido” Irene sufrió un desmayo y la trasladaron a urgencias. En cuanto supe que había sido ingresada, fui a verla. Estaba tumbada hacia un lado, dando la espalda a la puerta, como queriendo huir de la realidad que la amenazaba. Acercándome con sigilo, vi como su cuerpo convulsionaba con cada sollozo. Rodeé la cama para situarme frente a ella, quería que me mirara, quería dar la cara y disculparme porque le había fallado.

—Irene, lo siento, perdóname.

Se incorporó con rapidez usando las pocas fuerzas que le quedaban, me agarró de la muñeca y me acercó a ella para fundirnos en un abrazo doloroso. Entre lágrimas le supliqué que me perdonara una y otra vez, hasta que Irene se separó unos centímetros, me sujetó el rostro con sus manos y me miró seriamente. Estaba pálida, los ojos ensangrentados y los carrillos anegados por el llanto.

—Raúl, no fue culpa tuya... ¿Me oyes? No te sientas culpable.

En ese instante pensé que me estaba comportando como un niño pequeño al que acababan de regañar, caprichoso e infantil. ¿Qué derecho tenía yo a sentirme mal? Yo tenía toda una vida por delante, tenía tiempo de enamorarme, de tener hijos... Sin embargo ella debía continuar adelante sin Nacho, sin el amor de su vida y con un hijo que jamás conocería a su padre.

—Irene, quiero que sepas que puedes contar conmigo, para lo que sea, ¿vale? —Intenté serenarme, consciente de que debía ser yo quien la ayudara a ella y no ella a mí.

—Lo sé...

A pesar del sufrimiento que estaba padeciendo, Irene me dedicó una leve sonrisa y volvió a abrazarme. Era apenas cinco años mayor que yo pero en ese momento admiré enormemente su madurez y su entereza. Y mientras la tenía entre mis brazos le prometí a Nacho que siempre que Irene y su hijo me necesitaran yo iba a estar ahí.

Durante la mañana siguiente dormí hasta diez horas seguidas. Estaba abatido y aunque me resultó difícil conciliar el sueño, mi cuerpo acabó rindiéndose al cansancio. Al despertar me encontré a Héctor en mi habitación, sentado frente a mi ordenador y con los cascos puestos. Estaba escuchando música y moviendo la cabeza al ritmo de la canción. Me daba la espalda pero se giró enseguida. A veces creo que nuestros genes se comunican, ¿cómo supo que acababa de abrir los ojos? Me preguntó cómo estaba y, acto seguido, empezó a meterse con mi música, el desorden de mi habitación, el estampado de mis calzoncillos y mi estatura... como era de esperar y como siempre hacía cada vez que yo tenía un problema. Pidió la tarde libre en el bufete donde trabajaba como abogado para estar conmigo. Alicia, que ya tenía una consulta propia como ginecóloga en el hospital, cambió algunas visitas para comer con nosotros. Estar con mi padre y mis hermanos me ayudó a aparcar por unas horas la imagen de Nacho sobre aquel charco de sangre. Pero cuando Alicia y Héctor se marcharon, aquellas crueles imágenes volvieron a visitarme.

Unas horas después, recibí un mensaje de Marcos.

“A las doce en *El Midas*. No te olvides”.

Lo había olvidado por completo. Otro que parecía leerme los pensamientos. Por supuesto no tenía ganas de salir aquella noche, así que intenté ser directo y no andarme con rodeos.

“Marcos, no tengo ganas de ir. Ya nos veremos otro día”.

Pero si pensaba yo que con ese mensaje iba a ser suficiente...

“No me toques los cojones, me dijiste que irías”.

Marcos no solo era el único amigo que conocía mi verdadera profesión, sino que además era el único que conocía a Nacho, así que tuve que decírselo.

“Anoche mataron a Nacho”.

Y tan solo necesitó cuarenta minutos para presentarse en mi habitación. A Marcos lo conocí pocos días después de iniciar el primer curso en la universidad. Era un genio de la informática pero un irresponsable, un niño de casi veinticinco años, mujeriego y despreocupado. Siempre había

sido un líder nato en la universidad y las chicas estaban locas por él, por su físico y por su desparpajo. Pero ante todo, Marcos era un amigo fiel, podía confiar en él y él sabía que podía confiar en mí. Y por esa razón solamente él sabía a qué me dedicaba.

—Siento mucho lo de Nacho... Era un tío genial. ¿Cuándo será el entierro?

—El domingo.

—Iré contigo.

—Gracias.

—Raúl, es una desgracia horrible pero tú tienes que seguir adelante con tu vida, no puedes quedarte encerrado en tu habitación...

—Lo sé Marcos, pero hoy no tengo ganas.

—Ya, me hago cargo, pero precisamente ahora es cuando más necesitas distraerte, salir un poco para olvidar.

Es cierto que había conseguido aparcarme mi malestar con mis hermanos así que pensé que tenía razón y accedí. Pero sobre todo lo hice porque sabía lo insistente que podía llegar a ser Marcos.

—Está bien, estaré un par de horas y me iré para casa —le advertí.

—Perfecto. Ya verás que te irá bien. He quedado con Sonia a las doce. No llegues tarde.

—Pero, esta chica, Sonia, ¿te gusta de verdad o es un rollo más?

—Ya te dije que es una amiga y la prima de Javier. Ella no me va, demasiado buena chica... —me dijo guiñándome un ojo.

—Marcos, no tienes remedio...

A las once y media salí de casa, dispuesto a darle a Marcos las dos horas que le había prometido y acabar con aquella velada lo antes posible. Cada minuto que pasaba me sentía más asfixiado y el nudo en el estómago me provocaba angustia. Poco antes de entrar en el local recibí una llamada. Era Irene.

—Raúl, ¿te puedo pedir un favor? —Por su voz entrecortada entendí que debía estar llorando.

—Irene, me puedes pedir lo que sea...

—El próximo jueves tengo visita con el ginecólogo y no quisiera ir sola...

Cerré los ojos e inspiré profundamente al recordar que los padres de Irene habían fallecido hacía años y su única familia vivía en París.

—Tranquila, yo te acompañaré. El lunes lo arreglo en comisaría. ¿No hay nadie contigo en casa?

—Estoy con mis tíos y primos. Se quedarán el fin de semana pero deben volver a Francia el lunes.

—Vale. Mañana nos vemos en la funeraria.

—Raúl... Le echo mucho de menos... —me dijo ella en un susurro interrumpido que me rompió el corazón.

—Yo también, Irene. Intenta dormir.

—Hasta mañana.

No recuerdo si fui capaz de responder a su despedida. Oír su voz entre sollozos me dejó destrozado. Si aquel chico me hubiese elegido a mí, en ese instante no habría una mujer embarazada llorando.

Entré en el local, cabizbajo, deseando que llegara la hora de volver a casa y esconder mi angustia bajo la almohada. Marcos y Pedro ya estaban sentados en una mesa y me acerqué a ellos. Intenté simular mi dolor con un saludo tipo “hoy estoy de mal humor, mejor no me preguntéis” que Pedro comprendió al momento. Pedí un refresco y estuve allí durante minutos y minutos... vaciando el vaso y observándolo, como si fuera un reloj de arena. Al cabo de no sé cuánto tiempo alcé un momento la mirada al oír mi nombre. Marcos acababa de llamarme cascarrabias delante de sus nuevos amigos y le miré con desaprobación, no estaba yo para bromas. Volví a fijar la mirada en mi particular vaso reloj, deseando que la arena se dejara caer con rapidez. A veces les oía parlotear o reír, como si no hubiese pasado nada. Ellos no acababan de perder a un gran compañero, un gran amigo y una maravillosa

persona. Un par de horas después, todos empezaron a levantarse y les seguí hasta la puerta del local. Me despedí de Marcos y me fui para casa.

Recuerdo que pensé que había sido una estupidez salir aquella noche. Nada había cambiado... ¿o tal vez sí?

CAPÍTULO 11 – SU MIRADA AZUL

El cielo estaba limpio de nubes y el sol brillaba con intensidad. No parecía un día de invierno, pero para mí fue uno de los días más lúgubres que recuerdo. Pensé en esas escenas tan típicas de las películas: una lluvia casi torrencial, multitud de paraguas negros rodeando un féretro de madera y rostros oscuros anegados por las lágrimas, resguardados de la lluvia pero no del dolor que provoca la pérdida de un ser querido. Fue una mañana de domingo soleada, de las que invitan a salir y pasear, pero para mí aquel día fue un día lluvioso y triste.

Intenté estar junto a Irene en todo momento, al igual que había hecho el día anterior, en la funeraria. Se acercaron hasta allí algunos de los familiares de Nacho que vivían en León, primos, tíos, amigos y vecinos de sus padres. Muchos de nuestros compañeros también asistieron para dar el pésame a Irene. Ella aguantó estoicamente todos los halagos hacia su marido. Todas las palabras emotivas que suscitaban las lágrimas de quienes las pronunciaban no la derrumbaron, se mantuvo inquebrantable, demostrando su entereza y el amor incondicional que sentía hacia quien había sido su compañero de vida durante más de cinco años. Sin embargo, en el momento en que el féretro se escondía entre las paredes de aquel nicho, Irene arrancó a llorar desconsoladamente. La sujetamos entre su tío Antonio y yo, preocupados por si se desvanecía. Lloró y gritó su nombre, convulsionando su cuerpo con cada sollozo y desgarrándonos a todos una pequeña parte del corazón, esa parte que jamás conseguiríamos recomponer por la ausencia de un familiar, amigo o compañero. El compañero al que iba a echar de menos el resto de mi vida.

Marcos estuvo a mi lado durante la ceremonia y en el cementerio. En silencio y dándome suaves palmadas en el hombro cuando me veía emocionado. Agradecí enormemente su compañía y me sirvió para recordar la importancia de la amistad, de contar con un cómplice, con alguien indispensable que conoce tu vida, tus gustos, tus manías, tus defectos... que sabe qué estás pensando antes de hablar y sabe lo que vas a decir incluso antes de pensarlo. Alguien como Nacho, como Marcos o como Pedro.

Después de un duro fin de semana, el lunes en comisaría las cosas continuaban igual. Las personas que nos rodean mueren, desaparecen, pero nada cambia. Casos abiertos que se complicaban con nuevas víctimas, detenciones de narcotraficantes, drogas incautadas, violencia, tráfico, caos, dinero... el poderoso dinero. Vivimos rodeados de maldad, de ambición y de hipocresía.

Desde hacía una semana trabajábamos en un nuevo caso. Los policías infiltrados en las dos bandas de narcotraficantes más importantes de Barcelona nos informaron sobre la inminente visita de un químico alemán conocido por trabajar en el diseño de nuevas drogas. No se habían conseguido pruebas suficientes para condenarle y esperábamos pillarle negociando la venta de una nueva sustancia. Desconocíamos qué medio de transporte utilizaría para desplazarse hasta la ciudad ni el hotel donde se hospedaría, por lo que teníamos varios de ellos controlados. Sabíamos que cada vez que visitaba una ciudad solía alojarse en uno de dos o tres estrellas y siempre situado en el centro de la capital. Y desde hacía siete días mi trabajo consistía en apoyarme en un sucio rincón, junto a la entrada de un hotel y vigilar a los clientes nuevos. Conocía su imagen, el rostro de mi objetivo, así que no me resultaría difícil identificarle.

Aquel lunes pasé por comisaría antes de llegar a mi puesto. Los agentes incluidos en el caso nos reuníamos con frecuencia con nuestro superior para recibir instrucciones y conocer novedades. Supimos que el químico ya se había puesto en contacto con algunos narcotraficantes y teníamos indicios de que estaba preparando su viaje a Barcelona. Así que aquella semana debíamos estar bien atentos.

A las nueve de la mañana llegué al piso situado a pocas manzanas del hotel. Un pequeño apartamento cedido por el ayuntamiento para la policía, viejo y abandonado, en uno de los barrios más conflictivos de la ciudad. Recuerdo que, una vez preparado para salir, me miré al espejo. Para pasar desapercibido y que nadie sospechara de mí, me escondía bajo la imagen de un vagabundo solitario y algo desaliñado. Admiré sonriente mi reflejo. Era increíble como con tan solo una espesa barba, unas cejas bien pobladas, una gorra descosida, un abrigo sucio y largo y un jersey de lana deshilachado un chico de veinticinco años podía llegar a aparentar un vagabundo andrajoso de

mediana edad.

Sufro miopía, llevo gafas desde los catorce, pero desde hacía un par de años usaba lentillas. Sin embargo, para ocultar mejor mi identidad y, por qué no, darle más realismo al personaje, decidí completar mi disfraz con unas lentes viejas y rotas. Guardé el estuche con las lentillas en el neceser, dentro de la mochila que dejaba en el apartamento, ensucié mis manos y mis uñas con la tierra de una maceta abandonada y me dirigí a mi puesto.

Una vez situado en aquella sucia esquina, coloqué el pequeño cartón escrito apoyado en la pared, estiré un trozo de tela negro en el suelo y saqué las flores de mi bolsa, donde también guardaba el chaleco antibalas. Vendía rosas y pedía limosna para hacerme pasar por un indigente más que sobrevive gracias a la voluntad de las pocas personas caritativas que caminan apresuradamente por el centro de la ciudad.

Apoyado en la esquina pensé en mi padre o en mis hermanos. Estaba convencido de que si pasaban por allí en aquel momento no me hubiesen reconocido. Aunque, pensándolo bien, ¿quién reconoce a quién no mira? Porque, por desgracia, era así y sigue siendo así, nadie mira a un vagabundo que pide limosna, a un indigente desaliñado, con las manos sucias y una barba descuidada. Nadie te mira a los ojos, así que nadie te podría reconocer aunque fueras su hermano, su hijo o su padre. Solo aquellos a los que molestas. Ellos sí se fijan en ti. Como el recepcionista de aquel hotel. Me estuvo mirando con desprecio desde el primer día que decidí situarme en aquella esquina. Seguro que debía estar en ese mismo momento vigilándome, con su mirada inquisitiva y el ceño fruncido. Me giré esperando encontrarme con sus ojos, pero no fueron aquellos ojos negros cargados de prejuicios los que me observaban, no, aquel día los ojos curiosos que me buscaban eran los ojos azules más bonitos que había visto jamás.

Me quedé atrapado, literalmente. Atrapado en su mirada azul y en la dulzura de su rostro. Debía tener más o menos mi edad. Con el ramo de rosas en la mano me dirigí hacia la recepción del hotel sin saber exactamente qué iba a hacer. Solo necesitaba contemplarla de cerca, comprobar que lo que había visto a cuatro metros de distancia no se trataba de una ilusión óptica. Ella parecía concentrada en la pantalla del ordenador y coloqué las rosas sobre el mostrador para llamar su atención.

Cuando alzó la vista y me miró a los ojos, me quedé paralizado, estupefacto, hipnotizado. Aquellos dos segundos, tres o cuatro a lo sumo, me parecieron eternos. Me perdí en su mirada, sintiendo una conexión difícil de explicar. Su rostro era perfecto, tono de piel rosado, ojos almendrados, boca perfectamente perfilada y una pequeña peca en el contorno del labio superior. Tuve que hacer un esfuerzo colosal para no mirar sus labios, para no inclinarme ligeramente, acercarme y besarla. Levanté la mano señalando los baños con la intención de salir de allí y no quedar en evidencia porque me estaba excitando como nunca me había pasado con solo imaginar el tacto de unos labios.

Dejé las rosas sobre el mostrador, entré en los lavabos y con la puerta entreabierta seguí admirándola ensimismado. Aún creía estar viendo un espejismo. Repasé su perfil una y otra vez para grabarlo en mi mente y no olvidar a la chica más hermosa que había visto en mis veinticinco años de vida. Cerré la puerta y me miré en el espejo. Vi a un señor de mediana edad, sucio, abandonado y triste. No había ni rastro del chico joven que podía acercarse a ella e intentar entablar una conversación distendida, quedar para tomar un café o intercambiarnos el número de teléfono.

Además, una chica así era imposible que no estuviera emparejada. Estaba convencido. O existía un cabrón con suerte que la tenía enamorada o un séquito de hombres permanecía a la espera de ser el elegido. De todas formas, ¿qué podía hacer yo?, ¿decirle que era policía secreta?, ¿que salía todos los días a la calle mezclándome con gente peligrosa?, ¿que pasaba días incomunicado?, ¿que siempre iba armado? ¡Bah! Debía pisar con los pies en el suelo y volver a la realidad.

Salí de los baños y me dirigí hacia el mostrador para recoger el ramo. La miré e incliné levemente la cabeza para darle las gracias por dejarme pasar. Y, sorprendentemente, ella empezó a mover las manos, hablándome con la lengua de signos. Supuse que alguno de los empleados del hotel le habría dicho que yo era sordo. Bueno, que me hacía pasar por sordo, para ser exactos. Me hizo saber que podía usar los servicios cuando los necesitara y le sonreí para agradecersele. Una sonrisa suave y tímida, manteniendo la rigidez y la seriedad del personaje que ocultaba mi verdadera identidad. Pero en mi interior sonreí abiertamente. Me gustó el movimiento de sus manos, la

inocencia en sus ojos y la pasión en su sonrisa. Hubiese dado lo que fuera en aquel momento por hablar con ella, por oír su voz, por conocer sus gustos, sus aficiones, sus defectos o simplemente saber su nombre. Pero debía volver a mi puesto, volver a mi trabajo y dejar de fantasear con inalcanzables.

Le había prometido a Irene que la acompañaría a su visita con el ginecólogo el jueves así que, antes de ocultarme tras aquella máscara peluda, fui hasta su casa en mi coche. Nacho e Irene vivían en un piso muy amplio, en una barriada tranquila a las afueras de la ciudad. Ella ya estaba preparada para salir pero teníamos tiempo de sobras y decidimos tomar un café sentados en la cocina. En la misma cocina espaciosa y luminosa donde tantas noches habíamos cenado los tres juntos.

—He quedado esta mañana con un agente inmobiliario. Me voy de aquí, Raúl. No puedo seguir viviendo en este piso. Todo me recuerda a él...

—Pero, ¿ya? ¿Tan pronto?

Así era Irene, decidida, tozuda y segura de sí misma.

—Quiero hacer el traslado antes de que nazca el bebé. Buscaré un piso más pequeño y céntrico, cerca de las guarderías y los colegios.

—Ya... te entiendo... Sabes que no puedo acompañarte por las mañanas a buscar piso pero cuenta conmigo los fines de semana para la mudanza.

—Eso siempre y cuando no tengas algún caso que también te ocupe el sábado y el domingo...

Irene conocía bien los inconvenientes de mi trabajo. Los había sufrido durante más de un año. Muchos fines de semana los pasó sola, con el teléfono delante, deseando tener noticias de Nacho. Y esa era precisamente una de las razones por las que intentaba no enamorarme. Esa y que aún no había conocido a la chica por la que plantearme muchas cosas, entre ellas, solicitar un cambio al departamento de informática y dejar las calles.

—Tengo algo para ti... —me dijo Irene mientras salía de la cocina.

Un par de minutos después apareció con las mejillas húmedas. Me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos. No solía mostrar mis sentimientos, ni creía saber cómo ser afectuoso cuando alguien necesitaba apoyo, pero con

Irene todo me resultaba fácil.

Cogió mi mano derecha y depositó algo sobre ella.

—La pulsera de Nacho... —murmuré sorprendido.

Aquella pulsera era un recuerdo muy especial para él. Estaba formada por una pequeña placa, sobre la que estaba grabado su nombre, y una cuerda de cuero negra trenzada. La placa, sujeta a una cadena plateada, fue un regalo de sus padres por el día de su primera comunión. A Nacho le gustó tanto aquella pulsera que no se separó de ella hasta que a los diecisiete años la cadena de plata se rompió. Para el treinta cumpleaños de Nacho sus padres le encargaron a un joyero que restaurara la placa y que la sujetara a una cuerda de cuero negra, más propia para un hombre. Los padres de Nacho fueron asesinados dos días antes de aquel cumpleaños. Siempre la llevaba consigo, sobre todo en el trabajo. Decía que le daba suerte, que aquel recuerdo de sus padres le mantenía con vida.

—Aquella noche se la dejó en casa... —Irene empezó a llorar—. No le protegió, no le salvó la vida...

Volví a abrazarla con una terrible presión en el pecho. Mierda. Yo no creía en los amuletos, en la suerte, en el destino, pero, joder... si la hubiese llevado consigo, si aquel chico no hubiese aparecido por allí, si me hubiese elegido a mí...

—¿Crees que si no la hubiera olvidado seguiría vivo? —preguntó entre sollozos.

—No sé, Irene... Ya sabes que no soy supersticioso. —Me separé de ella unos centímetros para mirarle los ojos—. Pero lo que sí sé es que a Nacho no le gustaría nada verte así. Tienes que continuar con tu vida y seguir adelante. Venga, vámonos, ¿no tienes ganas ya de saber si es niño o niña?

—Claro. —Hizo un amago de sonrisa y se fue en busca del abrigo—. Si es niño se llamará Nacho y si es niña Carmen, como sus abuelas.

—¿Cómo sus abuelas?

—¿No lo sabías? Mi madre y la madre de Nacho se llamaban igual — Me sonrió de nuevo y salimos del piso.

Llegamos diez minutos antes de la hora de la visita. Aguardábamos en la sala de espera cuando recibí una llamada de comisaría. Uno de los agentes infiltrados en las dos bandas de narcotraficantes había avisado de que el alemán ya estaba llegando a Barcelona así que debíamos estar atentos para conocer en qué hotel se iba a hospedar. Intenté que alguien ocupara mi lugar esa mañana pero todos los agentes incluidos en el caso estaban repartidos por la ciudad y debía volver a mi puesto lo antes posible. Me tenía que ir y eso me molestó mucho. Joder, quería cuidar de Irene, estar junto a ella, darle mi apoyo como le había prometido a Nacho, pero no podía, no podía dedicarle el tiempo que ella necesitaba y aquello me dolió.

—No pasa nada, Raúl, vete.

—No quiero dejarte sola, Irene.

—Pero debes irte. No te preocupes por mí.

Pensé en alguien que pudiera acompañarla y llamé a Marcos. El local donde trabajaba con Pedro no estaba demasiado lejos y siempre iba en coche, así que en cinco minutos podía llegar al clínico. Le llamé y no se negó. Lo conocía bien y sabía que no me fallaría.

—No hace falta, Raúl, Marcos debe estar ocupado, no quiero causaros molestias.

—Irene, tú nunca serás una molestia ni para Marcos ni para mí. Además seguro que a estas horas debía estar tomando un café en el bar de enfrente, escaqueándose del trabajo... —Sonreí pensando en mi amigo—. Es un genio de la informática pero no sirve para pasar más de dos horas metido en un despacho.

—Pero si casi no le recuerdo... Nos presentaste en el funeral y no sé nada de él.

—Pues te lo resumo: es un irresponsable pero muy buen tío. Su padre murió hace diez años, él tenía quince, y su madre estaba embarazada de gemelos. Él sabe muy bien por lo que estás pasando, lo vivió muy de cerca. Eso sí, no le hables de su padrastro porque es un tema tabú.

—¿Su madre se volvió a casar?

—Con el socio de su padre. Marcos quiere mucho a su madre pero todavía no se lo ha perdonado. Aunque ya no vive con ellos, siempre que puede va a ver a sus hermanos o a pasar la tarde con su madre, pero sigue sin soportar a su padrastro.

—Entiendo, debió ser difícil para él.

Apenas cinco minutos después, mientras aún le explicaba a Irene algunas de las aventurillas que había vivido con Marcos en la universidad, éste se presentó en la sala de espera del clínico. Parecía que llegaba de correr los cien metros lisos. Jadeaba y sonreía a la vez. Sabía yo que podía contar con mi amigo. Me despedí de ellos y me fui, resignado por dejar a Irene, pero más tranquilo al saber que no estaría sola.

Llegué al apartamento y me cambié en tiempo récord. Ya en mi puesto y con mi imagen de indigente solitario, permanecí atento a las entradas y salidas de los huéspedes del hotel. Busqué a la recepcionista de ojos azules, me extrañó no verla allí y por un momento temí no volver a encontrármela. Me había acostumbrado a tenerla cerca, a observarla en la distancia. Siempre sonriente y servicial, siempre preciosa. Con la excusa de ir a los baños, entré todos los días en el hotel para pasar frente a ella, para verla de cerca.

Y en aquel preciso instante, mientras temía no encontrarme con ellos nunca más, aquellos ojos azules se situaron frente a mí, mirándome, sonriéndome. Nadie más buscaba los ojos de un vagabundo zarrapastroso, solo ella, solo la chica más bonita y bondadosa que había conocido. Me quedé de nuevo absorto y enviciado en el azul de su iris. Pensé en qué imagen debía tener ella de mí. Seguro que me veía como a un hombre abandonado, solitario y tontorrón que se quedaba pasmado mirándola, sin saber qué hacer o cómo comportarse. Ese fui yo durante unos segundos. Me dejó unas monedas en la tela negra que dejaba en el suelo y me volvió a mirar. Pero yo seguía petrificado, atontado, preguntándome qué tenía ella para llevarme a ese estado de desconcierto tan impropio en mí. Cuando se apartó tuve que recordarme repetidas veces la razón por la que yo debía estar allí, atento y concentrado en mi trabajo de vigilante e informador. Así que moví la cabeza de lado a lado para borrar de mi retina su imagen y volví a

reparar los rostros de quienes entraban en recepción.

Media hora después apareció él. Alto, rubio, ojos verdes, vestido con un traje elegante y arrastrando dos maletas grandes. Metí mi mano en el bolsillo del abrigo y con disimulo envié un mensaje a mi superior para que supiera que el alemán había elegido el hotel que yo vigilaba.

Durante un par de minutos vi como hablaba con la recepcionista y le entregaba su documentación para formalizar la reserva. Y mientras volvía a sujetar los tiradores de sus maletas para dirigirse a los ascensores entré en recepción. Con un poco de suerte los datos del *check-in* estarían aún encima del mostrador. Y así fue, me acerqué con sigilo y antes de depositar las flores sobre el mueble, pude leer el nombre con el que se había registrado: Derek Baum Sheider, habitación 403.

La recepcionista se giró súbitamente y me miró sorprendida. Me regaló su preciosa sonrisa y yo no pude hacer otra cosa más que contemplarla por unos segundos. Recordé la moneda que me había dejado poco antes y desenvolví una de las rosas para entregársela. La acerqué a ella y rocé su boca con los pétalos rojos y aterciopelados de la flor, deseando que fuera la piel de mis labios la que rozara los suyos. Le agradecí la moneda y mentalmente también le di las gracias al alemán, por haber elegido aquel hotel para hospedarse.

CAPÍTULO 12 – LA QUISE PARA MÍ

El viernes por la noche había quedado con Pedro y Marcos en *El Midas* pero me pasé una hora antes por casa de Irene. El día anterior me había llamado emocionada para darme la gran noticia: esperaba un niño.

Estaba viendo una película tumbada en el sofá, cubierta por una de sus mantas de colores chillones. Irene tenía unos gustos muy peculiares. Todos sus vestidos, sus bolsos, sus zapatos y los mil complementos varios que llevan las mujeres eran estampados o de colores muy vivos. Colores acordes con su personalidad: divertida, simpática y extrovertida. Cualidades que sin embargo parecían contrastar con su gran madurez y su sentido de la responsabilidad. Pero ella era así, especial y única.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le pregunté mientras me sentaba junto a ella en el sofá.

—Bien, bien... Las náuseas matutinas desaparecieron, aunque desde... ya sabes... tengo molestias en la parte baja de la barriga. La doctora me aconsejó que hiciera mucho reposo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer... ¿Por qué no dejas lo del cambio de piso para más adelante?

Se negó, como era de esperar. Tozuda como ella sola.

—Marcos me dijo que conoce un agente inmobiliario y que hablaría con él.

—Muy bien —Me agradó oír aquello y saber que Marcos estaba dispuesto a ayudar—. ¿Qué tal se comportó el irresponsable de mi amigo?

—Se comportó... —Sonrió levemente y no quise ni pensar qué era lo que provocaba aquella sonrisa—. Parece mentira que seáis amigos.

—¿Por qué lo dices?

—O tú eres muy maduro para tu edad o él es un niño de veinticinco años.

—Es lo segundo, créeme...

Me reí por sus palabras. Qué pronto había captado a Marcos.

—Habla mucho de sí mismo y con un entusiasmo algo infantil. Me contó que había abierto una cuenta en YouTube y que compartía vídeos hablando sobre videojuegos. ¿De verdad tiene tu misma edad?

—Aunque no lo parezca, sí, Marcos es así, vive solo desde que salimos de la Universidad y tiene su propio negocio pero a pesar de eso sigue siendo un crío.

Continuamos hablando sobre los pisos que habían visitado el día anterior hasta que me despedí de ella para encontrarme con mis amigos.

Los viernes solíamos vernos en *El Midas*. El propietario del bar era primo de Pedro y desde hacía dos años el local se había convertido en nuestro centro de operaciones. Allí nos reuníamos para organizar fines de semana, ver partidos de fútbol, celebrar nuestros cumpleaños o quedar con otros amigos como hizo Marcos la semana anterior. Pedro ya estaba ocupando nuestro rincón de la barra. Nos saludamos, nos pedimos unas cervezas y empezamos a hablar sobre una nueva aplicación en la que estaban los dos trabajando.

—Debemos presentar la aplicación al cliente la próxima semana pero al ritmo que llevamos dudo que esté preparada.

Noté cierto enfado en su voz y deduje qué era lo que alteraba al tío más pacífico que tenía el placer de conocer. Pedro era tranquilo, paciente y muy trabajador. Es decir, el antagónico de Marcos.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—No sé por dónde empezar. —Suspiró antes de continuar—. El lunes me estuvo contando que el sábado por la noche se lió con una tía...

—Pedro, cuéntame algo que no sepa... ¿Es que no le conoces?

—Le conozco y él también me conoce a mí y por esa misma razón no debería contarme con pelos y señales lo que hace con las tías, ¿no crees? Y luego está lo de Sonia...

—¿Qué pasa con Sonia? —pregunté extrañado.

—El miércoles Miguel nos hizo una entrevista a los dos porque está escribiendo un artículo sobre las aplicaciones para móviles.

—¿Quién es Miguel?

—El amigo de Sonia... ¿No lo recuerdas? Estuvimos aquí con ellos la semana pasada.

—Es cierto. Perdona, estuve algo ausente. Entonces ese tal Miguel, amigo de Sonia, ¿es periodista?

—Sí y fue al local para entender mejor nuestro trabajo. Pues bien, Marcos se pasó toda la tarde hablándole de Sonia. Que si quería invitar a Sonia al cine, que si Sonia es una chica especial, que si nunca había visto unos ojos tan bonitos como los de Sonia, que si entre ellos dos está surgiendo algo, que si quiere ir más allá... Raúl, no entiendo nada, ¿de qué va Marcos?

—Pensaba que solo eran amigos...

—Eso dice él pero yo no sé qué pensar. Y, Raúl, Sonia no tiene nada que ver con Marcos. Ella..., ella es tímida, es inocente, es... —Se quedó callado por unos segundos y entonces lo comprendí.

—¡A ti te gusta Sonia! —exclamé con seguridad.

—No sé... es muy guapa, siempre está sonriente y se sonroja con facilidad. Tiene algo que la hace especial, como dice Marcos, pero... Ya sabes, Raúl, lo de conocer chicas no es lo mío.

Sonreí al ver la expresión de Pedro. Se pasaba horas delante del ordenador, estaba casado con la informática y, aparte de una corta relación que tuvo con una compañera de la universidad, creo que solo le he visto con dos tías, dos noches de aquellas que el alcohol le hicieron perder la vergüenza.

—Volviendo a Marcos —añadió Pedro—. Vamos mal de tiempo con esta aplicación y el jueves se fue por la mañana y no apareció por el local hasta después de comer. Me dijo que había tenido que acompañar a su madre al médico pero no me lo creo. Ya sabes que Marcos es transparente y se le ven las mentiras a leguas.

Cierto, Marcos no sabía ocultar nada, decía lo que pensaba y actuaba

llevado por el órgano de su cuerpo que en ese momento dominaba su mente. Pero esta vez había tenido que mentir a Pedro por mi culpa. La razón de su ausencia tenía nombre femenino, tal y como su socio debía estar sospechando, pero por un motivo muy diferente. Aquella había sido la mañana que estuvo con Irene en el hospital y en la agencia inmobiliaria.

Marcos entró en *El Midas* justo en aquel instante. Pidió una cerveza y nos preguntó de qué estábamos hablando.

—Le explicaba a Raúl que Miguel está escribiendo un artículo sobre nosotros —mintió Pedro—. Por cierto, hablando de Miguel, ¿él y Laura son pareja?

—¿Quién es Laura? —pregunté tras dar un sorbo a mi cerveza.

—La amiga de Sonia. Estuvo aquí también el viernes. Tío, ¿de verdad no lo recuerdas? —Pedro me miró con curiosidad.

—No, no lo recuerdo —me dirigí a Marcos para evitar dar más explicaciones—. Entonces los amigos de Sonia se llaman Laura y Miguel, ¿no?

—Sí, pero no son pareja —aclaró Marcos—. He vuelto a quedar mañana con ellos aquí.

—Por tanto lo de Sonia va en serio... —Me extrañaba que fuera así pero lo insinué para que nos sacara de dudas.

—No, ya te lo dije la semana pasada, Sonia es una amiga, solo eso...

—Pues entonces Laura es tu objetivo...

Mi amigo arrancó a reír. Sabía que le conocía bien y que siempre que quedábamos con un grupo de chicos y chicas, alguna de ellas era un reto para Marcos.

—¿Laura? No... Es más tu tipo, te la dejo a ti —me dijo Marcos con su media sonrisa.

—¿Y cuál es mi tipo, listo?

—Altas, rubias, muchas curvas... —silbó mientras dibujaba con las manos un torso femenino en el aire.

—Pues toda para ti —le repliqué después de reírme por sus gestos.

Marcos conocía perfectamente mis gustos y sabía de buena tinta que esa no era la descripción de mi tipo ideal. Así que supuse que bromeaba y que esa tal Laura, fuera como fuera, no me llamaría la atención.

El sábado por la noche llegué el primero al bar. El primo de Pedro ya nos había guardado la mesa más grande, la misma que habíamos ocupado la semana anterior. Me acerqué a la barra y después de pedir una cerveza, me senté en uno de los extremos del sofá que rodeaba la mesa. El primero en aparecer fue Marcos acompañado de quién supuse debía ser Sonia. Y pensé que Pedro tenía razón: guapa, menudita, sonriente, agradable y tímida, muy tímida. Es decir, alma gemela de Pedro y totalmente opuesta a Marcos. Les saludé y se sentaron a mi lado. Marcos le preguntó a ella si quería tomar algo, Sonia se negó y él fue a buscar su bebida.

—¿Hoy estás mejor? —me preguntó sonriente. Sí, verdaderamente era una chica encantadora—. Me dijo Marcos que la semana pasada habías tenido un mal día...

—Problemas en el trabajo, en fin... ya sabes, a veces es difícil desconectar.

—Ya, te entiendo perfectamente. —Se ruborizó y miró para otro lado—. Yo estudié enfermería y estoy de prácticas en un hospital. Y hay días que desearías no haberlos empezado nunca...

A pesar de su timidez, Sonia continuó hablándome de su trabajo. Hacía prácticas en la planta de pediatría y atendía a varios niños con neumonías o deficiencias respiratorias. Yo la escuché en silencio, siguiendo con interés sus explicaciones y supongo que eso le dio seguridad. Me explicó lo agradecidos que son los niños y lo doloroso que resulta verlos enfermos. Yo creía que mi profesión era dura pero hay que escuchar a los demás para comprender mejor lo que uno tiene.

—¿Acaparando a mi chica? —preguntó Marcos mientras se sentaba al otro lado de Sonia y la rodeaba con el brazo.

—Marcos, no me llames tu chica... —Sus palabras entre risillas no

me parecieron una queja muy convincente—. Y no hace falta que me manosees ya... —Sonia apartó las manos que Marcos había dejado sobre su hombro y este la miró con resignación.

—De acuerdo, prima...

Ambos se echaron a reír y yo me quedé perplejo. ¿Qué se llevaban entre manos aquellos dos?

—Pero luego me dejas que te dé un pico, ¿vale?

¿Había oído bien lo que Marcos acababa de susurrarle al oído a una chica? ¿Marcos suplicando un beso? ¿Marcos implorando un simple pico? O estaba muy pillado y no quería reconocerlo o ahí había gato encerrado.

—Marcos, no seas tonto... —Sonia le empujó el pecho para que él se separara unos centímetros—. Siempre has sido un sobón... —Se giró sonriente y me miró resoplando—. Cuando teníamos unos diez años y nos juntábamos todos los primos en verano, Marcos siempre intentaba besarnos en la boca a todas las chicas. Si estábamos en la piscina, tumbadas en la toalla tomando el sol, se sentaba a nuestro lado y aprovechaba cuando cerrábamos los ojos para darnos un beso en la boca y huir corriendo. O cuando salíamos todos a comprarnos un helado, en cuanto nos descuidábamos teníamos a Marcos detrás del cucurucho con los labios arrugados acercándose.

Arranqué a reír imaginándome la escena y pensando que Sonia conocía mejor a mi amigo de lo que yo pensaba.

—Su padre le llamaba el Melenas, el terror de las nenas.

Sonia y yo nos reímos. Miré a Marcos y, aunque estaba sonriente, supe que su mente había volado hacia su padre. Nunca quería hablar de ello, pero yo sabía que Marcos no había superado aún su ausencia. Fue su héroe, su ídolo, su Dios... su todo. Hasta que enfermó.

Cuando conocí a Marcos ya habían transcurrido tres años. Empezábamos la universidad, pero no fue hasta segundo curso que nos explicó cómo había muerto su padre y a qué se dedicaba. Conocí a Marisa y a Manuel, su padrastro, la primera vez que Marcos accedió a que hiciéramos un trabajo de clase en su casa. Nunca había estado en ella y supuse que era por Manuel, porque Marcos no quería hablar de él, ni de cómo su madre había

rehecho su vida con el socio y mejor amigo de su padre.

Miguel fue el siguiente en aparecer. Supuse que era él porque mientras saludaba a Sonia con dos besos, Marcos le dio unos golpes en el hombro con un “¿qué tal va el periodista?” muy sarcástico, en línea con el bromista de mi amigo. Se sentó al otro lado de Marcos y se recostó en el sofá mirando la pantalla de su móvil. Así estuvo unos minutos hasta que Pedro hizo acto de presencia. Nos saludó a todos antes de sentarse y se sonrojó al mirar a Sonia. Marcos podía llegar a ser transparente pero la cara de Pedro era un escaparate. Todos y cada uno de sus pensamientos y sentimientos se veían reflejados en sus ojos y el tono de sus mejillas. Empezó a entablar conversación con Miguel y yo decidí ir a buscar una bebida a la barra.

—Raúl, ¿puedes traerme una Coca-cola, por favor? —me pidió Sonia ofreciéndome un billete.

—Por supuesto, pero invita la casa... —Rechacé educadamente su dinero mientras le guiñaba un ojo y me levanté del sofá.

Aquella noche el bar estaba lleno y fue toda una odisea llegar hasta la barra. Una vez conseguí las dos bebidas, me giré para volver a la mesa y entonces la vi. Me quedé petrificado, sin poder moverme, con un vaso en cada mano y los ojos bien abiertos. ¿En serio era ella? ¿No se trataba de un espejismo? Achiné los ojos para asegurarme de que no estaba viendo mal, de que la oscuridad del salón no me estaba jugando una mala pasada. Sí, era ella, la recepcionista de ojos azules que me tenía embrujado. La misma chica que no había podido dejar de contemplar durante toda la semana.

Aluciné cuando vi como se acercaba a nuestra mesa. Iba acompañada de otra chica pero casi no me fijé en ella. Di unos pasos hacia adelante, aproximándome a la mesa, despacio, casi sin poder moverme todavía y haciéndome un montón de preguntas. ¿Y si me reconocía? ¿Y si me miraba a los ojos y sabía que yo era el vagabundo que todas las mañanas me acercaba a ella y la miraba embobado? Oí como presentaba a su amiga y supuse entonces que ella debía ser Laura.

Laura... Hasta su nombre me gustaba, joder.

Se inclinó para saludar a Sonia y sentarse junto a ella mientras yo

estaba detrás, con los dos vasos, quieto como un pasmarote. Dejé las bebidas sobre la mesa y me senté a su lado. Si ella era Laura y había estado con nosotros el viernes, Marcos ya nos había presentado y tenía que saludarla... Respiré profundamente para tranquilizarme y, sin mirarla a los ojos, le dije hola y me excusé por lo poco hablador que había estado la semana anterior. Ella respondió con desdén, con unos gestos muy distintos a los que me tenía acostumbrado la recepcionista cariñosa y simpática que atendía a todos sus clientes con una gran sonrisa.

Durante unos minutos estuvimos los dos sumidos en un angustioso silencio. Me sentí incómodo, extraño. Días atrás habría dado lo que fuera por conocer a la recepcionista de ojos azules y cuando por fin la tuve al lado, sintiendo el roce de su brazo quemar mi camiseta, cuando por fin supe su nombre y solo tenía que girarme para entablar conversación con ella, cuando por fin tuve a mi alcance el más preciado de los tesoros, ¿qué hice?, quedarme callado, tieso y acojonado. Tenía miedo, sí, miedo a que me reconociera, a que supiera que era policía y a que eso pudiera involucrarla. Laura no debía saber qué hacía aquel vagabundo desaliñado en la esquina del hotel. Así que tenía que hacer todo lo posible para que no me reconociera. Y lo tuve claro: iba a evitar que mirara mis ojos, por muy ansioso que yo estuviera por ver los suyos.

Marcos propuso cambiar de local e ir a un pequeño disco bar a apenas dos manzanas de *El Midas*. Todos asintieron y salimos de allí arropándonos para protegernos del frío de la noche.

Caminé detrás de ella para evitar que me mirara y poder seguir contemplándola, pero cuando estábamos a pocos metros del local, vi que Laura había bajado el ritmo mirando la pantalla de su móvil y la adelanté. Empezamos a hacer cola para entrar en el disco bar y pude ver de reojo que ella se había quedado atrás, escribiendo con las teclas de su teléfono. Alcé la vista para buscar a los demás y entonces vi a Sebas y a Lucas caminando apresuradamente hacia mí. Sebas y Lucas eran policía secreta como yo y trabajábamos juntos en la brigada antinarcóticos. Sebas me miró con disimulo y alzó las cejas, señalándome su objetivo mientras sacaba unas esposas de su bolsillo trasero. Miré hacia dónde él lo hacía y vi que el individuo al que iban a detener caminaba junto a Laura. Me temí lo peor y di unos pasos hacia atrás

para situarme justo delante de ella. La arrastré conmigo alejándola de allí y haciéndole de escudo. Oí que me gritaba pero la ignoré. Enfurecí al imaginarla en el suelo, golpeada e indefensa. Mi cuerpo se tensó y noté mis pulsaciones a mil.

Y lo que sentí durante los siguientes segundos fue totalmente nuevo para mí. Me abordó una necesidad imperiosa de protegerla, de envolverla con mi cuerpo y evitar que nadie la dañara. Pero hubo otro sentimiento que me asustó: la quise para mí, quise apoderarme de ella y encerrarla en mi interior. ¡Joder!, yo nunca había sido posesivo, nunca... pero con ella sentí ese arrebató, ese anhelo descontrolado por conservarla para mí. Solo para mí. Llevé mi brazo hacia atrás y rodeé con él su cintura. Noté como golpeaba mi espalda, pero no me importó, yo debía mantenerla a salvo.

El individuo al que intentaban detener opuso resistencia y Sebas y él empujaron bruscamente a las personas que estaban alrededor. Recibí varios golpes en el pecho, pero no perdí el equilibrio y me mantuve firme, consiguiendo que Laura continuara ilesa. Cuando su cuerpo se apoyó contra la fachada del disco bar, ella ya había dejado de gritarme e intentó asomarse por encima de mi espalda. Puso una de sus manos sobre mi hombro y me estremecí. Estaba tan tenso que su contacto me provocó una descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo de los pies a la cabeza. Giré el cuello súbitamente para mirarla de reojo, abrumado por lo que me había hecho sentir, y noté el calor de su aliento en mi nuca. Fue increíblemente intenso. Cerré los ojos, miré hacia delante de nuevo y conté hasta veinte para controlarme.

Cuando Lucas y Sebas consiguieron reducir al detenido me giré para preguntarle a Laura si estaba bien. Sabía que el foco que alumbraba la fachada del bar me hacía sombra y que ella no podía ver mis ojos, así que la pude contemplar tranquilamente, sin miedo a ser reconocido. Me miraba con curiosidad, queriendo entender lo que había sucedido. Pero yo casi no podía hablar. Continuaba aturdido y con la respiración alterada, haciendo un esfuerzo por recuperar la serenidad y relajar mis músculos. Me hice a un lado para que saliéramos de allí. Entré al disco bar con mi brazo rodeando aún su espalda, sin dejar de protegerla.

Dentro del local, las luces de la pista de baile nos alumbraban y

cuando Laura se giró hacia mí para decirme algo temí que me reconociera y me hice el despistado. Me dirigí a la barra para evitar las luces y ella me siguió. Estaba siendo algo brusco pero pensé que era lo mejor. Una vez en la barra pedí unas bebidas para los dos.

Sonia y Pedro aparecieron en ese momento. Parecían molestos y Pedro me hizo un gesto para que mirara hacia atrás. Vi a Marcos y Natalia muy juntos, hablando y sonriendo. ¿Dónde estaba el problema? No logré comprender por qué Pedro estaba disgustado, iba a llevar a Sonia a casa, mejor oportunidad que esa no se le podía presentar. Pero, en fin... yo ya tenía bastante con lo mío, así que, ¿para qué darle vueltas a lo que esos dos tenían en sus cabezas?

Laura y yo nos quedamos solos, apoyados en la barra, rodeados de gente desconocida. Quise inclinarme, acercarme a ella y hablar, preguntarle a qué se dedicaba, o si tenía alguna afición, no sé... O quizá sacarla a bailar, sí, a las chicas les encanta y yo estaba ansioso por volver a tenerla entre mis brazos, de nuevo, pero esta vez mirando sus preciosos ojos...

—Me voy... —dijo ella mientras dejaba su bebida sobre la barra.

¡Mierda! Con tanta cavilación iba a hacer que se me escapara de las manos.

—Te acompaño...

Y antes de que se negara salí apresuradamente del local, sabiendo que ella casi corría detrás de mí. Una vez fuera, me dijo la dirección y comenzamos a caminar. Me agradeció que la protegiera y mantuvimos una corta conversación sobre nuestras familias. Vivía con sus padres a dos manzanas del local, así que llegamos enseguida y me despedí de ella rápidamente, sin mirarla a los ojos. Me moría de ganas de poder ver su iris turquesa de cerca, pero debía esperar al lunes, a que mi disfraz de vagabundo desaliñado ocultara al policía embobado con su mirada.

CAPÍTULO 13 – BONDADOSA Y VALIENTE

Después de ingresar en el cuerpo de policía, los almuerzos de los domingos se habían convertido en uno de los mejores momentos de la semana para mí. Pasaba muchas horas fuera de casa y los encuentros en *El Midas* con mis amigos y los almuerzos con mi padre y mi hermano eran mi mejor vía de escape.

Aquel domingo mi padre preparó uno de mis platos favoritos: cordero al horno. Héctor llegó antes para tomarnos unas cervezas en la cocina, mientras nuestro padre acababa de hornear el cordero.

—Papá, huele fenomenal —dijo Héctor inspirando con fuerza.

—Cordero al horno, mi plato favorito —les recordé mientras sacaba unas cervezas del frigorífico.

—¿Tu plato favorito? No lo sabía... —Mi padre arrugó las cejas desconcertado.

Héctor y yo nos miramos extrañados. Él sabía perfectamente que el cordero al horno era mi plato favorito desde hacía años y aquel comentario nos alertó. De hecho desde hacía semanas su comportamiento había sido algo anormal. Olvidaba con demasiada facilidad lo que iba a hacer, los ingredientes de algunos platos o algunas conversaciones que habíamos mantenido días atrás. Pensé en hablar con Alicia más tarde. Ella e Iván, su marido, trabajaban en un hospital y podrían conseguir que algún especialista le hiciera un chequeo a nuestro padre. Se lo comenté a Héctor llevando los platos a la mesa y le pareció bien.

—¿Saliste anoche en busca de féminas? —me preguntó mi hermano con su media sonrisa.

—Sí... —Pensé en Laura y no pude evitar sonreír tontamente.

—Uhhhh... ¿Y esa cara de felicidad?

—Tu hermano lleva así toda la mañana... Le he visto bailando salsa mientras recogía la lavadora.

¡Joder con mi padre! No siempre estaba tan despistado como yo

pensaba.

—¿Y quién fue la afortunada que se llevó el premio?

—Es complicado, Héctor, no todo es tan sencillo como llegar, elegir y llevármela a la cueva.

—Hijo, ¿desde cuándo hay algo complicado para ti? —Eso era amor de padre, claro—. A ver, no hagas caso de tu hermano, que es un bruto. —Héctor puso los ojos en blanco—. ¿Has hablado ya con ella? ¿Le has dicho lo que sientes?

—Papá, no es tan fácil... La acabo de conocer y no puedo acercarme a ella. Es, es... eso, complicado.

—Yo pensaba que cuando algo o alguien te gustaba no dudabas en usar tu permiso de armas... —añadió Héctor alzando su ceja derecha, como suele hacer cada vez que habla con segundas intenciones.

—Veréis, es que ahora mismo no puedo hacer nada. Tal vez más adelante, cuando todo sea... más fácil. —Los dos me miraron con el ceño fruncido—. Vale, confiad en mí, no os puedo dar más detalles, ¿entendido?

Supuse que esas palabras les haría comprender que mi trabajo de policía estaba de por medio. Y por sus ojos adiviné que lo habían captado.

—Pues empieza a dejar señales —Me aconsejó mi padre.

—¿Señales? ¿Qué tipo de señales?

—¿Recuerdas que yo le envié a tu madre unas flores antes de decirle que estaba enamorado de ella? —Héctor y yo asentimos con la cabeza, habíamos oído esa historia millones de veces—. Recibió las flores con una tarjeta sin firmar y ella no adivinó quién se las había regalado hasta que se lo hice saber. Y lo hice cuando supe que ella deseaba que fuera yo su único admirador secreto.

—Pero, papá, esas cosas ya no se estilan... —dijo Héctor.

Eso mismo pensé yo en aquel momento pero tampoco descarté la idea. Tal vez fuera demasiado romántico pero pensándolo bien, no era tan complicado. Sabía dónde enviarlas, tenía la floristería Griera justo al lado de casa y Josep, el florista, me podía conseguir las flores que le pidiera de un día

para el otro.

—Recuerda, hijo, que debes enviar las flores con una tarjeta que lleve escrito a mano...

—Un poema... —dijimos Héctor y yo a la vez. Nos miramos y los tres empezamos a reír.

Aquel lunes nos reunimos con nuestro superior para coordinar las tareas de vigilancia. Debíamos tener controlado al alemán las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

—Soriano continuará en su puesto durante el día y nos informará de las entradas y salidas del alemán —hablaba de mí y sonreí al saber que iba a seguir vigilando desde aquella esquina, cerca de Laura—. Fernández se hospedarán en el hotel mañana y solicitarán la habitación contigua a la del químico, así podremos escuchar sus conversaciones. Carlos y Ana le vigilarán por las noches y los fines de semana.

Conocía bien a los otros integrantes del equipo, ya habíamos trabajado juntos en alguna ocasión, sobre todo con Fernández. Aunque Alfonso era veinte años mayor que yo, nos entendíamos bien. Algo torpe pero muy hábil mentalmente debido a su larga experiencia. Y supongo que por eso nos habíamos compenetrado tan bien en otros casos. Él aportaba la experiencia que a mí me faltaba y yo la condición física de la que él carecía.

—Recordad que estamos vigilando a un hombre astuto que ha sabido burlar la ley durante años. Es muy importante que no sospeche nada, que le dejemos actuar y que se confíe. Debemos acusarle con pruebas suficientes. Ha viajado en autobús desde Alemania, así que muy probablemente lleve consigo muestras de la sustancia que quiere vender. De todas formas, solo registraremos su habitación si estamos cien por cien seguros de que vamos a encontrar la droga. Si se confía acabará cometiendo algún fallo, así que mucha discreción, ¿queda claro?

Todos asentimos y salimos de la sala para dirigirnos a nuestros puestos.

Media hora después volví a convertirme en el vagabundo desaliñado y silencioso. Miré de reojo a Laura mientras me instalaba en aquella sucia esquina. Estaba concentrada en la pantalla de su ordenador pero levantó un momento la mirada para sonreírme. Moví levemente la cabeza para devolverle el saludo y me sentí el cabrón más afortunado de la tierra. ¡Cómo había cambiado todo del viernes al lunes! Ya sabía su nombre, podía casi asegurar que no tenía pareja, conocía a sus amistades e incluso sabía dónde vivía. ¿Qué más podía pedir? Sí, podía pedir muchas cosas más... pero no era tan fácil. Mi vida en aquellos entonces era complicada y meter a alguien en ella era un acto egoísta por mi parte.

Acaricié la pulsera de Nacho, recordándole, como tantas veces había hecho durante aquellos duros días. Le echaba de menos. Añoraba nuestras cervezas en el bar cerca de su casa, donde pasábamos apenas quince minutos juntos, antes de que él me dijera sonriente que se iba porque necesitaba ver a su mujer. Joder. Y ya no la volvería a ver nunca más. ¿Por qué aquel muchacho no me eligió a mí? ¿Por qué? Miré la pulsera con el corazón encogido. Me la ponía solo durante las horas de trabajo, al igual que hacía él, esperando que también me protegiera.

Aquel día fue tranquilo. El alemán había salido a primera hora de la mañana y supe por mis compañeros que estuvo visitando algunos de los lugares más turísticos de la ciudad. No volvió hasta bien entrada la tarde. El tío era listo, sabía que estaríamos observándole y dedicó unos días a intentar despistarnos haciéndose pasar por un simple turista. Mientras tanto me dediqué a observar, a ver la gente pasar y a esperar sumido en el silencio y la invisibilidad de mi personaje. Invisible para todas y cada una de las personas que pasaban por allí.

Menos para una.

No, para dos. Las dos chicas que me miraban en aquel momento a través del cristal. La chica de ojos azules más guapa que había conocido y una niña también preciosa que parecía su hermana pequeña. Morena, carita angelical y ojos castaños. Debía tener unos diez u once años. Me estuvo observando con curiosidad hasta que movió las manos para saludarme. ¿También conocía la lengua de signos? Le devolví el saludo y le sonreí

agradecido por su gesto.

Pero justo en el momento en el que me había quedado clavado observándolas, el químico apareció bajando las escaleras que daban acceso al salón. Se acercó a ellas y se apoyó en el mostrador, entablando conversación con Laura. Aquello no me gustó nada, pero desvié la mirada, para no levantar sospechas, deseando que aquel cabrón dejara de hablar con ella lo antes posible.

Hice un esfuerzo descomunal para no girarme, para ser indiferente a lo que estaba sucediendo en la recepción del hotel, pero me resultó imposible. Volví a girarme y agaché la cabeza al comprobar que tanto el químico como Laura seguían con la mirada a la niña que en aquel momento se situó frente a mí, sonriente.

“¿Cómo te llamas?”, me preguntó con las manos.

¡Mierda! Llevaba dos semanas ocultándome tras aquel vagabundo solitario y aún no le había puesto nombre. Recordé a mi tío Ángel, el hermano de mi madre. Pasó muchos veranos con nosotros en la casa rural que mi padre regentaba. Él es sordo y el motivo por el cual en mi familia todos conocemos la lengua de signos.

“Ángel”, le respondí gesticulando cada letra. “¿Y tú?”

Me agaché para estar a su misma altura, apoyando una rodilla en el suelo.

“Paz”, precioso nombre, pensé. “Yo también soy sorda”.

Supuse entonces que Laura conocía la lengua de signos por su hermana. La miré sonriente y ella me devolvió el gesto con una dulzura embaucadora. Saqué una rosa de su funda plastificada y se la ofrecí.

“¿Vendes flores? A mí me encantan las flores. Las rosas rojas son mis favoritas”, y todo aquello lo dijo con las manos, con una facilidad que me dejó pasmado.

“Mis favoritas son las de color rosa”, le confesé. Aquel comentario me recordó el consejo de mi padre y aproveché la oportunidad. “¿Y sabes cuál es la flor favorita de tu hermana?”.

“¿Mi hermana? Yo no tengo hermanas...”, miré a Laura y Paz lo comprendió. “Es mi prima”

En aquel momento Laura y el alemán hablaban apoyados en el mostrador, sonrientes y demasiado cerca para mi gusto. ¡Joder! Me los quedé mirando con el ceño fruncido durante unos segundos hasta que Paz tiró de mi abrigo.

“La orquídea color turquesa”.

La miré algo confuso, pero poco después reaccioné. ¡Vale! Anotado mentalmente, orquídea color turquesa. Paz continuó explicándome que esa tarde querían ver una película subtitulada de uno de sus actores favoritos. Yo asentí varias veces con la cabeza, leyendo sus manos y sin dejar de observar de soslayo lo que sucedía dentro de la recepción. Unos minutos después, Laura y Derek salieron juntos por la puerta del hotel. Ella me sonrió agradecida y yo no pude hacer otra cosa más que mirarla, de nuevo embelesado por sus ojos azules. El mismo azul turquesa de su flor favorita. Y lo decidí, sí, sin duda alguna, le iba a enviar la orquídea con una nota anónima. Tal vez no sirviera de nada, quizá nunca llegaría a saber que había sido yo, pero no me importaba. Sus ojos merecían esa flor.

Paz se despidió de mí y los tres entraron en la cafetería situada a pocos metros de mi esquina. Estuve durante unos minutos desconcertado. ¿Laura y Derek se habían conocido mejor ese fin de semana? ¿Le habría invitado él a tomar un café? ¿Pero qué coño hacía él con Laura y con su prima? Me fui enervando por momentos. Y no entendí por qué me hacía tantas preguntas, como si yo no supiera lo que aquel cabrón podía querer hacer con Laura. ¿Lo mismo que quería hacer yo? Por supuesto. Pero claro, yo no era un jodido diseñador de drogas, yo no era un criminal astuto que sabía eludir la ley, traficando con drogas y seguramente usándolas para abusar de las chicas como Laura. Resoplé varias veces, enfurecido.

Debía controlarme, debía controlarme...

Estaba tan furioso que no me di cuenta de que había empezado a llover. Me fui de aquella esquina para resguardarme bajo un balcón, aunque el agua caía con fuerza y el viento me empapó entero. Noté como la humedad se calaba en mis huesos y empecé a sentir frío. Miré el reloj digital situado en

la fachada de uno de los edificios de la calle. Podía haber abandonado mi puesto desde hacía media hora, Carlos ya estaba aparcado junto a la acera de enfrente, pero no estaba dispuesto a salir de allí sin saber que Laura estaba bien. Sí, volví a sentir aquel arrebato protector, pero no me importó, necesitaba ver como el químico se apartaba de ellas.

Salieron de la cafetería poco después de que empezara a llover. Cuando pasaron junto a mí, Paz se paró y me entregó su paraguas. La bondad debía correr por las venas de esa familia. Sonreí agradecido y miré a Laura para pedir su consentimiento. Asintió con la cabeza y por un instante desvié la mirada hacia Derek. Intenté controlar mi ira, pero creo que él notó mi expresión de desconfianza. Afortunadamente Derek se despidió de ellas en la puerta del hotel. Tomaron un taxi y vi como Paz me decía adiós con las manos desde el asiento trasero del coche.

Ya más tranquilo, abrí el paraguas para resguardarme mejor de la lluvia y miré de reojo a Derek. Estaba conversando con el recepcionista mientras este me miraba con desaprobación, como era habitual en él. Aunque aquella vez su expresión era distinta. Parecía enfadado y supuse que el alemán debía estar hablándole de mí. Y efectivamente así fue. Pocos segundos después, aquel hombre enfurruñado salió de recepción cubierto con un paraguas con el logo del hotel, el mismo paraguas que Paz me había prestado y que Laura me había pedido que devolviera al día siguiente. Recuerdo que pensé que ojalá aquel detalle no supusiera un problema para ella.

—Devuélvame el paraguas si no quiere que llame a la policía y le denuncie por robo —me dijo con voz grave y sin pensar que estaba hablando con un sordo.

Cerré el paraguas y se lo devolví. Y mientras aquel hombre malhumorado volvía a su puesto, vi como Derek sonreía triunfal apoyado en el mostrador de recepción. Me miró por unos segundos y se fue hacia los ascensores.

“¡Cabrón!”

Eran las ocho y media, llovía a cántaros y debía llegar a casa antes de

que Josep cerrara la floristería. Sabía que aunque la persiana estuviera bajada, él y su mujer solían estar dentro hasta las nueve de la noche, preparando los encargos para el día siguiente. Corrí por las calles inundadas de agua hasta el apartamento, me cambié rápidamente y volví a correr hasta la boca del metro. Una vez a cubierto noté un escalofrío por todo el cuerpo y empecé a temblar de frío. Salí de la parada del metro y volví a correr calle arriba hasta pararme frente a la persiana bajada de la floristería Griera. Josep seguía allí y me abrió al ver que era yo quien aporreaba la puerta, llamándole a gritos.

—Raúl, estás empapado... entra, entra.

—Gracias, Josep. ¿Te puedo hacer un encargo especial para mañana?

—Por supuesto. Dime qué quieres.

—Una orquídea color turquesa.

Esther, su mujer, me miró divertida.

—La chica debe ser especial —me dijo.

—Lo es... —Le sonreí y ella me guiñó un ojo.

—¿Para mañana? —me preguntó Josep, pero continuó hablando, sin esperar la respuesta—. Difícil, aunque conozco un par de proveedores que tienen buenas orquídeas. Veré qué puedo hacer. ¿Dónde hay que enviarla?

Le di la dirección y le pedí una tarjeta para escribir el poema. Pensé en el color de los ojos de Laura y busqué en el móvil un verso de Gustavo Adolfo Bécquer que ya conocía. Lo transcribí y me despedí de ellos.

Me levanté al día siguiente con un terrible dolor de cabeza. La noche anterior me costó entrar en calor y supuse que aquella tarde de lluvia acabaría provocándome un resfriado. Y así fue. Apenas recuerdo cómo fui capaz de aguantar aquella mañana de pie en la esquina. Me sentía débil, mareado y con un terrible dolor de garganta al tragar. Afortunadamente Alfonso ya se había registrado en el hotel y podría ausentarme de mi puesto sabiendo que el alemán estaba siendo vigilado de cerca. De todas formas decidí quedarme, esperando que los síntomas desaparecieran por sí solos. Pero sucedió todo lo contrario, al dolor y al mareo se unieron unos escalofríos que me hicieron

temblar.

Laura debió notar que algo me ocurría porque una de las veces que me giré para mirarla ella me preguntó si me encontraba bien. Asentí con la cabeza. No quería que se preocupara y continué disimulando mi malestar. Hasta que la vi frente a mí, con su chaquetón sobre los hombros, los brazos en jarra, el ceño fruncido y los labios arrugados. La miré sorprendido porque incluso enfadada seguía siendo preciosa. Ella continuó buscando en mis ojos una confirmación y agaché la cabeza, dándole la razón y señalándole la garganta para que supiera donde estaba el dolor. Se acercó y puso su mano sobre mi frente. Tenía fiebre y Laura me pidió que fuera al médico. Me negué y ella se enfadó más. No pude evitar sonreír al ver su expresión. Sus ojos entreabiertos, su boca enfurruñada y su nariz ensanchada. Tan hermosa o más que nunca.

Y lo que hizo a continuación me dejó atónito, increíblemente fascinado. Tiró de mi brazo sin darme opción a réplica. Me arrastró hasta entrar en el hotel. Recorrimos el pasillo de la planta baja mientras yo intentaba frenarla, llamar su atención para que me mirara y hacerle comprender que se estaba arriesgando demasiado. Pero fue imposible. Jamás había conocido a una persona tan bondadosa y valiente como ella. No solo estaba ayudando a un completo desconocido sino que además se estaba jugando su puesto. Eso sin tener en cuenta que yo podía haber sido una persona violenta, un drogadicto, un maníaco, un ladrón... Sin embargo a ella nada parecía importarle.

Me dejó solo en una habitación y, aunque quise salir de allí para evitarle problemas, vi la cama y no pude hacer otra cosa más que recostarme en ella. No tardé en quedarme dormido. Laura llegó algo más tarde con medicamentos. Me ayudó a tomarlos y no recuerdo bien si la vi salir de la habitación porque me quedé dormido de nuevo. Una hora después me desperté. La fiebre me había bajado, me encontraba mucho mejor pero envié un mensaje a mi superior para que supiera que me iba para casa. Antes de salir de allí, dejé una rosa sobre la mesita de noche para agradecerle a Laura su ayuda. No había nadie en la recepción y saludé con disimulo a Alfonso, que ya estaba sentado en uno de los sillones del bar.

Sonreí al ver la orquídea sobre el mostrador. ¿Le habría gustado?

¿Sospecharía de alguien? ¿De mí, de Ángel...?

CAPÍTULO 14 – HE TOMADO UNA DECISIÓN

El miércoles pasé el día en cama, con fiebre y un terrible dolor de garganta. El jueves, sin embargo, ya parecía encontrarme mucho mejor y llamé a Marcos. No me cogió el teléfono. Lo intenté un par de veces más durante aquella mañana, hasta que recordé la nueva aplicación que debían presentar a un cliente importante. A mediodía decidí llamar a Pedro.

—¿Cómo ha ido la presentación? ¿Era hoy? —le pregunté después de saludarnos.

—No, la hemos retrasado para la próxima semana... —Por su tono de voz deduje que continuaba molesto con Marcos—. Tu amigo está desaparecido desde el lunes. Se pasó por la mañana por el local, me pidió que cambiara la fecha de la presentación y se fue. No he vuelto a saber nada de él.

No era la primera vez que Marcos hacía alguna de las suyas pero aquello me extrañó. Es cierto que era un irresponsable y algo infantil, pero cuando les surgía un proyecto importante solía cumplir, aunque para ello tuviera que trabajar veinticuatro horas seguidas.

—¿Y no sabes dónde está?

—No... —Hizo una pausa—. Raúl, estoy harto ya de él. Si sigue así acabaremos disolviendo la sociedad.

—No digas eso, Pedro, el negocio os va bien, estáis ganando dinero y trabajando duro. Si ha faltado unos días debe ser por alguna razón. Lo que no entiendo es por qué no te ha dado explicaciones.

—Pues por la misma razón por la que no se aclara con lo de Sonia... Y para colmo, ¿sabes que se lió con su amiga? ¡Joder! Y tuvo que ser precisamente ella...

Sonia, claro, ahí estaba el problema.

—Raúl, para una vez que conozco una tía que de verdad me gusta... ¡Mierda! Y Marcos lo ha tenido que joder todo.

No me podía creer lo que acababa de oír. ¿Tan fuerte le había dado? ¿Tan pillado estaba por Sonia?

—Pedro, si ella te gusta, tú olvida a Marcos. Sabes que no va en serio. Ya lo ha dicho más de una vez, Sonia no es más que una amiga para él.

—No hablo de Sonia, Raúl, hablo de Natalia.

—¿Natalia? ¿La amiga de Sonia y Laura que conocimos el sábado?

—Lo sé... Ha sido todo muy precipitado, apenas la conozco, pero me gustó mucho hablar con ella. Y ya sé que yo no soy el tipo de chico que acaba con una tía así, pero, joder, lo tiene todo, es guapa y súper inteligente. Ella me comprende, podemos hablar de cualquier tema, sin miedo a parecer un *friki* o un empollón. Ella es como yo... ¡Joder! O era como yo, hasta que...

—Hasta que te enteraste que se había liado con Marcos. Ahora ella ya no te parece tan especial.

—Exacto... —Volvió a hacer una pausa y supuse que habría pasado toda la semana dándole vueltas al asunto—. Me dijo Marcos que había quedado con Sonia para cenar todos juntos el viernes...

“¿En serio? ¡Bien!”, pensé sonriente.

—... ¿Y qué hago? No sé cómo voy a reaccionar cuando la vea.

—Pues, Pedro, como siempre has hecho. Hablarás con ella como si no pasara nada, como si no supieras que estuvo con Marcos. Los dos están libres, pueden tener relaciones con quién quieran, no hicieron nada malo, así que quítatelo de la cabeza.

Continuamos charlando un rato más sobre Marcos y Natalia. Intenté que olvidara lo que había sucedido entre ellos pues conociendo al mujeriego de mi amigo sabía que aquello no había significado nada para él y muy posiblemente tampoco fuera importante para Natalia.

Y después de cortar la llamada, sonreí como un imbécil. El viernes volvería a tener la oportunidad de estar con Laura, sin barba, sin gafas y sin el disfraz de vagabundo solitario y silencioso, aunque el temor a ser reconocido continuaba atormentándome. Sobre todo después de ver a Derek y a Laura juntos tomando un café. No me lo había podido quitar de la cabeza durante esos dos días. Si Derek sospechara de mí y supiera que conozco a Laura eso podría ponerla en peligro. O podría pensar que ella estaba involucrada, que

también le estaba vigilando... Sí, tal vez estaba dándole demasiadas vueltas, quizá nada de eso iba a suceder, muy posiblemente Laura no se viera involucrada nunca, pero presentía que sí, que ella se encontraba demasiado cerca del peligro.

El viernes yo ya estaba en la sucia esquina cuando Laura llegó. Nos saludamos con nuestro ya tradicional movimiento de cabeza y unos minutos más tarde me preguntó con las manos cómo me encontraba. Le dije que bien gracias a su ayuda y sonrió abiertamente. Yo creo que ni ella era consciente de lo que podía llegar a provocar con esa sonrisa. ¡Joder! ¡Lo que haría yo con esos labios si me dejara besarlos!

Poco antes de las siete de la tarde recogí mis cosas y me dirigí hacia el apartamento, emocionado al saber que iba a volver a encontrarme con Laura, cara a cara, como Raúl y no como Ángel. Iba caminando entre la multitud cuando oí su voz detrás de mí. Por su conversación supuse que hablaba con su madre. Pero lo que me extrañó fue que anduviera tan cerca de mí sin avisarme, sin advertirme de su presencia. ¿Me estaría siguiendo? Debía ir con cuidado para que no sospechara. Cuando llegué al bloque del edificio viejo y abandonado, subí unos pisos y me paré para mirar por la rejilla de uno de los respiraderos de la escalera. Ella seguía allí, apoyada en la esquina de la calle peatonal, buscándome, curiosa e intrigada. Volvió a sorprenderme su coraje y la pasión que mostraba en todo lo que hacía, siempre atenta, siempre observadora, siempre decidida.

Cuando la vi desaparecer subí los escalones de dos en dos. Debía cambiarme rápidamente. Teníamos ducha y agua caliente así que me asexé y me vestí en el apartamento. Apenas faltaban diez minutos para las ocho cuando recibí un mensaje de Marcos. Estaba saliendo del gimnasio, a tan solo dos manzanas de allí, así que le pedí que me esperara en la puerta para ir juntos al restaurante. Salí corriendo y me encontré con Marcos cuando faltaban un par de minutos para las ocho.

—Vamos, que llegamos tarde... —Marcos empezó a caminar a mi lado.

—¿Dónde has estado esta semana? —le pregunté sin andarme con

rodeos.

—¿Hablaste con Pedro?

—Me contó que desapareciste el lunes y no has ido a trabajar.

—Tenía cosas que hacer, ya está. Soy el dueño de la empresa, ¿no? No pasa nada si me ausento unos días.

—No, Marcos, pero no estás solo, no lo olvides.

—No lo olvido... No te preocupes por Pedro, ya hablaré con él y recuperaré esas horas de trabajo.

Le miré sorprendido.

—¿Ya está? ¿No me vas a decir nada más? ¿No me vas a meter el rollo ese de que no quieres vivir para trabajar y que la empresa debía ser algo divertido y no una obligación?

—¿Para qué discutir? Me vas a repetir otra vez lo importante que es la empresa para Pedro y lo poco responsable que soy, ¿me equivoco? —Su tono de voz no me gustó.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado por algo?

—Discutí con mi madre... No quiero hablar de ello, ¿vale?

Supuse que Manuel, su padrastro, había sido el motivo de su discusión con Marisa, así que decidí no insistir más en el tema y zanjar ahí la conversación.

Nos paramos frente a la puerta del restaurante y vi a través de una ventana que Laura estaba dentro, sola, sentada en una mesa redonda para siete personas. Me quedé quieto mirándola, hasta que Marcos tiró de mi brazo.

—¿No entramos?

—¿Cómo lo supiste? —le pregunté sin dejar de observar a Laura.

—¿Cómo supe el qué?

—Que ella me iba a gustar. —Miré a Marcos y le sonreí.

—¡Soy bueno! ¡Eh! —Exclamó entre risas—. Laura es el tipo de

chica que te gusta, te conozco demasiado bien.

—Sí... —Volví a mirarla—. Hazme un favor, dile que venimos los dos del gimnasio.

Pensé que si sospechaba algo de mí ese detalle podría despistarla.

—¿Quieres que le diga también que eres el que la tiene más larga del vestuario? —bromeó mientras abría la puerta del restaurante.

—No seas cabrón y cuidado con lo que dices...

Entramos riéndonos a carcajadas. ¡Menudo era Marcos cuando se soltaba de la lengua! Crucé los dedos mentalmente deseando que se comportara y no la asustara. Nos sentamos cada uno a un lado de Laura y la saludé sin mirarla a los ojos, de nuevo preocupado y nervioso. No sé qué me pasaba estando a su lado. Todo mi autocontrol y mi confianza se venían abajo. Me volvía torpe e inseguro.

Sin embargo, a medida que fueron pasando los minutos, me fui relajando. Cuando ya estábamos todos sentados alrededor de la mesa, pedimos las pizzas. Le propuse compartir las dos que más nos apetecían y accedió. Y todo lo demás fue rodado. Bromeamos, charlamos con Marcos, nos reímos y, sin apenas mirarnos, nos susurramos al oído. Su cercanía, su olor y su voz me ayudaron a olvidar poco a poco al policía oculto tras el disfraz de vagabundo sordo y me atreví a ser yo mismo. A mostrarle al Raúl que anhelaba conocerla por encima de todas las cosas.

Todo estaba saliendo a la perfección hasta que Sonia dijo aquella frase.

—Laura no puede, mañana tiene una cita... Ha quedado para cenar con un alemán muy guapo y caballeroso que le envió una orquídea.

Me giré para mirar a Laura, atónito, sin poder creer lo que acababa de oír. ¿Que Derek le había regalado la orquídea? ¿Eso era lo que ella pensaba? ¡Joder! Me sentí tan frustrado, tan enfadado, tan, tan... decepcionado. Y para colmo había quedado con él para cenar, con el jodido alemán. Mientras los demás continuaban hablando del tema, yo me fui enervando por momentos.

—¿Te ha regalado una orquídea? —No pude sujetar por más tiempo esas palabras en mi boca.

Ella nos explicó, algo molesta, que Derek le había querido agradecer con ese regalo el hecho de que ambos merendaran juntos el día anterior. ¿Le dijo él que la orquídea era suya? ¡Hijo de puta! Seguro que sí. Y el muy cabrón aprovechó la ocasión para invitarla a cenar. ¡Joder!

—Laura está arrasando en el hotel... Tiene a dos hombres babeando por ella —explicó Natalia.

Y de nuevo no pude reprimir la pregunta.

—¿Dos?

—El alemán “regala orquídeas” y el vagabundo.

Me relajé al pensar que al menos el otro era yo. Pero la imagen de Derek y Laura juntos no se me borró de la cabeza durante el resto de la cena. Salimos del restaurante y acabamos en el coche de Marcos. Sonia se sentó a su lado y Laura y yo en los asientos traseros. Estuve callado durante el trayecto, mirando hacia el exterior, completamente exasperado. ¿Es que no se daba cuenta de qué tipo de hombre era Derek? ¿Se había creído que la planta era de él? ¿Que él le había escrito un poema en una tarjeta?

Salimos del vehículo y aprovechando que Sonia y Marcos se habían adelantado me acerqué a ella.

—¿De verdad vas a ir a cenar con ese alemán que casi no conoces? ¿Solo porque te ha regalado una orquídea?

Me arrepentí de hacer aquella pregunta apenas acabé la frase, pero la rabia no me dio opción. La rabia y la preocupación por ella. Laura se molestó y me dijo enfadada que yo no podía recriminarle nada, que ella había sido amable conmigo a pesar de mis desplantes. Y tenía razón, mucha razón. La primera noche fui un maleducado que ni tan siquiera se dignó a saludarles y el sábado anterior había intentado evitar su mirada, rehuendo de ella en todo momento. A pesar de todo Laura se había mostrado amable durante la cena, dándome la oportunidad de ser yo mismo por primera vez. ¿Qué derecho tenía yo a cuestionarle con quién salía o no a cenar? Derek, a pesar de ser quién era, se había mostrado respetuoso con ella y para colmo Laura pensaba que le había regalado la orquídea, ¿cómo no iba a aceptar su invitación?

Entramos en la discoteca por separado. Laura continuaba enfadada. Estuvo hablando durante unos minutos con Miguel mientras yo la observaba desde el otro extremo de la sala de baile. La estaba perdiendo, joder. La cena había sido perfecta, habíamos bromeado, nos habíamos reído con una complicidad que jamás había tenido con una chica. ¿Y qué estaba haciendo en ese momento? Dejarla escapar. Lo que entre semana estaba consiguiendo como Ángel lo estaba perdiendo en pocos minutos como Raúl. ¡Mierda, mierda y mierda!

La continué contemplando mientras bebía de mi vaso. Estaba preciosa. Creo que cada vez que la miraba me gustaba más. Y aunque no tenía claro qué quería de ella, aunque no sabía si estaba dispuesto o no a adentrarme en una relación sentimental, lo que supe en aquel momento es que no quería perderla. ¿Y si no volvía a encontrar a alguien como ella? No, me negaba a dejarla escapar. Iba a luchar por Laura, iba a pedirle perdón y a volver a recuperar su confianza. Fuera como fuera. Mirándola a los ojos, sí, sin miedo. No sabía si me iba a reconocer, pero ya no me importaba, me iba a arriesgar.

Caminé decidido atravesando la pista de baile, con mis ojos clavados en mi nuevo objetivo. Laura era mi objetivo e iba a luchar hasta conseguirlo. Miguel se alejaba de ella mientras yo me acercaba y cuando ya estaba a pocos centímetros de Laura vi como un camarero, cargado con una bandeja de vasos vacíos, perdía el equilibrio e iba a caer justo donde estaba ella. Rodeé con mi brazo su cintura para apartarla de allí, giró sobre sí misma y la atraje hacia mí. Los vasos cayeron al suelo y Laura quedó presa entre mis brazos, con sus manos apoyadas en mi pecho. La miré sin miedo y sentí la misma conexión que nos unió la primera vez que la vi en la recepción del hotel. La oscuridad del disco bar ayudó a disipar mi mirada y Laura no reconoció en ella a Ángel.

Después de disculparme y de pedirle una segunda oportunidad para conocernos mejor, busqué su mano y entrelacé mis dedos entre los suyos. Sin dejar de sujetarla, me acerqué a la pista de baile y empecé a mover los pies. Noté su nerviosismo y eso me gustó. Me gustó todo: rozar sus dedos, acariciar su cintura, verla concentrada mirando mis pies, sus risas, sus ojos

mirando los míos, su respiración al acercarse a mi oído... Todos y cada uno de esos pequeños detalles que la hacían única. Única para mí.

Hablamos, nos reímos y bailamos hasta que Marcos se acercó a nosotros para decirnos que se iba. Volvimos los cuatro en su coche y Laura y yo seguimos hablando en los asientos traseros como si fuéramos amigos desde la infancia. Primero dejamos a Sonia y luego a Laura. Nos despedimos con dos besos y no aparté la mirada de ella hasta que la vi desaparecer dentro del bloque del edificio en el que vivían sus padres.

—Te ha dado fuerte, ¿eh? —me dijo Marcos cuando entré en el vehículo para sentarme junto a él.

—No lo sabes tú bien. —Suspiré apoyándome en el reposacabezas del asiento—. Esta noche he tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—Que me voy a casar con ella.

CAPÍTULO 15 – JAMÁS ME PERDONARÉ POR AQUELLO

Después de aquella noche mágica bailando con Laura me desperté con una estúpida sonrisa en los labios, me di una ducha y salí a comprar el pan. Volviendo para casa, pasé frente a la floristería Griera y entré recordando lo que Laura me había dicho la noche anterior.

—Josep, al parecer la orquídea no llevaba tarjeta. ¿Estás seguro de que la pusiste?

—Pues claro, hijo, lo recuerdo perfectamente. La tuve en todo momento encima del mostrador mientras envolvía la maceta y creo que la acabé sujetando a una de las hojas.

—¿Crees? —preguntó Esther.

—Sí, mujer, creo... Ya sabes cuántos ramos y macetas llegamos a envolver al día... Ahora no te puedo confirmar dónde la coloqué, pero estoy seguro de que la tarjeta no la perdí, estuvo aquí en todo momento.

Salí resignado de la floristería, dejando a sus dueños enzarzados en una discusión por culpa de la tarjeta, y subí los escalones de mi bloque de dos en dos. De nuevo con una sonrisa en la boca.

Después de desayunar y ayudar a mi padre con unos papeles del banco, recibí una llamada de Irene.

—Buenos días, guapa.

—Ehhh... ¿a qué se debe ese buen humor?

—Ya te lo contaré en otro momento, que siempre lo quieres saber todo. —Sonreí al imaginar su expresión curiosa—. Y tú, ¿por qué me has llamado?

—Raúl, lo encontré, encontré el apartamento perfecto. Ayer firmé la compra y la inmobiliaria ya ha recibido una paga y señal de nuestro piso. Está en pleno centro, en uno de los mejores barrios de la ciudad. Cerca de varios colegios y guarderías. Pero lo mejor de todo es que es precioso... Estoy enamorada de esas cuatro paredes. Es pequeño, dos habitaciones, pero para nosotros dos ya es suficiente. Es tan bonito... —Al volver a oír esa verborrea

tan característica de Irene, pensé por un momento que Nacho no nos había dejado hacía ya algo más de dos semanas—. Ya he empezado a preparar cajas, ¿me podrías ayudar esta tarde a llevarlas? Voy a salir a comprar la cuna del bebé y pediré que me la lleven allí mismo. ¿Me ayudarías a montarla?

—Claro, por supuesto.

Recordé la cena de Laura y Derek esa misma noche y pensé que estar con Irene por la tarde me ayudaría a tranquilizar mis nervios. Aunque no iba a permanecer quieto esperando, iba a pedir que Carlos y Ana estuvieran atentos a los movimientos del alemán y me informaran de todo.

—Ya verás, te va a encantar el apartamento y sobre todo una sorpresa que ya te enseñaré esta tarde. Y me cuentas eso que te hace tener tan buen humor, no creas que me voy a olvidar.

—Lo sé, lo sé... que a ti no se te escapa ni una. Muy bien, a las cuatro paso a recogerte.

A las seis de la tarde llegábamos al nuevo apartamento de Irene. Habíamos cargado el coche con algunas cajas, ropa de cama y dos lámparas para iluminar la cocina y el comedor. Di cuatro viajes hasta el ascensor para subir los trastos y cuando llegamos al tercer piso, y después de dejarlo todo en el rellano, Irene abrió la puerta con su llave y con una sonrisa que le iluminaba la cara. ¡Gracias, mil gracias a quién quiera que vendiera esa vivienda por regalarle ese momento de felicidad a alguien que tanto lo necesitaba!

—¿Preparado? —me preguntó con el pomo en la mano y la puerta entreabierta.

—Déjame entrar ya de una vez... Me tienes intrigado.

El pequeño recibidor daba acceso a un gran salón por el que atravesaban infinidad de rayos de sol gracias a un gran ventanal. Por él se podía contemplar un magnífico paisaje urbanístico con casas adosadas, parques infantiles, calles con árboles a los lados y multitud de pequeños establecimientos. Me acerqué al cristal para admirar las vistas, atraído por su luz.

—¿Verdad que el salón es precioso?

Asentí al comprender la razón por la que Irene se había enamorado del apartamento. Me cogió del brazo y me llevó hasta una pequeña cocina que daba acceso al salón. El edificio no era nuevo, debía tener más de treinta años, pero los muebles parecían haber sido cambiados recientemente.

—Ven, te tengo que enseñar lo mejor del apartamento.

“¿Mejor?”, pensé intrigado. Lo que había visto hasta ese momento ya me había parecido ideal, sobre todo para Irene. Luz, espacios renovados, colores... todo encajaba con ella a la perfección. Tiró nuevamente de mi brazo y me llevó hasta una habitación con baño incorporado. Supuse, por la disposición de los interruptores, que se trataba de la habitación de matrimonio.

—Mi habitación... Pero lo mejor está en la de Nacho.

Nos acercamos a una puerta contigua y me pidió que cerrara los ojos. Oí como subía la persiana y di unos pasos hacia adelante guiado por ella.

—Ya puedes mirar.

Abrí mucho los ojos y acto seguido hice lo mismo con la boca. Aquel dibujo en la pared era increíble. Jamás había visto algo tan mágico. No me apasionaba el arte, los museos apenas habían visto la suela de mis zapatos, aparte de las salidas obligatorias de la escuela, pero reaccioné como si fuera un experto en la materia.

—¡Qué pasada! —Lo único que acerté a decir.

—Yo pensé lo mismo cuando lo vi.

Nos quedamos los dos en silencio, admirando el paisaje pintado en la pared e impregnándonos de la paz que desprendía. Un padre y su hijo, cogidos de la mano, de espaldas, contemplando un cielo inmenso, perfilado por dos montañas altas que admiraban presuntuosas el fin de nuestro infinito. Irene se acercó a las dos figuras humanas, pintadas de negro, junto al precipicio de aquel majestuoso abismo, y acarició una de ellas. Supe enseguida a quién estaba recordando.

—Quiero pensar que él está aquí. Que está guiando a su hijo,

acompañándole y protegiéndole. —Se giró para mirarme con los ojos velados por las lágrimas—. Raúl, ha sido como una señal. Me gustó el apartamento al entrar, pero este fue el principal motivo por el cual no dudé en comprarlo. Quiero que Nacho se críe aquí, junto a su padre.

Me acerqué a ella y la abracé, emocionado por sus palabras y contemplando de soslayo la imagen de aquel padre. El padre que nunca conocería a su hijo.

Después de aquel momento cargado de emociones, entramos las cajas, vaciamos algunas de ellas y montamos la cuna. A las ocho de la noche, sin poder borrar de mi mente la imagen de Laura y Derek juntos, llamé a Carlos. Me explicó que ya se habían encontrado en la recepción del hotel. Le pregunté si les seguirían durante la noche y me confirmaron que sí pero desde la distancia.

—¿Qué te pasa? ¿Malas noticias?

Irene leyó mi rostro. No necesitó mucho más para adivinar que estaba preocupado de verdad.

—La razón por la que estaba tan contento esta mañana... se llama Laura.

Una sonrisa iluminó su cara y acto seguido empezó a cañonearme a preguntas, que si cómo era, a qué se dedicaba, cómo nos habíamos conocido, si ya sabía ella lo que yo sentía, cuándo se la iba a presentar... e infinidad más. Me apoyé en la ventana del salón y suspiré resignado. Le expliqué que la había conocido a través de unos amigos, sin mencionar al vagabundo y el caso en el que estaba trabajando. Le conté todo lo sucedido la noche anterior y que Laura estaba cenando en ese momento con otro hombre.

—¿Estás celoso?

—No son celos, Irene, es preocupación. —Me eché el pelo hacia atrás y miré el reloj, las ocho y cuarto—. Él no es de fiar. No te puedo decir más. Y nadie va a estar allí para protegerla. ¡Joder! ¡Me siento impotente!

—¿Sabes el nombre del restaurante? —Negué con la cabeza y ella cogió su teléfono móvil—. Tú averigua dónde está que yo me preocupo de la

reserva.

Veinte minutos después estábamos frente a la entrada del restaurante griego. Les vi a través de la ventana del exterior. Laura conversaba con Derek ofreciéndole su preciosa sonrisa y él la escuchaba con la típica inocencia desorbitada que muchas personas utilizan para ocultar su oscuridad. Evité mirarles mientras llegábamos a la mesa y me senté dándoles la espalda. Estaba muy incómodo. Incómodo e irritado.

¿Eran celos? Sí, Celos, pero también rabia e impotencia.

—¿Quiénes son?

—Esa pareja sentada junto a la ventana.

Irene miró con disimulo y después de unos segundos en silencio clavó sus ojos en los míos y sonrió.

—Ella es muy guapa. Pero, tienes un problema...

La miré sin comprender.

—Él también lo es.

¡Joder, solo me faltaba oír eso!

—Pues si tanto te gusta no le quites ojo de encima. Cualquier gesto raro que haga, si crees que intenta ocultar algo en las manos, en los bolsillos... todo aquello que te pueda resultar sospechoso me lo dices.

Irene asintió decidida y algo preocupada. De camino al restaurante me había estado preguntando sobre Derek pero me limité a explicarle que estaba siendo vigilado y ella ya dedujo que por narcotráfico.

—La chica se ha dado cuenta de que estás aquí... No deja de mirarnos y parece molesta.

Y entonces me di cuenta de lo estúpido que había sido entrando en aquel restaurante. El día anterior le había estado avasallando con preguntas sobre por qué iba a cenar con el alemán y al día siguiente me presento allí. ¡Imbécil!

—Ella se levanta y viene hacia aquí —susurró Irene mirando la carta

con disimulo, mientras de reojo pude ver que Laura pasaba justo detrás de mí para ir a los servicios—. Raúl, deberías hablar con ella.

Irene tenía razón y no me lo pensé demasiado. Me levanté de la silla y fui tras Laura. No sabía qué decirle pero sentí la imperiosa necesidad de acercarme a ella, de darle explicaciones, de aclararle mis, mis... ¿mis sentimientos? No tenía ni idea de qué quería hacer o decir... pero anhelaba estar de nuevo frente a ella. Y por esa razón la esperé junto a la puerta de los servicios. De pie. Apoyado en la pared de aquel oscuro pasillo. Ansioso por volver a ver su hermoso rostro, sin un disfraz entre nosotros, cara a cara, como la noche anterior. Estaba nervioso, dudé si debía o no seguir esperándola, volver a la mesa o salir de aquel restaurante. Pero recordé quién acompañaba a Laura aquella noche y me repetí que debía continuar protegiéndola.

Cuando salió y me situé frente a ella me quedé en blanco, hipnotizado por sus ojos. Se había alisado el pelo y esa noche brillaba como el zafiro. Casi no llevaba maquillaje pero para mí estaba preciosa así, natural, ella misma y con aquel vestido azul que daba vida al color de sus ojos. Intentó esquivarme pero le supliqué que me escuchara. No sé bien qué le dije, ni qué fue lo que ella me respondió, solo recuerdo que di un paso hacia adelante, bajé la mirada a sus labios y por unos segundos me imaginé besándola. Creo que no había deseado otra cosa desde que la vi por primera vez en la recepción del hotel. Acariciar sus labios con los míos era un sueño que se podía hacer realidad si acercaba mi rostro tan solo unos centímetros más. Unos centímetros más para descubrir la felicidad. Sin embargo, di un paso al lado para dejarla pasar. ¡Estúpido! Si la hubiese besado, si le hubiese dicho en aquel momento lo que ella me gustaba...

Pero no lo hice. Laura regresó con Derek y yo me sentí un imbécil, dejándola escapar una vez más.

—Raúl, le he visto, le he visto... —La voz quebrada de Irene me preocupó.

—Tranquila, ¿qué quieres decir?

—Le... le ha echado algo en la copa, le ha puesto algo...

Miré a Irene atónito y noté como se tensaban cada uno de los

músculos de mi cuerpo. Por mi mente transcurrieron infinidad de terribles imágenes en las que Laura estaba drogada y a la merced de aquel cabrón. Enloquecí como un animal herido, incapaz de controlar el deseo de vengar mi dolor. Pero debía pensar, debía ser más rápido y más listo que él.

—Van a brindar, Raúl, van a brindar...

Saqué el móvil de mi bolsillo, apreté el botón de llamada y se lo entregué a Irene.

—Dile a Carlos que llame a una unidad y que entren para detenerme por escándalo público. Que vengan ya, ¿me oyes? —Irene asintió nerviosa—. Y en cuanto puedas, hazte con esa copa.

Me levanté súbitamente y me acerqué a ellos con los puños cerrados y casi sin poder respirar. Estaba encolerizado pero debía centrar mi ira en ella, en Laura... no podía levantar sospechas, no podía hacer lo que realmente quería, darle puñetazos al químico hasta dejarle inconsciente en el suelo. ¡Joder! Debía controlarme, debía controlarme...

Di un golpe seco en la mesa y mi corazón se encogió al ver el rostro asustado de Laura. Sus ojos temieron los míos y arrastró su silla hacia atrás con miedo. Jamás olvidaré su expresión, jamás me perdonaré por aquello, jamás... Solo una leve sensación de alivio me animó a continuar cuando comprobé que ella había dejado su copa intacta sobre la mesa. Le grité acusándola de un engaño, como si fuéramos pareja. Quería que él creyera que yo tan solo era un novio celoso, un psicópata o un imbécil que no sabía aceptar que mi ex pareja rehiciera su vida. Quise asustar al alemán, que se viera involucrado en una pelea amorosa y que huyera de allí al ver llegar a la policía. Y así fue, tan cobarde y tan previsible. Aquel cabrón salió corriendo del restaurante, con una enorme mancha de vino en la camisa y el orgullo encerrado en los puños. ¡Maldito hijo de puta! La dejó sola, salió del restaurante sin mirar hacia atrás, sin preocuparse por Laura... Jamás me perdonaré el miedo que provoqué en su rostro, jamás, pero hice lo que debía hacer. Hice lo mejor para ella y a pesar del dolor que sentí, lo volvería a hacer mil veces más.

Uno de los agentes me esposó y me arrastró hasta el coche de policía. Mientras apretaba mi cabeza contra el frío capó del vehículo la vi marchar.

Me miró con la confusión y el miedo aún escritos en sus pupilas. Por mi cabeza pasaron muchas otras posibles escenas para evitar que bebiera aquel vino, escenas en las que yo simulaba estar borracho, me acercaba a ellos torpemente y le tiraba la copa al suelo, o tropezaba sobre la mesa y hacía que la bebida cayera sobre su vestido. Pude haber actuado de mil formas distintas, pero lo hice perdiéndola, volviendo a sentir que me alejaba de ella.

Cuando el coche policial que llevaba a Laura giró la calle, me deshice de las manos de mi compañero y golpeé el coche con los puños.

—¡Mierda! ¡Mierda! —grité enfurecido.

—Tío, pero, ¿de qué coño vas? —Carlos apareció detrás de mí, furioso y sin comprender qué acababa de suceder—. El alemán podría sospechar de ti, joder. Si sabe que le estamos siguiendo desaparecerá y adiós caso.

—Lo sé, vale, lo sé... Pero él no sospecha nada. Ha pensado que era una pelea de novios y se ha ido al ver a la policía.

—Y ¿por qué has hecho eso? No me digas que es por la chica... —Carlos continuaba enfadado y se acercó buscando una respuesta en mis ojos—. ¡Joder, Raúl! ¿La conoces?

—La conozco, es la recepcionista del hotel, pero no ha sido por ella... —Mentí mirando hacia otro lado.

En ese instante Irene salió del restaurante con la copa de vino escondida bajo su abrigo. La cogí y se la entregué a Carlos.

—El alemán echó droga en la bebida de la chica pero no llegó a beber porque yo se lo impedí. Si analizamos el vino podremos saber si es la nueva sustancia que quiere vender y de paso conocer sus efectos.

Mi compañero alzó la copa acercándola a los ojos y sonrió satisfecho.

—Bien hecho, Soriano, eres un cabrón con suerte... —Me dio dos golpes en el hombro y me devolvió la copa de vino—. Guarda el vino en una bolsa de plástico y entrégasela tú mañana al jefe, yo vuelvo con Ana que ha seguido al alemán hasta el hotel.

Asentí aún entristecido por lo que había sucedido.

—Y, tío, no pongas esa cara, que la chica acabará perdonándote...

Y se fue riendo a carcajadas, ¡el muy cabrón!

Mientras me acercaba a Irene, oí una voz por la radio del vehículo.

“Decidle al leñador que Caperucita ya está a salvo del lobo feroz”.

Mis compañeros se rieron pero les ignoré. No estaba yo para bromas ni me apetecía escuchar comentarios sobre Laura, así que después de guardar el vino, agarré el brazo de Irene y caminamos hacia mi coche.

—Tranquilo, Raúl, has hecho lo que debías hacer.

—He hecho lo que debía hacer pero no de la mejor forma y ahora ella me odia o me teme, que aún es peor. La he perdido antes de tenerla.

Dejé a Irene en su casa y, antes de dirigirme a la mía, di varias vueltas por la ciudad sin poder borrar de mi mente el temor dibujado en los ojos de Laura. Después de varios minutos vagando por las calles, acabé aparcado frente al bloque de sus padres, mirando la fachada y preguntándome si ella estaría tras alguna de aquellas ventanas. Todas con las persianas bajadas y las luces apagadas. Me quedé unos minutos sentado en el asiento del coche, con el móvil en la mano, mirando la pantalla y el nombre de ella junto a su número de teléfono, preguntándome una y otra vez si debía llamarla, si debía pedirle perdón.

“Laura, te juro que no volverá a suceder. Lo siento”.

Escribí aquellas palabras, se las envié y miré de nuevo las ventanas de la fachada, deseando adivinar su perfil tras una de ellas.

CAPÍTULO 16 – MECIÉNDOSE EN MI MANO

Después de ayudar a Irene con el traslado de algunos muebles, el domingo por la tarde pasé de nuevo frente a la fachada de Laura, deseando llamarla, pedirle perdón otra vez o simplemente esperando ver su silueta en una de aquellas ventanas. Pero hasta el lunes por la mañana no pude volver a contemplarla. Tenía el rostro pálido y los ojos tristes. Maldije mil veces aquellos golpes en la mesa, mis gritos, mi mirada cargada de ira... Me odié por aquello a pesar de saber que había actuado para protegerla.

Busqué sus ojos varias veces durante aquella mañana e incluso entré en recepción con la intención de hacerla reír. Me lo agradeció con una sonrisa y tuve que apretar con las manos el borde del mostrador para permanecer callado y no suplicarle perdón, no disculparme por el daño que le había causado y no decirle que lo había hecho por ella.

Pocas horas después vi a Derek bajar por la rampa que daba acceso a los ascensores y por cómo conversaron supuse que Laura le había perdonado por haberla dejado sola. ¡Maldito cabrón! A saber qué mentira le habría explicado él para excusarse. Estuvieron un rato hablando hasta que ella volvió a quedarse sola.

Sola y triste.

Su tristeza me estaba destrozando, cada minuto que pasaba me sentía más ruin. Esperé hasta las siete de la tarde con la esperanza de verla pasar frente a mí y hacerle saber que estaba preocupado por ella. Cuando vi aquella lágrima deslizarse por sus mejillas, quise fustigarme hasta morir. Pero en aquel momento yo era Ángel, un peculiar vagabundo, comprensivo y silencioso que sabía escuchar. Así que conseguí convencerla para tomar un café y durante casi media hora leí sus manos sin dejar de contemplar sus ojos llorosos. Me explicó nuestros encuentros, todo lo que yo ya sabía y había vivido junto a ella, menos un detalle que me sorprendió: me había visto con Irene en el hospital y tenía dudas sobre si aquella mujer embarazada era mi pareja o no. Y yo me presenté en el restaurante con Irene. ¡Muy bien, Raúl!

Estaba asustada, confusa, triste... todos esos sentimientos se los

estaba provocando yo, joder, el mismo que la tenía delante, escuchándola e intentando darle consuelo. Me ofrecí a acompañarla a casa para protegerla de mí mismo. ¡Increíble paradoja! Pero aunque pareciera una estupidez, aunque fuera evidente que yo no iba a aparecer para volver a comportarme como un psicópata, estar junto a ella todas aquellas tardes y aquellas mañanas me sirvieron para darme cuenta de lo que ya era inevitable: me estaba enamorando de la única persona que me temía, de la mujer a la que estaba protegiendo de mí mismo.

El viernes por la mañana volví a estar allí, sentado en el banco, mirando el portal por el que en unos minutos aparecería ella. Sonreí como un estúpido al pensar en qué diría Marcos al verme allí, moviendo la pierna nervioso, mordiéndome el labio inferior impaciente, con aquellas gafas desgastadas, una barba descuidada y las manos sucias. Seguro que me hubiese dicho: ¿y así piensas tú casarte con ella? Y qué razón hubiera tenido. ¿Qué posibilidades tenía yo con Laura? A Raúl le temía y a Ángel le compadecía. Raúl no podía mostrarse tal y como era y Ángel no era lo que a ella le mostraba. Resumiendo: los dos la estábamos engañando.

Miré con disimulo mi móvil. Estaba esperando novedades sobre la sustancia que Derek había vertido en la copa de Laura. La muestra de vino estaba siendo analizada en uno de los laboratorios que colaboran con la policía y todos esperábamos los resultados con expectación. Si descubriamos que los efectos de aquella droga eran distintos, daríamos un paso importante en la investigación. Luego debíamos jugar bien nuestras cartas para que no se nos escapara el alemán.

A las ocho y media se abrió la puerta del bloque y apareció ella. Sonriente y preciosa. Volvimos a hacer el camino en silencio, comunicándonos con algunos gestos y muchas miradas. Las mil miradas que yo le regalaba cuando ella no era consciente de que el vagabundo que la acompañaba para protegerla salivaba con el simple hecho de contemplarla.

Cuando apenas faltaban unos metros para llegar a la fachada del hotel, Laura se paró, me miró y empezó a mover las manos.

“Esta tarde no hace falta que me acompañes”.

Arrugué las cejas sin intención de parecer curioso pero en realidad estaba ansioso por conocer la razón.

“Voy a ir con Derek a un festival sobre cervezas artesanales. No entiendo mucho de eso pero le dije que le acompañaría y creo que me irá bien para olvidarme un poco de todo...”.

Para olvidarse un poco de todo... joder, para olvidarse de mí y de mis gritos. Asentí con la cabeza mordiéndome el labio hasta hacerme daño y mis manos le preguntaron si iba a estar bien el fin de semana, disfrazando así la rabia que me estaba carcomiendo por dentro. La vi entrar en el hotel mientras me ocultaba en la suciedad de aquella esquina, preocupado por ella, porque esta vez no sabía si iba a poder estar allí para protegerla. Un alud de impotencia me arrastró hasta la más absoluta desolación.

Aquel día tuve que hacer un gran esfuerzo para simular mi frustración. Derek iba a volver a intentarlo, de nuevo ella estaba a merced de aquel maldito cabrón, indefensa, inocente y sola para él. En más de una ocasión estuve tentado de irme de allí, de salir de aquella esquina, ocultarme en algún callejón oscuro y golpear la pared hasta cubrir de sangre mis puños. Pero no, no debía hacerlo, tenía que estar a su lado, atento y cumpliendo con mi deber de ser su guardaespaldas. Tal vez ser su guardaespaldas no fuera más que una simple broma, un comentario que a ambos nos hizo reír, pero para mí empezaba a ser mucho más.

Laura empezaba a ser mucho más.

Poco antes de las siete de la tarde Derek apareció en recepción. Le había estado dando vueltas durante todo el día a cómo estar cerca de ellos en el recinto donde se celebraba el festival. Carlos y Ana les seguirían en la distancia y yo, como Raúl, no podía acercarme otra vez. Así que pensé en mi hermano. En una de las veces que entré en los servicios de la recepción del hotel le llamé. Habíamos quedado a las siete y media en la calle del apartamento donde supuestamente vivía Ángel.

Estaba absorto, pensando en cómo evitar de nuevo que Laura acabara en las garras del alemán cuando Derek se acercó a mí. Me quedé inmóvil, asombrado y expectante. Su rostro simulaba una inocencia forzada y falsa,

como si se sintiera obligado a dar las gracias. Me señaló el pequeño ramo de rosas que sostenía en la mano y sacó unas monedas de su bolsillo. Entendí por ese gesto que las quería comprar. ¿Para Laura? ¿Esa vez sí le iba a regalar flores? ¡Maldito cabrón! Apreté los puños imaginándomelos marcados en esas mejillas hipócritas, borrando de su cara esa macabra sonrisa. Se acercó a mi oreja derecha y tuve que contener la respiración. El cabrón sabía que tenía ante él a una persona sorda y aun así tuvo los santos cojones de hablarme con esa jodida soberbia.

—¿Orquídea, café, paseítos en el metro? Todo eso no te va a servir de nada, no eres más que un puto vagabundo. Pero yo sí me la voy a follar esta noche, se la voy a meter hasta que grite como una perra en celo.

Apreté la mandíbula y cerré con fuerza el puño izquierdo hasta clavarme las uñas. Por unos segundos estuve rígido como una roca, enloquecido, envenenado por el odio. Pero de nuevo controlé mis ansias de aplastar aquel rostro contra el suelo. Cuando se dio media vuelta para volver a entrar en el hotel inspiré con fuerza.

—Antes te mato... —susurré.

Corrí hacia el apartamento en cuanto les vi marchar en un taxi. Me cambié de ropa rápidamente y cuando bajé, Héctor ya me esperaba en la esquina del callejón.

—¿Qué pasa, *brother*? ¿A qué viene tanto misterio?

—Vas a ir al Barcelona Beer Festival.

—¿Voy a ir? ¿Y tú no vas? Aclárate, pequeñajo.

Único en su especie. Tendremos más de sesenta años y seguirá llamándome pequeñajo.

—Vamos los dos pero yo te esperaré fuera. Por el camino te lo cuento.

Subimos en su coche y de camino a la Farga de l'Hospitalet le expliqué, sin dar demasiados detalles del caso, que tenía que seguir a una pareja, que él podría intentar drogar a la chica y que debía informarme en

todo momento de lo que hacían.

—¿Así que me contratas como detective privado? ¿Pagan bien en la poli?

—Déjate de tonterías, Héctor, es importante para mí.

—Es ella, ¿verdad? La chica que te gusta...

Asentí con la cabeza, inquieto. Héctor lo entendió.

—No te preocupes. Les seguiré de cerca.

Aparcamos a dos manzanas del recinto donde se celebraba el evento. Compramos nuestras entradas y nos adentramos en el local con los vasos oficiales del festival. Apenas cinco minutos después localicé a Laura y a Derek en uno de los stands, hablando con algún representante.

—Son aquellos dos. La chica morena y el alemán alto y rubio. —Me giré para buscar a mi hermano, estaba apoyado en un mostrador, llenándose el vaso con un tirador de cerveza negra—. ¡Joder, Héctor!

—Tengo que integrarme en el papel, Raúl, si no sospecharán. —Alzó una ceja y levantó el vaso brindando al aire—. Muy guapa mi futura cuñada, me gusta.

—Me voy fuera, no quiero que ella me vea. Tú vigílales y no bebas más cerveza.

—Aguafiestas...

Salí al exterior y busqué a Carlos y a Ana. Estaban esperando en un vehículo, cerca de la entrada al recinto. Me senté en el interior con ellos y esperé mirando la pantalla de mi móvil. Héctor me llamó media hora después.

—Por ahora no he visto nada sospechoso. Están probando cervezas y hablando con los representantes de los stands. Por cierto, ¡qué ojazos tiene la morena!

—Se llama Laura... —Sonreí al imaginar la cara de mi hermano—. Sigue vigilándoles, sobre todo a él... a ella no hace falta que la mires tanto.

Oí sus carcajadas al otro lado de la línea.

—Me gusta más ella que él, pero en fin...

A las nueve de la noche, Laura y Derek salieron del recinto para ir a cenar. Héctor les siguió y entró en el mismo bar, sentándose en la única mesa libre, a varios metros de ellos. Cuando mi hermano me llamó me advirtió de que desde esa distancia no podía controlarles bien.

Y debió ser allí, en aquel bar, en algún momento en que Laura mirara hacia otro lado, tal vez buscara algo en su bolso o se levantara para ir a los servicios cuando Derek aprovechó la oportunidad y echó la droga en su bebida. El comportamiento de Laura empezó a cambiar. Los vi salir y supe que ya lo había hecho, que el alemán había conseguido su objetivo. Su forma de reír, de caminar, de acercarse a él, de dejarse acariciar, incluso la forma como se tocaba el pelo. Todos aquellos gestos que yo desconocía en ella fueron la evidencia de que aquel cabrón se había salido con la suya.

Volvieron a entrar en el recinto y continuaron probando cervezas, con Héctor siguiéndoles de cerca. A las once de la noche, cuando el festival cerraba las puertas, les vi salir sonrientes. Derek rodeaba con su brazo la cintura de Laura y ella dejaba apoyar su cabeza en el hombro de él. La noté algo aturdida y andaba con torpeza, como si hubiese bebido más de la cuenta, aunque, según me había confirmado Héctor, ella apenas había probado la cerveza. Se dirigieron a la parada de taxis y cuando vi el coche desaparecer calle abajo, corrí hacia donde me esperaba mi hermano. Mientras Héctor conducía llamé a Alfonso. Carlos y Ana ya le habían avisado de que el alemán regresaba al hotel.

—Alfonso, el químico va acompañado de la recepcionista del hotel y la ha drogado. Tienes que impedir que suban a la habitación, por favor, haz lo que sea necesario.

Cuando llegamos a la calle del hotel supe que Alfonso había conseguido su propósito. Creo que nunca se lo agradeceré lo suficiente. Debía haber unas treinta o cuarenta personas invadiendo la acera ancha que se extendía frente a la fachada del hotel. No quise bajar del coche por si Laura y Derek se encontraban entre aquella multitud y llamé a Alfonso.

—Hice saltar la alarma de incendios justo cuando ellos llegaron en el

taxi. Les he visto entrar en el pub de enfrente.

Y no me lo pensé dos veces. Aparcamos y entramos en aquel local. La oscuridad del interior y la cantidad de gente de pie que rodeaba la barra y las mesas nos ayudaron a vigilarles sin ser descubiertos. Ella continuaba actuando de forma demasiado cariñosa y desinhibida y él aprovechaba su estado para bajar su mano por su espalda o besarla en el cuello. Tuve que apartar la vista más de una vez porque solo imaginarlos juntos sentía que se me evaporaba el alma.

Vi como Laura caminaba torpemente hacia los lavabos y aproveché la ocasión.

—Héctor, voy a intentar convencerla para que salgamos juntos del local. No sé cómo lo voy a hacer pero tú quédate aquí atento por si tienes que entretener al alemán para que no se dé cuenta.

Fui detrás de ella hasta llegar a la puerta de los lavabos. Afortunadamente estos estaban justo al lado de otra puerta que daba acceso a una cocina y cuando vi salir a Laura la agarré del brazo, tiré de ella y la metí en aquella pequeña estancia.

—Perdona, ¿te conozco? —Laura arrugó los ojos como queriendo enfocar bien la vista y me miró con curiosidad.

—¿No sabes quién soy? —le pregunté preocupado y ella negó con la cabeza.

Laura no me reconocía pero yo a ella tampoco. Su voz era pastosa, sus pupilas dilatadas habían borrado su precioso iris color turquesa, su tez no tenía el mismo tono rosado y su sonrisa era inestable, forzada o exagerada, como si algo o alguien la manipulara con unos hilos. ¡Putas drogas!

Una señora mayor apareció en ese momento y se asustó al encontrarnos allí. La tranquilicé enseñándole mi identificación de policía y le expliqué que debía retener ahí a la chica porque corría peligro.

—¿Eres poli? —Laura, perdiendo el equilibrio, dio un paso adelante y me rodeó el cuello con sus manos—. ¿Eres el poli bueno o el malo? No, no me lo digas, ya lo sé, eres el poli buenorroooo...

Acercó sus labios a mi boca y tuve que girar la cabeza para esquivar el beso que llevaba semanas deseando recibir. Quería que el primero fuera con Laura y no con la chica aturdida que tenía delante. Me separé de ella y la guié hasta un taburete pequeño que estaba en una esquina de la cocina.

La estuve observando un rato mientras ella parecía estar ausente, mirando de lado a lado y rozando la palma de sus manos con sus rodillas, inquieta, insegura. Me preocupó. Conocer los efectos de aquella sustancia me hubiese ayudado a comprender mejor qué le estaba pasando y saber a qué atenerme. Debía intentar buscar respuestas y llamé a comisaría. Afortunadamente reconocí al policía que estaba de guardia aquella noche y él consiguió los datos del laboratorio que estaba analizando la droga.

—El análisis lo está llevando a cabo la doctora Sánchez. Has tenido suerte, aquí veo un número de móvil.

Lo anoté y lo marqué en mi teléfono casi de memoria. Respondió al segundo tono.

—¿La Doctora Sánchez? Disculpe que la moleste a estas horas, pero necesito su ayuda...

—¿Raúl?

Me quedé en silencio y el móvil casi se me escapa de las manos. ¿Cómo supo mi nombre?

—¿Raúl? ¿Eres tú?

—Sí... —tartamudeé sin comprender nada.

—Raúl, soy Natalia.

“¿Natalia? ¿La amiga de Laura y Sonia?”, pensé boquiabierto y recordando el dicho aquel del pañuelo.

—¿Me has llamado Doctora Sánchez?

—¿Trabajas en un laboratorio para la policía?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

Mientras tanto Laura se había levantado del taburete y caminó de lado a lado pretendiendo salir de allí. La sujeté por la cintura y ella apoyó todo su

cuerpo contra el mío, mirándome como si quisiera devorarme.

—Estás duro... —me susurró mientras iba palpando mi abdomen con los dedos—. ¿Por aquí también estás duro...?

—Laura, para... —Cogí su mano cuando ya rozaba la cremallera del pantalón.

—Raúl, ¿está Laura contigo? —Natalia reconoció la voz de su amiga a través del teléfono.

—Necesito que me ayudes.

—¿Estás hablando con Raúl? —Ese era Pedro.

—Natalia, soy policía.

—¿Eres policía? Pero, ¿no eras informático?

—¿Raúl es policía?

“¡Joder! Vaya momento para desvelar secretos”, pensé.

—Natalia, dile a Pedro que ya se lo explicaré. Ahora necesito que me digas qué sabes de la droga que estás analizando.

—¿La que estaba en el vino?

—Esa misma. Laura la ha tomado y...

—¿Laura ha tomado esa droga?

—¿Quién es esa Laura? —preguntó la aludida mientras volvía a colgarse en mi cuello y me besaba la barbilla—. Sácame la porra, poli, y fóllame, dame duro...

—¿Esa es mi amiga? Raúl, ¿dónde estáis?

—En el pub que está enfrente del hotel donde trabaja Laura —le aclaré mientras sujetaba el móvil en un hombro y con mis manos me deshacía de las que volvían a bajar por mi abdomen.

—Estamos cerca, vamos hacia allí.

—Nos encontraréis en la cocina, cerca de los lavabos.

Natalia finalizó la llamada, guardé el teléfono en el bolsillo de mi

pantalón y volví a guiar a Laura hasta el taburete.

—Siéntate o te caerás.

La señora mayor que aún permanecía allí había oído mi conversación con Natalia y me propuso preparar una mezcla para provocar el vómito. Me pareció buena idea y enseguida se puso a rebuscar en los armarios.

Laura se levantó y volvió a rodear mi cuello con sus brazos.

—¡Hola poli buenorro! —Tuve que sonreír por sus palabras—. Si no quieres que follemos, dame un morreo con lengua... —Arrugó los labios y se acercó a los míos.

—Laura, créeme que morrearte es lo que más deseo desde que te conozco, pero ahora no, en tu estado no quiero hacerlo.

Volví a separarla de mí y a sentarla en el taburete. Me agaché para estar a su altura y mirarla a los ojos.

—Escúchame, te vas a tomar algo que te ayudará a encontrarte mejor.

—Yo me encuentro muy bien...y tú también estás muy bien —dijo con su voz pastosa y acercando de nuevo sus labios—. ¿Un besito?

Frené el acercamiento depositando dos dedos sobre su boca. Ella cerró los ojos y yo acaricié el contorno de sus labios con la yema de mis dedos. Continué recorriendo su mejilla derecha hasta abrir la palma de mi mano, permitiendo que Laura apoyara el peso de su cabeza sobre ella. Permaneció así unos segundos, con los ojos cerrados, sonriente, meciéndose en mi mano.

—Cuando estés bien y sepas quién soy de verdad te besaré.

—¿Me lo prometes? —preguntó aún con los ojos cerrados.

—Te lo prometo.

La señora mayor me acercó un vaso lleno de un líquido de color amarillento.

—Dáselo, en unos segundos lo vomitará todo.

Entre los dos conseguimos que se tomara aquel extraño brebaje y, efectivamente, en pocos segundos Laura estaba dando arcadas en los

servicios. La acompañé y la sujeté con una mano en su frente y la otra en su cintura, evitando así que cayera al suelo. Cuando acabó estaba como una muñeca de porcelana, pálida y fría. Continuaba muy aturdida y seguía sin reconocermme.

Apenas unos minutos después Natalia y Pedro aparecieron por la puerta.

—¿Cómo está? —me preguntó ella.

—Acaba de vomitar. No recuerda nada y está algo... como decírtelo... algo...

—¿Cachonda?

—¿Lo sabías?

—Ya lo sabía, pero de todas formas solo hay que mirarla... —me giré hacia Laura y la vi tocándole el culo a Pedro. El pobre estaba tan colorado que parecía la antorcha humana.

Natalia se acercó a su amiga y empezó a examinarla y a hacerle algunas preguntas. Laura respondió con torpeza y con muchas dudas. Estaba realmente desconcertada, perdida, sin recordar ni tan siquiera su nombre. Natalia se preocupó y eso no me gustó nada. Me miró, se reincorporó y me apartó a un lado de la cocina.

—Como has podido comprobar la droga tiene unos efectos devastadores. Ya pude llegar a esa conclusión con la muestra que había en el vino. Afecta por un lado al lóbulo frontal y parietal del cerebro, manipulando la memoria y la percepción, y por otro lado limita los efectos del GABA en el sistema nervioso.

—¿El GABA?

—El ácido γ -aminobutírico, lo utiliza el cerebro para favorecer la calma. Sin este ácido perdemos la vergüenza, nos desinhibimos. Además, la droga lleva esteroides anabólicos que incrementan el deseo sexual. Así que, resumiendo, Laura no recuerda nada y está más salida que una picha saltarina en una despedida de soltera.

—Ya...

—Y ahora dime tú, ¿cómo ha llegado Laura a esto? ¿Y cómo estás tú con ella? ¿Trabajas en la brigada antidroga?

—Es una larga historia y por ahora no puedo darte más detalles del caso, solo te puedo decir que el alemán que se hospeda en el hotel la ha drogado y sigue dentro del bar, esperándola y ya puedes imaginar lo que quiere hacer con ella.

—¡Maldito cabrón!

—¿Cuánto tiempo crees que tardará la droga en dejar de hacerle efecto?

—No lo sé, tal vez unos minutos o unas horas, depende de la cantidad que haya ingerido. Lo que le iría bien es tomar aire fresco y caminar.

—La llevaré andando hasta su casa.

—Bien. Si ya ha vomitado mejor que tome líquidos o suero oral. Y, una cosa más, al igual que ahora no recuerda nada, no creo que tampoco recuerde luego lo que ha vivido mientras la droga hizo efecto. Despertará en un momento dado y será como si no hubiese pasado nada.

—Entendido.

Héctor apareció en ese instante.

—Raúl, el alemán se está impacientando. No para de mirar hacia aquí. Tenemos que sacarla del local sin que nos vea.

Laura saltó del taburete y se colgó del cuello de mi hermano.

—Fóllame, por favor, métemela hasta el fondo... aquí, ahora.

—Raúl, dime por favor que podré contarle a mis futuros sobrinos cómo conocí a su madre, por favor, por favor... —me suplicó Héctor riendo y retirando las manos de Laura.

Fui a separarla de mi hermano, mientras le resumía a Héctor el estado en el que se encontraba Laura.

—¿Quién es este? —le preguntó Natalia a Pedro en un susurro.

—Es el hermano de Raúl.

Héctor se acercó a Natalia y después de auto-presentarse le dio unos

golpes a Pedro en el hombro.

—¡Cabrón! Por fin te has lanzado, ¿eh? —exclamó el muy chivato.

Todavía no logro comprender por qué le explico mis cosas a Héctor.

—No, yo...

—No, Héctor, no... no se ha lanzado aún —dijo Natalia en un tono de decepción que a todos nos sorprendió.

Pedro la miró abriendo bien los ojos y sonrojándose como nunca. Creo que si en aquel momento Laura volvía a meterle mano no se hubiese dado ni cuenta. Continuaron mirándose durante unos segundos hasta que noté los dedos de Laura apretando mis posaderas.

—Chicos, tenemos que sacar a Laura de aquí sin que nos vea el alemán —les recordé.

—Decidme quién es que yo me encargo de entretenerle... —se ofreció Natalia.

—No, tú no... —Pedro alzó la voz y se puso rígido. Jamás le había visto reaccionar así.

—¿Por qué no? ¿Crees que me voy a liar con ese tío como hice con Marcos? —Natalia se plantó frente a él lanzando llamas de fuego por los ojos —. ¿Es eso verdad? ¿Piensas que soy una puta y no estoy a tu altura? Estás convencido de que jamás vas a poder confiar en...

Natalia no pudo acabar la frase porque Pedro se apoderó de su boca con una pasión que jamás hubiese imaginado en él. La sujetó con fuerza por las caderas y la atrajo hacia él con celeridad, consiguiendo que su cuerpo atrapara cada centímetro del vestido de ella y cada porción de piel al descubierto, su rostro, su escote, sus brazos, sus piernas, absorbiéndola hasta apoderarse de ella. Natalia permitió esa invasión, aceptó su arrebato y consintió, hasta que reaccionó. Llevó sus manos a la cabeza de Pedro, enredó los dedos en su pelo y le apretó contra ella de tal forma que las gafas de él cayeron al suelo. En pocos segundos sus manos ya apretaban las nalgas que poco antes habían sufrido el acoso de Laura y las manos de Pedro ya ascendían hacia los pechos de Natalia.

—¡Orgíaaaa...! —me giré y vi a Laura quitándose la camiseta y gritando como una loca.

Héctor arrancó a reír a carcajadas mientras yo corría hacia ella y le volvía a meter la camiseta por la cabeza.

El grito de Laura hizo reaccionar a la pareja y, después de que Natalia se recolocara el vestido y Pedro se pusiera las gafas rotas, nos miraron con la vergüenza dibujada en el rostro.

—Héctor, dime quién es ese alemán y cuando yo esté hablando con él caminad hacia la salida del local ocultando a Laura —propuso Natalia—. Esperadme en la esquina del supermercado que está a dos calles de aquí.

Los dos salieron de la cocina mientras yo miraba a Pedro con una media sonrisa.

—Estás hecho un Don Juan y no lo sabíamos...

—Y tú eres policía y yo no lo sabía...

¡Joder con el tímido de Pedro! ¡Qué pronto se había espabilado!

Pocos minutos después regresó Héctor y nos animó a salir. Entre los tres rodeamos a Laura y empezamos a esquivar a la gente que ocupaba el salón. Vi de reojo que Natalia había conseguido llamar la atención de Derek y que este permanecía a espaldas de nosotros. Pero justo cuando íbamos a atravesar el umbral de la puerta, el alemán, como si hubiese sido alertado por su subconsciente, se giró y nuestras miradas se cruzaron. Supo quién era yo, se lo leí en las pupilas. No me había olvidado y no había olvidado que una semana atrás le había destrozado los planes.

Pero lo que aquel cabrón no sabía era que el puto vagabundo que jamás conseguiría a Laura era quién se la había arrebatado por segunda vez.

Los efectos de la droga desaparecieron una hora después de salir del pub y a unos tres kilómetros de distancia, cuando tan solo nos faltaban quinientos metros para llegar a casa de Laura. Sucedió entre los matorrales de un parque, mientras ella vomitaba por tercera vez aquella noche. La segunda

había sido unos minutos después de que Natalia, Pedro y Héctor nos dejaran solos y emprendiéramos el camino. Tuve que llevarla casi en volandas hasta los lavabos de uno de esos bares que parecen estar rebozados de beicon y cebolla frita. A partir de aquellos minutos en el servicio, Laura dejó de estar tan desinhibida para pasar a estar terriblemente angustiada. Continuaba sin recordar nada, ni quién era ella, ni quién era yo, ni dónde vivía... nada, y caminó por aquellas calles arrastrando los pies, entre gemidos de dolor. No sé si fue debido al líquido amarillento que le preparó la mujer del bar o si aquel malestar lo produjo la droga, o tal vez una mezcla de ambas, pero su estómago se resintió y Laura empezó a sufrir.

¡Jodido alemán!

Cuando recuperó la memoria reaccionó como era de esperar: temiéndome, gritándome, preguntándome qué hacía yo allí, qué le había pasado y dónde estaba Derek. No recordaba absolutamente nada desde que entraran en el pub y todo le resultaba confuso. Luchó contra mí intentando deshacerse de mis brazos, que la sostenían para evitar que cayera. Estaba muy débil. Le pedí perdón, le supliqué que confiara en mí y le aseguré que no iba a dejarla sola. Conseguí apaciguarla y aunque continuaba confusa acabó dándome una oportunidad. No supe si esa oportunidad me abría las puertas de nuevo para intentar conquistarla o fue fruto de su debilidad. No tenía fuerzas para luchar y tal vez por eso cedió.

Le pregunté por sus padres y su trabajo como recepcionista. De esa forma pude comprobar que su memoria estaba intacta, que razonaba con normalidad y que habían desaparecido los efectos de la droga. Nos sentamos en el mismo banco en el que había estado esperándola todas las mañanas de esa semana y cuando la vi temblar de frío la abracé, rodeándola con mi anorak. Los minutos que permanecemos así, enredados y unidos por nuestro calor, me sentí inmensamente feliz. Supe entonces que había algo de verdad entre nosotros. Que ya no se trataba de una fascinación hacia su belleza, de una admiración hacia su bondad o de una curiosidad hacia lo que me hacía sentir. Era mucho más, mucho más que todo lo demás.

CAPÍTULO 17 – AQUÍ ESTÁS A SALVO

El domingo pasé por comisaría para informar a mi superior sobre lo que había sucedido el viernes y cómo le había afectado la droga a Laura. Supe entonces que Derek ya había contactado con los dos cárteles más importantes. Quería vender la sustancia y la fórmula a la banda que más dinero apostara por ella, pero todavía no había cerrado una cifra con sus contactos. Se estaba empezando a mover y nosotros a acumular pruebas suficientes para detenerle. Debíamos continuar siendo cautos y conseguir la prueba definitiva: la droga. Ya sabíamos que esa sustancia era nueva y el alemán no solo podía ser acusado por tráfico de drogas sino también por el diseño y la producción de las mismas. Su detención era cuestión de días.

Y por fin llegó el lunes. Me desperté con una de esas sonrisas empalagosas y me levanté de la cama tarareando una canción, deseando que llegara el momento de ver a Laura salir por el portal. Intuí que aquella semana iba a ser especial, distinta, que algo iba a cambiar, que cada día que pasara iba a estar más cerca de ella. Era increíble, apenas unas semanas atrás no nos conocíamos, yo estaba convencido de que no quería enredarme en una relación sentimental y unas semanas después estaba enamorado y más que dispuesto a hacer lo que fuera para no perderla.

No sabía si Laura necesitaría otra vez la compañía de Ángel, pero no perdí la oportunidad de volver a acompañarla hasta el hotel. Así que de nuevo estaba allí, sentado en aquel banco, cuando ella me iluminó con su sonrisa. Aquella mañana parecía distinta. Me explicó sin rodeos lo que recordaba del viernes y los mensajes que nos habíamos enviado el sábado y el domingo. Necesitaba muchas respuestas pero había tomado la determinación de dejar de buscarlas. Estaba decidida pero a la vez cansada de tanta confusión.

“¿Eso quiere decir que ya no te importa saber lo que pasó?”, le pregunté para despertar en ella la curiosidad.

No quería que se rindiera, que dejara de intentar buscar al verdadero Raúl. Quería que me encontrara.

“Sí, me importa. Y mucho más de lo que yo pensaba porque... creo

que él me gusta. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Dejar que mis sentimientos caminen a sus anchas mientras dudo sobre todo lo que él haga o diga? No puedo seguir así, estoy cansada, la cabeza me va a estallar”.

Tuve que mirar hacia otro lado y enredar el tirante de mi bolsa en mis dedos para no abalanzarme sobre ella, morder sus labios y decirle entre gemidos que ella también me gustaba y que aquel barbudo desaliñado estaba loco por ella. Me retuve, deseando que el caso del químico acabara lo antes posible, anhelando que llegara el momento en que ella pudiera conocerme de verdad... Debía tener algo más de paciencia, esperar a que Derek saliera de aquel hotel y que Laura no se viera más involucrada de lo que ya estaba.

Pero lo que no pude evitar fue pasar el día con una sonrisa en los labios. Incluso recuerdo que más de una vez tuve que recolocarme bien la barba, con miedo a que se despegara. Hasta que por la tarde tuve un momento de debilidad y me fui a los servicios del hotel. Una vez allí le envié un mensaje a Laura. Le escribí el verso que debía acompañar la orquídea, quería que supiera qué le habría escrito yo, qué poema en realidad había elegido para ella. Cuando pasé frente a Laura, estaba de espaldas, contemplando la planta. Hubiese dado lo que fuera por saber qué estaba pensando en ese momento. Volví a mi esquina con el corazón desbocado.

Pocos minutos después vi a Sonia y a la prima de Laura entrar en recepción. Paz me sonrió con su preciosa dulzura y me dijo hola con las manos. Le devolví el saludo y dejé de mirar hacia el interior del hotel porque temí que Sonia me reconociera. Hasta ese momento había permanecido bien oculto tras el disfraz de vagabundo pero mejor no arriesgarme más.

El móvil empezó a vibrar. Con insistencia. Intuí que era alguien de comisaría y miré a Alfonso que estaba sentado en uno de los sillones del bar del hotel. Él estaba al teléfono y se giró para clavar sus ojos en los míos. Estaba preocupado y me hizo entender que debía coger el móvil. Así que metí la mano en el bolsillo y discretamente leí el mensaje en la pantalla.

“Han enviado a dos sicarios para cargarse al alemán. Varias unidades en camino”.

Busqué a Laura en recepción. Estaba junto a Sonia y detrás de ellas Derek. ¡Joder! Marqué su número de teléfono y la llamé. Las tres debían salir

de allí ya, sin más demora. Y mientras le suplicaba que me mirara, dos hombres altos, morenos y con las capuchas de sus sudaderas ensombreciéndoles el rostro entraron apresuradamente.

Los siguientes minutos transcurrieron a la velocidad de la luz.

Cogí el chaleco antibalas de la bolsa de tela y corrí con él en la mano mientras sacaba mi arma del interior del abrigo. Me cubrí tras uno de los dos maceteros grandes que custodiaban la entrada del hotel al oír el primero de los cuatro disparos. Deseé que ninguna de las tres hubiese resultado herida y a mi mente acudió la imagen de Nacho sobre aquel charco de sangre. Miré su pulsera, necesitaba su apoyo, su fuerza. Salí de detrás del macetero y entré en la recepción. Uno de los dos encapuchados yacía en el suelo y vi que una bala había atravesado su pecho. El otro sujetaba a Sonia por el cuello, arrastrándola hacia la barra del bar y apuntando su cabeza con un arma. Ella estaba medio inconsciente y una de las mangas de su camiseta empezaba a cubrirse de sangre.

Laura estaba agachada en el suelo, mirándose las manos manchadas de sangre y sentí un terrible dolor en el pecho al temer que estuviera herida. Me acerqué a ella por detrás, de cuclillas, y rodeé con mi brazo sus hombros para sacarla de allí. Entonces vi, oculto tras una maleta, el cuerpo de Derek en el suelo, cubierto de sangre. La sangre que había manchado las manos de Laura. Tiré de ella y la arrastré hasta ocultarnos tras el mostrador de recepción. Allí estaba Alfonso, apuntando al sicario que aún utilizaba a Sonia de escudo.

Senté a Laura en el suelo. Estaba en estado de shock, mirándose las manos rojas. Sujeté su rostro para que me escuchara.

—Laura, mírame... ¿estás bien? —Asintió con la cabeza pero continuaba ausente y subí el tono de mi voz—. Laura, tu prima, ¿dónde está tu prima?

Abrió mucho los ojos, de repente, como si despertara de un sonambulismo y miró la puerta de los servicios. Me giré y vi cómo ésta empezaba a abrirse. Corrí agachado hacia la puerta y, antes de que Paz pudiera reaccionar, tiré de su brazo y la llevé hasta donde estaba Laura, protegidas tras el mostrador. La niña vio las manos manchadas de sangre de

su prima y me miró asustada. Paz no había oído los disparos ni había podido sospechar nada de lo que estaba sucediendo.

“Tranquila. Tú no te muevas de aquí y todo saldrá bien”, le dije con las manos.

Me quité el abrigo y cubrí a Paz con él.

“Aquí estás a salvo”.

Miré a Laura. Seguía perdida, con las palmas de las manos abiertas, aún impactada por lo que acababa de presenciar. Me saqué el jersey desgastado por la cabeza, limpié con él las manos de Laura y me puse el chaleco antibalas. Le sonreí y acaricié con el pulgar una de sus mejillas, antes de dirigirme hacia donde estaba mi compañero.

—¿Qué coño ha pasado? —le pregunté a Alfonso.

—El cabrón ha jugado a dos bandas y uno de los cárteles se ha cabreado. Es lo único que sé.

—¿Cómo está el alemán?

—Creo que muerto y he disparado a uno de los sicarios. El otro tiene a la chica de rehén.

—¿Le han dado a ella también?

—En el brazo. Hay que llegar hasta allí, Raúl. La mantendrá de rehén hasta que consiga salir de aquí y una vez a salvo la matará. Estos cabrones no tienen escrúpulos. Tiene que haber alguna forma de llegar al bar y reducirle.

Debía pensar rápido y miré a Laura. Me agaché y me acerqué a ella. A pesar de haberle limpiado las manos continuaba con las palmas abiertas. Se las cogí y las cerré con delicadeza.

—Laura, Sonia está en peligro. Debemos ayudarla. Dime, ¿cómo puedo llegar hasta el bar sin pasar por el hall? Piensa, Laura, piensa...

—¿Raúl? —Reaccionó por fin, buscando mis ojos tras las gafas viejas.

—Sí, soy yo... ayúdame, ayuda a Sonia.

Se quedó por un instante pensativa, sin dejar de mirarme a los ojos.

Hasta que tiró de mi mano y empezó a gatear en dirección a una columna que había al final del mostrador. Una vez allí, alzó la mano señalando un armario.

—Ese armario oculta un montacargas, hay otro en el bar. —Sacó un manojito de llaves de su bolsillo, separó una de ellas y me lo entregó—. Esta es la llave. El montacargas no funciona pero podrías trepar por el conducto hasta la primera planta. Sales de él y desde allí puedes acceder al otro montacargas que está a la derecha, a unos diez metros, se abre con la misma llave. Podrías bajar por el conducto hasta el bar. La puerta está justo detrás de la barra.

La miré con una sonrisa, orgulloso de ella, de su valentía, de su fuerza. A pesar de la experiencia que acababa de vivir, ella sola había ideado ese plan, con una frialdad y una tranquilidad que me sorprendieron.

—Eres increíble... —le dije.

—¿De verdad eres tú? —me preguntó aún sorprendida.

Le iba a decir que sí, que era yo, que era Raúl, el verdadero... pero no tenía tiempo que perder, debía subir por el conducto de ese montacargas e intentar salvar a Sonia, jugándome la vida en ello. Pensé de nuevo en Nacho, en su muerte, en cómo se fue sin decirle adiós a su mujer, sin despedirse.

Y entonces hice lo que llevaba semanas deseando hacer, lo que había soñado despierto durante tantos días, lo que le había prometido a Laura.

La besé.

LAURA

CAPÍTULO 18 – ¿DÓNDE ESTABA ÉL?

Cerré los ojos y noté la suavidad de sus labios rozando los míos, con una delicadeza casi agonizante. Fue un beso breve, fugaz, pero con aquel tacto sus labios acariciaron mucho más que la piel de los míos, acariciaron mi esencia. Volví a abrir los ojos, aturdida, y le vi entrar por el conducto del montacargas. Y entonces fui consciente del peligro que corría, de su trabajo, de cómo se exponía para ayudar a los demás. Y de que tal vez ese beso fuera una despedida.

Raúl era policía, Ángel era Raúl y yo aún era incapaz de encajar todo aquel rompecabezas. ¿Desde el inicio había sido él? El mismo que me buscaba a través del cristal, que me hablaba con las manos, el que enfermó y al que observé de cerca mientras dormía en aquella cama. ¿Cómo no me di cuenta? El mismo que se había tomado un café conmigo unos días atrás y me había estado protegiendo de... ¿de él mismo? Y Raúl, ¿quién era Raúl? ¿El chico protector con el que bailé y compartí una pizza? ¿Y quién fue aquel que me gritó y golpeó la mesa en el restaurante? ¿Era el policía? Por fin iba a recibir todas las respuestas, por fin iba a conocer al verdadero Raúl.

Si volvía a verle.

Regresé con mi prima y la abracé deseando que Sonia y Raúl no sufrieran ningún daño, que los dos continuaran formando parte de mi vida.

Mi amiga, la pequeña Sonia estaba en peligro y no podía hacer nada para ayudarla.

Cerré de nuevo los ojos asustada al oír unos golpes seguidos de dos disparos. El ruido provenía de la zona del bar. El cliente del bigotillo, que al parecer también era policía, salió de detrás del mostrador y durante unos eternos minutos mi prima y yo permanecimos solas, escondidas y atemorizadas. Las luces intermitentes de los coches de policía empezaron a iluminar las paredes de la recepción y poco después fue el ruido de una sirena de ambulancia la que rompió el agónico silencio que se había apoderado del hotel.

Un policía entró tras el mostrador y se agachó para hablar con

nosotras.

—¿Estáis bien?

—Nosotras sí. ¿Y mi amiga? ¿Cómo está mi amiga?

—Están atendiéndola.

—¿Puedo verla?

—Un momento, espere aquí.

Se fue y volvimos a estar solas, aún agachadas. Miré a mi prima y le sonreí para tranquilizarla. Vi cómo se cubría con el abrigo de Ángel, como si fuera una armadura.

¿Y Raúl? ¿Por qué no había vuelto Raúl?

Unos minutos después fue Rafael quien apareció tras el mostrador. Se agachó sin decir nada y me abrazó.

—¡Gracias a Dios que estáis bien! Oí los disparos pero uno de los huéspedes no me dejó salir del despacho. ¿Sabías que ese señor era policía?

—No, ni idea. Rafael, mi amiga, tengo que verla...

En ese preciso instante, el policía que nos había preguntado antes volvió para dejarnos salir.

—Pero, por favor, no toquen nada y será mejor que le cierre los ojos a la niña.

Nos levantamos y salimos del mostrador. Cubrí la cabeza de Paz con el abrigo de Ángel y ella no se resistió. No sabía lo que había sucedido pero intuyó que era mejor no presenciarlo.

El hall del hotel parecía una escena de esas series de policía científica que ruedan en países lejanos y que jamás imaginarías vivir en primera persona. Debía haber unos diez policías tomando huellas, recogiendo casquillos de bala y examinando los cuerpos. Supuse que el que yacía al lado del mostrador era el de Derek. Lo estaban cubriendo con un plástico gris y no llegué a ver su rostro. Estaba en el mismo lugar donde fue disparado a bocajarro, a apenas unos centímetros de distancia de dónde yo me encontraba en aquel momento. Las maletas del alemán estaban en el suelo, abiertas. Dos

policías levantaban otro cuerpo también cubierto y supuse que era el del asesino de Derek. Y tras la barra del bar pude ver a un equipo médico atendiendo a alguien. Caminé guiando a mi prima hasta allí, con la esperanza de ver a Sonia. Y tal vez a Raúl.

—Laura... —noté lágrimas en mis ojos al oír la voz apagada de Sonia.

Estaba tumbada en el suelo y le estaban cubriendo el brazo con una venda. Me acerqué a ella y pude ver un golpe en su frente que me hizo temblar. Uno de los médicos estaba examinándola y aunque deseaba abrazarla con todas mis fuerzas, me mantuve en la distancia, temiendo que tuviera más heridas o golpes en su cuerpo. ¡Malditos cabrones! Me estremecí al pensar lo que le podían haber hecho.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza pero la expresión de su rostro me dijo lo contrario. Miré al médico que la atendía.

—Se pondrá bien. Afortunadamente la herida de bala es superficial, pero ha recibido un golpe fuerte en la cabeza. La llevaremos al hospital para tenerla bajo observación y hacerle algunas pruebas.

En ese instante, mientras el médico acababa de hablarme, vi como dos policías levantaban otro cuerpo inerte del suelo, también cubierto por un plástico gris. Expulsé el aire que se había quedado incrustado en mis pulmones y no quise pensar que podía ser él... me lo negué una y otra vez. “No, no... no es Raúl, no puede ser él”. Sentí que mis ojos necesitaban mitigar el dolor con las lágrimas. “No puede ser él, no puede ser él...”. Pero Sonia tomó mi mano y como si adivinara mis pensamientos susurró emocionada.

—El vagabundo, Laura, el vagabundo me ha salvado la vida. Apareció por ahí detrás —me dijo señalando hacia donde se ocultaba el montacargas—, y saltó sobre el tío encapuchado. Se pelearon hasta que el cabrón ese cogió su pistola para disparar al vagabundo. Pero él llevaba otra escondida y fue más rápido. El vagabundo se lo cargó, Laura, y me salvó la vida.

—Ya está, Sonia, tranquila, ya acabó todo...

¿Eso quería decir que Raúl estaba bien? ¿Pero dónde estaba? ¿Por qué no le había visto aún?

Decidí que iba a acompañar a Sonia hasta el hospital y entonces pensé en llamar a mi tía, a mis padres y a los de Sonia. Hice las llamadas intentando no alarmarles demasiado y asegurándoles que nos encontrábamos bien. Mi tía estaba cerca así que no tardó en aparecer. La vi en el exterior, intentando acceder al hotel y pedí permiso a un policía para acercar a mi prima hasta su madre.

—Llévesela, pero usted tiene que volver, mis compañeros deben hacerle algunas preguntas.

Dejé a Paz con mi tía y regresé a recepción buscando con la mirada a Raúl. Su ausencia me estaba asfixiando. Necesitaba verle, comprobar que él también estaba bien.

Mientras veía como tendían a Sonia sobre una camilla, dos policías se acercaron y me pidieron que les explicara con detalle todo lo que había sucedido. Intenté ser lo más precisa posible pero estaba muy nerviosa y me bloqueé. ¿Dónde estaba Raúl? Miré de lado a lado. No sé cuántos policías entraban y salían del hall pero ninguno de ellos era él. Continué explicándoles como aquellos dos hombres habían entrado en recepción y habían sacado sus pistolas, el zumbido de tres o cuatro disparos retumbó en mis tímpanos, me agaché, me miré las manos llenas de sangre y luego todo fue muy confuso. La voz de Raúl me hizo despertar del shock...

¿Dónde estaba él? Volví a buscar su rostro o el de Ángel entre todas aquellas personas, pero seguía sin aparecer.

Hasta que oí unas voces detrás nuestro. Una de ellas era la de él. Me giré ignorando a los dos policías que todavía me hacían preguntas sobre Derek. Raúl y un grupo de hombres bajaban por la rampa de los ascensores y parecían discutir entre ellos. Se acercaron a las maletas de Derek, que seguían abiertas y tiradas en el suelo. Uno de los policías cogió una de ellas y la volvió a tirar al suelo con fuerza. Aquella maleta estaba vacía. Busqué a Raúl y en ese momento me estaba mirando fijamente. Continué haciéndolo mientras se acercaba a nosotros.

—Perdonad —le dijo a los dos policías que estaban a mi lado—.

Ahora os la devuelvo.

Me cogió del brazo y me llevó a una esquina del hall. Seguía con la imagen de Ángel, con la barba y las gafas.

—¿Y tu prima?

—Ha venido mi tía a buscarla

—¿Y Sonia? ¿Cómo está?

—Bien, se la llevan al hospital para hacerle unas pruebas y tenerla bajo observación. Me iré con ella, mis padres y los de Sonia ya van hacia allí.

—¿Y tú?

No supe qué responder. Mi barbilla empezó a temblar y mis ojos se humedecieron. Iba a decir que bien pero mi voz quedó amortiguada con el pecho de Raúl que me rodeó con sus brazos y me apretó contra él, envolviéndome en un abrazo. Cerré los ojos, deposité mis manos en su espalda y me hundí en él durante unos segundos. El tiempo que necesité para volver a ser yo misma, para borrar la angustia, el miedo y la inseguridad. Se separó para mirarme a los ojos.

—Ya ha pasado todo.

Asentí con la cabeza, perdiéndome en sus ojos. En esos ojos marrones y sosegados que tantas veces me habían transmitido paz y confianza.

—Laura, necesitamos tu ayuda.

Aquella frase me extrañó, ¿necesitamos? Deshicimos el abrazo y me pidió que nos sentáramos en uno de los sillones del bar.

—Mi compañero y yo estábamos vigilando a Derek. Era químico y acababa de diseñar una nueva droga. Vino a Barcelona con la intención de contactar con los cárteles más importantes de la ciudad y venderla. Irene, la chica que me acompañaba en el restaurante griego, vio cómo te echaba esa droga en la copa de vino.

—¿Y por eso te acercaste gritando y dando golpes en la mesa?

—Tenía que evitar que la bebieras y no quise que él sospechara que le estábamos siguiendo, por eso actué como si fuera un ex novio celoso.

Abrí los ojos más de lo normal, alucinada por lo que me estaba contando.

—Pero lo volvió a intentar el viernes, cuando fuisteis al festival de la cerveza.

—Y lo consiguió, claro...

—Esa droga te hizo perder la memoria, por eso no recuerdas nada.

Así que Derek me había drogado con la intención de... Llevé las manos a la altura de mi estómago al sentir una terrible angustia. Estuve a merced de él, pudo hacer conmigo lo que quiso, ¿qué pasó aquella noche? ¿Qué pasó...?

—No pasó nada, Laura, conseguí separarte de él antes de que llegarais al hotel.

Me tapé con las manos la cara y escondí tras ellas las lágrimas que no pude contener por más tiempo. Noté una mano de Raúl sobre mi cabeza, acarició mi pelo y me obligó a mirarle sujetando mi barbilla con la otra mano.

—No pasó nada, Laura, estás bien y ya no debes preocuparte por lo que podía haber pasado. Pero... necesito que recuerdes, que pienses... no encontramos la droga. No está en la habitación, ni en las maletas, no ha traído coche... ¿dónde puede estar?

No entendí por qué me pedía ayuda en algo así. Yo no había entrado en la habitación de Derek, ni tan siquiera sabía en qué medio de transporte había llegado. Pero, de pronto, una idea llegó a mí.

—Las muestras de cerveza.

Raúl me miró sorprendido. Me levanté, tiré de su brazo para que me siguiera y él lo hizo sin preguntar. Atravesamos el hall y unos agentes se unieron a nosotros. Les guié hasta la cocina y cuando abrí las cámaras frigoríficas algunos de los policías exclamaron con gritos de júbilo. Incluso uno de ellos se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Raúl me miraba sonriente, con unos destellos de orgullo en sus ojos. Me sentí su cómplice, su compañera, como si aquel caso lo hubiésemos resuelto entre los dos.

No dejamos de mirarnos mientras sus compañeros abrían los bidones

y comprobaban que efectivamente aquel líquido era la droga que buscaban. Uno de ellos se acercó a Raúl y después de guiñarme un ojo, le dio un golpe en el hombro.

—Te lo dije, cabrón con suerte, te dije que ella acabaría perdonándote.

Raúl me sonrió y giró los ojos hacia arriba, dándome a entender que no debía hacer caso de su compañero. Le devolví la sonrisa y entonces vi entrar en la cocina al médico que había atendido a Sonia. Me dijo que ya se iban hacia el hospital y fui tras él. Raúl me acompañó hasta la salida del hotel.

Subí a la ambulancia y me senté junto a Sonia. Antes de que cerraran la puerta lateral del vehículo miré a quien había sido para mí mucho más que un simple vagabundo, mucho más que una figura tras un cristal, mucho más que un confidente... miré a mi protector silencioso, a mi amigo fiel.

“¿Te volveré a ver?”, le pregunté con las manos.

“A mí no, pero a Raúl sí”.

Sonreí sintiendo una mezcla de tristeza y alegría.

“Le echaré de menos”.

“Y él a ti”.

La puerta de la ambulancia se cerró.

Aquella fue la última vez que vi al vagabundo desaliñado y solitario que vendía flores, aquel hombre paciente que me regaló su silencio a cambio de una sonrisa muda.

El vagabundo que continúa escondido en un rincón de mis recuerdos y de mi corazón.

LAURA

CAPÍTULO 19 – YA NO HABRÁ MARCHA ATRÁS

Mis padres y los de Sonia llegaron al hospital unos minutos después de que lo hiciera la ambulancia. Los médicos se llevaron a mi amiga para hacerle unas pruebas y nosotros nos sentamos en una sala de espera. Una hora después supimos que el golpe en la cabeza no presentaba problemas y que la herida de bala en el brazo tan solo le dejaría una fea cicatriz. Respiramos aliviados y fuimos hasta la habitación donde Sonia pasaría un par de días bajo observación. Su madre se quedó a dormir con ella y nosotros nos fuimos a casa, casi de madrugada.

Rafael me había llamado cuando estaba en el hospital para decirme que no hacía falta que trabajara el martes, que entre él y Dolores me suplirían ese día. Así que me levanté algo más tarde aquella mañana. A pesar de llegar a casa a la dos de la madrugada y del cansancio que arrastraba por todo lo sucedido, aquella noche me costó dormir. La imagen de Derek en el suelo, cubierto de sangre y ese mismo líquido rojo en mis manos se alojó en mi cerebro y no conseguí expulsarla hasta pasadas las cuatro. Me maquillé las ojeras como pude y después de desayunar lo que mi estómago aceptó, me dirigí al hospital para pasar el día con Sonia.

Cuando llegué a su habitación estaba con sus padres y su hermano mayor. Estuve un rato con ellos hasta que les propuse quedarme con Sonia toda la tarde mientras ellos salían a comer y se tomaban un descanso.

—¿Sabes algo de Natalia? —le pregunté a Sonia cuando nos quedamos solas.

—El viernes salimos juntas, con Marcos, Pedro y Miguel. Estuvimos todos en *El Midas* hasta que Natalia recibió una llamada y se fue con Pedro. No he vuelto a saber nada más de ella. ¿Crees que le ha pasado algo malo?

—Espero que no. Yo la llamé el domingo y no me respondió. Pero poco después recibí un mensaje, preguntándome si me encontraba bien.

—¿Es que estabas mal?

—Bueno, algo así... —No supe qué responder, ¿le explicaba todo lo sucedido?

El móvil de Sonia sonó e interrumpió nuestra conversación. Mientras ella hablaba por teléfono pensé en si debía o no contarle lo de Raúl. Si era policía y trabajaba de incógnito tal vez llevara en secreto su profesión. Decidí esperar a saber más de él, saber si Marcos y Pedro conocían su secreto y si yo podía hablar de ese tema con total libertad. Pero, ¿cuándo iba a volver a ver a Raúl?

—Era Marcos. Dice que él y Raúl vendrán esta tarde a hacernos compañía.

¿Raúl? ¿Raúl allí en el hospital? Pensé en el rostro que había visto reflejado esa mañana en el espejo de mi cuarto de baño, en mis ojeras, en mi palidez, en mi pelo y en lo poco que me había maquillado. Me agobié, me empecé a poner muy nerviosa, a mordirme las uñas y a caminar de lado a lado de la habitación.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Sonia.

—Nada, nada... ¿Puedo ir al lavabo?

—Por supuesto...

Me encerré en aquel pequeño habitáculo y me miré en el espejo. El escaso maquillaje no había cubierto mi cansancio, ni las horas de insomnio. Me peiné el pelo con los dedos y pellizqué mis mejillas para enrojecerlas, pero no fue suficiente. Me senté sobre la tapa del inodoro y cerré los ojos intentando recordar aquel beso. Acaricié mi labio inferior con la yema de mi dedo índice, pretendiendo imitar el roce de sus labios sobre los míos. ¿Deseaba que volviera a hacerlo? Sí, lo anhelaba. Pero todavía no sabía si para él aquel beso había sido una despedida, un impulso repentino de alguien que va a jugarse la vida o si realmente Raúl lo había meditado bien, si ya lo había deseado antes.

Y de nuevo volvió a mí la imagen de aquella mujer embarazada, la confusión, la duda... ¿Qué era Raúl para mí? ¿Qué era yo para él? ¿Qué era aquella chica para Raúl?

Regresé con Sonia para despistar aquellos pensamientos e intentar tranquilizarme, pero fue en vano. Las siguientes dos horas me parecieron eternas. No dejé de mirar la puerta de aquella habitación, como si quisiera acelerar el tiempo, o ralentizarlo, no tenía ni idea, no me entendía ni yo...

¿Qué quería? ¿Qué quería de Raúl?

Cuando por fin cruzó aquella puerta, entró riendo con su amigo Marcos y su expresión cambió al clavar sus ojos en los míos, con la misma intensidad con la que Ángel me miraba. Había deseado volver a perderme en aquellos ojos, en esa mirada dulce, sin embargo, en ese instante, sentí que no le conocía, que ante mí volvía a tener a una versión distinta de Raúl. Arrugó la frente y me miró serio, como queriendo leer mi mente. Dejó de hacerlo para acercarse a Sonia. Llevaba un pequeño ramo de rosas de color rosa en la mano y después de besar sus mejillas se lo ofreció.

—¿Sabías que esta variedad de rosa se llama como tú?

Su tono de voz me provocó una sacudida en la espalda y temblé agitando los hombros. Sonia cogió el ramo agradecida y le sonrió feliz.

—¿De verdad? No lo sabía. Muchas gracias, Raúl, eres un encanto.

Y mientras Marcos hablaba con Sonia, Raúl se acercó a mí. Creo que dejé de respirar durante unos segundos y él notó mi incomodidad.

—¿Estás bien? —me susurró al oído mientras me saludaba con dos besos.

Asentí con la cabeza, pero su cercanía, su voz y el calor de su piel encendiendo mis mejillas volvieron a provocar el mismo temblor en mi espalda. Él me miró de soslayo.

—¿De verdad que estás bien? —insistió.

—Estoy bien. Pero, no sé, todo es tan extraño... —Es lo único que acerté a decir, estaba muy nerviosa.

—Ya... Lo siento.

Supo que me refería a él, que su presencia era la que me perturbaba, pero no de la forma que él imaginó.

Después de unos minutos en silencio, empecé a sentirme mal. No debí pronunciar aquellas palabras, no debí darle a entender que era él quien me confundía. Él no era culpable de lo que me estaba sucediendo. ¿Culpable de qué? ¿De ser policía, de evitar dos veces que Derek abusara de mí, de que yo aceptara trabajar en el hotel que él ya vigilaba, de que salvara la vida de

Sonia? ¿Culpable de que él me gustara? Él no tenía la culpa de nada y me sentí ruin al hacerle creer que sí la tenía.

Me giré para mirarle a los ojos y darle las gracias por todo lo que había hecho, pero su teléfono empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo de su pantalón y cuando la pantalla se iluminó no pude evitar leer el nombre de Irene. Aceptó la llamada sin salir de la habitación.

—Dime, Irene. ¿Ya? ¡Pero si estás de ocho meses...! —exclamó Raúl sorprendido.

Marcos dejó de hablar con Sonia y empezó a escuchar atento a Raúl.

—Estoy en el hospital. Sí... ¿En qué planta?

Marcos se aproximó a nosotros con semblante serio.

—¿Pasa algo, Raúl?

—Irene está de parto... —le respondió sin despegar el teléfono de la oreja—. Sí, es Marcos, está conmigo. En la tercera planta. Pero, ¿ya estás en la sala de partos? Vale... voy para allá.

Finalizó la llamada y se dirigió a su amigo.

—Ha roto aguas aquí mismo, mientras le hacían una ecografía. La han llevado a la sala de partos. Está ya dilatada. Me voy con ella.

—Te esperaré. Avísame en cuanto nazca Nacho.

Oír el nombre de Nacho me sorprendió. ¿Sería casualidad o tenía algo que ver con el nombre que llevaba grabado en su pulsera? Miré la muñeca de Raúl y no encontré la pulsera de cuero. Entonces me di cuenta de que solo se la había visto a Ángel.

Y mientras yo recordaba aquella pulsera, Raúl se despidió y salió de la habitación. Le vi cerrar la puerta y sentí un terrible vacío en mi interior. ¿Por qué no le había dado las gracias? ¿Por qué me había quedado callada haciéndole sentir culpable?

Dudé por unos segundos pero me armé de valor y salí corriendo tras él. Le vi caminar por el pasillo y grité su nombre. Se dio media vuelta y se quedó paralizado, mirándome. Creo que no supo cómo reaccionar, ni qué decir. Me acerqué a él hasta encontrarnos a pocos centímetros.

—Yo... —de nuevo me quedé bloqueada, perdida en sus ojos...

—Lo siento, Laura, siento mucho haberme comportado como un imbécil en aquel restaurante, siento haberte confundido, debí decirte quién era pero tenía miedo de involucrarte en el caso, de que Derek sospechara de mí o de ti... No sé, tal vez fui demasiado prudente. No quería que todo esto te salpicara y al final no pude evitarlo.

—Tú no tienes la culpa de nada... Derek me dijo que había sido él quién me había regalado la orquídea pero fui yo la que acepté su invitación, tú me advertiste...

—Pero no debí hacerlo, no tenía derecho...

—Pero lo intentaste... Y en el restaurante griego... Sí, me asustaste pero no quiero ni pensar lo que hubiera pasado si no llegas a actuar así.

Raúl cerró los ojos y noté como se tensaban los músculos de su cuello. Supuse que él sí estaba pensando en esa posibilidad.

—Y el viernes volviste a evitarlo. No sé cómo, pero volviste a hacerlo.

Abrió los ojos de nuevo y me sonrió con picardía.

—Algún día te contaré cómo fue y lo que pasó aquella noche.

—¿Cómo que algún día? Me tienes que explicar todo lo que sucedió durante esas dos horas, todo... —Le miré enfadada pero él continuó sonriendo.

—¿Te vas a quedar aquí hasta más tarde? Me gustaría que conocieras a Irene.

—¿A Irene?

—Es una buena amiga y tiene muchas ganas de conocerte.

—¿A mí?

—Sí, a ti...

Dio un paso adelante y la distancia entre los dos casi desapareció. Me miró los labios y yo miré también los suyos, deseando que volviera a besarme. Pero cuando parecía que Raúl empezaba a inclinar su cabeza

Miguel nos interrumpió sujetando mi brazo y zarandeándome nervioso.

—¿Dónde está? ¿Cómo está Sonia?

—Habitación 215. Pero tranquilo, está bien...

Me soltó y sin saludar ni dar las gracias dio dos zancadas hasta la puerta que daba acceso a la habitación de Sonia.

Miré de nuevo a Raúl y los dos arrugamos la frente sorprendidos.

—¿Qué le pasa?

—Ni idea...

Oímos unos golpes detrás nuestro y volví a girarme. Marcos tiraba del brazo de Miguel y los dos salían de la habitación con el enfado dibujado en sus rostros.

—Marcos, no me toques más los cojones.

—Deja de tocármelos tú a mí... —Me sorprendió ver a Marcos tan enfadado, siempre tan amable, tan sonriente.

—Te importa Sonia, ¿verdad? —preguntó Miguel.

—Mucho, ¿y a ti?

—Joder, Marcos... ya lo sabes.

—¡Pues deja de comportarte como un gilipollas!

—Yo ya sé lo que tengo que hacer, no soy un crío...

—¿Sí? Pues lo dudo, lo dudo mucho... Creo que eres un niño consentido que huye de los problemas. No tienes los cojones que tienes que tener.

Miguel no respondió, fulminó a Marcos con la mirada durante unos segundos hasta que dio un puñetazo en la pared y se giró para entrar a toda prisa en la habitación de Sonia. Marcos fue tras él.

Raúl y yo volvimos a mirarnos, sin comprender nada, y entonces vi a Natalia y a Pedro que se acercaban a nosotros.

Iban... ¿cogidos de la mano?

—Hola pareja. ¿Cómo estás, Laura? —me preguntó Natalia con su habitual descaro.

—Bien, ¿y tú? No sabíamos nada de ti —Miré a los dos esperando que ella me aclarara lo que estaba pasando entre ellos.

Pero Natalia, ignorándome y evitando contestar, se dirigió a Raúl riendo a carcajadas.

—¿No recuerda nada de nada?

Raúl me miró esperando una reacción por mi parte.

—¿Lo saben?

Él asintió y frunció el ceño molesta.

—¿Me lo vas a contar? —Aquello más que una pregunta fue una exigencia.

—Luego, ahora tengo que irme... ¿Me esperarás? —insistió Raúl.

Le dije que sí enfadada y antes de girarse acercó su mano a la mía y acarició mis nudillos con la yema de sus dedos. Se fue dejándome rota, como si algo indispensable se desprendiera de mí...

—Anda, vamos a la cafetería y allí te contamos. —Natalia me cogió del brazo y empezó a caminar—. Pero prométeme que no le tocarás el culo a Pedro.

—Pero bueno, ¿tú por quién me has tomado?

Natalia arrancó a reír a carcajadas y yo busqué los ojos de Pedro para comprender qué había querido decir con eso. Él tenía las mejillas ardiendo y me miraba de reojo, como si me temiera.

—¿Que yo dije qué...?

No me lo podía creer. Natalia me había estado explicando lo que sucedió en la cocina del pub, desde que ella apareció con Pedro hasta que me dejaron a solas con Raúl. Al parecer tanto ella como Pedro supieron aquella noche que Raúl era policía pues hasta entonces solo Marcos sabía a qué se

dedicaba realmente.

—¡Qué vergüenza! ¿Qué pensarán de mí Raúl y su hermano?

—A Raúl no le importó ni le importará nunca... él solo estaba preocupado por ti, te cuidaba como si fueras la joya más valiosa.

—Bueno, estaba haciendo su trabajo...

—No hacía su trabajo, Laura, él no estaba de servicio. Te siguió con su hermano aquella noche para evitar que aquel tío se saliera con la suya.

—Supongo que tengo mucho que agradecerle...

—Y creo que a él le encantaría que se lo agradecieras... —Natalia me sonrió y me dio un codazo en el brazo.

—¿Y tú qué? ¿Pedro? —Aproveché que él se había levantado a buscar nuestros cafés.

—Puede parecer que no pegamos ni con *loctite*, pero en realidad tenemos muchas cosas en común. —La miré expectante deseando conocer esas coincidencias—. Los dos leemos de todo, nos encantan las revistas de ciencia e innovación, coleccionamos cómics y ambos obtuvimos premio extraordinario de doctorado. Puedo hablar con él de cualquier tema sin sentirme demasiado madura o culta y encontrar a alguien así con nuestra edad es un lujo. Y si a eso le añades que es un fiero en la cama...

—¡Natalia!

—¿Qué? No te escandalices, tonta... —Suspiró profundamente y apoyó los codos en la mesa, sujetándose la barbilla, en un gesto de enamorada que jamás hubiese esperado ver en ella—. Si con su poca experiencia en tías folla así, espérate a que le enseñe algunas cosas...

Tuve que reír por su forma de decir las cosas y ¿por qué no? porque me alegraba por ella. Nunca la había visto así, tan feliz, tan relajada. Cuando Pedro volvió a sentarse con nosotras, lo primero que hizo fue darle su café y besarla con una pasión que me sorprendió, siempre sonrojado y tímido. Pero ambos se complementaban a la perfección. Caracteres tan distintos y a la vez tan similares. Piezas de una máquina bien ensamblada.

¿Lograría yo encontrar esa pieza? ¿Esa otra mitad que se acopla a ti

con precisión consiguiendo que la maquinaria funcione? ¿Sería Raúl esa pieza? No quería pensar demasiado en ello, aún no, debía conocerle mejor y estar preparada para tener una relación. Pero, ¿y si conoces a esa pieza y la dejas escapar? ¿Y si luego, cuando crees estar preparado, no aparece una mitad igual?

Otra vez volvía a cuestionármelo todo. Otra vez la interminable lista de preguntas acribillando mi cabeza. Otra vez las mil y una dudas.

Vibró mi móvil y lo busqué dentro del bolso, deseando que fuera Raúl. El bebé ya había nacido y estaban trasladando a Irene a una habitación. Dejé a Natalia y a Pedro en la cafetería y me dirigí a la tercera planta, donde Raúl nos había dicho a Marcos y a mí que le esperáramos. Cuando llegué, Marcos estaba sentado en una de las sillas de la sala de espera, cabizbajo. Parecía preocupado y recordé la extraña discusión que había mantenido con Miguel. Me senté a su lado y él empezó a hablar.

—¿Tú crees que soy irresponsable e infantil?

¡Madre mía! Aquello sí que no me lo esperaba. ¿Y qué respondía yo a eso?

—Pues no sé qué decirte, Marcos. No te conozco lo suficiente como para opinar y no me gusta prejuzgar a la gente.

—Vamos, Laura, no seas tan correcta y mójate un poco... Aunque no quieras prejuzgar, siempre tenemos primeras impresiones... Yo creo que opinar de alguien a quien no conocemos es algo muy humano.

—De acuerdo. —Le hice esperar unos segundos para meditar bien la respuesta—. La primera vez que te vi me diste muy buena impresión porque te mostraste muy atento con Sonia y eso me gustó.

—Bien, ¿y si en realidad no estaba siendo atento, sino que lo estaba fingiendo? —Se dio cuenta de que esa pregunta no me había gustado e intentó arreglarlo—. A ver, me explico... Creíste que yo era atento y cariñoso. ¿Y si te digo que no lo soy?

—Está bien... Pues dime cómo eres en realidad y yo te diré si en algún momento te he visto así, tal y como eres.

—Vale, me parece bien. Soy creativo, ingenioso, creo que tengo un

buen nivel de inteligencia, odio las obligaciones, me gusta divertirme y no soporto que nadie maneje mi vida. Resumiendo: soy irresponsable e infantil.

Sonreí por su auto conclusión y él hizo lo mismo, rendido a su propia evidencia.

—¿Y si soy así y no puedo cambiar?

—Pues no pasa nada, cada uno es como es...

—Ya, pero ¿y si cambiar es la única forma de conseguir lo que deseas?

—Depende de lo que desees... Si lo que quieres es aspirar a ser presidente del Gobierno tal vez deberías plantearte algunos aspectos de tu personalidad, si lo que quieres es ser un Bill Gates de la informática, creo que vas por buen camino... Ahora bien, si lo que más deseas tiene que ver con una chica, matrimonio, familia y esas cosas... creo que deberías ser tú mismo y esperar que la otra persona te acepte tal y como eres.

Se giró y me sonrió alzando una ceja. ¡Ja! ¡Había dado en el clavo! Y la pregunta que yo me hice en aquel momento fue: “¿Quién es ella? ¿Sonia? ¿Alguien que no conocemos?”

—¿Os presento a Nacho?

Raúl nos sorprendió abriendo la puerta de la sala y haciéndonos aquella pregunta con una sonrisa tan amplia que casi le ocultaba los ojos. Estaba eufórico y espectacularmente guapo. Marcos y yo saltamos del asiento contagiados por su entusiasmo y mientras caminábamos por un pasillo Raúl nos explicó cómo había ido el parto.

—Es increíble, jamás había vivido algo así y eso que no es mi hijo...

Cerré los ojos al oír aquellas palabras y suspiré aliviada. No era su hijo y me había dicho que ella era una buena amiga.

—Ha sido muy rápido. Irene no ha sufrido mucho porque la anestesia ha surtido efecto enseguida y el niño estaba muy bien colocado. Eso es lo que me ha dicho la comadrona.

Nunca le había oído hablar así, tan rápido, con frases cortas y juntando unas con otras, como queriendo decir mucho en poco tiempo. Me

encantó. Estaba nervioso, como un niño pequeño al que acaban de regalar su primera bicicleta.

—Pesa dos kilos cuatrocientos gramos y estará en la incubadora unos días, hasta que gane por lo menos cien gramos más.

Cruzamos un par de puertas hasta llegar a un pasillo más estrecho por el que podíamos contemplar las incubadoras a través de un cristal. Miramos a Raúl y él nos señaló al bebé.

—Cuando las enfermeras pusieron a Nacho en los brazos de Irene y pudimos verle de cerca, los dos pensamos lo mismo: se parece mucho a él... —Dejé de mirar al bebé para buscar una explicación en el rostro de Raúl—. A su padre, a Nacho.

Marcos, que estaba al otro lado, puso una mano sobre su hombro, animando a su amigo. Supe que estaba a punto de formar parte de ese estrecho círculo que Raúl creaba a su alrededor, donde solo amigos íntimos y familia podían compartir con él sus sentimientos. Estaba a punto de entrar en la esencia del verdadero Raúl.

—Aquella noche... —Se giró para mirarme a los ojos—. La noche que nos conocimos y yo estaba tan ausente...

Asentí con la cabeza, en silencio, dándole tiempo y deseando saber más, saberlo todo.

—La noche anterior Nacho y yo participamos en una redada. Debíamos registrar una nave y arrestar a los narcotraficantes que se encontraran en el interior, descargando un nuevo cargamento de cocaína. Una vez dentro fuimos sorprendidos por un muchacho de diecisiete años que quiso defenderse con un arma. Dos policías le estaban apuntando y él eligió al policía casado, al esposo orgulloso que iba a ser padre, al padre que no conocerá jamás a su hijo... No me mató a mí, le mató a él.

—Raúl, deja ya de atormentarte por eso —le espetó Marcos—. Tú no tienes la culpa.

Agachó la cabeza y volvió a mirar al bebé.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en ello, en que Irene está sola y en que este bebé no tendrá un padre.

En aquel instante lo comprendí todo. Todo. Raúl era él, el cascarrabias hundido y ausente que lloraba en silencio y sin lágrimas la muerte de su compañero, en un bar, rodeado de personas extrañas que reían sin saber lo que él estaba sufriendo. El amigo fiel que acompañaba en el hospital a la viuda embarazada, acariciando su mano para darle su apoyo y hacerle comprender que él siempre estaría a su lado. El policía romántico que, oculto tras aquel disfraz de vagabundo misterioso, me regalaba cada mañana el olor de las rosas y calmaba mis miedos con su mirada. El joven fuerte y protector que evitó que acabara golpeada en el suelo. El chico que me confundía cuando evitaba mi mirada para no implicarme, para protegerme. El mismo hombre seductor, encantador y divertido con quien compartí una pizza, un baile y algunas de sus rarezas.

Raúl era el chico de quien me estaba empezando a enamorar.

Me acerqué a él, le miré y coloqué mi mano sobre su hombro.

—Pero te tendrá a ti... —le dije en un susurro.

Continuó mirando al bebé, con el ceño fruncido y el semblante serio.

—Yo no puedo ayudarla, no puedo... —Se giró súbitamente hacia mí y su mirada se tornó fría, distante—. Según el caso que me asignen puedo estar semanas fuera, incomunicado, sin saber si voy a volver o no. En mi vida ahora mismo no hay espacio para... —No acabó la frase y por unos segundos cerró los ojos—. Laura, no puedo estar con ella, no puedo estar con nadie.

Raúl volvió a mirar al bebé y yo noté como se humedecían mis ojos. Apreté los labios con fuerza para contenerme y para que nadie más que yo supiera lo que me habían dolido sus palabras. No solo hablaba de Irene, también hablaba de mí. Quise salir de allí corriendo, esconderme en una habitación oscura, cerrar la puerta con llave y llorar en silencio. Llorar el fin de una relación que jamás había empezado. Llorar el rechazo y la pérdida de una oportunidad.

Permanecimos unos minutos sumidos en un silencio doloroso, hasta que una enfermera nos avisó de que ya podíamos ver a Irene y decidimos ir con ella.

Raúl iba delante y después de que él entrara en la habitación, me detuve, dudando si debía o no continuar.

—Laura, vamos... —Marcos me agarró el codo empujándome con suavidad.

—Yo no debería estar aquí.

—Por supuesto que debes estar aquí. —Se acercó a mi oreja y continuó susurrándome—. No le hagas caso, está acojonado. Ya se le pasará.

Me guiñó un ojo y mientras pensaba en sus palabras entramos en la habitación.

Irene estaba recostada en la cama. Raúl se había sentado a su lado y acariciaba una de sus manos. El rostro de Irene estaba pálido y sus ojos enrojecidos. Supuse que, además del sufrimiento del parto, habría estado llorando. Sin embargo, cuando nos vio entrar nos dedicó una sonrisa abierta y sincera. Marcos se acercó a ella y le besó la frente. No supe qué hacer y me quedé allí de pie, observándoles. Afortunadamente la incomodidad desapareció en cuanto Irene me saludó y comenzó a hablar. Me explicó lo mal que lo había pasado en el restaurante griego viendo como Derek vertía la droga en mi copa y alabó la reacción de Raúl. A partir de entonces los cuatro entablamos una conversación muy fluida y a veces incluso divertida. Marcos intentaba hacer reír a Irene y ésta, aunque continuaba pálida y con la tristeza escrita en sus ojos, se lo agradecía sonriéndole con gratitud. Raúl, sin embargo, parecía algo ausente. Intenté en más de una ocasión que cruzáramos nuestras miradas pero él siempre las esquivaba.

Pocos minutos después el teléfono de Raúl sonó. Leyó el número que aparecía en la pantalla de su móvil y salió de la habitación para responder. A partir de entonces desconecté de la conversación que Marcos e Irene mantenían y mi mente también salió de aquella habitación. ¿Por qué Raúl estaba actuando de nuevo de esa forma tan esquiva?

—Me tengo que ir. —Su voz me sorprendió por detrás.

—¿Un nuevo caso? —le preguntó Irene.

—Sí —afirmó él buscando mis ojos—. Lo siento.

Y se fue sin decir nada más.

Durante las siguientes horas actué como una zombi, ausente y triste. Hice compañía a Irene durante una media hora y luego volví a la habitación de Sonia. Miguel, Natalia y Pedro continuaban con ella. Hablaron y rieron pero no recuerdo bien de qué charlaban ni las razones de sus risas.

Creía que la cabeza me iba a estallar cuando por fin llegué a casa. Sin dar demasiadas explicaciones a mis padres, me fui directamente a la ducha con la doble intención de relajarme y dejar caer algunas lágrimas, mezclándolas con los chorros de agua caliente. Algo más sosegada, me dejé caer en la cama con el pijama, encima del edredón, boca abajo. Mi cabeza no cesaba de dar vueltas a todo lo que había sucedido en las últimas semanas. A todos los instantes que había vivido junto a Ángel o a Raúl. Intenté rememorar cada sonrisa, cada mirada y cada palabra, hablada o expresada con signos.

Había silenciado mi teléfono pero la luz de su pantalla llamó mi atención. Di un brinco al ver el nombre de Raúl. Me senté en la cama e inspiré profundamente antes de atender la llamada.

—Laura, me voy. El caso puede durar dos semanas. Podría ser más si se complican las cosas. —Hizo una pausa, oí su resuello y sentí su respiración junto a la mía—. Laura, esto no tiene sentido. Es mejor dejarlo así, yo...

El ruido del motor de una motocicleta le interrumpió. La misma motocicleta que acababa de pasar por mi calle. Salté de la cama, corrí las cortinas y levanté la persiana. Busqué entre las personas que paseaban por la acera o que permanecían sentadas en los bancos, hasta que vi a Raúl apoyado en su coche, aparcado justo en la calle de enfrente.

—Estás aquí... —susurré.

Él no respondió. Miró hacia arriba y se quedó en silencio durante unos segundos, contemplando mi figura tras el cristal de la ventana.

—¿Por qué no me has dicho que estabas aquí? —tartamudeé nerviosa.

—Quería verte... pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero es mejor así, Laura.

—¿No quieres que baje?

—No es eso...

Volvimos a permanecer en silencio durante unos segundos. Solo nuestras respiraciones a través del teléfono y nuestras miradas a través del cristal continuaron conversando por nosotros.

—Laura, si bajas no voy a poder controlarlo más... Me muero por volver a besarte y si lo hago ya no habrá marcha atrás. Créeme, es mejor para ti que no...

—Bajo.

No le dejé continuar. Finalicé la llamada y lancé el móvil sobre la cama. Salí de mi habitación y crucé el salón corriendo, ante la mirada incrédula de mis padres. En el rellano llamé al ascensor pero estaba ocupado. Mi corazón palpitaba salvajemente y el estómago presionaba en mi interior como si quisiera salir. Me llevé la mano al abdomen y temblé recordando las palabras que Raúl acababa de pronunciar.

Mis padres vivían en un quinto piso pero no pude esperar un minuto más al ascensor y empecé a bajar las escaleras de dos en dos. Llevaba unas zapatillas abiertas y los golpes contra los escalones debían estar llamando la atención de todos los vecinos, pero no me importó. Continué bajando las escaleras hasta el tercer piso y mientras llegaba al descanso entre la tercera y la segunda planta, me asomé por el hueco de las escaleras al oír los pasos de alguien que subía apresuradamente. Era él.

Nos encontramos allí. En aquel descanso de cuatro metros cuadrados, rodeados de escalones, en un frío portal y con las respiraciones entrecortadas.

—¿Cómo has entrado? —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Estábamos a algo menos de un metro de distancia y nos mirábamos con los ojos bien abiertos, como intentando asimilar lo que estaba a punto de suceder.

—Un vecino abrió el portal, me colé y oí que bajaba alguien... Yo,

miré y...

Dejó de hablar y noté como se ensanchaban las aletas de su nariz, inspirando y expirando con fuerza, con rapidez, como si de un momento a otro fuera a estallar.

—¡Joder! No puedo más...

Cerré los ojos al ver como se abalanzaba sobre mí, me cogía las mejillas con sus dos manos y se apoderaba de mi boca con una pasión que me dejó sin aliento. No supe reaccionar durante unos segundos, los segundos que necesité para ser consciente de que sus labios estaban de nuevo acariciando los míos. Llevé mis manos a su espalda y apreté su pecho contra el mío, pidiéndole que continuara, que no dudara.

—Laura. —Se separó apenas unos milímetros de mí, lo suficiente para mirarme a los ojos—. Desde que te vi en la recepción del hotel no ha pasado un solo día en que no deseara besarte. Estas semanas han sido una tortura para mí. Tenerte cerca y no poder decirte quién era, no poder tocarte, no poder ser yo mismo.

Bajó sus manos hasta mi cuello sin dejar de acariciar mi piel con la yema de sus dedos, con delicadeza, con infinita ternura, dejando a su paso un rastro de fuego. Volvió a acercar sus labios a los míos y esa vez fui yo la que buscó su boca con desesperación. Su lengua indagó en mi interior y allí encontró la mía, anhelando su contacto y su calor. Mordió mis labios, los succionó con los suyos, los apretó con pasión, los rozó lentamente, jugó con ellos sin apartar sus dedos de mi piel. Yo estaba extasiada, embriagada por el calor de su boca, por su olor, por el contacto de su cuerpo buscando el mío. Recorrió mi mejilla y mi cuello con sus labios, besando cada centímetro de piel, mientras yo presionaba con los dientes el lóbulo de su oreja. Con sus manos calentó la piel de mis brazos hasta llegar a mi cintura y yo enfrié con las mías el calor de su espalda buscando su piel bajo la camiseta. Nos besamos una y otra vez, sin descanso, separándonos apenas para respirar.

Jamás me había sentido tan excitada, tan entregada a un hombre, tan deseosa de más, de compartir mucho más. Sus besos eran una combinación perfecta de suavidad y frenesí, sus manos acariciaron mi piel con una delicadeza agónica y el calor de su cuerpo me estaba volviendo loca.

Raúl respiraba con dificultad y jadeaba mi nombre cuando nuestras bocas se separaban. Empezó a subir sus manos por mi abdomen, despacio, descubriendo mi piel, apoderándose de mi voluntad y de mi cuerpo. Pero cuando la yema de sus dedos apenas rozaba la parte baja de mis senos desnudos, separó sus labios de los míos.

—Laura, por favor, pídemme que pare —suplicó respirando con dificultad.

Miré sus ojos cargados de deseo y sus labios hinchados. Sus manos quietas esperaban mis palabras, marcando un límite, el límite que mi excitación anhelaba traspasar.

—¿Y si no quiero que pares? —pregunté casi sin aliento.

Sonrió y bajó las manos para volver a depositarlas sobre mi cintura. Me acercó más a él y me besó de nuevo.

—Yo lo deseo tanto o más que tú pero creo que no es el lugar adecuado —me susurró en los labios.

Se separó unos centímetros de mí, dejándome de nuevo incompleta. Sus manos me abandonaron y tuve que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio. Me miró serio.

—Laura, sé que ninguno de los dos se planteaba entrar en una relación sentimental... Pero, después de conocerte, me niego a dejarte escapar, me niego a perder la oportunidad de estar contigo.

—Sin embargo, hace un momento me estabas insinuando...

—Lo sé —me interrumpió—. Te iba a pedir que no siguiéramos adelante, pero te avisé, si te besaba ya no iba a haber marcha atrás.

Me reí por su expresión traviesa y di un paso adelante para rodearle con mis brazos y hundirme de nuevo en su pecho.

—Es por tu trabajo, ¿verdad?

—No quiero que sufras y no quiero que acabes como Irene.

Levanté la cabeza para mirarle a los ojos, apoyando mi barbilla en su pecho.

—Nos conocimos gracias a tu trabajo. Tu profesión evitó que acabara en las manos de Derek y salvó la vida de Sonia. Sé que puedo sufrir, que la espera y la incertidumbre pueden ser dolorosas, pero también sé que sabrás compensármelo... —Sonreí de medio lado—. No sé si seguiremos juntos dentro de unos meses, si tu profesión u otros motivos acabarán separándonos, pero quiero intentarlo. Como me dijiste aquella noche después de compartir nuestra primera pizza, quiero conocerte y quiero que tú me conozcas.

Raúl me abrazó con más fuerza y permanecimos así unos minutos.

—En cuanto acabe este caso, te secuestro un fin de semana...

—¿Cómo? —Le miré sonriente—. ¿El secuestro no es delito?

—No, si el que secuestra es policía y la secuestrada es la chica que le vuelve loco.

RAÚL

CAPÍTULO 20 – UN LAZO INDESTRUCTIBLE

Ya habían pasado dos semanas y afortunadamente el caso había finalizado. Tuve que trabajar de incógnito en los muelles de carga del puerto de Barcelona, investigando algunas irregularidades en el registro de entradas y salidas de barcos procedentes de Turquía. Interceptamos una carga de droga y detuvimos algunos de los estibadores del puerto que recibían ingresos de los narcotraficantes para permitir la entrada de cocaína. Durante aquellos días tuve que compartir vivienda con alguno de esos trabajadores y hacerme pasar por un joven de pocos recursos que necesitaba trabajar las horas que hicieran falta, aceptando cualquier encargo.

En este tipo de casos nos recomendaban no llevar nuestro móvil y evitar el contacto con la familia. Aun así, pude salir varias veces de la zona portuaria para llamar desde una cabina telefónica pública. Antes de conocer a Laura solo me importaba hacer saber a mi padre y a mis hermanos que me encontraba bien, pero mis prioridades habían cambiado. Necesitaba oír su voz. Necesitaba hablar con ella, saber que ella estaba bien y sobre todo convencerme a mí mismo de que aquello era real. Que en una vida paralela, la vida del verdadero Raúl, existía una preciosa chica de ojos azules esperándole. ¡Joder! ¡Cómo la echaba de menos! Y lo más increíble era que tan solo habían transcurrido dos meses desde que nos conocimos y las ocasiones en las que habíamos podido estar juntos para conocernos mejor se podían contar con los dedos de una mano. Pero Laura había entrado en mi vida para quedarse, echando anclas, cerrando con llave, para siempre.

Durante aquellas dos semanas no pasó un solo día en que no recordara nuestro encuentro en las escaleras de su portal. El sabor de su boca, el olor de su piel, el tacto de su cuerpo, sus ojos cargados de pasión, su voz entrecortada, sus gemidos... Cerraba los ojos cada noche antes de caer dormido y su recuerdo me hacía desearla cada día más. Después de besarnos y permanecer abrazados durante largos minutos, nos sentamos en uno de los escalones y hablamos cogidos de la mano, como una pareja de adolescentes enamorados, acariciándonos y acercando nuestros labios al final de cada frase. No podía dejar de tocarla, su cercanía empezaba a ser una necesidad y

su piel una adicción de la que no me iba a desintoxicar jamás.

Supe por nuestras conversaciones telefónicas que Irene y Nacho ya estaban en casa. Al bebé le dieron el alta diez días después de nacer. Laura había acompañado en varias ocasiones a Irene en el hospital mientras amamantaba a su hijo y las dos se estaban haciendo buenas amigas. Siempre intuí que Irene y Laura congeniarían perfectamente pero saber que Laura estaba haciendo todo lo posible para ayudar a mi amiga me hizo quererla aún más.

El caso finalizó el viernes, así que por la tarde salí de comisaría con prisas, corrí hacia casa y después de charlar una larga hora con mi padre y mis hermanos, me preparé para cumplir con mi amenaza.

Sabía que ese día Laura finalizaba su jornada de trabajo a las ocho de la noche así que me acerqué al hotel cuando faltaban diez minutos. Me había vestido algo más elegante de lo normal, pantalón oscuro y camisa blanca. Arrastraba dos maletas, una con algo de ropa y la otra con todo lo que necesitaba para sorprenderla. No había tenido demasiado tiempo para preparar los detalles del encuentro, tampoco estaba convencido de si aquella sorpresa le iba a agradar, pero estaba tan impaciente por verla que ya no me importaba su reacción.

La contemplé mientras atravesaba la puerta principal del hotel. Estaba concentrada leyendo unos papeles, sentada en su taburete y apretando con sus labios la punta de un lápiz. Tan preciosa como siempre. Su jefe, Rafael, estaba a su lado y aquello me fastidió un poco los planes. No sabía cómo iba a reaccionar Laura al verme allí, pues aunque le había avisado de que ese fin de semana lo pasaríamos juntos, ella no sabía ni dónde ni cuándo aparecería.

Cuando alzó la vista y nos miramos a los ojos sentí una presión en el estómago y un hormigueo recorriendo mis piernas. Estaba nervioso e igual de atónito que la primera vez que la vi allí mismo, tras ese mostrador y con sus ojos hipnotizando los míos.

Las mejillas de Laura enrojecieron al instante y me miró sorprendida. No se lo esperaba y por un momento dudé. ¿Había hecho lo correcto presentándome allí sin avisar? Pero ya era demasiado tarde para preguntas.

Así que saqué mi cartera y le enseñé mi carnet de identidad.

—Buenas tardes, quería una habitación doble —tartamudeé nervioso.

Sin dejar de mirarme a los ojos y después de abrirlos algo más, empezó a teclear en su ordenador. Miré sus manos y vi que le temblaban. Aquello todavía me puso más nervioso y cuando me preguntó las noches de estancia no supe qué responder. ¿Una, dos, ninguna?

—Dos...

Me arriesgué. Había llegado hasta allí y ya no podía dar marcha atrás. Tenía que intentarlo aunque acabara pasando todo un fin de semana solo, metido en aquella habitación.

—Su llave... —Me entregó la tarjeta temblorosa—. Habitación 504, quinta planta. Los ascensores están al fondo a la izquierda.

Laura continuaba sonrojada y nerviosa. Su jefe siguió nuestra conversación y la miró curioso. Aquella actitud no era propia en ella y pensé aquello de tierra trágame. Salí de la recepción y mientras subía en el ascensor hasta la quinta planta deseé con todas mis fuerzas no haber metido la pata hasta el fondo.

Veinte minutos después estaba sentado en el borde de la cama, empezando a pensar que aquello había sido una estupidez, una irresponsabilidad por mi parte. ¿Cómo se me había ocurrido presentarme allí, en el mismo hotel donde ella trabajaba? ¿Por qué no había elegido otro distinto? ¡Mierda! Y sabía la respuesta, sabía la razón... porque no podía esperar ni un minuto más. Sí, mi impaciencia me la había jugado. Y lo más sorprendente de todo era que yo no solía actuar así, me gustaba tomar decisiones meditadas y evitar actuar por impulso, pero el deseo de estar con Laura me abordó y no sopesé las consecuencias. Y ahora estaba allí, sentado, con el cajón de la mesita de noche abierto. El cajón donde había guardado una caja de preservativos, dudando de si debía o no esconderla en la maleta. ¿Y si Laura no quería hacer el amor conmigo? Porque estaba claro que yo sí me moría de ganas y por esa razón estaba allí, sentado en la cama de un hotel reservado para todo un fin de semana. “¡Joder! ¿Qué pensará Laura de mí? ¿Que soy un salido?”

Y mientras me llevaba las manos a la cara, enfadado conmigo mismo, oí que alguien introducía la tarjeta de acceso desde fuera. Cerré el cajón, me levanté y di un paso casi saltando. Laura entró en la habitación pero se giró, dándome la espalda mientras cerraba la puerta. Tardó unos segundos y temí que su intención fuera huir de allí arrepentida, pero afortunadamente no fue así. Se volvió hacia mí y dejó una bolsa de tela sobre la cómoda situada justo al lado de la puerta.

La miré por unos segundos sin decir nada. Estaba increíblemente guapa. Se había quitado el uniforme y llevaba un vestido negro ceñido. Reseguí con mis ojos su contorno, como queriendo tatuar su figura en mis párpados y poder así admirarla cada vez que cerrara los ojos. Ella continuaba sonrojada y parecía tensa. Miró a un lado y se sorprendió al ver la mesa preparada con el vino, la cena y una vela encendida.

—Yo... no sabía si te gustaba el vino tinto o el blanco... —Me eché el pelo hacia atrás nervioso—. Tampoco sé si te gusta lo que he comprado para cenar.

¡Joder! Si en realidad no conocía sus gustos, ni casi nada de ella.

Dejó de mirar la mesa para volver a mirarme a mí, aún sin hablar, sin pronunciar ni una palabra, sin cambiar la expresión de su rostro. Noté que se fijaba en mi brazo derecho, llevado a la espalda para ocultar lo que sujetaba en mi mano. Di dos pasos para acercarme a Laura y le ofrecí la rosa que escondía. La cogió, rozó con sus pétalos sus labios e inspiró su fragancia. Sentí una punzada de deseo y cerré por un instante los ojos para contenerme. Si me abalanzaba sobre ella en aquel momento podía estropearlo todo. Así que decidí ser directo y sincero.

—Perdona, no debí presentarme así, sin avisar, en el hotel donde tú trabajas. Lo siento. No lo pensé detenidamente, he sido un imbécil. ¡Joder! Y ahora me doy cuenta de que ni tan siquiera sé si te gusta el vino o no, o si realmente querías pasar el fin de semana conmigo o no...

—Echaba de menos el olor de las rosas —me interrumpió mientras acercaba de nuevo la flor a sus labios, cerró los ojos, aspiró el aroma y volvió a mirarme—. Echo de menos a Ángel y te echaba de menos a ti.

Di dos pasos para acercarme a Laura sintiendo como me liberaba de

una terrible angustia, de una piedra gigantesca que me aplastaba el corazón. Cogí la rosa que todavía rozaba sus labios y la dejé sobre la mesa.

—No suelo beber alcohol pero me gusta en ocasiones cenar con una copa de vino tinto. —Continuó hablando mientras con mis manos sujeté su cuello y con mis dedos acaricié sus mejillas—. Me encanta todo lo que has traído para cenar, sobre todo el jamón y el paté. —Sonreí y clavé mis ojos en sus labios—. Y sí, quiero pasar el fin de semana contigo.

Acaricié con mis labios los suyos antes de besarla, mientras notaba como Laura rodeaba con sus brazos mi cuello, acercándose más a su cuerpo. Mientras nos devorábamos la boca me tuve que recordar muchas, repetidas, infinitas veces que aquella noche quería cenar con Laura, hablar, preguntarle mil cosas y conocerla mejor antes de desnudarla y tumbarla en la cama. Nos separamos a la vez, respirando con dificultad y mirándonos con el deseo esculpido en las pupilas.

—¿Cenamos? —le pregunté con la respiración entrecortada y alejándome de ella para evitar la tentación.

Nos sentamos, bebimos un sorbo de vino para tranquilizarnos y nos miramos sonrientes. Cenamos sin dejar de hablar, de preguntarnos mutuamente sobre gustos, aficiones, recuerdos de la infancia, amistades, relaciones amorosas, viajes, libros, música, películas... Cuando dejamos los cubiertos sobre los platos, después de comernos todo lo que había comprado, ya creía saberlo todo de ella.

—¿Y cómo se encuentra Irene?

—Muy bien, ayer fui a verles por la tarde y al final nos quedamos a cenar. Marcos también estaba allí. —Hizo una pausa y por unos segundos estuvo pensativa—. Raúl, deberías hablar con Marcos. Le sucede algo. Irene pensaba que había vuelto a tener una discusión con su madre pero ahora no está tan segura. Yo creo que está así porque le gusta alguien.

—¿Marcos? ¿Mi amigo? ¿Con “alguien” te refieres a una chica?

—Sí, he intentado sonsacarle pero ha sido imposible.

—Hablaré con él, pero es más probable que haya vuelto a tener problemas con su padrastro o su madre.

—¿No crees que Marcos pueda estar enamorándose?

—Podría suceder, naturalmente, pero por ahora lo veo improbable. A Marcos le gusta demasiado divertirse sintiéndose libre de hacer lo que quiera y no suele quedar con la misma chica dos veces, así que mucho debe haber cambiado para que una mujer le entre de verdad.

—Eso pensaba yo de Natalia y mira lo que ha pasado con Pedro, ella que creía que no se enamoraría nunca y ahora son inseparables. Me alegro por los dos, pero sobre todo por Natalia, porque yo no lograba comprender esa facilidad que tenía para acostarse con chicos sin apenas conocerlos o en la primera cita. Al igual que no comprendo que lo haga Marcos. Pensarás que soy anticuada, pero yo creo que el sexo es mucho mejor si también hay sentimientos de por medio.

¡Joder! ¡Y yo con una caja de doce preservativos en el cajón de la mesita de noche! ¡En nuestra primera cita! ¿A qué tipo de sentimientos se referiría? ¿Amor, amor? ¿O algo menos intenso? Porque yo estaba enamorado de ella, pero ¿ella de mí?

—Perdona... —me susurró y la miré sin comprender, esperando que continuara—. He sido una estúpida hablando de ese tema contigo cuando ésta se podría considerar nuestra primera cita.

Me levanté y me agaché frente a Laura para estar a su misma altura. La miré a los ojos y cogí una de sus manos.

—No vamos a hacer nada que tú no desees hacer, ¿queda claro? Yo quería pasar un fin de semana contigo para conocernos mejor, sin amigos, sin interrupciones, solos tú y yo.

—Lo sé...

—Así que no te preocupes por eso...

Me levanté para recoger los platos y cubiertos de plástico y mientras los tiraba en una papelera, cerré los ojos al sentir los brazos de Laura rodeándome desde atrás.

—Pero yo quiero hacerlo.

—No pasa nada, Laura, olvídalo.

Me obligó a girarme para mirarla.

—¿Tú no quieres?

—¿Que si quiero? —Me acerqué a la mesita de noche, abrí el cajón y le señalé el interior—. Claro que quiero, te deseo con locura, pero no vamos a hacer nada si tú no estás preparada. ¡Joder! He sido un gilipollas...

—¿Doce? —Sacó la caja de preservativos del cajón y me miró sorprendida—. ¿En serio?

—Lo siento, Laura, lo siento... Pensarás que mi única intención era meterte en la cama y no es así, de verdad...

—Yo he traído una caja de seis. ¿Crees que con dieciocho tendremos suficiente?

La miré alucinado, sin saber si reír a carcajadas o comérmela a besos. Opté por lo segundo. Chocamos nuestras narices al acercarnos a la vez y nos reímos mientras nuestras bocas jugaban de nuevo. Besos, mordiscos, lenguas entrelazadas... así estuvimos durante varios minutos, apretándonos el uno contra el otro como pretendiendo traspasar nuestros cuerpos. Los pantalones me ahogaban y Laura debía estar notando mi erección clavada en su abdomen, pero ya no me importaba. La deseaba, se lo había dicho y ella me estaba demostrando con sus besos que también deseaba lo mismo. Bajé mis manos hasta sus nalgas y las masajee intentando no ser brusco. Sus gemidos me excitaron mucho más y continué recorriendo su cuerpo con mis manos, acariciando la tela del vestido, anhelando con desesperación sentir el calor de su piel.

Quería ir despacio, no precipitarme para no asustarla pero de nuevo ella me sorprendió desabrochando con celeridad los botones de mi camisa y lanzándola al suelo sin miramientos. Bajé la cremallera de su vestido y deslicé las dos manos por sus costados hasta el final de su falda. Ella alzó los brazos y dejó que le sacara la prenda por la cabeza poco a poco, mientras me recreaba admirando su cuerpo. Sentí la boca seca y los pantalones asfixiándome. Después de deshacerme del vestido mis manos buscaron el calor de su piel y la acaricié lentamente, disfrutando de su suavidad, de su olor... Me podría pasar horas y horas acariciándola. Llevé mis labios a su cuello y empecé a descender hasta sus pechos. Mientras ella intentaba abrir el

botón de mi pantalón yo hacía lo mismo con el cierre de su sujetador.

Sus gemidos, mi lengua humedeciendo sus pezones y su mano sobre mi erección fueron la combinación perfecta, tocar el cielo sin levantar los pies del suelo. La sujeté de las caderas para tumbarla sobre la cama a la vez que sacaba a patadas los pantalones de mis piernas. Y mientras ella me bajaba los calzoncillos yo desgarré el envoltorio de uno de los preservativos. Me lo coloqué sin dejar de mirarla, completamente desnuda, con los ojos oscurecidos por el placer, su pelo negro esparcido sobre la sábana blanca y sus mejillas sonrojadas.

—Eres preciosa... —le susurré cerca del oído, antes de volver a recorrer su cuerpo con mis labios, haciéndola estremecer.

Nunca, jamás, había deseado con tanta urgencia buscar el placer de una mujer por encima del mío propio. Jamás había sentido algo tan intenso, tan extremadamente placentero, con simples caricias, con besos sobre la piel, sin penetración. Aquello no solo era placer, lo que estábamos sintiendo era mucho más que deseo carnal, mucho más que sexo.

Continué usando mis dedos, mi lengua, mis labios y mis manos para provocar sus gemidos, para acelerar su respiración, para llevarla al éxtasis.

—Raúl, Raúl...

Creí estallar al oír su súplica, levantando las caderas y buscando mis ojos. Ya no soportaba más la espera así que me situé sobre ella y nos miramos por unos segundos, mientras Laura abría las piernas y yo guiaba mi erección a su entrada. Me acerqué a sus labios y los acaricié con los míos suavemente a la vez que la penetraba, sintiendo el calor de su interior, el placer del roce en mi piel y una extraña presión en el pecho. Entré despacio, muy despacio. Cuando ya no pude empujar más me quedé quieto y me separé de su boca para mirarla. Sus ojos estaban velados por la humedad y sentí que los míos también se humedecían. Su mirada azul, sus labios hinchados, el sudor en su frente y el rubor en sus mejillas.

La conexión entre nuestros cuerpos no solo fue física, se creó un vínculo especial, un lazo indestructible. Empecé a moverme pausadamente, sin dejar de mirar sus ojos, sin permitir que se disipara una pizca de placer, rozándonos lánguidamente, recogiendo cada gota de su excitación y

perdiéndome en sus pupilas. Continué aquel placentero vaivén hasta que sentí los dedos de Laura apretando mis costillas, pidiéndome sin palabras que acabara con aquella dulce agonía. Aceleré mis embestidas y nuestros cuerpos se acoplaron en un balanceo de puro placer. Ella buscó mi boca mientras su cuerpo se rendía entre convulsiones y yo cerré los ojos al eyacular en su interior, absorbiendo entre besos los gemidos provocados por nuestros orgasmos. Fue simplemente perfecto.

Permanecí dentro de Laura unos segundos más mientras nos besábamos, mientras asimilábamos lo que acababa de suceder. Separamos nuestras bocas para respirar mejor y recuperarnos del esfuerzo. Salí de su interior y me acosté junto a ella. Sentí el roce de su mano sobre el dorso de la mía y entrelacé mis dedos con los suyos. Durante unos minutos los dos estuvimos en silencio, con la respiración acelerada y mirando el techo de la habitación. Giré la cabeza y ella hizo lo mismo. Nos miramos y nos sonreímos.

—Voy a quitarme esto, ¿estarás aquí cuando vuelva? —le pregunté mientras me levantaba de la cama.

—Me temo que sí, me tienen secuestrada —me sonrió y no pude evitar dar un paso atrás para besar de nuevo sus labios.

Cuando volví para meterme en la cama, Laura estaba tumbada de lado, yo hice lo mismo para estar frente a ella y cerró los ojos al notar el roce de mis dedos en sus mejillas.

Me sonrió tímidamente y sentí una nueva punción en el corazón, la aguja que me estaba inyectando otra dosis más de Laura. Pasé un brazo bajo su cintura y la atraje más a mí, pensando que los dieciocho preservativos no iban a ser suficientes para el fin de semana. Nos abrazamos y permanecemos unos minutos en silencio mientras los dos dejábamos que la yema de nuestros dedos paseara libremente por la espalda del otro.

—Laura, voy a pedir que me cambien de departamento. Quiero que lo nuestro funcione.

—¿Cómo? —Se separó unos centímetros para mirarme a los ojos—. No, no lo hagas por mí...

La hice callar posando dos dedos sobre sus labios.

—Laura, siempre he querido trabajar en el departamento de informática, investigando casos desde comisaría, pero antes quería trabajar unos años en la calle, conocer de primera mano los problemas a los que mis compañeros se enfrentan cada día.

—Pues sigue haciéndolo, si es lo que quieres.

—Lo seguiré haciendo durante un tiempo, aunque tramite ya la solicitud pueden pasar meses hasta que me den una plaza como informático. Es algo que ya quería hacer, solo lo estoy adelantando.

—Pero no quiero que te arrepientas en el futuro y me eches la culpa...

—Jamás, Laura, es lo que deseo hacer y tú no tienes la culpa de nada.

—¿Estás seguro?

Asentí acercando mis labios a los suyos y besándola de nuevo.

Y después de besarnos, acariciarnos durante largos minutos y volver a hacer el amor nos quedamos dormimos, abrazados, desnudos y dispuestos a pasar así el resto del fin de semana.

LAURA

CAPÍTULO 21 – NOS BESAMOS

Miré de nuevo la fecha del calendario para volver a mortificarme, recordándome otra vez que ya habían transcurrido veinticinco días desde aquel maravilloso fin de semana. Veinticinco largos días sin ver a Raúl y diez angustiosos días sin saber nada de él. Busqué por milésima vez esa mañana un mensaje o una llamada en mi móvil, pero de nuevo no encontré nada. Raúl no se podía poner en contacto con su familia pero Héctor me enviaba mensajes cuando ellos recibían noticias, sin embargo habían pasado diez días desde su último SMS y aquella espera me estaba consumiendo.

Estaba sentada en el taburete, detrás del mostrador del hotel e hice girar el asiento para volver a admirar la orquídea y el último ramo de rosas rojas que Raúl me había enviado. Recibí uno cada semana, cada uno de ellos acompañado de un poema escrito a mano. Me contó que conocía bien a los floristas que le vendieron la orquídea y supuse que les dejaría encargados los ramos para que me los entregaran durante su ausencia. Bajé del taburete y me acerqué a una de las rosas para inspirar su fragancia. Gracias a su regalo ya no echaba de menos el olor de las rosas pero le echaba de menos a él, mucho, muchísimo. Habíamos pasado un fin de semana maravillosamente perfecto, conociéndonos, acariciándonos, besándonos y haciéndonos el amor con una ternura casi dolorosa. Suspiré sintiendo de nuevo aquella terrible presión en el pecho, esa presión que me recordaba una y otra vez lo perdida que me sentía sin saber nada de él.

Los últimos días me habían visitado los fantasmas de las dudas y las peores pesadillas. Empecé temiendo por él, por su vida. ¿Estaría herido de gravedad, abandonado en la calle después de una paliza, amenazado de muerte o escondido en un sucio callejón? Pero días después las dudas fueron otras. ¿Y si se había olvidado de mí? ¿Y si había conocido a otra chica? ¿Y si estaba en los brazos de otra? No quería pensar en esa posibilidad y cerraba los ojos para recordar todas y cada una de las veces que hicimos el amor aquel fin de semana. Todas y cada una de las veces que me abrazó, me besó y me susurró en el oído, haciéndome saber lo especial que era para él.

Volví a sentarme en el taburete hasta que el timbre del móvil me hizo

saltar de él. Era Marcos.

—Laura, me acaba de llamar la hermana de Raúl. Le han disparado en una pierna. No está grave pero le han tenido que intervenir de urgencia y está ingresado en el hospital.

No supe qué decir, se me formó un nudo de agonía en la garganta.

—¿Laura, estás ahí? —Oí la voz de Marcos como si fuera un eco—. Laura, tranquila, Raúl está bien.

—Quiero verle... —No fui capaz de decir nada más, noté la humedad de una lágrima descender por mi mejilla.

—Estoy subiendo al coche, te recojo y vamos al hospital.

Le pedí permiso a Rafael para ausentarme el resto del día y Dolores se quedó atendiendo la recepción. Marcos no tardó más de quince minutos en aparecer. Subí a su coche, aún temblando.

—Tranquila, Laura, Alicia me ha dicho que Raúl está bien, que no nos preocupemos.

—Ya, Marcos, pero no puedo evitar estar nerviosa.

—Tendrás ganas de verle...

—Muchas.

Se hizo un silencio entre los dos y le miré de reojo. Estaba serio, pálido y sus ojeras dejaban intuir largas noches de insomnio. Él mismo me había explicado unos días antes lo que había sucedido.

—¿Has podido hablar con ella? —le pregunté mientras entrábamos en el ascensor del hospital.

—No. Ayer le envié un mensaje disculpándome pero no me respondió.

—¿Se lo vas a explicar a Raúl?

—Sí, se lo tengo que contar todo, Laura, no puedo ocultárselo por más tiempo. Ya sé que no le gustará oír lo que le tengo que decir, pero callármelo será peor.

—Acabará entendiéndolo.

—Eso espero... —Me miró de reajo y me sonrió tímidamente.

La puerta del ascensor se abrió en ese momento y al salir vimos la sala de espera donde supuestamente estaba la familia de Raúl. En ese instante fui consciente de que iba a conocer a sus hermanos y a su padre y noté que me empezaban a arder las mejillas.

—Ahí están Alicia y Fermín. —Marcos me miró y notó mi incomodidad—. Tranquila. Vamos, que te los presento.

Entramos en la sala y una chica de unos treinta años, castaña, pelo largo y con la misma sonrisa encantadora de Raúl se acercó a Marcos para saludarle.

—Gracias por llamar, Alicia. —Marcos tiró de mi brazo y me puso delante de ella—. ¿Conocías a Laura?

—¿Laura? —Me sorprendió dándome un abrazo casi asfixiante—. Teníamos muchas ganas de conocerte. Gracias por venir, seguro que mi hermano está deseando verte. Te hubiese llamado directamente pero Héctor ha tenido que salir de viaje y yo no tenía tu número.

—Tranquila no pasa nada —tartamudeé algo nerviosa.

—Ven que te presento a mi padre.

Alicia me cogió del brazo y me acercó hasta donde estaba sentado el padre de Raúl. En ese momento conversaba animadamente con Marcos y no se había dado cuenta de mi presencia. Le observé mientras Alicia hablaba con él y fue como ver a Raúl con cuarenta años más, el mismo brillo en los ojos, la misma mirada dulce y sosegada, la misma sonrisa seductora y la misma piel morena.

—Así que tú eres la culpable de que mi hijo se pase el día canturreando como un adolescente enamorado...

Tragué saliva y sentí que se me chamuscaban hasta las pestañas. ¡Qué vergüenza!

—Vamos, niña, dame un abrazo.

Fermín se levantó y se acercó a mí con los brazos abiertos. Me hundí

en su pecho y pensé que Raúl había heredado de su padre el don de abrazar.

—Raúl se ha quedado dormido —Alicia se dirigió a mí—, pero puedes entrar con él y esperar a que se despierte. Estoy segura de que le gustará que seas tú la primera persona que vea al abrir los ojos.

Asentí con la cabeza anhelando que fuera así, que Raúl deseara verme tanto como yo deseaba verle a él. Alicia me dijo el número de habitación y entré sola. A medida que me iba acercando a la cama, mis ojos se fueron humedeciendo y cuando estaba a pocos pasos de él, mi barbilla empezó a temblar. Además de la pierna inmovilizada, tenía una herida en un brazo y un golpe en la frente que no podía dejar de mirar. No supe si a él le había dolido pero yo sentí en aquel momento que ese golpe lo había recibido yo. Retuve mi mano al sentir la necesidad de acariciar sus heridas, de borrarlas con mis cuidados y de protegerle al igual que él me protegía a mí. Conteniendo las lágrimas me acerqué más a él y me senté en el borde de la cama. Mis manos hicieron caso omiso a mi intención de no despertarle, de tan solo contemplarle plácidamente dormido, no obedecieron mis órdenes y acabé acariciando sus labios. Aquel contacto le hizo abrir los ojos y me miró sorprendido. Durante unas décimas de segundo no supe qué hacer, pero cuando llevó una de sus manos a mi nuca y tiró de mí acercándome a su boca con desesperación supe que con él me iba al infierno si hacía falta.

Me besó, le besé, nos besamos, jadeó mi nombre, jadeé su nombre, nos besamos, acarició mi mejilla, acaricié su cuello, nos besamos. Una y otra vez. Nos besamos por cada uno de los días que no nos habíamos visto multiplicado por cien.

—Laura, Laura... —Se separó unos milímetros y me miró con ansia, como si fuera un apetitoso manjar—. Me estaba volviendo loco sin ti, pero estar contigo me enloquece todavía más.

Sonreí con mis labios literalmente enganchados a los suyos. Le entendía perfectamente, unos minutos antes yo estaba desesperada por verle y en ese instante la desesperación que sentía era por tenerle, porque no existía tiempo suficiente para saciarme de él, ni espacio en su piel para colmar mi hambre.

Después de varios minutos entrelazados, nos separamos con los labios

hinchados y enrojecidos.

—¿Cómo estás? —le pregunté mirando su golpe en la cabeza—. ¿Te duele?

—Me han dicho que la herida de bala cicatrizará bien y no me dejará secuelas. Me dolía la cabeza pero me dieron unas pastillas y ahora estoy mucho mejor. ¿Y tú cómo estás? ¿Mi hermano te envió mensajes para decirte que estaba bien?

—Sí, pero hace diez días que no recibía noticias... —dejé la frase sin acabar porque no quería que supiera lo mucho que había sufrido por él—. Hasta que hoy tu hermana llamó a Marcos.

—Lo siento mucho. Mi hermano ha tenido que salir de viaje y por eso nadie se puso en contacto contigo.

Percibí una nota de angustia en su voz y sus ojos se entristecieron.

—¿Sucede algo?

—Héctor y su mujer tienen problemas. Mi hermano ha viajado hasta el país donde se encuentra ahora mi cuñada para intentar solucionarlo, pero... no sé, tengo un mal presentimiento. Y, conociendo como conozco a mi hermano, sé que un divorcio le destrozará.

—Tal vez lo solucionen. Si tu hermano ha hecho ese viaje es porque no está dispuesto a perderla.

—Estoy seguro de que él quiere arreglarlo, lo que no tengo tan claro es lo que ella quiere... Pero, dejemos de hablar de Héctor. ¿Cómo están Irene y Nacho? ¿Y Marcos y Pedro? ¿Sabes algo de ellos?

—Marcos está aquí. Se ha quedado fuera con tu padre y Alicia.

—¿Has conocido a mi padre?

—Es igual que tú y un encanto de persona, se nota que...

Alicia entró en ese momento en la habitación y nos interrumpió.

—Perdonad... —Dio unos pasos para estar cerca de su hermano, con el semblante serio—. Raúl, quería aprovechar que papá está fuera entretenido con Marcos para comentarte algo.

—Me voy... —Intenté salir para dejarles solos, pero Raúl me sujetó la muñeca.

—Quédate... —me susurró suplicante.

—Laura, no te vayas —añadió Alicia—. Ya formas parte de la familia así que será mejor que te quedes, es importante.

Raúl tomó mi mano y la sujetó con la fuerza justa para no hacerme daño pero apretándola como pretendiendo absorber mi energía.

—Pedí que le hicieran unas pruebas a papá y le expliqué a un médico esos despistes que me habías contado. —Se quedó por unos segundos en silencio y dio un paso más hasta apoyar su cintura en la cama de Raúl—. Creen que es Alzheimer.

Miré a Raúl y tuve que contener mi emoción al ver su rostro. Se había quedado petrificado, como una roca junto al mar, recibiendo el latigazo de las olas.

—Está en una fase inicial, no sabemos con qué velocidad avanzará la enfermedad, pero están casi seguros de que es Alzheimer. —Alicia apretó los labios para evitar llorar, pero Raúl la sujetó de un brazo y tiró de ella para abrazarla—. Raúl, papá, papá...

Me quedé mirándolos con una terrible angustia en el pecho, imaginando el dolor que esa noticia puede suponer para un ser querido. Alicia no pudo contener el llanto y se desahogó en los brazos de su hermano. Raúl contuvo la emoción, manteniéndose serio en todo momento, con los ojos enrojecidos y los músculos tensos.

—¿Deben hacerle más pruebas para estar seguros? —preguntó él.

—Por ahora no, esperarán unos meses para volver a hacerle un chequeo y acabar el diagnóstico.

Deshicieron el abrazo y Alicia se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Yo no voy a volver a trabajar en semanas así que pasaré más tiempo con él y le estaré observando —añadió Raúl—. Tranquila, no nos anticipemos.

Su hermana asintió con la cabeza y abanicándose con las manos

intentó recuperar el color rosado de sus mejillas.

—¿Estoy mejor? —nos preguntó.

—Estás guapísima —dijimos Raúl y yo a la vez. Nos miramos y arrancamos a reír.

Alicia nos observó sonriente durante unos segundos y antes de salir de la habitación nos señaló a los dos con un dedo.

—Hacéis muy buena pareja.

En cuanto volvimos a estar solos nos fundimos en un abrazo desesperado.

—Lo siento, Laura, creo que has llegado a la familia en el peor momento —me dijo Raúl apretándome con más fuerza—. Aunque, si soy egoísta, debería decir que has aparecido en el momento en que más te necesitaba.

Me separé un poco de él para mirarle a los ojos.

—Pues entonces he llegado en buen momento.

—Perdonad... —Esta vez fue Marcos quien irrumpió en la habitación—. Raúl, tengo que hablar contigo, ahora.

Raúl miró a su amigo preocupado, supuse que detectó en sus ojos la misma tristeza que yo había visto hacía unos minutos.

—¿Debo preocuparme? —preguntó.

—Tengo que contarte algo —respondió Marcos.

SEGUNDA PARTE

MARCOS

TRES MESES ANTES...

MARCOS

CAPÍTULO 22 – LA CHICA DE DUDOSA DISPONIBILIDAD

Le odiaba, no lo podía soportar. El gilipollas de mi padrastro era superior a mí. Esa mirada de sabelotodo, esa barbita de tres días, esas bolsas bajo los ojos, esa risa escandalosa y sus ronquidos en el sofá. Me daba asco. Aquel cabrón había entrado en mi vida para jodérmela y para apoderarse de lo que era mío: mi madre, mis hermanos y mi casa. Y cuando llegó para quedarse no tuve otra opción más que apechugar y esperar a tener mis primeros ingresos para salir de allí, con dos maletas y una madre llorando detrás. Afortunadamente era bueno diseñando nuevas aplicaciones y a los pocos meses de arrancar la empresa, Pedro y yo ya nos ganábamos un buen sueldo, casi sin invertir. Así que aquello fue mi salvación, la vía de escape que necesitaba para salir de aquella falsa familia. Porque mi madre y mis hermanos eran mi verdadera familia, pero aquel fantoche tan solo era un jodido estorbo.

—Marcos, ven aquí y ponte a mi lado para que salgas en la foto.

Mi madre adoraba ir de boda y aprovechaba que todos vestíamos traje y corbata para hacernos mil fotos. Los gemelos solos, yo solo, ellos con mi madre, yo con mi madre, mi madre y él, mis hermanos y él... y yo en una esquina, esperando a que acabaran, porque no me había hecho una foto a su lado desde... ¿desde que dejó de ser el amigo de mi padre para pasar a ser el sustituto de mi padre? ¡Me repugnaba!

—¿Acabamos ya con las fotitos? Al final llegaremos tarde —les dije con mi cara de asco.

Yo odiaba las bodas pero más aún fotografiarme con aquel gilipollas, así que conseguí que dejaran las poses y se metieran todos en el monovolumen mientras yo me dirigía hacia mi Golf GTI negro, asientos deportivos, 340 caballos de potencia y ocho cilindros, el puto amo de la carretera. Aquello era el paraíso: meterme en mi coche, girar la llave, sentir la vibración de su fuerza, oír el rugir de su motor y pisar a fondo el acelerador. Pura adrenalina.

Aquel sábado se casaba mi primo Javier. ¡Pobrecillo! Otro que

decidía encadenarse, otro iluso más que desde bien joven se había hipotecado la vida echándose novia y no separándose de ella ni para hacer pis. Es decir, otro “calzonazo” más al que fulminaban del mercado libre. Claro que pensándolo bien, más tías a repartir entre los que seguíamos en nuestro afán de disfrutar de la vida. Sí, tíos como yo, que van degustando esos menús tan caros y sofisticados en los que te sirven veinte platos con sabores exquisitos, de esos que te hacen gemir mientras los catas sin llegar a empacharte, un bocadito, dos mordisquitos, lo justo para correrte de placer sin saber realmente qué has comido y sin importarte su composición o su nombre. ¿Para qué, si una vez saboreado ya no vas a volver a degustarlo más porque a su lado hay otro plato que aún desconoces y que muy probablemente te acabe gustando más?

Estacioné en un parking de pago a pocos metros del restaurante donde se celebraba la ceremonia y el convite. Tuve que esperar a mi madre y a mis hermanos en la puerta porque, naturalmente, al gilipollas le salía un sarpullido en los huevos si pagaba veinte euros en un parking. ¡Tacaño!

Entramos juntos cuando la ceremonia ya había empezado. Allí estaba toda la familia de mi madre, cuatro tías y diez primos, la mayoría de ellos casados y con hijos. Así que en aquella boda yo iba a disfrutar como un niño, es decir, metiéndome en el parque hinchable que mi primo había alquilado para que los críos se divirtieran. A no ser, claro está, que entre la familia de la novia hubiera algún juguete con el que pudiera tontear y pasar del parque hinchable.

Nos sentamos en las filas de en medio, todo lo cerca que pudimos de los novios, y desde allí pude utilizar mi ojo de halcón para buscar alguna presa fácil. O difícil, tampoco me importaba, cuanto más artillería de seducción utilices, más satisfactoria es la victoria.

Lo bueno de las bodas es que las espaldas de las chicas dicen mucho de ellas. Espalda desnuda hasta la cintura, vestido de color estridente, fácil acceso y sin sujetador; soltera o dispuesta a cambiar de pareja. ¡La hostia! Luego estaban las de vestido ceñido, oscuro, corto pero sin descubrir nada más; esas eran las dudosas, no sabías muy bien si estaban disponibles o si, por el contrario, estaban ya muy bien agarradas. Y por último las mujeres de vestido largo, color pastel, sin demasiado escote, sujetando con las dos manos

sus bolsitos, muy recatadas, inaccesibles; o solteras con miedo al contacto masculino o casadas. Las últimas las fui descartando, hasta que me fijé en un grupo de cuatro chicas, dos de ellas de espalda desnuda y otras dos de vestido ceñido corto. Dos rubias, una morena y otra castaña. Y aunque pueda parecer increíble una de las de dudosa disponibilidad, con su vestido azul oscuro, medias claras y su pelo negro recogido en un moño suelto fue la que más me llamó la atención.

Era menudita pero tenía unas curvas para recorrerlas sin pisar el acelerador. Se giró varias veces para hablar con su compañera y me gustó su perfil. Nariz pequeña, ojos grandes y unos encantadores hoyuelos al sonreír. Continué observándola hasta que precisamente aquellos hoyuelos fueron los que me hicieron dudar. Yo conocía a aquella chica, no sabía de qué, ni de dónde, pero yo ya la había visto antes. Y varias veces.

La ceremonia finalizó y mientras los novios firmaban su sentencia de muerte, los invitados salimos a un patio amplio situado entre la pequeña capilla y el restaurante. Nos colocamos a un lado de la puerta y sonreí al ver a Pablo y Nico entusiasmados con el arroz en la mano, deseando que aparecieran los recién casados para acribillarles a balazos. Mis hermanos, los gemelos, eran la rehostia. Me encantaba estar con ellos, era como volver a ser un crío. Tenían diez años y esa inocencia tan infantil que todos quisiéramos conservar de por vida.

—¿Marcos? ¿Eres tú? —La chica menuda de dudosa disponibilidad se situó frente a mí, con sus dos hoyuelos y su preciosa sonrisa—. Marcos, ¿de verdad que no te acuerdas de mí?

Arrugué los ojos para hacerme el interesante en el preciso instante en que supe quién era. Imposible olvidarla.

—¿No...? —pregunté sorprendido.

—Sí...

—¿No...? —repetí.

—Sí...

—Pues no, no me acuerdo.

—Marcos... —Me golpeó en el hombro y frunció el ceño. Sonia no

había cambiado nada, tenía la misma cara de niña tímida y risueña con la que tanto me reí cuando éramos niños.

—Ven aquí, pequeñaja... —La abracé y la levanté del suelo varios centímetros—. No has crecido nada, tía, estás igual... ¿Que no te dieron *petit-suisse* tus padres?

—Tú sí que no has cambiado nada, melenas. —Se separó de mí unos centímetros y me miró de arriba abajo—. Estás fenomenal.

—Déjate de formalismos, anda, estoy cachas y buenorro.

—Lo que yo decía, no has cambiado nada. —Nos reímos los dos y me acerqué a ella sacando los morros.

—¿Un pico?

Continuamos riéndonos un rato mientras llovía arroz a nuestro alrededor y yo perseguía a Sonia para robarle un beso. Si seguíamos así nos iban a enviar directos al parque hinchable, pero no me hubiese importado. Sonia era especial. Debíamos tener unos ocho años cuando empezamos a veranear juntos. Javier era su primo por parte de padre y yo era primo de él por parte de madre. Así que Sonia y yo éramos, lo que suelen decir, primos lejanos. Pero entre nosotros siempre hubo un vínculo muy especial, más incluso que el parentesco, nos apreciábamos y nos reíamos juntos, así que llegué a pasar mucho más tiempo con ella que con mis propios primos. Y aunque nuestras familias decían que éramos novios y que entre nosotros acabaría surgiendo algo, yo nunca la vi de ese modo. Era guapa, eso era incuestionable, pero yo la quería como a una hermana. Incluso los picos que conseguí darle cuando éramos casi adolescentes me parecieron insulsos, como si besara a mi madre.

El aperitivo lo tomamos en los jardines del restaurante, donde habían instalado unas carpas y unas estufas exteriores. Después de saludar y besuquear a tíos, tías, primos, primas, hijos, bebés y algunos amigos del novio, Sonia y yo volvimos a encontrarnos en la barra, pidiendo unas cervezas.

—Entonces, ¿informático? Me contó Javier que tenías tu propia

empresa y que te funcionaba muy bien.

—No me puedo quejar. La llevamos entre un colega de la universidad y yo. A veces nos toca currar muchas horas pero nos gusta lo que hacemos y la recompensa merece la pena. ¿Y tú, enfermera?

—¿Javier también te cuenta cosas sobre mí? ¡Menudo cotilla está hecho! —Los dos nos reímos y nos apartamos de la barra para dirigirnos a una mesa llena de canapés y embutidos—. Estoy ahora haciendo prácticas en un hospital, en la planta de pediatría.

—Siempre te imaginé trabajando con niños... Se te daban bien.

—Pues sí, me gustan.

—¿Y para cuando los tuyos propios? Porque seguro que tienes novio o una fila de chicos esperando turno. —Levanté las cejas varias veces para hacerla reír.

—¿Ya has olvidado lo tímida que soy? No, no hay novio ni intenciones.

—¿Nada de nada?

—Bueno... Hay alguien pero él no parece estar muy dispuesto, ya sabes, almas libres que huyen de los compromisos.

—¿Hay chicos así? No tenía la menor idea —Me miró sorprendida y yo giré la cabeza silbando y bromeando.

—Sí, Marcos, sí... chicos como tú.

—Pues mucho cuidado con él que esos solo buscan una cosa.

—Me adviertes demasiado tarde...

—¿Os habéis liado? —Ella asintió con la cabeza mientras se metía un canapé en la boca—. ¿Y él sabe que tú quieres algo más? —Negó con la cabeza mientras se volvía a llevar otro canapé a la boca, casi sin haber masticado el anterior—. No me digas más... y seguís siendo colegas como si no hubiese pasado nada. —Sonia asintió de nuevo con la cabeza y cogió dos tacos de queso con los dedos—. Y como sigas comiendo así seguro que tu folla-amigo no te vuelve a meter mano en lo que te queda de vida.

Me miró haciendo ojitos y con la boca llena. Y a pesar de que Sonia parecía pasarlo mal hablando de su amigo, tuve que reírme a carcajadas.

—Pues hoy es tu día de suerte. Tienes barra libre de alcohol para olvidar y a tu primo del alma para reírte un rato, así que deja de comer como un orangután y pasa del imbécil ese.

Y parecía que lo había logrado, que por fin se había quitado de la cabeza a su folla-amigo, sobre todo después de ver que nuestro primo nos había sentado juntos en la misma mesa y que, a pesar de que estuvimos rodeados de parejitas besuqueándose toda la tarde, nosotros no paramos de reír.

Sin embargo, aquel capullo seguía dando por culo en su cabeza.

—Me quedaré soltera toda la vida. —No debí sugerirle lo del alcohol, menudo pedal estaba pillando la pobre—. Nunca conoceré a un hombre que me haga sentir lo mismo, estaré sola, moriré sola...

—Sonia, estás buena de cojones y eres un encanto, acabarás conociendo a un tío que sí esté dispuesto a comprometerse.

—¿Existen? —Asentí sonriente mientras le retiraba la copa de la mano—. Pero yo le quiero a él y sé que él me quiere a mí, lo sé.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero... si yo te contara...

—Venga, va, desembucha, total, vas a acabar contándomelo y además la única tía buena disponible se acaba de enrollar con el cuñado de Javier, así que no tengo ahora mismo nada más que hacer que escucharte. —Me recosté en la silla mientras miraba como el cuñado de mi primo le metía mano a la única chica de espalda descubierta que quedaba libre.

—Pero que quede entre nosotros, Marcos, no lo sabe nadie, ni tan siquiera mis amigas.

¿Algo así no lo sabían sus amigas? ¡Madre mía! Estaba claro que Sonia necesitaba un hombro en el que apoyarse y unos oídos que la escucharan, así que me quedé callado esperando que esa boquita empezara a desahogarse.

“Mis amigas y yo le conocimos en un bar de tapas. Estaba en la mesa de al lado y cenaba solo porque su colega le había dejado tirado en el último momento. Nos hizo gracia su atrevimiento y su forma divertida de hablar, así que acabó sentándose con nosotras. De allí fuimos a un disco-bar para tomar algo. No paró en toda la noche de contarnos chistes, de bromear, de explicarnos aventurillas... Todas decimos ahora que aquel día adoptamos a un cachorrillo abandonado. Pero creo que en realidad él se acercó a nosotras por una única y guapa razón: mi amiga Laura. Empezó a acompañarnos a todos sitios, al cine, a la bolera, a cenar, a tomar copas, incluso se apuntaba cuando salíamos las tres de compras. Él cada vez se arribaba más a mi amiga, insinuándose con descaro y lanzándole indirectas muy directas, hasta que un día ella le paró los pies y hablaron claro. Laura le dijo que solo veía en él a un amigo y él no quiso perder nuestra amistad, así que a los dos días siguió saliendo con nosotras, pero liándose con la primera tipa que se le insinuaba. Aquello no nos importó, incluso nos sentimos aliviadas al saber que él había aceptado el rechazo de Laura.

Yo aún no me había dado cuenta de lo que sentía por él, porque, aunque para mí fuera tan solo un amigo, algo en su manera de ser, en su mirada y en su voz me atraía cada día más. No lo supe hasta que una noche salimos los dos solos. Natalia, mi otra amiga, había quedado con unos compañeros de la universidad y Laura cenaba con su familia, así que Miguel y yo, se llama Miguel, ¿te lo había dicho?, quedamos en el bar de tapas para cenar. Allí sentada frente a él, riéndonos de cualquier tontería, mirándonos, explicándonos intimidades y rozando nuestras rodillas por debajo de la mesa, fue cuando me di cuenta de que esa extraña energía que se agitaba en mi pecho cuando estaba a su lado era provocada por él. Después de cenar nos fuimos a una coctelería y permanecimos sentados en los taburetes de la barra durante horas. Estábamos tan concentrados el uno en el otro que ni tan siquiera nos bebimos los mojitos que habíamos pedido al entrar. Al principio fue una de sus manos en mi cintura, mirándonos de frente, luego el roce de nuestras mejillas para hablarnos al oído y finalmente nuestros labios buscándose con desesperación. No sé cómo sucedió ni quién de los dos empezó. Tal vez fuera accidental, quizá en una de las veces que nos susurrábamos uno de los dos hizo el gesto equivocado o podría ser que ambos

lo deseáramos porque ninguno de los dos se apartó, ni ninguno de los dos mostró arrepentimiento. Cuando después de largos minutos besándonos nos miramos solo podíamos reconocer el deseo en nuestros ojos.

Me sacó del bar tirando de mi brazo. Sin hablar llegamos a su coche y una vez dentro, poco antes de arrancar el motor, me miró serio.

—Sonia, te deseo... deseo con todas mis fuerzas tenerte esta noche, pero no quiero estropear nuestra amistad.

—Yo tampoco... tal vez deberíamos dejarlo —respondí pretendiendo ser prudente, no quería que adivinara que yo me moría de ganas por estar con él.

Nos miramos durante unos segundos, sin saber qué hacer, ni qué más decir, respirando como si acabáramos de correr una maratón. Él bajó la mirada a mis labios, yo hice lo mismo y volvimos a besarnos con hambre, con una ansiedad que yo jamás había sentido antes. Cuando nos separamos condujo en silencio hacia su apartamento. Subimos los escalones hasta el tercer piso casi corriendo y, una vez dentro, esparcimos nuestras ropas en el suelo de la entrada. Me llevó a horcajadas hasta su habitación y me tiró sobre la cama con prisas. La impaciencia y las ganas de tenernos el uno al otro se apoderaron de nosotros. Solo volvimos a mirarnos a los ojos cuando entró en mi interior. En aquel momento el tiempo frenó en seco, los dos ya no nos apresurábamos, solo nos sentíamos. No apartó los ojos de los míos mientras me penetraba lánguidamente, acariciando con sus dedos la palma de mis manos. Durante aquellos minutos de eterna intensidad, supe que Miguel me había robado el corazón, que ya nada volvería a ser lo mismo. Tan solo me había acostado con dos chicos antes de él, no tenía demasiada experiencia, pero supe que aquello había sido diferente, único.

Cuando acabamos, Miguel se tumbó a mi lado y permanecemos callados durante mucho, mucho tiempo. Temí que se hubiera arrepentido, yo sabía que él no solía dormir con las chicas que llevaba a casa, así que antes de que me dijera nada, me levanté de la cama y empecé a vestirme. Deseé que me hablara, que me diera a entender que para él también había sido distinto, pero no, se mantuvo en silencio.

Cuando ya había recogido mis cosas y me disponía a salir del

apartamento, me sorprendió abrazándome por detrás.

—Por favor, quédate... —me suplicó con una voz que no reconocí en él.

Cerré los ojos sintiéndome aliviada pero a la vez aterrada. Tuve miedo de enamorarme de él, de dejarme llevar para acabar perdida y sola. Debí decirle que no, pero mis ganas de volver a estar entre sus brazos fueron más fuertes que yo. Me desnudó de nuevo en silencio, acariciándome, reconociendo cada rincón de mi cuerpo, despacio, muy despacio. Cogidos de la mano fuimos hasta el cuarto de baño y nos duchamos abrazados, sin dejar de besarnos. Volvimos a hacer el amor en la encimera del lavabo, después de que me secara él mismo con una toalla. Fue lo más erótico que he vivido jamás.

Me dormí sumergida en su cuerpo, entre sus brazos, feliz y relajada. Pero cuando desperté aquella hermosa realidad pasó a convertirse en una horrible pesadilla. Miguel estaba vestido, sentado en el borde de la cama, dándome la espalda.

—Vístete y te llevo a tu casa. —Aquellas palabras, frías y rudas, cayeron sobre mí como una lápida cubriendo un sepulcro—. Sonia, lo de anoche no debía haber pasado. Nos dejamos llevar y cometimos un error.

—¿Para ti ha sido un error? —le pregunté mientras cubría mi desnudez con la sábana, sintiéndome el ser más diminuto de la tierra.

Él agachó la cabeza, como si se sintiera afligido, pero no se giró para mirarme a la cara.

—Me gustaría que siguiéramos siendo amigos, solo amigos.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero algo más?

Quería algo más, claro que quería. Hubiese deseado despertar a su lado, salir a pasear, al cine, conocernos mejor y acabar el día de nuevo en sus brazos. Pero yo ya sabía que eso no podía ser, que Miguel no era de esos chicos. Mi subconsciente ya me había advertido cuando estuve a punto de salir de aquel apartamento la noche anterior. Pero él me suplicó que me quedara, no me dejó ir... ¿Por qué? ¿Por qué?"

—Porque ese tío es un gilipollas. Por eso.

—No, Marcos, aquí la única gilipollas soy yo... ¿Por qué no hice caso de mi subconsciente?

—Porque eres una tía y las tías os dejáis llevar por los sentimientos.

—¿Y los tíos no?

—Sí, claro, algunos... Mis dos mejores amigos, por ejemplo. Raúl, aunque parezca serio y distante, es un tío súper romántico, como su padre, aunque él lo niega para hacerse el duro. Y Pedro es más tímido que tú, este sí que no se come una rosca, no le he visto acercarse a una mujer en casi un año, debe ponerle dura solo con rozar el brazo de una tía.

—¡Marcos! No hables así de tu amigo.

—¡Joder! Si es verdad. Eso sí, Pedro será de los que se enamore, se comprometa y se case, siguiendo las pautas que para él son las correctas. Es así de convencional y acabará con una tía como él, claro.

—Eso nunca se sabe.

—Créeme, yo sí lo sé.

—Pues vas a tener que presentarme a tus amigos.

—Cuando quieras. Tú también podrías presentarme a tus amigas. ¿Están buenas? —pregunté alzando una ceja.

—¡No tienes remedio!

Sonia sonrió abiertamente y me encantó verla así. Nos intercambiamos los números de teléfono y quedamos que nos encontraríamos en *El Midas* el viernes siguiente.

CAPÍTULO 23 – EL ÚNICO QUE LE RECORDABA

Conocí a Nacho unos meses antes de su muerte. Recuerdo que Raúl y yo habíamos quedado para ir juntos al gimnasio pero surgió un imprevisto en su trabajo y no llegó a tiempo. Cuando acabé de hacer pesas y antes de irme a los vestuarios, recibí un mensaje de él. Estaba con su compañero tomando una cerveza a dos manzanas de allí, así que en menos de veinte minutos me presenté en el bar. Nacho era siete años mayor que nosotros pero nos entendíamos muy bien, sobre todo con Raúl que siempre fue muy maduro para su edad. Había sufrido mucho con la trágica muerte de sus padres, llevaba varios años casado y acababa de conocer la noticia del embarazo de su mujer. Su vida era muy distinta a la nuestra, pero a pesar de ello nos reíamos y charlábamos con él como si fuera uno más de nuestra edad.

Aquella primera vez que nos encontramos en el bar me sorprendió el tono que utilizaba hablando de su mujer. Creo que jamás había conocido un hombre tan enamorado como él y que además no intentara ocultar ese sentimiento ante los de su mismo género.

—Cada mañana se mira el vientre en el espejo —dijo sonriente y orgulloso—. Yo pensaba que a las mujeres no les gustaba verse gordas e hinchadas, sin embargo Irene parece estar deseándolo.

—¿Y es que alguien entiende a las mujeres? —pregunté con mi tono sarcástico.

—Yo creo que los hombres nunca llegaremos a saber lo que piensan las mujeres, pero mejor así, eso le quitaría encanto.

—¿Encanto? ¿Tiene encanto ese “sí pero no”, ese afán por cambiarte y esa obsesión por controlarlo todo?

—Marcos, Marcos... cuando te enamores lo comprenderás.

Porque ya me caía bien, si no le hubiese mandado bien lejos.

Pero Nacho era así, un buen tío, y Raúl le apreciaba un montón, así que el día que mi amigo me envió aquel mensaje sentí un terrible pesar, por los dos, por una vida finalizada de aquella forma tan repentina y por el dolor

que debía estar padeciendo Raúl.

“Anoche mataron a Nacho”.

No dudé en presentarme en su casa para hacerle compañía. Es lo que él hubiese hecho por mí.

Aquel viernes había quedado con Sonia en *El Midas* y después de mucho insistir conseguí que Raúl también fuera. Aunque nada más verle entrar en el local supe que no debía haberlo hecho, que debía haber respetado sus ganas de estar solo. Su rostro reflejaba la agonía que estaba sufriendo, pero, aun así, se presentó allí, se sentó en una esquina y aguantó estoicamente las dos horas que me había prometido.

Después de que Sonia nos presentara a Miguel y a Laura supe dos cosas: primera, que aunque Raúl ni tan siquiera había mirado a la amiga de Sonia estaba convencido de que aquella chica le iba a gustar. Morena, ojos azules, sonriente y dulce, se le hubiese clavado la barbilla en la mesa si llega a verla. Y segundo, que el gilipollas de Miguel estaba colado por mi prima. Solo había que ver su expresión cuando rodeé a Sonia con mi brazo. ¡Cómo me divertí! Estaba cogido por los huevos y mi prima no era consciente de ello.

—¿Qué haces, Marcos? —me susurró Sonia al verme tan cariñoso.

—Sígueme el rollo, prima, que tu amigo crea que entre nosotros hay algo... Hazme caso y déjame a mí.

Me sonrió tímidamente y se dejó llevar.

Entramos todos en una conversación muy amena y tuve la oportunidad de conocer mejor a Miguel. Era periodista y le convencí para que escribiera un artículo sobre nuestra empresa y las aplicaciones que programábamos. Era un tema interesante y novedoso, puesto que el tipo de *apps* que diseñábamos estaba en ese momento en pleno auge en el mercado español y Miguel supo ver la oportunidad de publicar un buen artículo. Acordamos que nos visitaría durante la semana siguiente para entrevistarnos.

Un par de horas después salimos de *El Midas*, me despedí de Raúl y fuimos a tomar la última al *Music*, una discoteca que propuso Sonia. Estaba a dos manzanas de allí y aunque habíamos pasado por delante en numerosas

ocasiones nunca habíamos entrado. Me gustó el lugar, el ambiente y un par de tías con las que intercambié varias miraditas, así que pensé en volver solo el sábado por la noche. Pedro y Raúl no podían salir y aquel garito me pareció perfecto para acabar la noche en compañía femenina.

El sábado lo pasé en casa, metido en mi despacho, mi guarida. Era una habitación amplia que había reservado para mis juguetes más preciados: dos pantallas planas grandes, una CPU potente, una capturadora, un micro, unos cascos, la PlayStation 3, dos mandos con diseños exclusivos y una silla *gaming* súper guapa y cómoda para pasarme las horas allí sentado. Hacía pocos meses que me había adentrado en el mundo de los *youtubers*. Me abrí una cuenta con la idea de probar suerte y ya tenía cincuenta mil seguidores. Y por lo que vi aquella tarde, el último vídeo publicado había superado mi récord de reproducciones, así que mi popularidad iba en aumento. Grababa vídeos en los que yo jugaba con alguna de las aplicaciones que diseñábamos a la vez que explicaba su funcionamiento y no solo nos estaba promocionando como empresa, sino que además me estaba dando a conocer como *youtuber*.

Llamé a Raúl para saber cómo se encontraba y recordarle que yo también acudiría el domingo al entierro de Nacho. Cuando finalicé la llamada vino a mí la imagen de mi padre. El día que falleció yo tenía quince años.

—Cuida de tu madre y de tus hermanos —Aquellas fueron sus últimas palabras.

Estaba pálido, en apenas un mes había perdido unos diez kilos y hablaba con dificultad. Le prometí que cuidaría de ellos y me sonrió haciendo un gran esfuerzo para controlar la emoción y para no perder las pocas fuerzas que le quedaban.

¡Puta enfermedad!

Mi madre estaba embarazada de cinco meses cuando él falleció y en el momento en que se llevaron el cuerpo de mi padre para incinerarlo ella cayó al suelo inconsciente. Jamás olvidaré el charco de sangre que se formó a su alrededor. La hospitalizaron para tenerla en observación durante cuatro días. A pesar del reposo absoluto, Pablo y Nico nacieron dos meses después.

Mis hermanos tuvieron que estar en incubadora durante varias semanas y mi madre apenas tenía fuerzas para acudir al hospital. Aquellos fueron los peores meses de mi vida.

Paré el ordenador y cerré los ojos agobiado. Era tan solo las siete de la tarde, así que decidí cambiarme y pasar por casa de mi madre antes de ir al *Music*. Si había algo que calmaba el dolor del recuerdo era estar con ella y con mis hermanos, cuidar de ellos tal y como le prometí a mi padre. Sobre todo en los momentos en que el gilipollas de Manuel no estaba cerca y afortunadamente sabía que aquel sábado trabajaba hasta tarde.

En cuanto llegué a casa de mi madre tuve que sentarme con Pablo y Nico frente a la PlayStation y darles lecciones de cómo se juega al FIFA. ¡Lo que debe sufrir un hermano mayor! Pedimos una pizza familiar para los cuatros y cuando los peques volvieron a su habitación, mi madre y yo cumplimos con nuestro ritual favorito: uno frente al otro en la mesa de la cocina con dos tazas de humeante café hecho con la cafetera de toda la vida. Un ritual que me negaba a abandonar desde que cumplí los dieciocho y mi progenitora me dio permiso para probar el preciado y estimulante líquido negro.

—Marcos, estoy preocupada —me dijo mientras daba un sorbo al contenido de su taza—. Manuel tiene problemas, le sucede algo y no sé qué es.

—Pues si no lo sabes tú, yo menos... —Lo que me faltaba, tener que hablar con mi madre sobre su marido, mi padrastro y el tío más odioso que conocía.

—Hijo, ya sé que no aceptas lo nuestro, pero intenta dejar a un lado esas chiquilladas...

—Mamá, no se trata de chiquilladas, no quiero hablar de él y punto.

—¿Tampoco quieres hablar del negocio de tu padre, de tu negocio?

¡Joder! Mi madre sabía qué tecla pulsar para llamar mi atención.

—¿Qué pasa con el negocio? ¿Ya lo está jodiendo?

—No estoy segura. Evita hablar de ese tema y creo que lo hace para que no me preocupe. ¿Tú no podrías preguntarle, interesarte por la empresa?

—¿Yo? ¿Preguntarle yo? No, mamá, de eso nada.

—Antes te importaba el negocio, disfrutabas al igual que tu padre...

—Antes era cuando vivía papá...

—También tenías muy buena relación con Manuel, le querías como a un padre...

—¡Joder, mamá! No me hagas esa puta comparación —Me levanté de la silla cabreado, recordar que unos años atrás Manuel había sido como un padre para mí me jodía y mucho.

—Marcos, deberías saber que ni tu padre era tan perfecto, ni Manuel es tan malo como crees.

No era la primera vez que mi madre pronunciaba esas mismas palabras, en ese mismo orden e insinuando lo mismo. ¿Que mi padre no era perfecto? Mi padre era perfecto, para mí era el mejor, el único.

Y, al igual que no era la primera vez que mi madre componía esa misma frase, tampoco era la primera vez que tras oírla yo cerraba la puerta de casa dando un portazo, sin añadir más que un simple “me voy” y dejándola de nuevo con la palabra en la boca.

Salí enfurecido, subí a mi coche y conduje a toda velocidad hasta el centro. Pocos minutos después ya estaba en el *Music*, acabando una cerveza, pidiendo una segunda y dándole vueltas a todo, a la enfermedad de mi padre, al nacimiento de mis hermanos, a la entrada de Manuel en mi casa, al negocio que el gilipollas compartía con mi padre y que este me dejó tras su muerte, a las veces que había oído a Pablo y Nico llamarle papá como si lo fuera, como si ya no quedara rastro del que sí fue su padre, mi padre. Yo era el único que le recordaba, el único que le echaba de menos, joder, el único.

Tras la tercera cerveza empecé a calmarme y a ojear el ambiente del disco bar. No vi a las dos rubias con las que intercambié algunas miradas explícitas pero sí capté la atención de una chica que nada tenía que envidiar a las de la noche anterior. Castaña, pelo largo, ojazos negros, labios pintados de un rojo muy sensual y lo mejor de todo, cuerpazo diez. No tardé en acercarme a ella. Entablamos conversación sin dar nuestros nombres con un claro mensaje corporal que ella supo leer a la perfección.

—Paso de conversaciones profundas, de conocerte y de quedar de nuevo —me susurró ella antes de reseguir con su lengua el contorno de mi oreja.

¡Joder! Aquella era de las mías. Directa, sin rodeos, sin usar palabrerías absurdas de seducción. Tú me gustas para follar, yo te gusto para follar, ¿follamos?

—Tengo el coche aparcado a dos calles de aquí y vivo solo.

No hicieron falta más palabras. Empezó a caminar hacia la salida y casi tuve que correr detrás de ella. Por cierto, ¡menudo culo tenía la tía! Un culo que no llegué a ver desnudo pero al que me pude sujetar como si fuera un salvavidas. Lo hicimos en el coche, sobre el asiento del conductor, vestidos. No permitió que arrancara el motor, pasó su mano por mi erección, me bajó la cremallera y me puse el preservativo mientras ella se quitaba el tanga y se sentaba sobre mí. Un polvo rápido pero de los que te dejan seco y relajado.

Y así fue como me quedé cuando aquella chica salió del vehículo y la vi desaparecer por el callejón oscuro donde había aparcado aquella noche. Sin saber su nombre, ni sus gustos, ni si la volvería a ver... ¿Acaso importaba? ¿Acaso era necesario conversar, explicarnos nuestros problemas, nuestras inquietudes, nuestros fracasos? ¿Acaso yo necesitaba a alguien con quien hablar?

—Me llamo Marcos, tengo veinticinco años, soy informático, me encanta diseñar juegos de ordenador, me gustan los coches potentes, conducir y jugar a la PlayStation. Odio a mi padrastro y echo de menos a mi padre.

CAPÍTULO 24 – LA MORDEDURA DE DRÁCULA

Supe que Raúl había superado las pruebas para entrar en la academia de policía dos meses después de haberlas aprobado y me sorprendió su decisión. Nunca había compartido con nosotros su intención de utilizar sus conocimientos de informática en la policía, estábamos convencidos de que acabaría diseñando aplicaciones con nosotros. Pero no, Raúl era así, firme y obstinado. Y si ese había sido su objetivo desde hacía años, iba a acabar cumpliéndolo, sin duda. Le admiraba por ello, pero sobre todo le admiraba por su valentía, por tener los cojones de salir a la calle cada día para enfrentarse al enemigo, a la violencia, a la injusticia, al miedo. Le admiraba y le compadecía, por la soledad que debía sentir en cada caso en el que debía aislarse de sus familiares, por no compartir con sus amistades su verdadera profesión, por sufrir la pérdida de su compañero y solo tener un amigo a su lado. Yo era el único amigo que conocía su secreto e iba a estar ahí siempre que lo necesitara.

Cuando llegué a la funeraria Raúl ya estaba allí, rodeado de sus compañeros. Se acercó al verme y nos dimos un abrazo en silencio. En momentos así las palabras sobran. Hizo un movimiento con la cabeza para que le siguiera y se adentró en una de las salas. Todas las sillas estaban ocupadas por personas mayores y en una esquina había un grupo de mujeres de pie gimoteando. Nos acercamos a ellas y cuando vieron a Raúl se hicieron a un lado, fue como ver a Moisés abriendo las aguas del Mar Rojo. Detrás de aquellas mujeres había otra, sentada, vestida de negro, con el pelo recogido y el rostro pálido.

—Irene, este es Marcos, mi amigo... —dijo Raúl cogiéndome del brazo y acercándose a ella.

Alzó la barbilla y me miró. Tenía los ojos rojos del llanto pero pude apreciar su iris verde con tonalidades marrones. Aunque llevaba el pelo recogido en una coleta adiviné que era ondulado por algunos mechones castaños, casi rojizos, que le caían sobre el cuello. Me sonrió a pesar del dolor que reflejaban sus ojos, se levantó y nos dimos dos besos en las mejillas. Su piel era suave y olía muy bien.

—¿Así que tú eres el famoso Marcos?

—Eso parece...

¡Qué imbécil! Debí decirle aquello de “lo siento mucho” o “te acompaño en el sentimiento” pero ninguna de aquellas frases salió de mi boca. Solo un “eso parece”, con una absurda sonrisilla y cara de panoli. Irene, sin embargo, me dirigió de nuevo una tímida sonrisa, con su piel pálida y las ojeras del llanto. Volvió a sentarse y aquellas mujeres a rodearla como si entre todas formaran su escudo protector.

La ceremonia de despedida se celebró en la misma funeraria, en un amplio salón. Mientras la gente se acomodaba Raúl me estuvo explicando que Irene era de Mallorca y que conoció a Nacho cuando, una vez finalizada su carrera universitaria, se trasladó a Barcelona para hacer prácticas en la empresa de los padres de él. Se enamoraron casi a primera vista y ella ya no regresó a la isla.

Nos sentamos en la segunda fila, detrás de Irene. Yo me encontraba algo incómodo. Estaba allí por mi amigo, para apoyarle, pero sentí que aquel no era mi lugar, que no debía estar tan cerca de la familia de Nacho. De todas formas, continué allí, incapaz de separarme de Raúl.

Mientras algunos familiares y amigos leían unas palabras sobre el fallecido no pude evitar observar el perfil de Irene. Nariz recta, barbilla redondeada y cuello largo y delgado. Tenía dos pecas negras bajo el lóbulo de su oreja derecha que parecían el mordisco de un vampiro. Sonreí mentalmente al pensar en aquella estupidez: ¡La mordedura de Drácula! Uhh... Llevaba un vestido negro de embarazada que marcaba su prominente barriga. Estaba casi de siete meses, dos más de los que tenía mi madre cuando estuvo sentada en aquella misma primera fila, a mi lado, durante la ceremonia de despedida de mi padre.

Se llevó la mano a la barriga y seguí con la mirada el movimiento de sus caricias. Rozó la tela del vestido dibujando pequeños círculos, despacio, desplazándose de un lado a otro. Parecía estar comunicándose con su hijo. ¿Sería cierto eso que dicen que el bebé reconoce la voz de su madre? ¿Reconocería también sus caricias a través de la piel? Mientras me hacía aquellas preguntas vi como la barriga se desfiguraba, formando unos bultos

que prácticamente corrían tras su mano. Abrí mucho los ojos, sorprendido. Era la primera vez que veía algo así y me pilló desprevenido. ¿Le dolería? ¿Serían los pies del bebé? Irene agachó la cabeza y se miró la barriga. Las lágrimas empapaban sus mejillas pero sus labios dibujaron una sonrisa mientras seguía los movimientos de su hijo con la palma de su mano. ¿Qué debía sentir una mujer al llevar un ser vivo en su interior?

Cuando la ceremonia acabó, la mayoría de los compañeros de Raúl se despidieron de él y de Irene. Estuve tentado de hacer lo mismo y salir de allí, aquella intimidad me estaba resultando cada vez más incómoda, pero Raúl me señaló su coche para darme a entender que fuera con él.

—¿Vamos al cementerio en mi coche? Luego te traigo para recoger el tuyo.

Asentí incapaz de decirle que no o de inventar falsas excusas. Raúl me necesitaba y yo debía estar a su lado. El recorrido hacia el cementerio lo hicimos en silencio.

Cuando llegamos él buscó a Irene y ella cogió su mano. Se situaron los dos frente al nicho vacío que unos trabajadores del cementerio estaban preparando. Era un día soleado y el viento soplaba suave, trasportando la fragancia de las flores que adornaban las sepulturas. Durante aquellos largos minutos, el silencio que presidía el cementerio nos abrasó más que el propio sol.

Mientras todos contemplaban las labores de los obreros, yo no dejé de observar a Irene, recordando el momento en que mi madre perdió el conocimiento. Irene no se desvaneció pero arrancó a llorar en el instante en que el ataúd se adentró en el nicho. Gritó el nombre de su marido, una y otra vez. Si el silencio que nos envolvía ya era agonizante, su voz y su llanto nos desgarró a todos el alma. Por suerte, mis gafas de sol ocultaron la humedad que velaron mis ojos. Me emocioné y no solo por el desconsuelo de Irene, sino por el recuerdo, por ese mismo dolor que tanto mi madre como yo sentimos diez años atrás. Por la inmensa tristeza que sufres por la pérdida de alguien tan imprescindible en tu vida. Alguien como tu padre o tu marido.

El lunes llegué temprano al pequeño local que Pedro y yo habíamos adquirido unos meses atrás, cuando decidimos que necesitábamos gente que nos ayudara. Contratamos a dos ex compañeros de universidad que no tardaron en adaptarse a nuestro día a día. A pesar de contar con ellos, el trabajo iba en aumento. Habíamos firmado dos nuevos contratos y la siguiente semana teníamos reunión con un importante cliente. Debíamos presentarles una nueva aplicación y todavía teníamos mucho que programar.

Pedro ya estaba allí, concentrado delante de la pantalla. Era un adicto al trabajo y a la informática. Compartíamos esa afición pero no esa adicción. Yo me negaba a depender del trabajo y así se lo hice saber cuando decidimos asociarnos. “Yo quiero divertirme trabajando, paso de vivir para trabajar”, le dije antes de seguir adelante con nuestra idea. Él ya me conocía bien, habíamos estudiado juntos durante años y aunque éramos muy distintos sabíamos que éramos buenos en lo nuestro, que podíamos cumplir nuestro sueño de programar por nuestra cuenta. Y lo estábamos logrando, a pesar de nuestras diferencias y de las muchas discusiones que teníamos a lo largo de la semana.

—No olvides, Marcos, que la próxima semana es la presentación. — Esas fueron sus únicas palabras mientras me sentaba frente a él.

—Buenos días, yo también me alegro de verte.

Me miró por encima de sus gafas de empollón.

—¿Qué tal el sábado? ¿Saliste?

—Fui al mismo disco bar donde estuvimos el viernes con Sonia y sus amigos. Conocí a una chica que estaba como un Dios y nos liamos en el coche. ¡Qué cuerpo tenía y cómo se movía!

—Marcos, no necesito tantos detalles, gracias.

Sabía que le jodía que hablara de tías delante de él y no pude evitar continuar con aquella conversación.

—Se subió sobre mí y empezó a balancear las tetas, para arriba, para abajo... Joder, Pedro, qué pena que no estuvieras allí, era para verla... Y cómo gemía cada vez que se la metía... —Para darle más realismo empecé a moverme de forma algo obscena.

—¡Vale ya, Marcos!

—¿Qué pasa? ¿Se te ha puesto dura? —le pregunté entre risas.

Me volvió a mirar por encima de las gafas y decidí dejar la broma. Tenía por delante todo un día de trabajo con él, así que mejor no cabrearle más de lo que ya debía estar.

—¿Y Sonia? Pensaba que esa chica te gustaba.

—Sonia tan solo es una amiga, casi como una prima para mí. Por cierto, me has recordado que debemos llamar a Miguel para la entrevista. ¿Le digo que venga el miércoles?

Y el miércoles Miguel se presentó allí con un portátil y una cámara de fotos. Se sentó junto a nosotros y empezamos a mostrarle algunas de las aplicaciones que habíamos programado. Se notaba que se había preparado a conciencia porque nos acribilló a preguntas y debo reconocer que me cayó bien. A pesar de saber lo que había sucedido con Sonia, aquel chico me gustó. Era divertido, ocurrente y muy hablador. Incluso vi a Pedro reír con sus comentarios como pocas veces le había visto hacer. Pero Miguel no estaba allí solo para hacernos publicidad, yo debía ayudar a mi prima y, cuando casi habíamos acabado y él estaba relajado, atacué por la retaguardia.

—¿Y hace mucho que conoces a Sonia?

—¿A Sonia?

Su expresión cambió por completo. Cerró el portátil y empezó a entrelazar los dedos de sus manos, nervioso.

—Pues desde hace unos ocho meses, más o menos. ¿Por qué?

—Sonia me gusta y estoy pensando en salir con ella en serio, pero antes quería saber si a ti te interesa, ya me entiendes...

—¿A mí? —Tragó saliva—. No... nosotros solo somos amigos. Pero, creía que vosotros erais casi primos y no había nada más.

—No somos familia, aunque sí es verdad que durante años ella fue como una prima para mí. Nos queríamos mucho, hemos pasado varios veranos juntos e incluso nuestras familias ya nos consideraban pareja.

Después empezamos la universidad, dejamos de veranear con nuestros padres y nos separamos durante unos años. Pero el otro día, en la boda, fue verla y no sé, me di cuenta de que entre nosotros había algo más que amistad. Nunca antes había sentido eso por una chica.

—Ya, entiendo...

—¿Tú sabes si sale con alguien o si le gusta algún tío?

—Yo desde que la conozco no la he visto con nadie.

“¡Cabrón! ¿Y contigo tampoco?”, pensé.

—O sea, que no es de las que se lía con un tío a las primeras de cambio.

—Exacto.

—Ya. Iré despacio entonces. ¿Sabes si le gusta el cine? Quería empezar invitándola a ver una película y a cenar.

—Pensaba que tú la conocías mejor que yo...

“Se ha picado ¡Esto es la hostia de divertido!”.

—¡Joder, tío! Échame una mano, Sonia me gusta de verdad y no tengo experiencia en esto de salir con una chica. Y tú sabes ahora mejor que yo lo que le gusta hacer.

—Pues... —Miró para otro lado, agobiado, y sentí un pellizco de pena por él—. Le gustan las películas de acción y las románticas, como a la mayoría de las chicas. Cómprale palomitas, la ración más grande, y si donde vayáis venden chuches, pídele esas de fresa y nata que tienen forma de ladrillos, son sus favoritas. Luego llévala a un bar de tapas, le encantan, cuanta más grasa y salsa tengan mejor, no es de las que comen verde para mantener la línea. No sé cómo lo hace porque come de todo y, sin embargo, tiene un cuerpo... Bueno, eso...

—¿Algún consejo más? —le pregunté aguantándome la risa.

—Hazla reír. Cuando ríe es feliz.

Definitivamente, Miguel estaba pillado por Sonia. Ahora la cuestión

era: ¿qué coño le frenaba? ¿Por qué no se lanzaba si la tenía a tiro? Y supuse que la respuesta la encontraría en mí mismo. Los dos evitábamos los compromisos, no estábamos preparados para enamorarnos o para atarnos, porque eso era lo que sentíamos, que una relación nos ataría, que nos haría ser lo que no queríamos ser, nos transformaría en un pringado más. Esos pringados que van cogidos de la mano de una chica y no la dejan sola en ningún momento, tal vez por miedo a que se la quiten, a que conozca a un capullo como Miguel o como yo, que solo queremos una cosa de ella y que acabaría jodiendo la relación. Los tíos como nosotros se sienten libres, sin nadie que sujete su mano, sin ataduras.

Pero, ¿qué sucede cuando un tío como Miguel o como yo caen en el hechizo? ¿Cómo va a seguir Miguel adelante con su vida obviando lo que siente por Sonia?

El jueves llegué al local agobiado. La noche anterior había trabajado hasta tarde y, aunque me apasionaba la informática, debía reconocer que esa presión, ese estrés por entregar un trabajo a tiempo podía conmigo. Yo no había nacido para tener obligaciones. Quizá un gen perdido o transpuesto impedía que llevara bien los compromisos. Pero, afortunadamente, conocía bien mi defecto así que había aprendido a vivir con él y a llevarlo con dignidad. Y por esa razón, diez minutos después de estar sentado de nuevo frente al ordenador, bajé al bar de la esquina a desayunar. Un bocata de beicon con queso y una cerveza bien fresquita curaron mi ansiedad. Y unos minutos hojeando el periódico antes de volver a la carga acabarían por sanar mis dolencias para el resto de la mañana.

Cuando estaba pagando mi desayuno en la barra, el teléfono móvil sonó. Era Raúl.

—Marcos, necesito que me hagas un gran favor.

Raúl no solía pedir favores, así que debía ser algo importante para él.

—Lo que sea, dime.

—Estoy en el hospital con Irene.

—¿Está bien? —De nuevo la imagen de mi madre en el suelo,

inconsciente y sangrando.

—Sí, todo bien. Estamos en la sala de espera. Me pidió que la acompañara a una visita con la ginecóloga pero tengo que irme. ¿Tú podrías quedarte un rato con ella y llevarla luego a casa? ¿Te va bien?

—Por supuesto, voy ahora mismo.

Había aparcado cerca del bar y logré hacer lo mismo en el parking del hospital, así que apenas quince minutos después de responder a la llamada de Raúl, entraba en la sala de espera de obstetricia. Irene me miró algo avergonzada y yo sentí esa misma vergüenza. Fui hasta allí pensando en ayudar a Raúl pero al llegar a aquella sala me di cuenta de que yo no encajaba. De nuevo me encontraba fuera de lugar.

—Gracias, Marcos, de verdad. Me tengo que ir, ¿luego la llevas a casa?

—Tranquilo, lo haré.

Raúl se fue y nos dejó solos, en una sala repleta de parejas de futuros padres, todos ilusionados y sonrientes. Yo no sabía qué hacía allí, aparte de acompañar a una mujer embarazada que no conocía de nada.

—No hacía falta que vinieras pero te lo agradezco. Ya sabes cómo es Raúl de cabezota.

—Es tozudo como él solo... —la miré sonriente y ella me devolvió la sonrisa.

Aquel día llevaba la melena suelta y me fijé en el brillo de su pelo. Con la luz de los fluorescentes parecía cobrizo y ese color contrastaba con la palidez de sus mejillas.

—Sois buenos amigos, ¿verdad?

—Desde hace años. Raúl es un buen tío.

—Lo es. Me dijo que tú eres el único que conoce su profesión.

Asentí con la cabeza, sin saber qué más decir.

En ese momento una enfermera entró en la sala y llamó a Irene. Nos dirigió a la consulta número tres y le pidió que se tumbara en la camilla

mientras llegaba la doctora. Me asusté al ver a Irene levantándose la camiseta y giré la cabeza para no mirar.

—¿Espero fuera? —tartamudeé como un estúpido ignorante.

—No, te puedes quedar si quieres.

Volví a girar la cabeza y vi que Irene ya se había tumbado y solo se había levantado la camiseta hasta dejar descubierta la barriga.

—Tranquilo, solo me van a hacer una ecografía. Te puedes sentar aquí.

Me señaló una silla a su izquierda. Al otro lado de la camilla había un monitor por el que supuse que veríamos al bebé. Solo entonces fui consciente de que iba a ver un feto en el vientre de su madre por primera vez. Después de la muerte de mi padre, fue Manuel quien acompañó a mi madre al hospital.

La doctora apareció unos minutos después. Hasta entonces los dos habíamos permanecido en silencio. Yo sin saber qué decir y ella sin saber hacia dónde mirar.

—¿Cómo te encuentras, Irene? Recuerda que debes estar tranquila y no hacer demasiados esfuerzos. —Por como la doctora le habló imaginé que ya conocía la muerte de su marido—. ¿Duermes bien?

—No, apenas consigo descansar tres horas seguidas.

Las dos continuaron hablando mientras la doctora encendía el monitor y untaba un líquido transparente y gelatinoso sobre la barriga de Irene. En la pantalla comenzaron a aparecer imágenes extrañas en blanco y negro. Había visto algunas fotografías de fetos y en todas ellas siempre se veía la cabeza y el cuerpecito del bebé pero allí yo no fui capaz de distinguir nada.

—Esperemos que esta vez el bebé deje que le veamos el sexo.

Pensé que ya debía tener imaginación esa mujer para llegar a distinguir ahí un pene o una vagina, o lo que fuera que le hiciera deducir el sexo del bebé.

—Y parece que esta vez sí vamos a tener suerte...

—¿Sí? ¿Qué es, qué es...?

Miré a Irene algo conmovido, porque por su voz deduje que estaba llorando. Y efectivamente, lloraba y reía a la vez, emocionada y triste... una mezcla extraña que me sorprendió.

—Es un niño.

—¡Un niño! —exclamó Irene entre sollozos.

¡Joder! Y esta vez no tenía las gafas de sol para ocultar mis ojos. Debía controlarme para no quedar en ridículo, así que desvié la mirada de nuevo hacia el monitor.

—¿Y cómo lo sabe? Porque ahí no se ve ninguna po... ningún pene.

La doctora me miró sorprendida e Irene se volvió hacia mí. Me sentí ridículo, había estado a punto de meter la pata, o mejor dicho, la había metido hasta el fondo. Sin embargo, Irene, aún con el rostro empapado por las lágrimas, empezó a reír a carcajadas. Supuse que serían los nervios o esa extraña mezcla de emociones que la abordaba, pero fuera lo que fuera lo que provocó su risa, a mí me encantó. Me encantó la forma de sus labios, el color en sus mejillas, el brillo en sus ojos, el sonido de sus carcajadas, la inclinación de su cuello, el movimiento de su pelo... Me encantó su instante de felicidad.

—¿Es tu hermano pequeño? —preguntó la doctora que aún seguía lanzándome una mirada de desaprobación.

—No, es un amigo.

“¡Un amigo, no un hermano pequeño, imbécil!”, pensé mirando a la ginecóloga con indiferencia. Porque estaba claro que la “eminencia capaz de detectar penes de bebés en monitores oscuros” había querido ofenderme con su pregunta. Pero en ese instante a mí no me afectó. Estaba demasiado orgulloso de haber hecho reír a Irene y demasiado absorto contemplando el efecto que mi metedura de pata había provocado en ella.

Las dos continuaron con su charla de doctora y paciente y yo seguí observándolas perdiéndome entre tanta palabrería extraña, pero sin dejar de analizar en detalle las expresiones de Irene. ¡Joder! ¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo podía estar triste, segundos después reír de esa forma tan maravillosa y de nuevo volver a los sollozos? ¿Cómo podía despertar en mí esa tristeza y

contagiarme a la vez su alegría? Me tenía embelesado y con el estómago subido en un carrusel. O se encogía con sus lágrimas o se regocijaba con sus carcajadas. Quería volver a verla reír de aquella forma, volver a quedarme con la boca abierta, salivando mientras la admiraba. Así que en aquel instante, mientras las dos parloteaban sin parar, me propuse un reto: hacer reír a Irene. No era un reto fácil debido a su situación, pero quise intentarlo, quise volver a meter la pata mil veces más delante de ella para que me regalara más instantes de felicidad.

—Pues debes comer. Entiendo que no tengas hambre y que estés triste, pero tienes que hacer un esfuerzo por el bien de tu hijo.

—De acuerdo, le prometo que me cuidaré.

—¿Has desayunado esta mañana?

—Todavía no —respondió Irene agachando la cabeza y limpiándose las lágrimas de sus mejillas.

La doctora se dirigió a mí con decisión.

—Que desayune ahora mismo.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —me levanté súbitamente y le saludé como si fuera un soldado.

Irene se volvió a girar y me sonrió divertida. Y aunque la doctora parecía algo molesta, me guiñó un ojo con un gesto de complicidad. Nos despedimos de ella y cruzamos la sala de espera en silencio. Y así seguimos hasta que entramos en el ascensor y la única pareja que estaba dentro salió en la segunda planta.

—¿En serio has estado a punto de decir polla?

La miré sonriente y me di cuenta de que aunque era esbelta todavía le faltaban varios centímetros para llegar a mi altura.

—Pues sí, ha sido un fallo técnico. Pero es que estaba flipando. ¿Cómo ha podido distinguir la po...? ¡Joder! El pene...

—Tranquilo, ahora ya puedes decirlo.

—¿Cómo ha podido ver ahí una polla? ¡Era imposible! O tu hijo está muy bien equipado o esa mujer ha visto muchas pollas en su vida.

Irene volvió a arrancar a reír a carcajadas, sujetándose la barriga con las manos. Dejé que continuara riendo mientras la observaba satisfecho. Había vuelto a conseguirlo y temí por un momento que aquel reto acabara convirtiéndose en un vicio. Pero no me importó, era un vicio agradable e inofensivo.

Cuando salimos del hospital caminé en dirección al coche. Irene me seguía por detrás.

—Espera, vas muy rápido. —Me giré y la vi casi jadeando—. No sé si te has dado cuenta, pero estoy embarazada.

—Perdona... —Me paré y la esperé hasta ponerme a su lado—. ¿Entonces dices que estás embarazada? ¿Y qué es, niño o niña?

Me miró sonriente y me guiñó un ojo con un movimiento de pestañas que casi me hace perder el equilibrio.

—¿Era lo que querías? Parece que te has alegrado mucho cuando la doctora ha dicho que era niño.

—A mí no me importaba el sexo pero Nacho tenía muchas ganas de que el primero fuera niño y por eso me he emocionado.

Llegamos al coche y le abrí la puerta, pero Irene no entró y se quedó de pie, mirando el interior del vehículo.

—¿Asientos deportivos?

—¿Son guapos, verdad? Estos son los mismos que llevan los pilotos de Rally. Te envuelven y sientes que estás atrapado en el vehículo, como si formarás parte de él... ¡Es flipante!

—Ya, supongo que debe ser muy emocionante conducir sentado ahí pero... —Se tocó la barriga y me señaló los cinturones de seguridad—. Será mejor que me siente atrás.

¡Joder! No lo había pensado. Los cinturones de esos asientos se abrochan delante y no debía ser muy cómodo para una mujer embarazada. Así que Irene entró en la parte trasera y yo le pregunté dónde quería que la llevara como si fuera un taxista. Mientras conducía la observé por el espejo

retrovisor. Me estuvo explicando que había quedado con un agente inmobiliario porque quería cambiar de vivienda. Debía ser duro volver a casa y que todo le recordara a Nacho. ¡Joder! La entendí perfectamente, al igual que entendí a mi madre diez años atrás cuando ella tomó esa misma decisión. Me dolió dejar el apartamento donde me había criado, donde tantos buenos momentos había vivido con mi padre, pero lo comprendí. Incluso a mí me dolía estar entre aquellas cuatro paredes, sin él, sin oír su voz, sin verle, sin la seguridad que me proporcionaba su sola presencia. Añoré durante unos años aquel apartamento hasta que empecé a trabajar y, pasando un día por la calle donde tantas veces había salido a jugar con mis amigos, vi que había un cartel de “se vende” colgado en la ventana. Fui a hablar con Luis y conseguí comprarlo a buen precio.

—Tengo un amigo que es agente inmobiliario, si quieres le hablo de ti. Te podría ayudar —le dije pensando en Luis.

—Te lo agradecería.

—Pues esta tarde le llamo.

Aparqué cerca de la agencia y bajé del coche para acompañarla hasta la puerta, pero antes de dejarla allí, pasamos frente a una granja de esas que venden todo tipo de dulces y donde puedes tomar un café. La agarré del brazo y la hice entrar.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Obedecer órdenes de la ginecóloga. Si vuelvo a verla no quiero que me mire con esa cara de “busca-penes”.

—¡Marcos! No tengo hambre.

—Pues te tomas un café o un vaso de leche o lo que sea que tomáis las embarazadas.

Sonrió y se sentó en una silla con resignación. Y, ¡menos mal que no tenía hambre! Se acabó devorando un croissant, una ensaimada, dos magdalenas y una taza de café con leche, ¡casi nada! Y yo, que aún tenía el bocadillo de beicon en la boca del estómago, solo me tomé un café mientras la contemplaba. Si ya me encantó verla reír a carcajadas, verla comer fue casi como un orgasmo. Después de cada mordisco que le daba al croissant

levantaba la vista y me sonreía con la mirada, agradecida, satisfecha... aquel fue otro instante de felicidad del que me sentí sumamente orgulloso.

—Eres informático como Raúl, ¿verdad? —me preguntó aún con la boca llena.

—Sí, estudiamos juntos en la universidad. Yo ahora programo aplicaciones con un amigo. Montamos un negocio y nos va muy bien.

Y mientras ella masticaba y me miraba con el brillo de la satisfacción en los ojos le expliqué qué tipos de aplicaciones programábamos. De ahí pasé al mundo de los *youtubers* y creo que ya no paré de hablar durante los siguientes veinte minutos. Aquello me sorprendió. Nunca he sido tímido ni introvertido, pero no me gustaba dar tantos detalles de mi vida, sin embargo con ella me sentí cómodo.

—¿Entonces hay gente que prefiere ver como jugáis en vez de jugar ellos mismos? La verdad, no lo entiendo.

—Pues hay muchos *youtubers* que se ganan así la vida. Los hay que tienen millones de seguidores.

—Parece surrealista —murmuró mientras se miraba el reloj de pulsera—. Marcos, tengo que ir a la agencia, deben estar esperándome.

—¿Te puedo acompañar?

Aún ahora me pregunto qué fue lo que me animó a hacer aquella pregunta, qué fue lo que me impidió separarme de ella. ¿No quería dejarla sola? ¿Quería ayudarla? No tenía la menor idea, pero me dejé llevar y acabé viendo tres apartamentos. Los tres situados en aquella zona, una barriada demasiado ruidosa según Irene. Tres apartamentos tristes, sucios y poco ventilados. De dos de ellos Irene salió con el rostro blanco como la nieve y una expresión de asco que daba pánico. Pero no exageraba, aquellas viviendas daban pena. Aunque tasaron muy bien su piso, debía cancelar una importante hipoteca y en sus condiciones Irene no quería endeudarse demasiado, así que su abanico de posibilidades se reducía a apartamentos pequeños, viejos y descuidados.

—No te preocupes, llamaré a mi amigo y él encontrará algo que encaje con tus necesidades —le dije después de despedirnos del agente

inmobiliario.

—Ojalá, Marcos, ojalá...

Subimos al coche e Irene se dejó apoyar en el reposacabezas del asiento trasero, triste y resignada. Nos mantuvimos en silencio durante el trayecto hasta su casa. Cuando llegamos le pedí su número de teléfono, le di el mío y se despidió aún afligida.

Volví al local donde Pedro me esperaba con cara de pocos amigos. No me extrañó, había salido a desayunar y no había vuelto hasta cuatro horas después. Me inventé cualquier excusa y continué con mi trabajo, preguntándome como podía ayudar a Irene.

CAPÍTULO 25 – NO TE DEJARÁ ESCAPAR

Vi a Sonia salir de la boca del metro mientras yo cruzaba la calle. Corrí para acercarme a ella y caminar juntos hacia *El Midas*, donde aquel sábado habíamos vuelto a quedar con nuestros respectivos amigos. Tenía ganas de hablar con ella a solas, antes de encontrarnos con Miguel, así que aproveché la ocasión para preguntarle sobre su relación con el periodista.

—El jueves me lo encontré saliendo del hospital. Es la primera vez que lo hace, la primera vez que se presenta allí para sorprenderme.

—Esto se pone interesante. Cuenta, cuenta, prima.

—Te lo explico, pero no me interrumpas.

“Aquel día uno de los niños hospitalizados por neumonía grave empeoró y los médicos llegaron a temer por su vida. Los padres de la criatura, de tan solo cuatro años, estaban destrozados. Los conozco porque yo soy una de las enfermeras que asiste al niño desde su ingreso. Fue un día terrible, aquellos días que deseas eliminar de tus recuerdos para siempre. Afortunadamente los médicos consiguieron estabilizar al pequeño y dentro de un par de días le darán el alta. Pero, a pesar del final feliz, yo salí aquel día agotada, sin fuerzas y triste por el sufrimiento que padecen esos niños.

Miguel estaba en la puerta del hospital, apoyado en una de las columnas de la entrada. Le pude ver a través del cristal de las puertas automáticas que dan a la calle. Estaba atento, buscándome entre todas las enfermeras, médicos y pacientes que a aquellas horas abandonaban el hospital para dirigirse a sus casas. Cuando me vio, se separó unos centímetros de la columna y alzó la mano derecha a la altura de su cabeza, saludándome para que le reconociera. Me acerqué a él arrugando las cejas.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote. Quería enseñarte algo. ¿Tienes planes?

—No —respondí afligida—. Y ahora mismo cancelaré cualquier cita, sea con quien sea, hasta con el mismísimo Brad Pitt.

Sonrió de medio lado y se acercó a mí. Agaché la cabeza, pero él alzó mi barbilla con dos dedos, con suavidad, consiguiendo que le mirara a los ojos.

—¿Qué ha pasado? Estás triste.

Le expliqué lo sucedido y él me escuchó como siempre hace, concentrado, escarbando en mis pupilas y buscándome más allá de mis palabras.

—Estoy muy cansada. ¿No puedes dejar para otro día lo que quieres enseñarme? —le pregunté en un susurro.

Me moría de ganas por saber la razón de aquella inesperada visita, pero aquel día no me acompañaban las fuerzas.

—Sí, podríamos esperar, pero después de lo que me has contado, creo que hoy es el mejor día. —Me cogió de la mano y empezó a caminar hacia donde había aparcado el coche—. Tú confía en mí.

Confiaba en él, pero no sabía si iba a poder confiar en mí misma. Estar a su lado me hace sentir cosas que no debería sentir, emociones que pueden poner en riesgo mi corazón y mi orgullo propio. Pero fui incapaz de negarme, porque tenía las energías bajo mínimos y porque anhelaba estar con él, aunque solo fuera como amigos.

Una vez en el coche, Miguel condujo en silencio, girándose para mirarme cada vez que paraba en un semáforo. Me sonreía y me guiñaba un ojo, con cariño, como si quisiera borrar la tristeza que había quedado impregnada en mi rostro.

Salimos de la ciudad y nos adentramos en un camino rural cuyo sendero había sido dibujado por árboles perfectamente alineados. Aparcamos cerca de una casa de campo de dos plantas, con fachada de piedra y ventanas de madera rústica.

—Hace un par de semanas estuve aquí para informarme sobre un nuevo sistema de cultivo ecológico. Tenía que escribir acerca de ese tema y vine para documentarme —me explicó Miguel mientras caminábamos por el acceso que conducía a la casa.

El paisaje era precioso. Campos verdes de trigo, balas de paja,

almendros que comenzaban a florecer y el atardecer cubriéndolo todo con su pañuelo de seda anaranjado.

—La propietaria de la finca se llama Joana y ella me presentó a Sandy.

—¿Sandy? —pregunté curiosa por el tono que había utilizado para pronunciar su nombre.

—Te encantará conocerla.

Miguel golpeó el picaporte de hierro que colgaba del portón de la casa y una mujer mayor de unos setenta años de edad nos abrió. Era menudita, con el pelo canoso recogido en un moño y una enorme sonrisa.

—Miguel, pasa, pasa, os estaba esperando. —Se acercó a mí y me dio dos besos—. Tú debes ser Sonia.

Asentí con la cabeza incapaz de decir nada. ¿Por qué Miguel le había hablado de mí? Busqué una respuesta en sus ojos, pero él se limitó a sonreírme con una expresión de felicidad que me desconcertó.

—Pasad, Sandy está en el patio.

Entramos en la casa, atravesamos el salón principal, la cocina y salimos a un patio trasero cubierto por un frondoso parral. Joana nos señaló una de las esquinas de aquella acogedora estancia y tuve que llevarme las manos a la boca para evitar emitir un grito de sorpresa y emoción. Dentro de una gran caja de cartón había siete cachorros de Bichón Maltes, una de las razas de perro que me tienen enamorada. Blancos, con el precioso pelaje que les caracteriza y esos encantadores ojos negros. Corrí hacia ellos y me tiré literalmente al suelo, con la chaqueta, el bolso y sin importarme la suciedad sobre la que me senté. O me tumbé, porque recuerdo que apenas unos minutos después ya estaba estirada en el suelo con cinco de los cachorros encima de mí. Los cogí, los abracé, los acaricié, nos olimos, nos hicimos cosquillas y nos baboseamos hasta que fui consciente de que no estaba sola. De que al otro lado de la caja de cartón, Miguel me observaba sonriente, con la misma expresión de felicidad con la que poco antes me había desconcertado. En aquel momento entendí su expresión.

—¿Sabías que me encanta esta raza de perro?

—Lo comentaste una vez... Creo que estábamos en la bolera y hablábamos sobre mascotas.

Tenía razón. Recordé aquel momento porque estábamos celebrando que me acababan de admitir en el hospital para hacer prácticas. Fue a principios de diciembre. Habían pasado tres meses y Miguel no había olvidado mis palabras. No supe qué decir, me emocioné, me sonrojé y contuve las ganas de saltar sobre aquella caja de cartón y besarle hasta dejarle sin aliento. Pero, a pesar de ese instante de debilidad, frené mis impulsos y seguí jugueteando con los cachorros.

Joana se fue a la cocina y volvió sorprendiéndonos con una limonada casera y unas galletas de chocolate y pasas que ella misma había elaborado. Merendamos allí sentados, con Sandy y su traviesa camada. Durante aquella hora y media fui feliz, logrando olvidar mi tristeza y mi cansancio. Con pesar, nos despedimos de Joana y de los cachorros prometiéndoles que volveríamos en unos días.

—Muchas gracias. Tenías razón, no podías haber elegido mejor día —le dije a Miguel mientras nos dirigíamos hacia el coche.

Él no respondió, se limitó a caminar en silencio, sin mediar palabra, sin mirarme a los ojos. Así pasamos los siguientes minutos dentro del vehículo. Él condujo ausente y yo volví a sufrir esa angustia que me provoca su rechazo, el dolor que siento cuando estando juntos me castiga con su distanciamiento. Así es Miguel conmigo, una de cal y otra de arena, hoy deseo que te quedes, hoy te sorprende regalándote una hermosa hora y media de absoluta felicidad y otro día te pido con buenas palabras que te vistas y te vayas de mi lado.

Continuamos así hasta llegar a la calle donde vivo con mis padres. Paró en doble fila y puso los cuatro intermitentes. Pensé que se iba a despedir, pero permaneció durante unos segundos mirando el final de la calle.

—Quiero que sepas que me alegro mucho por ti. —Me giré para hacerle comprender que no había entendido sus palabras, pero él seguía con la mirada perdida en el horizonte—. Ayer estuve con Marcos y me dijo que tú le gustas de verdad. Si es listo no te dejará escapar”.

—¿Se alegraba por mí? ¿Después de aquella maravillosa noche juntos

y esa tarde inolvidable me dice que espera que tú no me dejes escapar? No le respondí, salí del coche encrespada, disgustada con él y conmigo misma. Por imbécil, por dejarme embaucar, por haber permitido que me enamorara como una ilusa. Se acabó, Marcos, voy a dejar de ser la tonta enamoradiza y ahora seré yo la que juegue con ventaja, la que oculte un as en la manga. A partir de ahora será un amigo más. ¿Quiere eso? Pues eso va a tener...

—¡Joder, prima! ¿Si te pido que me firmes un autógrafo en el pecho lo harás?

—¡Marcos! —gritó Sonia antes de empezar a reír.

Me abrí dos botones de la camisa y le enseñé un hombro.

—Aquí, por favor, y con un rotulador permanente... Y me escribes: para mi fan número uno.

—¡Marcos! Que esto es serio, deja de reírte de mí.

—No me río de ti, intento hacerte reír, que no es lo mismo. —La cogí de los hombros para que me mirara a los ojos—. Creo que has tomado la decisión correcta. Ese tío acabará cayendo a tus pies, es cuestión de tiempo. Mientras tanto, lo que tú debes hacer es darle de su propia medicina. Que él quiere que seáis amigos, bien, pues tú le tratas como si fuera uno más. Y deja que piense que yo estoy al acecho, eso, además de ayudarte, hace que todo sea más divertido.

—Eres malo, pero te adoro.

Entramos en *El Midas* riéndonos. Raúl ya estaba sentado, esperándonos y Sonia y él no tardaron en entablar conversación cuando me dirigí a la barra y les dejé solos. Vi a mi amigo mejor, más animado, a pesar de lo mucho que debía estar echando de menos a su compañero. Mientras esperaba a que el primo de Pedro me sirviera una cerveza, pensé en Irene. Le había dado muchas vueltas a su situación y estaba realmente dispuesto a ayudarla. Y como no, también estaba ansioso por volver a verla reír a carcajadas. ¡Joder! Sonreía como un estúpido al recordarla. Pagué mi bebida y pensé en regresar con mis amigos lo antes posible. Debía entretenerme con ellos porque tener a Irene en mis pensamientos con tanta frecuencia

empezaba a ser preocupante.

Aunque lo realmente preocupante fue encontrarme cara a cara con Natalia, la amiga de Sonia y la misma chica que me había follado en el coche el sábado anterior. Se acercó con Laura, se sentó con nosotros, saludó a sus amigos y actuó como si aquella fuese la primera vez que nos veíamos, como si una semana atrás no hubiese estado sobre mí balanceándose y gimiendo de placer. Y aunque aquello no fue más que un rollo, sexo impersonal sin más importancia, me sentí incómodo. Vale, yo no tenía nada con Sonia pero sus amigos pensaban que sí, sobre todo Miguel. Y aquello me dejaba en una extraña situación. ¿Qué debían estar pensando sus amigas?

Tenía que decírselo a mi prima. Sin más demora.

—Sonia —susurré su nombre al oído mientras ella se reía por un comentario de Laura—. Escucha lo que te voy a decir pero disimula tu sorpresa.

Se giró sonriente pero sus ojos me miraron temerosa. Y mientras rozábamos nuestras mejillas como dos adolescentes enamorados, le expliqué entre murmullos lo sucedido la semana anterior con su amiga. Mientras le hablaba, casi con mis labios sobre su cuello, ella enredó sus dedos en algunos de mis mechones. Cuando acabé, Sonia soltó una risilla divertida que me sorprendió. No se escandalizó como hubiese esperado, pero enseguida comprendí el porqué. Sus ojos no habían abandonado los de Miguel, que permanecía tieso a mi lado. Incluso llegué a oír su respiración, ronca y acelerada. Estaba agonizando por culpa de los celos y ella lo sabía, le había estado provocando, devolviéndole gramo a gramo, minuto a minuto, todos y cada uno de sus desplantes. La timidez de mi prima era historia, una excusa que ella misma utilizaba para ocultar a la mujer lista de cojones que se ocultaba tras sus inocentes ojos. Sonia estaba aprendiendo y yo me sentí orgulloso de ella. Pero, ¿se había enterado bien de lo que le acababa de explicar? Supuse que no...

Propuse cambiar de garito y nos dirigimos a una discoteca cercana. Intenté acercarme a Sonia e insistir sobre lo de Natalia, pero Miguel se adelantó y fue él quien la acompañó hasta llegar al local. Una vez dentro, después de pedirme algo para beber, busqué de nuevo a mi prima pero esta vez me encontré de frente con Natalia.

—¿Tú eres gilipollas o qué?

—Para, para... esto no es lo que parece.

—No me vengas con esa frasecita, que está muy sobada ya... ¿Qué coño estás haciendo con Sonia?

—Nada...

—Sonia no se merece un tío como tú —me interrumpió enfadada.

—¿Por qué? ¿Porque me lío con tías como tú? —Se sorprendió por mi respuesta y antes de que levantara la mano para abofetearme, sujeté su muñeca para frenarla—. Vale, está bien... no tenía que haber dicho eso, pero hazme un favor. —La sujeté por los hombros e hice que se girará ciento ochenta grados—. Mira eso...

Me acerqué a su oreja desde atrás y le susurré al oído.

—Sonia me pidió que no os lo contara y no lo voy a hacer. Solo te pido que analices más allá de lo que ves, que estudies cada gesto, cada sonrisa, cada mirada... —sujeté su cabeza con las dos manos y la hice mirar hacia donde Sonia contemplaba con el ceño fruncido a Miguel mientras este hablaba con una rubia despampanante, sin apartar los ojos de mi prima, provocándola al igual que ella había hecho unos minutos atrás.

Y no hacía falta tener un máster en psicología para adivinar lo que allí estaba sucediendo.

—¿Miguel?

—¡Premio para la señorita! —Natalia se giró buscando mis ojos—. ¿Te apetece tomar algo? —asintió y se sentó en uno de los taburetes de la barra.

—Entonces, ¿este juego que os lleváis entre los dos?

—Le dije a Sonia que se dejara llevar para poner celoso a Miguel. La conozco desde que tengo ocho años y para mí es como una prima, así que tranquila, no va a acabar con un tío como yo... —le reproché, aún molesto por sus palabras.

—Perdona, no debí decir algo así sin conocerte, entiéndelo, estaba preocupada por mi amiga.

—No pasa nada.

Le di su bebida y empezamos a hablar. Pedro le había explicado a lo que nos dedicábamos y en pocos minutos me sorprendí conversando con ella sobre programación. Con Natalia se podía hablar de cualquier tema, era muy culta e inteligente y me agradó mucho su compañía.

Cuando nos dimos cuenta de que los demás se habían ido decidimos hacer lo mismo y la acompañé hasta su casa. Fue increíble como apenas siete días atrás la había visto salir del coche después de un polvo rápido, sin saber ni tan siquiera su nombre, y en aquel momento me despedía de una nueva amiga.

CAPÍTULO 26 – NUNCA TE ABANDONARÉ

No me apetecía comer con ellos aquel domingo, pero ¿quién le decía que no a mi madre? ¿Cómo negarle nada a la mujer que lo ha sido todo para mí cuando te llama con esa vocecita de súplica? Sí, tengo una debilidad, tiene nombre y se llama Marisa. La persona más tozuda, paciente y bondadosa que conozco. La mujer que no solo se había limitado a darme la vida sino que además pretendía enderezarla a toda costa. “Marcos, déjate de juegos, ya no tienes edad”. “Marcos, debes tomarte en serio tu trabajo”. “Marcos, no salgas con tantas chicas y piensa en sentar la cabeza”. ¿Sentar la cabeza? Siempre me he reído de esa expresión. ¿Sentar la cabeza significa casarse, tener hijos y dejar crecer la barriga? ¿Sentar la cabeza significa ser más responsable y serio? ¿Sentar la cabeza significa dejar de divertirse y ser infeliz? Supongo que a eso no se refería mi madre porque sé que ella me quiere, desea para mí todo lo mejor, así que siempre quise pensar que sentar la cabeza significaba “Marcos, haz lo que te apetezca, no permitas que nadie maneje tu vida y sé feliz”. Y ahí estaba yo, haciendo caso de los maravillosos consejos de mi madre y sentando la cabeza como un buen hombre.

Llamé tres veces al timbre antes de abrir con mi propia llave. Lo hacía así desde que unos meses después del primer aniversario de la muerte de mi padre, me encontré a mi madre y a Manuel besándose en la cocina. Les grité insultos que apenas recuerdo y salí corriendo. Corrí hasta dejar atrás el barrio, hasta salir de la ciudad, hasta atravesar un bosque, hasta que no pude más. La policía me encontró la mañana siguiente, dormido, en el banco de un parque infantil, a casi veinte kilómetros de mi casa. Tenía dieciséis años y aunque Manuel ya vivía con nosotros desde el nacimiento de mis hermanos, yo aún no había asumido aquella unión. Y verlos besándose hizo estallar mi ira, mi odio y mi dolor. Desde entonces, a pesar de tener llave, llamaba antes de entrar.

Mi madre estaba en la cocina preparando uno de sus platos favoritos. Canturreaba una canción mientras introducía el solomillo de lomo a la sal en el horno. Le encantaban las reuniones familiares, tenernos a todos juntos bajo

el mismo techo, es decir, le encantaba saber que ese día yo iba a sentarme con ellos en la misma mesa. Me acerqué a ella silenciosamente y, desde atrás, tapé sus ojos con mis manos.

—Dime quién acaba de llegar.

—¿El hijo al que quiero con locura pero que me vuelve loca con sus tonterías? —Siempre respondía lo mismo. Se giró y me miró con una sonrisa en la boca y frunciendo el ceño—. No me has llamado en toda la semana.

—Lo sé, mamá, perdona he estado muy liado.

—Ya, ¿con alguna de tus novias? —pensé en Irene pero agité la cabeza súbitamente para alejar sus carcajadas de mi mente.

—No, liado con el trabajo.

—Eso es una novedad... ¿Algún proyecto nuevo? —preguntó mientras continuaba cortando la cebolla que tenía sobre la tabla de madera.

—Un cliente nuevo.

—Bien, me alegro. Eso quiere decir que la empresa va bien.

Cogí una zanahoria que mi madre ya había pelado y la empecé a mordisquear.

—¿Y los enanos? ¿Jugando con la Play?

—No, han salido los tres en bicicleta.

Si había algo que admiraba de Manuel era su pasión por los deportes. Había practicado multitud de ellos desde que era un adolescente: natación, ciclismo, tenis, senderismo y la razón por la que conoció a mi padre: la escalada. Mantenerse en forma era importante para su trabajo pero además disfrutaba haciéndolo. Corría media hora todas las mañanas, se escapaba al gimnasio siempre que podía y salía en bicicleta con Pablo y Nico todos los fines de semana. Y a mis hermanos, por mucho que me pesara decirlo, les encantaba compartir esa afición con Manuel. Me dolía recordarlo, pero yo también había disfrutado con él de esos momentos de sudor y adrenalina.

—¡Marcos!

Oí los gritos de Pablo y Nico y me giré para verles entrar en la cocina,

con los cascos, las gafas de sol, los culotes y los guantes de bicicleta. Las piernas salpicadas de barro me hicieron recordar por un momento las veces que Manuel y yo habíamos acabado recubiertos de lodo después de recorrer rutas forestales y cruzar riachuelos. Pero aquello había sido una falsa ilusión, un montaje perfectamente diseñado por el personaje más hipócrita que había conocido, con la única finalidad de apoderarse de nuestras vidas y de nuestra intimidad.

Saludé a mis hermanos con nuestro particular choque de manos y tiraron de mi brazo para arrastrarme hasta su habitación.

—Papá nos ha llevado hasta un riachuelo y nos ha explicado cómo te caíste en él y acabasteis los dos cubiertos de barro —dijo Nico sonriente mientras se desabrochaba la correa del casco.

—No es vuestro padre —les reiteré por enésima vez, pero ellos ignoraron mi comentario... como siempre.

—¿Cuándo vas a salir con nosotros en bici? —preguntó Pablo mientras apretaba el botón de encendido de la PlayStation.

—Pásame el mando que os voy a enseñar un par de trucos en el FIFA.

Y ahí se zanjaban nuestras conversaciones más profundas, ahí acababa mi responsabilidad de hermano mayor, ahí ellos dejaban de tener un ejemplo a seguir para tener a un simple colega de juegos.

Volvimos a la cocina cuarenta minutos después, al tercer grito de mi madre. Entramos sonrientes y hablando sobre la partida que acabábamos de jugar, cuando alcé la vista y me los encontré de nuevo allí, abrazados y besándose, la misma puta escena que no había conseguido borrar de mi mente en nueve años. Miré hacia otro lado y apreté los dientes. Conté hasta veinte para contener las ganas de salir de allí corriendo e irme de aquella jodida casa. Pero las dos personillas sonrientes sentadas a mi lado, los mismos niños que aquel día dormían en sus cunas mientras ellos se besaban, no tenían culpa de nada. Debía quedarme, por Pablo, por Nico y por mi madre, porque ella estaba ciega, llevaba una espesa venda que le tapaba los ojos y era incapaz de ver la realidad. Y me necesitaba a su lado para cuando abriera los ojos, porque alguien debía estar allí cuando ella por fin asumiera su error.

—¡Hola, Marcos! ¿Cómo va todo? —me preguntó Manuel.

El cabrón era listo. A pesar de mis desplantes y a pesar de la multitud de veces que había mirado hacia otro lado para no responder a sus saludos, él seguía intentándolo, continuaba en su afán de rebobinar nuestras vidas y volver al punto en el que yo le consideraba un semidiós.

—Mamá, la comida huele fenomenal —dije mirando a mi madre—. ¿Comemos ya? Estoy hambriento.

Empezamos a devorar el solomillo, juntos en la misma mesa, como a mi madre le gustaba, pero a kilómetros de distancia. Yo mantenía conversación con mis hermanos y ellos nos observaban en silencio. Mi madre incómoda y Manuel resignado. Sabían perfectamente que mi indiferencia hacia ellos era mi castigo, mi forma de hacerles saber que continuaba en desacuerdo con aquel matrimonio. Acabamos de comer y mis hermanos volvieron a su habitación para jugar con la Play. Hubiese ido con ellos pero después de recoger la mesa Manuel solía dejarnos a solas para tomar el café. Sin embargo aquella vez no lo hizo. Se quedó allí, inmóvil, sentado frente a mí.

—Ivonne me ha dado recuerdos para ti. Está esperando que te dejes caer por allí algún día, al fin y al cabo tú también eres su jefe. —Sonrió falsamente y se echó hacia atrás para recostarse en la silla—. Pásate un día por el local y te explico algunos cambios que quiero hacer en el negocio.

—Haz lo que tengas que hacer —murmuré haciéndome el desinteresado.

—Nos iría bien algo de ayuda, el punto de vista de un joven deportista como tú... —continuó.

—Yo ya no practico ese tipo de deportes.

—Pero los practicabas y los conoces perfectamente —insistió mientras yo me iba agobiando.

—Mira, me importa poco lo que hagas o dejes de hacer con la empresa, así que deja de tocarme las narices.

—¡Marcos! —exclamó mi madre—. Al menos podrías mostrar un poco de interés. A tu padre le hubiese gustado...

—¿A mi padre? —oír hablar a mi madre de él delante de Manuel me

sacaba de quicio—. ¿Ahora sí te acuerdas de mi padre?

—Hijo, no empecemos con eso...

—Aquí nadie recuerda a mi padre, nadie. Mis hermanos no lo reconocen como tal y tú, tú... —iba a seguir diciendo algo pero Manuel dio un golpe con la palma de la mano en la mesa.

—¡Cuidado con lo que le dices a tu madre!

—¡Le digo lo que me da la gana!

—¡Parad ya los dos! —Mi madre alzó la voz y se levantó de la silla mientras nosotros nos mirábamos fijamente.

—Manuel, ya soy mayorcita para defenderme sola de los berrinches de mis hijos y tú, Marcos... —Se situó frente a mí y me señaló con un dedo—. Te lo he dicho varias veces y te lo vuelvo a repetir: ni tu padre era tan bueno...

—¡Joder, mamá, no volvamos a lo mismo de siempre!

—Hijo, deberías saber algunas cosas...

—Marisa, no... —le suplicó Manuel.

—Pero yo no quiero saber, mamá, así que déjalo.

—Tu padre y yo nos íbamos a separar.

—¿Cómo? —me quedé frío mirándola pero en pocas décimas de segundo reaccioné—. ¡Claro! Porque le estabas poniendo los cuernos con su mejor amigo...

—No, porque tu padre me fue infiel. Dos veces.

Abrí los ojos como platos sin querer creer lo que me estaba diciendo mi madre. Me quedé durante unos segundos petrificado. No supe qué pensar, qué decir ni cómo reaccionar. Cerré los ojos y dejé caer mi rostro sobre las palmas de mis manos, apoyadas en la mesa. Me quedé así durante lo que para mí fue una eternidad. Hasta que empecé a notar que mi sangre hervía, que mi piel enrojecía y que la ira me iba a hacer explotar.

Alcé la cabeza y miré a mi madre con los ojos cargados de odio.

—¡Eso es mentira! —grité mientras me levantaba de la silla—. ¡Eso

es una puta mentira que os habéis inventado para joderme más la vida!

Di un golpe en la mesa y salí corriendo de la cocina, de aquella casa y de la ciudad. Al igual que cuando tenía dieciséis años, salí huyendo de allí, conduje kilómetros y kilómetros, por autopistas, carreteras y caminos de campo, hasta que paré en medio de la nada, en la oscuridad de un hosco atardecer, con lágrimas en los ojos y las uñas clavadas en el volante del vehículo.

El frío del amanecer me hizo estremecer y abrí los ojos sobresaltado. Por unos segundos no supe dónde me encontraba. Estaba aturdido y muy cansado. Me había quedado dormido en el asiento del coche, en un camino rodeado de campos de trigo. Arranqué el motor y di media vuelta. Cuando regresé a la ciudad tenía un terrible dolor de cabeza y pasé por el local para advertir a Pedro de que ese día no iba a poder trabajar y rogarle que aplazara la reunión con el nuevo cliente. Cogí mi portátil y me fui a mi apartamento. Una vez allí intenté dormir pero no pude. En mi mente no cesaban de transcurrir escenas borrosas de mi infancia o de mi adolescencia. Necesitaba rememorar algunas de ellas, sobre todo las más cercanas. Debía analizar cada palabra, cada gesto, cada comportamiento extraño por parte de mis padres.

Después de la muerte de mi padre, mi cerebro había almacenado en la memoria solo aquellas imágenes en las que estábamos los tres juntos, momentos felices, divertidos, momentos en familia. Aquellos instantes a los que me había aferrado para recordar a mi padre como al mejor hombre, marido y padre. Otras escenas habían sido relegadas a la oscuridad del olvido, a las sombras de la indiferencia. Había querido proteger la figura de mi padre para siempre, salvaguardando también mi infancia.

Pero aquella noche, después de parar el vehículo en aquel camino, sumido en el silencio de la noche, supe que una parte de mí había estado obviando detalles tristes y arrinconando escenas de desamparo. Debía intentar recuperarlas, buscar explicaciones y afrontar de una vez por todas lo que mi madre había querido que yo entendiera, lo que llevaba años insinuándome.

Solo había un lugar donde podía rememorar todos aquellos instantes,

solo en el piso donde había vivido aquello que había querido olvidar.

Me di una ducha y me dirigí a la casa que había sido de mis padres, mi casa, en la cuarta planta del número veintitrés de la calle Alfonso XII. Un apartamento de apenas ochenta metros cuadrados, dos habitaciones y un enorme ventanal que dejaba que el sol desbordara su luz en el salón. Situado en una barriada tranquila, pero rodeada de tiendas, pequeños supermercados, parques infantiles y un colegio de primaria a dos manzanas. Desde que me hice con él había sido mi mayor secreto y aunque siempre quise disfrutarlo en soledad, a veces también me imaginaba viviendo dentro de aquellas cuatro paredes, formando mi propia familia e imitando la felicidad que recordaba de mi infancia. Una felicidad que en aquel instante resultaba borrosa.

Hacía un par de semanas que no había pasado por el apartamento pero aún olía a pintura. Levanté las persianas y abrí las ventanas del salón. Tropecé con algunos botes de acrílico que había dejado en el suelo pero afortunadamente estaban bien tapados. Con la luz natural se distinguían mejor los cuatro esbozos que había dibujado con carbón en la pared del salón. Las montañas, las rocas, el cielo, las nubes y el sol en el horizonte componían el paisaje de fondo de todas aquellas ideas, aquellas líneas imaginarias que mis manos habían plasmado sobre el yeso, sin ningún objetivo claro, simplemente porque me apetecía. Y es que dibujar era mi pasión oculta, otro de los secretos que guardaba celosamente. Una afición que solo conocía mi madre.

Mentira.

Una vez más había arrinconado un recuerdo importante de mi infancia: las múltiples ocasiones en las que le mostré a Manuel mi bloc de dibujo y él los admiró con orgullo, guardándome el secreto y animándome a continuar creando.

Recogí los botes de pintura, los guardé en una de las cajas de cartón que estaban amontonadas en la cocina y me dirigí a mi habitación, la estancia donde había pasado la mayoría de mi infancia. Abrí la ventana para que el olor a pintura no acabara provocándome dolor de cabeza y con la luz del sol pude admirar el paisaje que había acabado de pintar dos semanas antes. Había pensado en cambiar el color de la habitación, incluso había comprado los rodillos y la pintura, pero un día, sin entender muy bien el porqué, cogí un

lápiz y empecé a dibujar sobre el yeso. Permití que mis sueños dieran vida a aquella pared y acabé plasmando en ella momentos de mi infancia.

Me senté en el sillón individual que había comprado para descansar después de pintar y contemplé aquel recuerdo. Pasados unos minutos cerré los ojos y rebusqué en mi interior.

Mi madre trabajaba en aquellos entonces como cocinera en un bar de tapas cercano y los lunes libraba. Hacía un mes que yo había comenzado el tercer curso en la escuela de secundaria y aquel lunes me extrañó no ver a mi madre en casa. Me había dejado preparado un enorme plato de macarrones con tomate y un papel escrito en la mesa de la cocina: “he ido al médico para una revisión, no olvides colocar el plato en el lavavajillas”. “¿Por qué siempre me lo recordaba?”, me pregunté, pero ya se sabe, las madres son así. Después de vaciar el plato, me dirigí a mi habitación, cerré la puerta, puse en marcha el reproductor de compact disc y me senté frente al ordenador, como solía hacer todas las tardes.

Un par de horas después noté que alguien había entrado en casa dando un portazo. Imaginé que se trataba de mi madre, cargada de bolsas de la compra y dándole una patada a la puerta para cerrarla tras de sí. Continué absorto en el monitor y aislado del ruido exterior gracias a los grupos de pop-rock que escuchaba en aquella época. Pero en uno de los descansos de pocos segundos entre canción y canción creí oír unos gritos. Sin bajar el volumen de la música, abrí la puerta de mi habitación y asomé la cabeza con curiosidad. Al final del pequeño pasillo pude ver la silueta de mi madre en el salón. Hablaba con alguien pero desde allí no pude adivinar de quién se trataba. Parecía alterada, movía los brazos de lado a lado y no cesaba de negar con la cabeza. Se sentó en el sofá apoyando la cabeza en la palma de las manos y entonces la oí llorar. Y aunque me había acostumbrado a verla llorar después de discutir con mi padre, aquella vez no supe qué hacer, su llanto era desgarrador, y me quedé allí de pie, observándola y sintiéndome impotente. Unos segundos después, cuando parecía que los sollozos cesaban, vi aparecer a mi padre. Supuse que había estado allí en todo momento, oculto tras el marco de la puerta del salón. Se acercó al sofá y se arrodilló delante de mi madre. Le oí pedirle perdón en reiteradas ocasiones, pero ella no respondió. Tras secarse las lágrimas de la cara, ella le señaló la puerta de la

calle y él se fue.

Entré en mi habitación y corrí hasta dejarme caer sobre la cama. Empecé a imaginarme lo peor, que mi padre se marchaba, que no regresaba nunca más, que mi madre y yo nos íbamos de la ciudad, que dejaba de ver a mis amigos, que no podía volver a hacer escalada, que ya nada iba a ser lo mismo. Debía hacer algo para evitar que todo mi mundo se tambaleara, así que decidí salir en su búsqueda.

Mi madre ya no estaba en el salón, limpiaba la mesa de la cocina y le oí gritar mientras salía de casa.

—Marcos, te dije que colocarás el plato en el lavavajillas.

¡Como si aquello fuera lo realmente importante en aquel momento! Mi felicidad estaba sujetándose de una roca, colgada en un precipicio, con una sola mano y sin arnés que la protegiera, pero lo más importante para mi madre era tener la cocina recogida y limpia.

Llevaba algo de dinero en los bolsillos así que subí en el primer autobús que me podía acercar al centro de ocio donde trabajaban Manuel y mi padre, a las afueras de la ciudad. Cuando bajé del vehículo me dirigí al bar donde había encontrado muchas veces a mi padre, reunido con algunos monitores o con posibles clientes. Allí no estaba, así que fui directo al local donde se encontraba la recepción, la oficina, el aula para las clases de escalada y el almacén con todo el material. Ivonne estaba sentada frente al ordenador y, a diferencia de otras veces, no sonrió al verme. Supuse que leyó el miedo en mi rostro o quizá ella sabía algo que yo desconocía.

—¿Está mi padre? —Negó con la cabeza—. ¿Y Manuel?

—Marcos, Manuel no está... se ha ido...

—¿Se ha ido? ¿Qué quiere decir que se ha ido?

—Pues... que tenía que salir... un momento... —respondió nerviosa.

Entré en el almacén para comprobar si seguían allí sus arneses, cogí el mío y salí al exterior. Anduve el kilómetro y medio que me llevaría hasta la primera pared y la escalé con total confianza, conociendo cada hendidura, cada saliente, cada milímetro de roca y recordando las miles de veces que lo había hecho con él. Continué caminando a pie hasta la siguiente pared. Así

fui ascendiendo hasta llegar a mi rincón favorito, aquella gran roca sobre la cual se podía divisar el horizonte, los atardeceres más increíbles y todas y cada una de las estrellas del universo. Me senté y esperé. Esperé que llegara él y se situara a mi lado, como tantas veces había hecho. Que compartiéramos uno más de los mil momentos compartidos. Que nos explicáramos una vez más los sueños vividos y los sueños por vivir. Esperé para confirmar que nada había cambiado y que todo iba a continuar igual.

—¿Marcos, estás bien? —Oí su voz tras de mí.

Negué con la cabeza, intentando controlar las lágrimas.

—Prométeme que nada va a cambiar, que no te vas a ir y que no me vas a dejar solo... —supliqué.

Se sentó a mi lado, llevó su mano a mi cabeza y me despeinó como siempre solía hacer.

—Te prometo que no me voy a ir y que nunca te abandonaré.

El timbre de mi teléfono móvil me devolvió al presente. Abrí los ojos y por un momento no supe dónde lo había dejado. Salí de mi habitación y me guié por su sonido hasta encontrarlo en la cocina. Cuando lo tuve en la mano me sorprendió ver su nombre escrito en la pantalla y acepté la llamada al momento.

—¿Irene?

CAPÍTULO 27 – LA CAMISETA DE LA SUERTE

—¿Marcos? Soy yo, Irene. Verás, me ha llamado tu amigo, el de la agencia inmobiliaria, quiere que vaya esta tarde a ver unos apartamentos y me preguntaba... Perdona, debes estar trabajando.

—No, Irene. Hoy tengo el día libre. ¿Qué me ibas a decir?

—Sí... yo me preguntaba si querías acompañarme. No me siento con fuerzas para afrontar sola otra jornada de pisos malolientes y pegajosos. —Oí que imitaba el ruido de una arcada y sonreí imaginándomela—. Pero si estás ocupado, no pasa nada, no te sientas obligado...

—En quince minutos estoy ahí.

Tan solo necesité diez para llegar a la puerta de su casa. Irene ya estaba en la calle y entró en la parte trasera del vehículo con la cara desencajada. Le iba a preguntar si se encontraba bien pero pensé ¿para qué preguntar si ya conoces la respuesta?, ¿para qué recordarle su realidad? Además, cuando mi mente se dedicaba a surcar por el tiempo, a escarbar en el pasado o a cuestionar el presente, lo que menos me apetecía era hablar.

Y por esa razón aquella tarde los dos permanecimos en silencio, saludando con escasas palabras a Luis y dejándonos llevar por su palabrería de vendedor. Pisos con ascensor pero muy pequeños, aunque perfectos para limpiar, según mi amigo. Pisos sin ascensor pero con unas vistas espectaculares por las que merece la pena subir cien escalones cargados con las bolsas de la compra, según Luis. Pisos viejos pero con muchas posibilidades si en algún momento de tu ya ajustada vida decides hacer obras y contratas a albañiles, fontaneros, electricistas y carpinteros, profesionales baratos en aquellos entonces, según nos explicó Luis. Pisos sin ventanas al exterior, con escasa luz pero sin ruidos ni contaminación, según mi amigo. Y por último, pisos sucios, descuidados y con paredes de papel, con algunos defectos, pero a muy buen precio, según él, por supuesto.

Nos despedimos de Luis con la sensación de que vivíamos un *déjà vu* de frustración y desilusión. Caminamos en silencio hasta donde había estacionado el coche, evitando así complicar más la situación. Irene estaba

cabizbaja y triste y yo no me encontraba mucho mejor. Mi cabeza era un disco duro de 20 megas sin capacidad para guardar un archivo más. Necesitaba resetearlo, así que, antes de abrir la puerta del coche, me paré frente a Irene, la miré a los ojos y pasé mi brazo por su espalda para animarla a continuar caminando.

—Vamos. —La guié hacia el Parque de la Ciudadela, que se encontraba a unas tres manzanas de allí—. Demos un paseo, nos irá bien.

No dijo nada. Se limitó a caminar en silencio, dejando que yo decidiera. Entramos en el parque y seguimos uno de los caminos que lo rodea. Nos fuimos parando allí donde la gente se agrupaba para admirar a los artistas callejeros que actuaban sobre el césped. Cuando la actuación finalizaba o cuando a uno de los dos le parecía que había llegado el momento de continuar andando, simplemente lo hacíamos y el otro le seguía en silencio. Estuvimos así casi una hora hasta que Irene buscó un banco para sentarse.

—Estoy agotada —susurró.

Me senté a su lado y continuamos unos minutos sin hablar hasta que noté un vacío en el estómago.

—¿Cuánto tiempo hace que no vas a un McDonald's? —pregunté.

—¿A un McDonald's? —Me giré y la miré alzando las cejas—. Pues, no sé, tal vez tres o cuatro años.

—Me apetece comer un par de hamburguesas de esas que llevan de todo, cuanta más grasa mejor, un refresco enorme, a poder ser con azúcares añadidos, y de postre un helado con todas esas virutas de colores que les ponen por encima. ¿Qué dices? ¿Vamos? Hay uno por aquí cerca —Me levanté y le ofrecí mi mano.

—¿Y una ración grande de patatas fritas con mucha sal, kétchup y mostaza?

—Y salsa barbacoa —Le guiñé un ojo y la ayudé a que se levantara.

Veinte minutos después estábamos devorando el repertorio más hipercalórico de aquella cadena de hamburgueserías. No nos privamos de nada, como si ambos necesitáramos envenenar nuestro cuerpo, como si

pretendiéramos castigarnos, aparcando con la grasa y el azúcar la frustración que nos entristecía.

—Ya no recordaba lo bueno que estaba esto —dijo Irene mordisqueando una hamburguesa con beicon, cebolla, queso y pepinillos—. ¿Crees que la doctora se refería a esto cuando me pidió que me cuidara? —bromeó.

—Sí, por supuesto... —respondí con rotundidad y sonriendo con la boca llena.

Intenté recordar la última vez que había ido al McDonald's con Pablo y Nico y me di cuenta de que había pasado algo más de tres meses. Desde que había abierto la cuenta en YouTube y salía más por las noches, había dejado de lado algunas buenas costumbres, como llevar a mis hermanos al cine, a la bolera, a jugar al minigolf o a cenar.

—Estoy pensando que aquel apartamento interior no estaba tan mal.

—¿Te refieres al que no tenía ventanas al exterior? ¿Ese con humedad en las paredes y el parquet levantado?

—Ya... no es el apartamento perfecto pero estaba bien de precio y tenía el tamaño ideal para los dos.

—Yo creo que no deberías precipitarte. Déjame que hable con Luis.

—Te lo agradezco, Marcos, pero con mi presupuesto dudo que podamos encontrar algo mejor. Y yo necesito salir de mi piso lo antes posible. Siento que me ahogo en él. —Sus ojos se humedecieron y temí que empezara a llorar—. Tengo que guardar la ropa de Nacho en unas cajas... y no puedo... no puedo hacerlo. Cada vez que lo intento siento un dolor tremendo en el pecho y...

Sacó un pañuelo de su bolso y empezó a limpiarse las lágrimas. Tragó como pudo un trozo de hamburguesa y me miró angustiada. No supe cómo reaccionar cuando la vi llevarse la mano a la boca, levantarse y correr hacia los servicios. ¡Mierda! No debí sugerirle cenar algo tan grasiento, tan difícil de digerir para una embarazada o para cualquier persona que esté padeciendo aquel sufrimiento.

Irene regresó unos minutos después, con el rostro pálido y la nariz

sonrojada por el llanto.

—Perdona, creo que lo del McDonald's no fue buena idea —le dije.

—No pasa nada, no es culpa tuya. Será mejor que nos vayamos.

Nos mantuvimos en silencio hasta llegar a la puerta de su casa. Una vez allí, cuando Irene estaba a punto de bajar del vehículo, me oí a mí mismo diciendo algo que, sin duda alguna, no había pensado lo suficiente.

—Espera. —Me miró sorprendida—. Yo lo haré, yo guardaré la ropa de Nacho.

—Marcos, no tienes por qué hacerlo.

No hice caso de sus palabras. Salí del coche y cerré con llave. Irene no insistió y subimos a su piso de nuevo sumidos en el silencio. Cuando abrió la puerta y encendió las luces entendí su angustia. Toda aquella vivienda estaba impregnada de él. Fotografías de los padres de Nacho, del día de su boda, de los dos juntos, de él con el uniforme de policía, diplomas, trofeos, incluso pude ver cartas sobre la mesa dirigidas a él. Entendí la soledad que debía sentir estando rodeada de su ausencia.

—Quería guardar sus cosas en estas cajas y llevarlas al centro cívico más cercano. Allí las reparten entre las familias más necesitadas —me explicó señalando unas cajas de cartón vacías.

Cogí algunas de ellas y seguí a Irene hasta su dormitorio. Una vez allí me indicó la parte del armario donde Nacho guardaba sus prendas de vestir y salió de la habitación. Por unos segundos me quedé quieto, de pie, observando el interior de aquel mueble y preguntándome por qué me había ofrecido a hacer algo así, a recoger las prendas de un hombre que yo casi no conocía, que ya no iba a usar esa ropa nunca más y cuya mujer estaba al otro lado de aquella puerta, llorando su muerte. Una mujer que me intrigaba, una mujer a la que deseaba hacer reír y una mujer con la que me gustaba pasear en silencio. ¿Quería yo recoger aquellas prendas para borrar sus huellas, su recuerdo? ¿Quería yo acaso sustituir a Nacho? No, por supuesto que no, pero... ¿Era eso lo que parecía?

Cerré los ojos y una de aquellas escenas borrosas que había permanecido oculta tras las sombras de la indiferencia apareció ante mí.

Había pasado un mes después de la muerte de mi padre. Ya tenía quince años y muchas tardes salía con amigos a dar un paseo. Aquel sábado, antes de llegar a casa, me encontré con un compañero de instituto dos años mayor que yo, con el que había compartido aula en una actividad extraescolar. Me presentó a su grupo de amigos y acabé sentándome con ellos en un banco de la calle. Me ofrecieron fumar marihuana y no me negué. Necesitaba ahuyentar el rostro enfermo de mi padre, su muerte, su funeral y todos aquellos días de angustia. Pero sobre todo quería olvidar el engaño que me estaba mortificando día a día. Pensé que fumar un porro sería una manera fácil de huir de mi realidad.

Llegué a casa cuando empezaba a oscurecer, mareado y con la sensación de que vivía en una comedia de televisión, de esas en las que el público se ríe a cada segundo. Entré intentando hacer el menor ruido posible, pero tropecé con un mueble y aquello me hizo reír a carcajadas. Mi madre estaba sentada en el salón, esperándome con los brazos cruzados y el rostro serio.

—Marcos, llevamos dos horas buscándote. He llamado a todos tus amigos y no estabas con ninguno de ellos. ¿De dónde vienes?

—Estoy bien... —tartamudeé torpemente—. Me voy a dormir.

—Marcos, ¿has bebido? —Se levantó y se acercó a mí.

—No...—le respondí con una sonrisa tonta en los labios.

—¿Qué has tomado?

—Nada —Puse los ojos en blanco dándole a entender que estaba loca y tuve que morderme los labios para aguantar la risa.

Me di media vuelta, casi perdiendo el equilibrio, y me dirigí a mi habitación mientras los gritos de mi madre me seguían como si fueran un eco lejano. Poco antes de abrir la puerta de mi cuarto, vi luz en el dormitorio de mis padres. Arrugué los ojos para distinguir mejor la figura que se movía tras la puerta entreabierta pero no supe de quién se trataba hasta que di unos pasos en su dirección. Abrí la puerta y, en aquel instante, toda aquella sensación de felicidad que me había provocado la droga se desvaneció como si un enorme extractor hubiese absorbido el humo que ensombrecía mi alrededor.

Manuel estaba sacando del armario la camiseta de la suerte de mi padre, la que se ponía cuando jugaba su equipo de fútbol favorito.

—¿Qué coño estás haciendo? —grité sorprendiéndole—. Esto es de mi padre. Déjalo ahí.

Le arrebaté la camiseta enfurecido y mi ira se multiplicó por mil en cuanto vi una caja en el suelo con más prendas de mi padre: los pantalones tejanos desgastados que tenía desde antes de que naciera yo, la camiseta que le dieron por participar voluntariamente en las Olimpiadas de Barcelona, la sudadera que le firmó Alex Crivillé... Ropas que habían formado parte de su vida, momentos inolvidables para mi padre, recuerdos de su existencia, todos amontonados en una fría caja de cartón.

Miré a Manuel con tal furia que no fui capaz de reconocer que sus ojos ensangrentados no se debían a mi enfado, sino a que había estado llorando.

—¡Sal de esta habitación y deja las cosas de mi padre donde estaban! —espeté furioso.

—Marcos, ¿qué has tomado? —Manuel me miró fijamente a los ojos y dio un paso adelante—. No me jodas, Marcos, ¿has fumado?

—¿Acaso te importa a ti? ¿Me vas a regañar? ¿Me vas a castigar? Te recuerdo que mi único padre murió hace un mes.

—Lo recuerdo... lo recuerdo perfectamente, así que deja de decir tonterías y métete en la cama. Mañana hablamos.

—No tengo nada que hablar contigo, tú no eres nadie en esta casa... —Rugí como un animal rabioso—. ¡Fuera de aquí!

Le señalé la salida y él no discutió. Se dirigió hacia la puerta y antes de salir de la habitación se paró frente a mi madre. Ella estaba llorando y Manuel le dio un beso en la frente para consolarla. Acto seguido se giró para mirarme.

—Mañana hablamos, cuando estés más tranquilo.

No respondí. Y tampoco lo hice a las múltiples llamadas, intentos de acercamiento, notas en mi habitación o incluso correos electrónicos que me

envió para intentar hablar, para darme explicaciones... ¡Excusas! ¡Hubiesen sido falsas excusas! ¡Mentiras y más mentiras! Aquel día me di cuenta de que Manuel estaba intentando suplantar a mi padre, que pretendía apoderarse de mi familia, de arrebatarme el papel que mi padre me había otorgado. Debía ser yo, y solo yo, quién cuidara de mi madre y de mis hermanos. Aquella noche había querido borrar el recuerdo de mi padre deshaciéndose de sus prendas favoritas. Muy posiblemente para llevarlas a un centro cívico, tal vez el mismo donde Irene quería entregar la ropa de Nacho. Pero la intención de Irene no era borrar las huellas de su marido, yo tampoco pretendía hacer algo así, solo guardaba aquellas prendas porque, aunque fueran las favoritas de Nacho, ya no las iba a volver a usar, ya no se iba a poner su camiseta de la suerte cuando jugara su equipo de fútbol.

Acabé de guardar el contenido de aquella parte del armario en dos cajas y las llevé hasta la entrada del piso. Volví al salón para avisar a Irene pero la encontré tumbada en el sofá, profundamente dormida. Me acerqué silenciosamente para no despertarla y la contemplé durante varios minutos. Estaba boca arriba, con las dos manos apoyadas en su barriga, pálida, con ojeras y la nariz sonrojada, pero preciosa. Dos mechones rizados se mecían sobre sus mejillas, acariciándolas al ritmo de su respiración. Sonreí de nuevo al recordar sus carcajadas, pero unos segundos después me sentí apenado al darme cuenta de que ese día no había conseguido hacerla reír. Habíamos estado toda la tarde sumidos en un angustioso silencio, ella frustrada por la compra del apartamento y yo confuso por las escenas de mi infancia que insistían en reaparecer.

Tapé a Irene con una manta de múltiples colores, naranja, amarillo limón, fucsia, todos vivos y estridentes, a juego con los cojines y el sofá. Hasta entonces no me había imaginado a Irene vestida con prendas de esos tonos tan alegres y pensé que debía estar tremendamente guapa y divertida, como sus carcajadas.

Tenía que buscar la forma de ayudarla y, sobre todo, de volver a provocar sus risas.

Cuando desperté al día siguiente en mi apartamento tuve la extraña sensación de estar atrapado en un bucle temporal. Miles de instantes felices de mi infancia se entrelazaban con los más angustiosos de mi adolescencia. Quería volver a aparcar aquella época en una esquina oscura pero después de las palabras de mi madre muchos de los recuerdos más confusos reaparecieron. Debía acabar con aquello, saber más, obtener más detalles, afrontar la verdad. Debía hablar con Ivonne. Sabía que esa era una buena forma de enfrentarme a la realidad, pero aún no estaba preparado. Aún necesitaba algo más de tiempo.

Volví al piso que había sido de mis padres al recordar que el día anterior había dejado las ventanas abiertas. Una vez allí, llamé a Luis.

—Tío, no me digas que no puedes encontrar una vivienda mejor para Irene. Los apartamentos que nos enseñaste ayer eran nauseabundos y lo único decente era un cuarto piso sin ascensor.

—Marcos, con ese presupuesto y en las zonas que le gustan a ella no hay nada decente.

—Tiene que existir, Luis, tiene que estar por algún sitio...

Me acerqué al ventanal del salón y levanté las persianas para que entrara más luz.

—... un apartamento soleado, con un salón amplio...

Caminé hacia lo que había sido el dormitorio de mis padres.

—... con dos habitaciones...

Cogí un par de pinceles que estaban en el suelo y los llevé a la cocina.

—... y una cocina con espacio suficiente para comer al menos cuatro personas.

Volví al salón y miré a mi alrededor mientras, a lo lejos, oía murmurar a Luis a través de la línea telefónica. Recorrí con la vista las paredes adornadas con mis garabatos, los marcos y las puertas que hacía unos meses había renovado, el pasillo que llevaba a los dos dormitorios y a un sencillo cuarto de baño y, por último, tras de mí, la cocina americana con muebles modernos que el anterior propietario había reformado. Era la

vivienda perfecta.

—Luis, ¿recuerdas el piso que compré hace un año? ¿El que había sido de mis padres?

—Sí, el que compraste como inversión a muy buen precio.

—¿Por cuánto crees que se puede vender ahora?

—¿Lo vas a poner a la venta? —Silbó antes de seguir hablando—. A ese piso le puedes sacar perfectamente el doble de lo que te costó.

—¿Y el precio por el que lo compré entra en el presupuesto de Irene?

—¡Joder, Marcos! ¿Qué estás queriendo decir? ¿Se lo vas a regalar?

—No se lo voy a regalar, se lo voy a vender por lo que me costó, eso se llama no perder dinero.

—No me jodas, eso se llama inversión de mierda. ¿Tanto te gusta esa chica?

—No se trata de eso, Luis, quiero ayudarla y estoy pensando en esa posibilidad... Deja que lo medite y te digo algo.

Finalicé la llamada y me senté en el suelo del salón, apoyado en una de las paredes, contemplando el inmenso cielo azul que se abría tras el ventanal. Tal vez había llegado el momento de deshacerme de él, de dejar de vagar confuso entre los recuerdos de mi infancia, quizá había llegado el momento de aceptar que todo aquello había quedado atrás, que en aquel piso ya no vivíamos nosotros.

Otra familia debía darle vida a esas cuatro paredes.

Cerré los ojos y situé el sofá de Irene en el salón, con los cojines y la manta de colores. Unos muebles tapando las paredes, un televisor de pantalla plana, una mesa en la cocina y sobre ella un jarrón con flores, una cunita de bebé junto al ventanal e Irene sonriéndole mientras lo toma en brazos.

Cogí el teléfono y marqué el número de Luis.

—Arregla los papeles de compra-venta, en un par de días tendré el piso preparado para que se lo enseñes —le dije pensando en que debía recoger mis cosas y borrar los garabatos del salón—. Pero, Luis, Irene no

debe saberlo, nunca.

El jueves había acabado de pintar las paredes del salón, del pasillo y del dormitorio de matrimonio, borrando de aquella forma mis dibujos y cualquier rastro de mi infancia. Menos el de mi habitación. Fui incapaz de hacer desaparecer aquella imagen, una escena que no lograba olvidar, las múltiples conversaciones que compartí con él, allí de pie, admirando la inmensidad del paisaje, de las montañas, del horizonte. Dejé aquella representación de mi vida plasmada en una fría pared deseando que permaneciera allí durante mucho más tiempo. Aunque debía ser realista y asumir que Irene podía querer borrarla, limpiar todo rastro de los anteriores propietarios. Y lo hubiese comprendido, hubiese tenido que aceptarlo, porque prefería que no supiera que aquel niño que contemplaba las montañas era yo.

Aquella tarde le entregué las llaves del piso a Luis y supe que una hora después había convencido a Irene para ir a verlo. Al momento recibí un mensaje de ella.

“Luis me acaba de llamar y dice que ya tiene el piso perfecto para mí. Está en un buen barrio, con ascensor y mucha luz. He quedado con él en quince minutos, si te apetece ver otro piso lleno de grasa y humedad, ya sabes...”

Sonreí pensando en la expresión de su rostro cuando entrara en el apartamento. Me hubiese encantado estar allí y ver el brillo en sus ojos, pero deshacerme de aquel piso me dolía y decidí no estar presente. Así que le dije que tenía trabajo y le deseé suerte.

Aquella noche recibí dos mensajes.

“Marcos, es perfecto, estoy enamorada de ese piso. El sábado por la mañana me dan las llaves. Estoy deseando enseñároslo a ti y a Raúl, os encantará. Gracias, mil gracias por todo”.

“Vendido. Le he explicado que allí vivía una pareja con un hijo que necesitaba mudarse al quedarse la mujer embarazada. Tuve que inventarme que el hombre era arquitecto con dotes artísticas y él había pintado aquel paisaje en la pared. ¿De verdad lo has hecho tú?”

CAPÍTULO 28 – A PESAR DE SUS VEINTE AÑOS

Pasé el viernes en mi apartamento trabajando en nuestro nuevo proyecto, debía recuperar las horas perdidas y me centré en mi portátil hasta introducirme de lleno en el diseño del juego para móviles que debíamos presentar a un potencial cliente. Pensé en Irene y los colores de su manta y me atreví a utilizar aquellas tonalidades. Habíamos programado un juego semejante al famoso Candy Crush pero utilicé cojines, libros, jarrones con flores, hamburguesas, biberones... objetos que me recordaban a ella. También añadí huellas de mascotas pensando en Sonia y la camada de Bichón Maltés que Miguel había conocido en aquella casa rural.

Recordé entonces que habíamos quedado ese viernes para cenar todos juntos en una pizzería del centro y antes de ir decidí pasar por el gimnasio. Raúl estaba cerca de allí y me pidió que le esperara para ir juntos hasta el restaurante. Supo por Pedro que había estado ausente toda la semana y me preguntó las razones. No quise explicarle la verdad y le mentí diciéndole que había tenido una discusión con mi madre. Ahí zanjamos el tema. Él, sin embargo, estaba más sonriente de lo normal y parecía ansioso por llegar a la pizzería. Estando en la puerta, a punto de entrar, se paró para contemplar a Laura a través del cristal de una ventana. Estaba sola, sentada en la mesa que habíamos reservado y Raúl me preguntó cómo había adivinado que ella le iba a gustar.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Laura era su tipo y yo listo de cojones. Entramos riéndonos y nos sentamos uno a cada lado de ella. Empecé yo a conversar con Laura porque vi a mi amigo algo apurado. Me extrañó mucho su actitud esquiva, sobre todo al inicio. Raúl no solía comportarse así, sobre todo si algo o alguien le gustaba y estaba claro que esa chica le gustaba, y mucho. ¡Pobre Laura! Lo que ella no sabía en ese momento era que el chico que tenía al lado era capaz de movilizar al ejército aéreo, marítimo y terrestre con tal de conquistarla.

Sonia y Miguel aparecieron poco después. Me sorprendió verlos entrar juntos y pensé en interrogar a mi prima en cuanto pudiéramos estar solos. Y fue después de cenar, mientras nos dirigíamos a un garito en el

Puerto Olímpico, cuando tuve la oportunidad de hablar con ella. Le pregunté por Miguel y no dudó en contarme con detalles lo sucedido aquella semana.

“El miércoles Miguel salió pronto del periódico y me llamó para ir a ver a los cachorros. Yo estaba muy furiosa con él después de lo descarado que había sido el sábado pasado, ligando con aquella rubia delante de mis narices. Lo hizo expresamente, la toqueteaba y la besaba sin apartar sus ojos de mí, al igual que yo estuve tonteando contigo para provocarle. Sí, había empezado yo, pero yo no acabé la noche contigo y él seguro que se llevó a la rubia a su apartamento. Me dolió mucho que me llamara como si no hubiese sucedido nada pero, aun así, no supe negarme y acepté quedar con él. Había decidido tratarle como a un amigo más, así que intenté olvidar a la rubia.

Fue a recogerme al hospital y me recibió sonriente.

—¿Preparada para ver a Sandy y sus cachorros?

Miguel sabe cómo sacarme una sonrisa de los labios y recordarme los preciosos cachorros de pelo blanco me hizo reír como una tonta. Me acarició la mejilla derecha con sus ojos clavados en los míos y después de unos segundos mirándonos con intensidad, me cogió la mano y me guió hasta donde había aparcado el coche. Una vez en su interior, Miguel condujo sin parar de hablar. Estaba contento porque su jefe le había encargado un reportaje sobre los top manta de la ciudad y le había prometido que si se documentaba bien el artículo podría ocupar dos páginas en la sección de sociedad. Estaba eufórico y su sonrisa le llenaba la cara. Me alegré mucho por él y seguimos hablando del tema incluso después de haber parado frente a la casa de Joana.

—Es una gran oportunidad para mí y tengo que aprovecharla —añadió girándose para mirarme y clavando sus preciosos ojos negros en los míos.

—Por supuesto y estoy segura de que lo harás muy bien. Si necesitas información del hospital o consejos de una enfermera, me avisas —le dije sonriente.

—Sé que puedo contar contigo, eres mi mejor amiga.

Sentí una terrible punzada en el estómago al oír la palabra amiga. Tragué saliva sin dejar de adentrarme en sus ojos y empecé a temblar al ver que él se inclinaba acercándose a mí. Llevó sus manos a mis mejillas y las acarició, a la vez que atraía mi rostro hacia él. Nos miramos los labios y mi corazón empezó a darme golpes en el pecho.

—Miguel... —Mi subconsciente intentó actuar.

—Solo una vez, Sonia, solo un beso... —me suplicó cuando sus labios ya casi rozaban los míos.

Fue solo un beso pero un beso formado por millones de maravillosos e intensos micro-besos. Un beso con la medida justa de pasión y calma y con la cantidad precisa de suavidad y agresividad. Un beso increíblemente perfecto. Nos separamos apenas unos centímetros sin dejar de mirarnos y cerré por unos segundos los ojos al notar como sus dedos acariciaban mis labios.

—¿Vamos a ver a los cachorros? —susurró Miguel mientras besaba la punta de mi nariz.

Asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola sílaba. Cuando Miguel se acerca a mí me vuelvo completamente muda, mis cuerdas vocales se endurecen y solo puedo asentir, aceptar, consentir y dejarme llevar.

Definitivamente, estar enamorada es una mierda.

Entramos en la casa y las siguientes tres horas las pasamos rodeados de cachorros y de la maravillosa compañía de Joana y su esposo Carles. Nos invitaron a cenar y degustamos la mejor escudella que jamás habíamos probado. Pero, a pesar de estar en todo momento acompañados, sentí que no había nadie más a nuestro alrededor, que en aquella enorme casa solo existían aquellos dos ojos negros que me buscaban a cada instante, mientras acariciaba a los cachorros, mientras estos lamían mi boca, mientras me ría con las ocurrencias de Carles, mientras Joana y Miguel se murmuraban confidencias, mientras saboreábamos la cena y mientras nos despedíamos. Una vez fuera, después de que Joana y Carles cerraran el portón, Miguel me cogió de la mano y tiró de mí hasta apoyar mi espalda contra uno de los árboles del camino. La oscuridad de la noche no me permitió ver sus ojos ni sus intenciones pero sentí su aliento acariciando mis labios.

—¿Estás saliendo con Marcos? —me preguntó con la respiración entrecortada.

—No... —susurré extasiada al notar como su lengua jugueteaba en mi cuello—. ¿Y tú sales con la rubia?

—¿Qué rubia? —preguntó mientras sus manos buscaban mi piel bajo la camiseta—. No he estado con nadie desde que pasamos la noche juntos. Con nadie. —Sus labios dibujaron una línea de besos sobre mi barbilla—. Estoy jodido, Sonia, estoy bien jodido por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —Sujeté sus hombros con mis manos y le separé unos centímetros de mí—. Eres tú el que solo quiere que seamos amigos. Tú eres el que me echó de tu casa aquella mañana.

—Sí, es eso lo que quiero, que solo seamos amigos... —Dio un paso atrás y pude ver su rostro gracias a la tenue luz de una farola—. ¿Y tú? ¿Tú quieres que sigamos siendo solo amigos?

No respondí. Me coloqué bien la ropa y empecé a andar en dirección al coche.

—Sonia, respóndeme, ¿tú también quieres eso? —Miguel me siguió con su pecho casi pegado a mi espalda.

—Abre el coche —le exigí sujetando con fuerza la maneta de la puerta.

Él me apretó contra la fría chapa del vehículo y me obligó a dar la vuelta, quedándonos uno frente al otro, prácticamente fundidos en uno solo. Sujetó con sus dos manos mi cintura y me elevó unos centímetros, hasta que nuestras bocas se alinearon. Noté su erección presionando mi muslo derecho y una descarga de deseo recorrió mi espina dorsal.

—¿Tú qué quieres de mí? —me preguntó rozando mis labios con los suyos.

No respondí y evité mirarle a los ojos.

—¡Joder, Sonia, mírame!

Obedecí y durante unos segundos permaneció en silencio, escarbando en mis pupilas, buscando una respuesta. Después recorrió con sus ojos mi

rostro hasta llegar a mis labios. Me besó con suavidad y me deslizó por la chapa del coche hasta que mis pies tocaron de nuevo el suelo.

—¿Quieres más? Es eso, ¿verdad?

Sabía que si Miguel conocía mis sentimientos iba a desaparecer de mi lado, iba a salir huyendo del compromiso, pero ya no tenía sentido seguir ocultándolo. Debía acabar con aquella agonía y la verdad era mi mejor aliada. Asentí con la cabeza. Él dio un paso atrás y bajó la mirada.

—No puedo darte más, Sonia, no puedo.

—No pasa nada —dije girándome de nuevo y dándole la espalda—. Pero, por favor, no vuelvas a besarme, ni a acariciarme, ni a cogerme de la mano... No vuelvas a hacer ninguna de esas cosas.

Abrió el coche, entramos en él y fuimos hasta mi casa sin mediar palabra. Ni tan siquiera nos despedimos”.

—No entiendo qué coño le pasa a ese tío —le dije a mi prima mirando de reojo a Miguel.

Estábamos ya en el garito de salsa del Puerto Olímpico y Miguel no había apartado la vista de nosotros en todo momento, frunciendo el ceño molesto.

—Hoy me esperaba en la boca del metro, por eso hemos llegado juntos a la pizzería.

—¿Te estaba esperando? ¿Y qué quería?

—Se ha enterado de lo tuyo con Natalia y me ha pedido que no me acerque a ti.

—¡Joder! —Pero bueno, ¿qué le pasa a esta gente conmigo?—. Primero, no hay un “lo mío con Natalia”, aquello no fue nada, y segundo, tú y yo no estamos juntos ¿no?

—Eso le he dicho yo, pero todavía se ha enfurecido más. No sé qué le pasa pero ya no me importa. Me da igual. No quiere nada conmigo, lo ha dejado bien claro, así que borrón y cuenta nueva, ¿no se dice así?

—Se dice así, prima. Muy bien, pasa de ese gilipollas, no te merece.

Levanté la vista y pude distinguir a Raúl y a Laura bailando salsa en medio de la pista. Cogí la mano de Sonia y la animé a acercarnos a ellos. Estuvimos bailando hasta poco antes de que cerrara el local. Les dije que debíamos irnos y llevamos a las chicas hasta su casa en mi coche.

Antes de dejar a Raúl en su casa estuvimos un rato hablando.

—Irene me ha explicado que le has estado ayudando con el agente inmobiliario y que le has acompañado un par de veces a ver pisos. Te lo agradezco, Marcos. Irene necesita gente a su lado y ya sabes que mi trabajo no me permite dedicarle el tiempo que yo quisiera.

—Lo sé, no pasa nada. La pobre lo está pasando fatal.

—Sí, es una putada... —Se quedó unos segundos pensativo y luego continuó—. ¿Tienes un amigo agente inmobiliario? ¿Quién es, lo conozco?

—No, es hijo de un amigo de mi padre.

Al padre de Luis lo conocí cuando tenía unos once o doce años, no recordaba muy bien cómo fue ni dónde pero al mencionarle algunas de esas escenas que habían quedado arrinconadas en una esquina de mi memoria volvieron como flashes.

Era julio, las clases habían acabado y yo me pasaba el día completo en el centro de ocio. Aquella mañana Manuel tenía un grupo de niños a los que debía enseñar a escalar una de las paredes más sencillas y me quedé con él para ayudarle. Mi padre solía trabajar con grupos de adultos o de empresas. En verano las actividades del centro estaban destinadas sobre todo a niños o familias y mi padre, aunque colaboraba en muchas de ellas, solía tener más tiempo libre. Sin embargo, al contrario que el resto de trabajadores, él no disfrutaba de esas horas libres en casa con mi madre o conmigo, sino que permanecía en el mismo centro. Más concretamente en el bar donde se reunían la mayoría de los monitores y muchos de los clientes más asiduos. Carmelo, el padre de Luis, era uno de ellos. Mi padre y él hacía años que se conocían, pero desde que Carmelo y su mujer se habían separado, los encuentros en el bar eran casi diarios.

Estuve con Manuel hasta mediodía y cuando el grupo de niños se fue me propuso comer juntos.

—Tenemos tres horas libres antes del próximo grupo —me dijo mientras ayudaba a quitarme los arneses—. ¿Qué te parece si llamamos a tu madre y nos vamos los tres a comer una de esas pizzas enormes que tanto te gustan?

—¡Sí, me encantan esas pizzas!

Corrimos hasta el local para dejar los arneses y avisar a Ivonne de que salíamos a comer, pero una vez allí recordé que mi padre aquella mañana no estaba participando en ninguna actividad.

—¿Y papá? ¿Le preguntamos si también quiere comer pizza?

Manuel buscó su reloj de pulsera y me miró haciendo una mueca con la boca.

—Tal vez haya comido ya en el bar pero antes de ir a buscar el coche pasaremos por allí. Con un poco de suerte no ha almorzado todavía y se apunta.

Salí apresuradamente del local y me dirigí al bar. Una vez dentro, le busqué con la mirada y reconocí su espalda. Estaba sentado con un hombre y un chico de una edad parecida a la mía. Tomaban unas cervezas así que sonreí inocentemente y me acerqué a ellos con la esperanza de que mi padre no hubiese comido aún. Cuando ya estaba a pocos pasos de ellos, le oí pronunciar mi nombre.

—Mi hijo Marcos tiene ya once años y no le veo yo muy listo para los estudios. Se pasa el día delante del ordenador jugando con él o incluso desmontándolo y volviéndolo a montar. Él dice que quiere ser informático pero yo a eso no le veo futuro. Ya sabes, das una patada a una piedra y salen cien informáticos. —Oí que el otro hombre se reía pero mi padre continuó hablando—. Yo le digo a mi mujer que ella tiene la culpa, que no debimos tenerle siendo tan jóvenes. ¡Tan solo teníamos veinte años cuando se quedó embarazada! Pero, ya sabes cómo son las mujeres, ella quiso ser madre y nos jodimos la juventud.

—Pero, tío, ¿qué tiene que ver eso con que tu hijo sea listo o no?

—Pues que tal vez no le pusimos demasiado empeño, ya sabes, con veinte años ¿qué sabe uno de hacer bebés?

Los dos arrancaron a reír y el chico que les acompañaba me miró. Mi padre se volvió hacia mí y se sorprendió. Pensé que podía estar preocupado porque yo hubiese oído la conversación, pero no aprecié signos de arrepentimiento en su rostro.

—¡Marcos! Ven aquí, chaval. —Dio unos golpes en la silla que tenía al lado para indicarme que me sentara, pero no le obedecí y continué de pie.

—No. Manuel y yo nos vamos a comer a la pizzería, con mamá. — Me quedé callado por unos segundos, dudando si pedirle que nos acompañara o no... y creo que reaccioné por impulso—. Solo venía a avisarte. Nos vemos por la tarde.

Me di media vuelta para salir de allí corriendo pero Carmelo, el amigo de mi padre, me llamó.

—Espera, chaval. —Me volví hacia él sorprendido por su tono autoritario—. ¿Te importa que os acompañe mi hijo? Todavía no ha comido y le encanta la pizza, ¿verdad, Luis?

—Muy buena idea, Carmelo —añadió mi padre—. Hijo, dile a Manuel que luego le pago yo la comida.

Cuando salimos Luis y yo del bar nos encontramos a Manuel con el coche aparcado cerca de la puerta.

—¿Has visto a tu padre?

—Sí, pero no viene con nosotros, ya ha almorzado —mentí.

Le presenté a Luis y subimos al coche. Manuel había avisado a mi madre de que iríamos a buscarla y cuando llegamos a casa ella ya estaba preparada. Nunca olvidaré lo guapa que se puso aquel día. Llevaba un vestido con rosas amarillas y verdes y se había pintado los ojos y los labios. Me acerqué a ella y la abracé, casi dejándola sin respiración. Ella me preguntó sorprendida si me sucedía algo pero no le respondí, simplemente continué rodeándola con mis brazos.

Mi madre me había dado la vida a pesar de sus veinte años, sin dudar

de si el bebé que llevaba en su interior iba a ser listo o no, si serviría o no para los estudios, si el hecho de tenerme le iba a joder o no la juventud.

El lunes volví a nuestro local después de pasar todo el fin de semana trabajando en el nuevo proyecto. Estaba prácticamente acabado y no tenía dudas de que iba a ser todo un éxito. Entré pensando en la cara que iba a poner Pedro cuando le mostrara mis avances y le saludé sonriente. El viernes no habíamos tenido la oportunidad de hablar, de hecho, ni tan siquiera recordaba en qué momento de la noche Miguel, Natalia y Pedro desaparecieron del garito.

—¡Hombre! ¡Tú por aquí! Pensé que te habías olvidado de que tenías un negocio.

—Lo siento, Pedro, entiendo que estés enfadado, pero la semana pasada tuve problemas familiares y...

—¡Ya! Como siempre... —me interrumpió molesto—. Marcos, o te tomas esto en serio o disolvemos la sociedad y que cada uno trabaje por su cuenta.

—¿Eso es lo que tú quieres? —No me respondió y siguió tecleando en su ordenador—. Pedro, joder, te acabo de pedir perdón.

No levantó la mirada de su pantalla, ignorándome por completo. Luego era él el que me tachaba de infantil ¿Quién se estaba comportando como un crío en ese momento? Suspiré resignado porque en el fondo le comprendía, había actuado como un cabrón al pedirle que retrasara la reunión con el nuevo cliente y ni tan siquiera darle explicaciones. Debía ser contundente para recuperar su confianza, así que encendí el portátil y lo coloqué delante de su monitor. Apreté la tecla *enter* para que la nueva aplicación empezara a funcionar en modo demostración y conseguí llamar la atención de Pedro.

—Aquí lo tienes, he estado trabajando desde el viernes en el juego. ¿Qué te parece? —Pedro dejó mi portátil sobre la mesa y empezó a teclear en él—. He utilizado colores nuevos y objetos cotidianos pero divertidos. Cada vez hay más adultos buscando aplicaciones de móviles para pasar el rato en el autobús, el metro o en las salas de espera y este juego parece destinado a ese

público. ¿Qué me dices?

Estuvo un rato más analizando la aplicación sin mediar palabra, concentrado en la pantalla del portátil. Esperé a su lado, en silencio, dándole tiempo para que aparcara su mal humor y olvidara mi desplante de la semana anterior.

—No sé cómo coño lo haces... —dijo de pronto apoyándose en el respaldo de su silla.

Me senté frente a él mirándole con curiosidad.

—No sabes cómo coño hago ¿el qué? —le pregunté.

—¿Cómo puedes ser un gilipollas irresponsable que planta a un cliente que nos puede hacer ganar miles y miles de euros y luego te presentas aquí como el mejor diseñador de aplicaciones que conozco? ¿Cómo lo haces para parecer tan imbécil y luego ser un cabrón tan listo?

Solté una carcajada de pura satisfacción. Joder, le había gustado el juego y yo me sentí el puto amo de la informática.

—¿En serio crees que soy listo e inteligente?

—No te pases, he dicho listo, no inteligente —Pedro me mostró una leve sonrisa pero algo en él no me acabó de convencer.

—Y, aparte de lo que sucedió la semana pasada, ¿hay algo más? Todavía estás molesto conmigo. Te conozco demasiado bien. Sea lo que sea, suéltalo ya.

Se quitó las gafas y restregó los ojos con sus manos. Se las volvió a colocar y se levantó de la silla para dirigirse a una de las ventanas del local que daban a un patio interior.

—Natalia me gusta.

—¿Natalia? ¿La amiga de Sonia? —“¿En serio?”

—Sí, esa misma... ¿Cuántas Natalias conoces tú? Claro, como te vas liando con todas las tías que se te ponen a tiro debes tener en tu repertorio un buen número de Natalias.

Tragué saliva y me imaginé la situación: “te das cuenta de que te

gusta la misma tía que tu amigo se ha follado dos semanas antes y que, para colmo, te había ido explicando detalles del encuentro como si montarse a la chica que te mola fuera lo más normal del mundo”.

—Vale, es jodido, pero intenta ser práctico y no tan visceral. Analiza la situación y mira la parte positiva —le propuse.

—¿Parte positiva? No me jodas, Marcos.

—Primero, sabes que entre Natalia y yo no hubo nada más que sexo, quince minutos de sexo y se acabó. Ni a mí me gusta ella, ni yo le gusto a ella, ¿entendido? Y segundo, gracias a mi experiencia ya sabes que tu chica cabalga de maravilla, así que ya puedes ir poniéndote las pilas que ella te adelanta en la materia.

—¡Joder, Marcos! Eres el tío más insensible que conozco.

¡Pobre Pedro! Estaba jodido de verdad.

—Está bien, olvidemos lo que pasó entre Natalia y yo, ¿de acuerdo?

—Ni que fuera tan fácil...

—Lo es, Pedro, lo es... Ahora háblame de ella, ¿crees que tienes posibilidades? ¿Le has entrado ya?

—No, solo hemos estado hablando sin parar las tres veces que hemos coincidido. La verdad es que me sorprendió mucho la primera noche, ¿cómo podía ser que una chica tan guapa como ella estuviera conversando conmigo de aplicaciones, revistas científicas o nuestro proyecto de fin de carrera? Estaba flipando, parecía imposible que fuera tan perfecta. Pero no tardé en darme cuenta de que ella era como yo, de que tenemos gustos parecidos y de que tiene un coeficiente intelectual superior al mío. Joder y eso me pone...

—Y no olvides que tiene un cuerpo espectacular... —añadí guiñándole un ojo.

—Sí, me he dado cuenta, no creas que soy de piedra.

—Pero hay algo en lo que sois muy diferentes y que juega en tu contra... —Pedro me miró esperando que continuara—. Ella es muy lanzada y decidida y tú demasiado tímido.

—Ya... no tengo posibilidades, ¿verdad?

—No creas, porque si hubiese querido solo sexo contigo estoy convencido de que ya te lo habría insinuado. Natalia no se anda con rodeos. Sin embargo, no ha intentado nada y se ha pasado la noche pegada a ti. Así que, una de dos, o simplemente le caes bien porque tenéis cosas en común, o le gustas de verdad.

—¿Tú crees? No sé...

—Pedro, tienes que ser tú quién ataque primero y pronto, antes de que ella se canse de simplemente hablar contigo. Porque será muy culta e inteligente pero también le va la marcha... ya me entiendes.

—Entiendo —dijo Pedro con decisión mientras volvía a su asiento—. ¿Seguimos trabajando? La presentación la tenemos mañana y hay mucho que hacer.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —le dije levantándome e intentando recordar la última vez que había hecho esa misma broma.

CAPÍTULO 29 – TÚ LE HABRÁS MATADO

La presentación fue un éxito. Conseguimos vender la aplicación por un valor que incluso nos llegó a parecer desproporcionado. Salimos del edificio acristalado donde estaba ubicada la empresa eufóricos y abrazándonos como dos niños de primaria. Fuimos a almorzar juntos para celebrarlo y después de un buen postre, una copa del mejor whisky y tontear fumándonos un puro habano al que no conseguimos darle más de tres caladas seguidas, nos despedimos y nos dimos la tarde libre.

Me fui directo a mi apartamento, me tumbé en la cama con una sonrisa en los labios y pensé en qué me apetecía hacer en ese momento. Tenía varias posibilidades: encender el ordenador y entrar en mi cuenta de YouTube, coger la bolsa de deporte e ir al gimnasio, recoger a mis hermanos en el cole y llevármelos a merendar o llamar a Irene con la esperanza de que me invitara a ver el piso donde había vivido mi infancia.

Cogí el móvil y le envié un mensaje a mi madre.

“Tengo la tarde libre. Iré yo a por los gemelos y me los llevo a merendar”.

Recibí su respuesta a los pocos minutos.

“De acuerdo, pero pásate luego por casa, tenemos que hablar”.

No respondí. Ni a ese ni a las anteriores llamadas o mensajes que me había enviado durante la semana para que le dijera cómo me encontraba o en los que me suplicaba que fuera a verla. Fui incapaz de responder. No quise ser desagradable con ella ni tampoco ceder. Todavía necesitaba algo más de tiempo para asimilar el engaño y los múltiples recuerdos que mi mente se empeñaba en revivir.

Pasar la tarde con mis hermanos fue, sin duda alguna, la mejor elección. Les llevé a merendar a una de las mejores pastelerías de la ciudad y probamos hasta cinco tartas distintas. Luego me gasté varias monedas en una sala de juegos y a las siete me pidieron que les acercara a casa. Al parecer ese

día Manuel salía temprano del centro de ocio y les había prometido llevarles al videoclub a elegir una película para ver juntos. En otras ocasiones aquello me hubiese molestado y tal vez hubiese intentado joderle a Manuel la sesión de cine y dejarles en casa lo más tarde posible. Sin embargo, aquel día no fue así... Sonreí al recordar las veces que habíamos ido los dos al videoclub y cómo Manuel me convencía para ver películas de su infancia, como ET, Los Goonies o Cazafantasmas, películas que en un inicio me parecieron desfasadas pero que acabaron resultándome excepcionales. No me disgustó que lo hiciera con mis hermanos, es más, creo que sentí un pellizco de envidia.

Les dejé en casa sin entrar y subí al coche pensando que todavía no tenía ganas de volver a mi apartamento, aún estaba eufórico por el éxito de nuestro proyecto y anhelaba seguir celebrándolo. Y me di cuenta de que solo me apetecía compartir aquel momento con una persona. Aparqué delante del piso que había sido de mis padres y vi, a través del ventanal, que había luz en el interior. La llamé sin salir del coche.

—¡Hola! ¿Cuándo me vas a enseñar ese piso tan maravilloso?

—¡Marcos! Cuando quieras. En este preciso momento estoy en él, colocando trastos en la cocina. Si puedes pasarte ahora...

—Envíame la dirección en un mensaje y voy enseguida, quiero darte una buena noticia.

—Y yo quiero enseñarte algo que te va a encantar... No tardes.

Finalizó la llamada y me quedé pensativo. ¿Qué querría enseñarme? Sonreí con la misma cara de panoli que ponía cada vez que pensaba en ella y salí del coche recordando que había un pequeño supermercado cerca. Compré una botella de cava sin alcohol y unas copas de plástico. Cuando estaba pagando oí el sonido de un mensaje en mi móvil y supuse que sería Irene, enviándome la dirección del piso. Miré la pantalla y vi que se trataba de dos mensajes. Uno era de ella y el otro de mi madre.

“Marcos, necesito hablar contigo. Estoy muy preocupada por ti. Esta situación me está matando”.

¡Joder! Me odié a mí mismo por ser tan gilipollas, por hacer sufrir a mi madre y no tener los suficientes cojones para hablar con ella. Me senté en

un banco de la calle y dejé la bolsa con la botella y las copas en el suelo. Inspiré con fuerza mientras meditaba bien la respuesta y finalmente escribí en mi móvil.

“Estoy bien, mamá, no te preocupes, solo necesito algo más de tiempo. Perdóname. Te quiero”.

Cuando Irene abrió la puerta del piso me quedé literalmente clavado en el suelo. Tragué saliva porque se me habían acumulado litros en la boca y me vi en la necesidad de desviar la vista hacia su barriga y no mirar más sus labios, porque la punzada de deseo que noté en la entrepierna podía acabar en una jodida erección. Estaba preciosa, sonriente, sonrojada, feliz. Fue la primera vez que la vi con una camiseta de los mismos colores vivos que sus cojines y esas tonalidades le proporcionaban un brillo especial a su tez. Sus ojos parecían verdes y los mechones rizados que acariciaban sus mejillas se veían más rojos que nunca. Una combinación perfecta de colores, una maravillosa obra de arte.

—Ven, entra, te va a encantar.

Me cogió de la mano y tiró de mí para que entrara en el piso. A partir de aquel momento ella no cesó de hablar y yo no pude apartar la vista de su rostro, de sus ojos, de su boca. ¿Qué cojones me estaba pasando?

—¿Qué te parece el salón? Precioso, ¿verdad? Pues durante el día es espectacular. Los rayos de luz atraviesan todo el piso, con las persianas subidas puedes llegar a ver el cielo desde el sofá, está todo recién pintado, las puertas y los marcos son nuevos, los armarios de la cocina son chulísimos, las habitaciones amplias, los dos cuartos de baños son pequeños pero perfectos y reformados recientemente...

Sonreí al oírla hablar así. Era la primera vez que la veía tan nerviosa, tan contenta, joder, tan inmensamente feliz.

—¿De qué te ríes?

—No sabía que hablaras tanto y tan rápido.

—No me has conocido en mi mejor momento. Ya te darás cuenta de que es así como hablo, acabarás con dolor de cabeza, te lo aseguro. —Me

guiñó un ojo y yo deseé que fuera así, que todos los días padeciera ese dulce dolor de cabeza—. Pues espera a ver lo mejor, vas a alucinar.

Me cogió el brazo y me dirigió hasta la habitación que había sido mía durante quince años.

—Cierra los ojos. —Lo hice y di unos pasos guiado por ella—. Y ahora ábrelos.

Me había situado justo delante de mi dibujo, pero lo que me sorprendió fue ver una cuna de bebé justo debajo. No solo había decidido dejar aquella imagen en la pared, sino que además pretendía que su hijo durmiera al lado.

—¿Te gusta? ¿A que es precioso? Transmite tanto... —suspiró mientras acariciaba las dos figuras que contemplaban las montañas.

—¿A ti qué te transmite? —le pregunté, impaciente por saber qué sentía ella al ver algo tan íntimo para mí.

—El paisaje me proporciona paz pero la figura del padre y el hijo contemplando el horizonte me transmite protección, confianza, amor.

“Protección, confianza, amor...”, repetí mentalmente. ¿Me proporcionó él todas esas cosas? ¿Protección? Sí, me sentía seguro a su lado. ¿Confianza? Plena. ¿Amor? ¿Era amor la razón por la que siempre estuvo ahí ofreciéndome protección y confianza?

—¿Y a ti? ¿Qué te transmite a ti?

—¿A mí? —pregunté nervioso—. Pues no sé... —Me acerqué a la pared pintada, acaricié su figura y las palabras nostalgia, confusión y engaño acudieron a mi mente—. Yo es que no entiendo de estas cosas...

—¿Sabes? —murmuró Irene ignorando mis palabras y acercándose a mí—. Cuando lo vi por primera vez pensé que la figura del padre era Nacho. Que Nacho me había traído hasta aquí para que su hijo durmiera a su lado, para que le protegiera... Ya sé que pensarás que son tonterías.

—No. Lo entiendo.

—Pero también pensé en ti.

—¿En mí? —Me volví hacia ella sorprendido.

—Pensé en ti y en tu padre. Sé que murió cuando tenías quince años y tu madre estaba embarazada. Debió ser duro para los dos.

—Lo fue, pero ella no tardó en buscarle sustituto.

—¿Por qué dices eso? Tu madre tenía derecho a rehacer su vida.

—Por supuesto que sí, pero ¿dos meses después? ¿Con el mejor amigo de mi padre? ¿Precisamente con él? —Hice una pausa de varios segundos sorprendido por lo que acababa de decir delante de ella. No solía hablar de Manuel con nadie—. Preferiría cambiar de tema, si no te importa.

—De acuerdo... Y dime, ¿qué buena noticia me ibas a contar?

Había olvidado por completo el éxito del proyecto, la botella de cava y las copas de plástico que había comprado en el supermercado. Había olvidado todo aquello porque mi cabeza estaba de nuevo tele transportándose al pasado y ya no sabía cómo frenar aquellos viajes. Aun así, hice un esfuerzo por concentrarme en nuestra conversación y acabamos sentados en el sofá, hablando sobre el negocio redondo que habíamos conseguido con la nueva aplicación. Pocos minutos después Irene fue en busca del cava que yo había dejado en la cocina y empezó a buscar dos copas de cristal entre unas cajas que estaban tiradas en el suelo, porque según ella en las de plástico el sabor del cava era distinto.

Mientras la esperaba sentado en el sofá miré hacia el exterior a través del ventanal. Una paloma se había posado sobre el alféizar de la ventana y aquella imagen me hizo volar de nuevo hacia el pasado.

Contemplaba aquella paloma a través del cristal mientras esperábamos en la consulta del médico. Mi madre estaba sentada a mi lado, con el rostro pálido y el cansancio dibujado en los ojos. Mi padre llevaba dos semanas ingresado y, a pesar de su embarazo, mi madre pasaba muchas noches junto a él, tumbada en un incómodo sillón. Manuel había discutido con ella en numerosas ocasiones, intentando convencerla para que durmiera en casa pero solo algunas noches consiguió sustituirla. Ella no quería separarse de él, pero los demás tampoco queríamos. Yo dejé mis clases en el instituto y Manuel tuvo que cancelar muchas actividades en el centro de ocio. Como aquella mañana, que acudió a la consulta con nosotros, esperando el ansioso milagro.

La leucemia estaba muy avanzada y el cáncer ya había atacado algunos órganos vitales. Las sesiones continuas de quimioterapia solo habían servido para debilitarle aún más, para acabar con sus escasas defensas. Una de las pocas opciones que había para salvar su vida era el trasplante de médula y el mejor y más rápido donante era su único hijo, yo. Las posibilidades de supervivencia eran mínimas pero no debíamos perder la esperanza. Me habían hecho pruebas para analizar el nivel de compatibilidad y conocer mi grupo sanguíneo. Ese día el doctor nos iba a comunicar si seguíamos o no adelante con el trasplante. Si las pruebas eran satisfactorias la intervención se realizaría al día siguiente.

Cuando el médico entró en la consulta, mi madre y yo nos levantamos de la silla, esperando el veredicto. Manuel había estado de pie en todo momento pero se acercó al doctor con la misma expectación.

—¿Sabe ya algo? ¿Marcos es compatible? —preguntó mi madre nerviosa.

—Siéntense, tenemos que hablar —respondió el médico con el semblante serio—. Como ya les expliqué, no siempre los familiares de primer grado son la mejor opción como donantes de médula. Los antígenos son distintos en cada persona y todos heredamos la mitad del padre y la otra mitad de la madre. La mejor opción posible es la combinación de un hermano pero ya que Diego no tiene, la siguiente y mejor alternativa es Marcos, su hijo. Igualmente, les recuerdo que solo existe una probabilidad de un treinta por ciento de encontrar un familiar compatible.

—Sí, sí... lo recordamos —le interrumpió mi madre.

—Las pruebas que le hicimos a Marcos debían proporcionarnos el porcentaje de compatibilidad con su padre, pero... —Se rascó la nuca y desvió la mirada a unos informes que tenía sobre la mesa—. No existe ninguna posible compatibilidad entre Diego y Marcos.

—¿Qué quiere decir con eso? —Manuel se acercó a la mesa. Parecía perder los papeles por momentos—. ¿No se habrán equivocado en las pruebas? Por Dios, que es su hijo, tienen los mismos genes, ¿no?

—Ya les dije que no siempre existe un familiar con compatibilidad suficiente para evitar un posterior rechazo.

—Sí, pero usted ha dicho que Marcos no tiene ninguna... ¿Eso es posible? —Mi madre frunció el entrecejo y clavó sus ojos en los del médico. Yo la miraba sin comprender su expresión—. Doctor, por favor, dígame, ¿es posible que no exista ninguna compatibilidad entre padre e hijo? ¿Ninguna?

—Marisa, debo hablar con usted a solas.

Mi madre nos miró a Manuel y a mí alternativamente durante unos segundos. Luego se volvió hacia el médico con seguridad.

—Lo que tenga usted que decir nos incumbe a todos, así que, por favor, explíquese.

—Es posible que no exista ninguna compatibilidad entre familiares, pero el grupo sanguíneo de los tres... Marisa, esto deberíamos discutirlo en privado.

—Por favor, hable.

El doctor inspiró con cierta brusquedad y empezó a dar golpecitos en la mesa con el bolígrafo. Yo no lograba comprender su nerviosismo, ni la insistencia de mi madre, solo quería que todo aquello se resolviera y mi padre salvara su vida.

—Verán, el grupo sanguíneo de Diego pertenece a los del antígeno 0, al igual que el suyo, Marisa.

—Sí, eso es cierto.

—Sin embargo, el grupo sanguíneo de Marcos pertenece al A.

—¿Y eso quiere decir...? —preguntó mi madre mientras yo la miraba confuso.

—Quiere decir que es imposible que Marcos sea hijo de Diego. Dos padres del grupo 0 solo pueden tener un hijo que pertenezca a ese mismo grupo.

Miré al médico con los ojos bien abiertos. Dejé de respirar durante una eternidad hasta que fui capaz de murmurar.

—Mamá...

La miré esperando que añadiera algo más. Ella se tapó la cara con las

dos manos y el doctor continuó hablando.

—Buscaremos un donante voluntario no emparentado que sea compatible. Ese proceso puede tardar unos días, de todas formas deben estar preparados para lo peor porque aunque lo encontremos las probabilidades de éxito son mínimas.

—Mamá... —susurré de nuevo mientras el doctor se levantaba y salía de la consulta, dejándonos a los tres inmersos en un angustioso silencio—. Mamá... ¿Eso es verdad?

Mi madre se retiró las manos de la cara y me miró con lágrimas en los ojos.

—Hijo, no tenía la menor idea, de verdad... yo...

No supe qué decir durante unos segundos. Estaba aturdido, incrédulo... ¿Mi madre no sabía que su marido no era mi verdadero padre? ¿Mi padre estaba a punto de morir y yo no podía salvarle porque no era su hijo? ¡Joder! ¿Quién era mi padre? ¿Quién era yo? ¿Quién era mi madre? ¿Qué coño estaba sucediendo?

—Entonces... ¿quién...? —pregunté en un susurro, como si quisiera evitar conocer la respuesta.

Mi madre dirigió la vista hacia Manuel y me volví para buscarle, para encontrar su apoyo y la protección que siempre me había ofrecido. Pero no fue aquello lo que leí en sus ojos, aquello no fue lo que yo deseaba encontrar. Fueron la confirmación de un engaño, la traición a la amistad y la decepción lo que hallé en su mirada. En aquel instante mi infancia, mis quince años de felicidad y mi mundo entero se redujeron a una puta mentira. A una jodida farsa. Y el hombre que yacía en aquella cama de hospital, moribundo e inocente, desconocía la verdad que le iba a quitar la vida. En aquel instante mi falso padre pasó a ser el único ser humano real en aquella historia, el único al que debía seguir considerando mi verdadero padre, el único hombre al que iba a adorar el resto de mi vida.

Me levanté de la silla para huir de aquella habitación y volver a su lado, pero Manuel me sujetó del brazo buscando mis ojos.

—Marcos, te juro que no lo sabíamos. Para nosotros también ha sido

una sorpresa.

—¿Una sorpresa? Una sorpresa agradable para ti, ¿no? Ahora ya sabes que si tu vida depende de un trasplante estoy yo para salvarte, ¿verdad? —Escupí aquellas palabras con un desprecio que jamás había sentido hacia él.

—Por favor, no digas eso, a mí me jode igual que a ti...

—Me has estado engañando todo la vida con tu falsa amistad. —Miré a mi madre y de nuevo a Manuel—. Me habéis engañado los dos y habéis engañado a mi padre.

—No —dijo mi madre acercándose a mí—. Lo que sucedió entre nosotros fue antes de comprometerme con tu padre y no ha vuelto a pasar. Yo no he engañado a tu padre, jamás lo haría. Hijo, por favor...

—No me llames hijo... Si mi padre no puede llamarme hijo, tú tampoco...

Me solté de Manuel que aún me sujetaba el brazo e intenté salir de la habitación, pero él volvió a agarrarme por la muñeca.

—Marcos, por favor, no le digas eso a tu madre, ella no tiene culpa de nada.

Me volví de nuevo hacia él y con todo el odio que fui capaz de mostrar vomité aquellas palabras. Las palabras que durante años continuaron taladrando mi cerebro cada vez que recordaba aquel instante.

—Si mi padre muere, serás tú el único culpable. Tú le habrás matado.

—Marcos, Marcos...

La voz de Irene me hizo regresar de aquella consulta.

—¿Me puedes ayudar, por favor?

Irene estaba intentando abrir un armario alto de la cocina pero unas cajas en el suelo le impedían alcanzar el tirador de la puerta.

—Sí, espera. —Me levanté de un salto y corrí hacia donde estaba ella.

—Creo que Raúl guardó las copas en ese armario.

Abrí el armario y cogí dos copas. Nos sentamos de nuevo en el sofá y serví el cava.

—Por tu éxito profesional —Irene alzó la copa y la chocó contra la mía.

—Por tu nuevo piso —Repetí el gesto e Irene me sonrió arrugando la nariz, con un mohín tan encantador como sensual.

De pronto, la barriga de Irene empezó a moverse de la misma forma que lo había hecho en el funeral de Nacho. Abrí los ojos más de lo normal e Irene se percató de mi reacción. Cogió mi mano y la llevó hasta su barriga, mientras me sonreía con un brillo especial en los ojos. Noté como el bebé presionaba la piel bajo la camiseta y sentí una extraña conexión, como si aquel diminuto ser pretendiera decirme algo. Sonreí al imaginarle correteando a mi alrededor, jugando conmigo, regalándome una sonrisa. Pensé en muchas de las cosas que yo había hecho con Manuel durante mi infancia y deseé repetir las con aquel bebé, ofrecerle también mi protección y mi confianza.

Recordé las tres palabras que Irene había pronunciado poco antes: protección, confianza y amor. ¿Era amor la razón por la que Manuel siempre había estado a mi lado a pesar de no saber que era él el único padre que siempre deseé tener?

CAPÍTULO 30 – LOS DEDOS DE SU MANO

La llamada de Miguel nos sorprendió a Pedro y a mí. Estábamos repartiendo algunas tareas entre nuestros dos trabajadores cuando sonó mi móvil. A pesar de que sabía que yo no le gustaba, el folla-amigo de mi prima se estaba mostrando muy simpático hasta que pocos minutos después lo comprendí. El artículo que había redactado sobre nuestra empresa había gustado mucho a sus superiores y querían que Pedro y yo acudiéramos al periódico para hacernos unas fotografías y respondiéramos a algunas preguntas. Querían ampliar el artículo y publicarlo en las primeras páginas del dominical. Para nosotros era una potente publicidad y para Miguel una posibilidad de ascenso.

Así que allí estábamos el viernes a las diez de la mañana, vestidos con traje y corbata y peinados como altos ejecutivos. Al verme en el espejo del ascensor recordé como el día anterior Irene me había acompañado a comprar gomina, después de que le pidiera ayuda para simular mi aspecto desenfadado y convertirme en un esnob de melena larga. Y sus consejos, la corbata que me ayudó a elegir y los casi cien mililitros de ese pringoso gel que me había extendido en el pelo esa mañana me ayudaron a aparentar el hombre que siempre había evitado ser: empresario de éxito, serio, formal y tremendamente aburrido.

—Estás irreconocible —me dijo Pedro con una sonrisa maliciosa.

—Estoy acojonado. Espero que la gomina se quite fácilmente y no me traspase el cuero cabelludo. ¿Y si llega al cerebro y me convierte en un tío formal? De verdad, Pedro, estoy acojonado.

Arrancamos a reír cuando la puerta del ascensor se abrió en la sexta planta de aquel edificio, tan esnob y formal como todos los que allí trabajaban. Miguel nos esperaba en la recepción del periódico, sonriente y vestido como nosotros.

—¿Tú también te has puesto tus mejores galas?

—Ya te digo... La corbata me está asfixiando y creo que los zapatos son de dos números menos. ¿Creéis que puede seguir creciendo el pie con

veintiséis años?

Aquella pregunta nos hizo reír de nuevo.

Nos atendieron el jefe de sección y el subdirector del periódico. A pesar de nuestro nerviosismo inicial, acabamos relajados gracias a su proximidad y al interés que mostraron por nuestro trabajo. Pedro y yo respondimos a todas sus preguntas y posamos para algunas fotos con aire triunfador. Porque era así como nos sentíamos, victoriosos, jóvenes valientes capaces de comerse el mundo sin necesidad de usar gomina, aunque en aquel momento la pringue del gel me estuviera empapando el cerebro.

Miguel estuvo en todo momento a nuestro lado, sonriente y satisfecho. Nada que ver con el rostro de odio que me había mostrado el viernes anterior, cuando Sonia me hablaba al oído ignorándole por completo.

Cuando acabamos, Pedro preguntó por los servicios y mientras le esperaba ojeé los mensajes de mi móvil.

—Gracias por venir —Miguel me sorprendió por detrás mientras leía un SMS de mi madre.

—Gracias a ti, Miguel, este artículo nos da publicidad y además has conseguido que usara gomina por primera y última vez en mi vida.

Sonrió y me dio una palmada amistosa en el hombro.

En aquel instante su jefe de sección se aproximó a nosotros y después de darme la mano en modo de despedida, se dirigió a Miguel guiñándole un ojo.

—Enhorabuena, muchacho, lo has conseguido... Te vamos a echar de menos pero me alegro mucho por ti. Sé que vas a triunfar en New York.

Miré a Miguel estupefacto, ¿se iba a New York? Y como si me hubiese leído el pensamiento, se volvió hacia mí cuando su jefe nos dejó a solas.

—Dentro de seis meses me voy a trabajar a la delegación que tiene el periódico en New York. En principio estaré tres años. Luego decidiré si quiero volver o, por el contrario, me quedo a vivir allí definitivamente.

—¡Joder, tío! Eso está genial ¡Enhorabuena! —exclamé alegrándome

realmente por él. Parecía ilusionado aunque en sus ojos noté cierta contrariedad.

Y entonces lo comprendí todo.

—Así que es por eso, ¿no? —pregunté sujetándole del brazo para que me mirara a los ojos—. Es esa la razón, ¿verdad?

—No entiendo lo que me quieres decir.

—Sonia. Este es el motivo por el que te comportas así con ella.

—¿Sonia? Sonia no sabe nada de esto y te agradecería que no se lo dijeras.

—¿No quieres que la chica que te gusta sepa que te vas?

—Ya te dije que a mí no me gusta. Y no entiendo a qué esperas para pedirle una cita como decías. ¿O es que prefieres ir tirándote a otras mientras ella se hace ilusiones?

Directo y sin pelos en la lengua. ¡Cómo no me iba a caer bien este tío!

—Tal vez ella no se esté haciendo ilusiones conmigo, tal vez ella prefiera hacerse ilusiones con otro tío. Un tío que está acojonado y no quiere reconocer que le encantaría que ella le acompañara a New York. ¿O es que no has pensado en que en esa ciudad hay muchos hospitales que puedan necesitar enfermeras?

—Creía que te gustaba y ahora parece que te la quieres quitar de encima.

—Sonia me gusta, claro que sí, pero mientras tú estés en su cabeza yo no tengo posibilidades —mentí aguantándome la risa al ver como sus nervios le delataban.

—Pues dentro de seis meses se te acabará el problema.

—Cobarde... —le susurré acercándome a él mientras veía a Pedro caminando hacia nosotros—. Nos vemos luego.

Nos despedimos de Miguel y le dejamos de pie en la recepción del periódico, con una profunda tristeza en los ojos.

¿Qué me había dicho Sonia la semana anterior? ¡Ah! ¡Sí!

Definitivamente, estar enamorado es una mierda.

Aquella noche habíamos quedado en *El Midas* con Sonia, Miguel y Natalia. Me enteré por Pedro que Laura había vuelto a quedar con aquel alemán que estaba hospedado en el hotel donde ella trabajaba e intenté hablar con Raúl. Pensé que tal vez necesitaría un rato de compañía o de conversación pero no respondió a mis llamadas ni a mis mensajes. Supuse que debía estar trabajando así que dejé de insistir.

Salí del gimnasio a las ocho y una vez en mi apartamento abrí la puerta de la nevera con escasas esperanzas de encontrar algo en su interior que satisficiera mi apetito. Y, efectivamente, un bote de ketchup, tres mandarinas y un yogurt no cumplían los requisitos necesarios para ser considerados una cena en condiciones, así que me vestí para salir y pensé en aparcar cerca de *El Midas*. En la misma calle había un par de hamburgueserías y decidí que cenaría en la primera que encontrara una mesa libre. Una vez en la calle, y mientras caminaba hacia donde había aparcado, me di cuenta de que no me apetecía cenar solo, que necesitaba a alguien con quien conversar o simplemente alguien con quien compartir el silencio. Cogí el móvil y marqué su número.

—¿Has cenado ya? ¿Te apetece salir? Pero esta vez nada de McDonald's.

Durante unos segundos esperé su respuesta pero un sollozo me hizo comprender que Irene estaba llorando.

—¿Estás bien? —le pregunté en un susurro.

No me respondió, pero su respiración entrecortada y sus amagos de controlar los sollozos respondieron por ella.

—Voy para allá.

Cuando me abrió la puerta del apartamento me encontré con una Irene completamente diferente a la mujer sonrojada y feliz que me había mostrado su nuevo piso unos días antes. Estaba pálida y sus ojos ensangrentados me quitaron el apetito. No pude evitar sentirme un jodido egoísta. Había estado confuso y triste por revivir mi pasado ignorando su presente. El amargo

presente que ella estaba viviendo. No se trataba de simples recuerdos, de caprichos de adolescente o de pataletas con intenciones de venganza. Aquella era su realidad, su vida vacía, su doloroso presente. Di un paso adelante y la abracé con toda la ternura que fui capaz de mostrar. Ella necesitaba apoyo y yo estaba allí, donde quería estar en ese momento.

Rodeándola con el brazo la llevé hasta el sofá, nos sentamos y ella dejó caer su cabeza sobre mi hombro. Permanecí en silencio mientras Irene lloraba y se limpiaba la nariz con un pañuelo de papel. Había pañuelos de papel por todo el salón, en la mesa, en el suelo, en la manta de colores y en las mangas de su camiseta. Mi brazo aún rodeaba su espalda y con la mano acaricié su pelo. Nunca había estado así con una chica pero, al contrario de lo que me hubiese imaginado, no me sentí incómodo.

Los sollozos fueron debilitándose a medida que notaba la presión de su cabeza sobre mi hombro. Supuse que se había quedado dormida unos minutos después, cuando sus manos dejaron caer un pañuelo al suelo. Bajé mi brazo por su espalda buscando una postura cómoda para los dos y acabé recostado en el sofá, con su cabeza sobre mi pecho. Mientras acariciaba los dedos de su mano recordé las veces que Manuel se lo hacía a mi madre.

Yo debía tener unos doce años. Era unos días antes de Navidad, no tenía clases, el centro de ocio estaba cerrado y mi madre había estado trabajando todo el día. Llegó a casa a las ocho de la noche, cansada y oliendo a aceite de freír. Aun así, entró en mi habitación sonriente y mostrándome el jamón ibérico que le había regalado su jefe con motivo de las fiestas.

—Cariño, hoy cenamos jamón y tus croquetas favoritas. ¿Qué te parece?

Asentí sonriente, paré el ordenador y el equipo de música. Mientras mi madre se duchaba, saqué las croquetas del congelador, preparé la mesa e intenté colocar el jamón en la jamonera. Se lo había visto hacer varias veces a Manuel en su casa e hice todo lo posible por imitarle, pensando en lo orgulloso que se iba a sentir cuando se lo explicara. Tenía la pieza cogida con las dos manos cuando la puerta del apartamento se abrió. Me asusté y el jamón resbaló por mis dedos grasientos. Mi padre entró en la cocina en el

instante en que el jamón caía al suelo.

—¡Serás patoso! —exclamó con desprecio—. Deja eso, ya lo haré yo. Tú todavía no tienes edad para estas cosas.

—Papá, ya tengo doce años —repliqué molesto— y ya sé cómo se coloca el jamón en la jamonera. Se lo he visto hacer a Manuel muchas veces.

—Voy a tener que hablar con Manuel muy seriamente. Debería comprender que aún eres un crío. Además, las tareas de la cocina son de tu madre y ella prefiere hacerlas sola.

—No soy un crío, papá, y todas los días ayudo a mamá a cocinar.

—Ya, sí, como si no conociera yo a tu madre.

Tuve ganas de decirle que sí, que realmente no la conocía, que ella adoraba preparar la cena conmigo, que ya me había enseñado a rebozar las pechugas de pollo, a programar el horno, a encender los fogones, a pelar las verduras y a batir los huevos. Le quería haber dicho que cuando él no estaba, Manuel y yo le habíamos preparado el almuerzo en numerosas ocasiones y que ella no nos había echado de la cocina como hacía con él. Que en realidad era a él a quién no quería a su lado cuando hacía las tareas de la cocina. Quise decirle muchas cosas pero, como siempre, me las callé todas.

Después de colocar el jamón en la jamonera, se dirigió a la habitación donde mi madre se estaba vistiendo. Sabiendo lo que venía después, me fui al salón, me senté en el sofá y encendí el televisor. Subí el volumen para evitar oír las discusiones que solían tener cuando él, a pesar de tener fiesta, pasaba el día en el bar del centro de ocio. Volví a subir el volumen cuando los gritos de mi padre se hicieron más fuertes, hasta que le vi cruzar el salón y escuché el portazo final. El final de mi repaso por todos los canales de televisión. El final de una cena en familia.

Apagué el televisor y me acerqué al dormitorio de mis padres. Mi madre estaba tumbada en la cama, llorando. Solo se había puesto una camiseta y aún llevaba las piernas descubiertas. Cogí su pantalón de pijama y se lo acerqué.

—Póntelo, mamá, o te resfriarás —le aconsejé, pensando en las innumerables ocasiones en las que ella me había dicho lo mismo.

Se sentó en la cama y con lentitud introdujo las piernas por el pantalón mientras las lágrimas no cesaban de humedecer sus mejillas. Salí de la habitación y fui hasta el teléfono que teníamos en el salón. Manuel me había dicho repetidas veces que le llamara en cuanto que viera a mi madre llorar y eso hice. Vivía a pocas manzanas de casa así que en diez minutos ya estaba allí.

Entró apresuradamente y la abrazó en cuanto que ella le recibió en el salón. Nunca oí una explicación, nunca criticaron a mi padre, nunca necesitaron palabras. Solo se abrazaban mientras él acariciaba el pelo de mi madre.

—Tranquila, tranquila...

Entre Manuel y yo cortamos el jamón, freímos las croquetas y preparamos una ensalada de tomate. Después de cenar y mientras yo recogía, Manuel acompañó a mi madre hasta el sofá. Cuando volví ella estaba recostada en su hombro y él acariciaba los dedos de su mano. Siempre me dejaba un sitio a su lado y cuando me veía llegar me animaba a sentarme con ellos. Yo lo hacía, me apoderaba del mando a distancia y elegía el canal de televisión mientras ellos permanecían en silencio. Mientras las manos de Manuel acariciaban los dedos de mi madre.

Cuando Irene abrió los ojos yo estaba contemplando su rostro. Me sonrió y se restregó los párpados con las manos.

—Perdona, ¿cuánto tiempo llevo dormida?

—Unas seis horas.

—¿Cómo? —preguntó reincorporándose para mirarme sorprendida.

—No, es broma, has estado durmiendo unos veinte minutos.

Me golpeó el hombro con el puño cerrado y yo no pude evitar reírme de su expresión enfadada.

—No tienes remedio, eres como un niño pequeño.

Sabía que aquella comparación podía resultar graciosa, una forma cariñosa de describir mi actitud bromista, pero cuando era Irene la que me

llamaba infantil, crío o niño pequeño algo dentro de mí se desinflaba. ¿Por qué me daba la impresión de que Irene me veía mucho más joven que ella? ¿Por qué sentía que entre nosotros existía un gran abismo?

—¿Has cenado ya? —pregunté.

—No. Y no me digas que vayamos a cenar porque no me apetece nada.

—Está bien, no te lo diré —afirmé levantándome del sofá—, pero me dejarás que me apodere de tu nevera y de tu cocina durante unos minutos.

—¿Vas a cocinar? —Me miró arrugando la nariz.

—Sí, ¿algún inconveniente?

—No, ninguno —dijo levantando los brazos—. La nevera es toda tuya.

Sonreí por su expresión y me dirigí a la cocina mientras ella recogía los pañuelos de papel. No me resultó complicado moverme entre aquellos armarios ya que Irene había distribuido los utensilios de cocina casi de la misma forma que lo había hecho mi madre durante años. Tenía huevos, patatas y cebollas, así que no me compliqué y preparé una tortilla de patatas. Veinte minutos después estábamos cenando en el salón.

Pensé en entretener a Irene para que dejara de pensar en su realidad y acabé hablándole de Sonia y Miguel, de Pedro y Natalia y de lo enamorado que estaba Raúl de Laura.

—Eso ya lo sé... —confesó con una media sonrisa—. A ella la conocí la semana pasada.

—¿Cómo? —pregunté confuso.

Me explicó que el sábado anterior ella y Raúl habían ido a cenar al mismo restaurante donde se encontraba Laura con aquel alemán y me narró con pelos y señales cómo Raúl había impedido que aquel hombre drogara a Laura.

—No me dio más detalles, pero supongo que deben estar vigilando a ese tipo.

Me quedé por unos minutos en silencio y con los ojos abiertos como

girasoles, flipando por la coincidencia, alucinado por el trabajo de Raúl y ansioso por saber más de ese caso. Porque dicen que a las mujeres les gustan los cotilleos pero a los hombres también, sin excepción, aunque no lo demostremos.

—Bueno, supongo que ya me lo explicará... —Eso lo decimos para no parecer cotillas.

Y supuse que el alemán sería el motivo por el cual esa tarde no había conseguido hablar con Raúl. Laura debía estar con ese hombre y él vigilándoles. ¡Joder! Ni la novela policíaca más romántica, ni la novela romántica más policíaca podrían superar esa historia real. Real, real, como que yo estaba allí, en el apartamento que había sido de mis padres, cenando con una viuda embarazada por la que me estaba poniendo duro con solo contemplar su sonrisa. ¡Raúl, a ver quién de los dos supera al otro en historia inverosímil! Me reí de mis absurdas cavilaciones y busqué el reloj de mi móvil para comprobar la hora.

—He quedado con mis amigos en quince minutos. Me tendría que ir.

Recogimos los platos e Irene me siguió hasta la puerta del apartamento. Una vez allí se alzó de puntillas y me besó las mejillas. Tan cerca de mis labios, tan cerca de mi respiración entrecortada y tan cerca de mi pecho que temí que ella percibiera la aceleración de mis latidos y el aumento de mi temperatura. Aunque la temperatura no fue lo único de mi cuerpo que sufrió una elevación repentina. Bajé en el ascensor colocándome bien la erección y dándome cabezazos contra la pared.

—¡Marcos! ¿Qué coño te está pasando? ¡Joder!

CAPÍTULO 31 – EL LATIDO DE MI CORAZÓN

La noche del viernes en *El Midas* fue una de las más aburridas que recuerdo. Pedro y Natalia desaparecieron de allí una hora después de encontrarnos y pasé el resto de la velada entre una Sonia triste y un Miguel ausente. ¡Menudo cuadro! Y yo sin dejar de darle vueltas a lo que me estaba sucediendo con Irene. Que me gustara era lógico, solo hacía falta contemplar su rostro para comprenderlo, pero ¿era normal que cada vez necesitara más dosis de auto control para no abalanzarme sobre ella y besarla? Y lo peor de todo ¿era normal que a las tres de la madrugada estuviera dejando a Sonia en su casa, habiendo pasado una noche casi sin hablar, en un disco bar rodeado de tías y sin tan siquiera fijarme en ellas?

Algo no iba bien, algo no iba bien...

Intenté evadirme de tantas dudas absurdas sumergiéndome en YouTube durante aquel fin de semana, aproveché mis horas delante del ordenador para adelantar algo de trabajo y conseguí que llegara el lunes habiendo pensado en Irene tan solo unas... ¿ciento cuarenta y seis veces? ¡Un desastre!

Al menos, durante esos dos días, había conseguido encadenar mis recuerdos más inquietos y dejar a un lado la confusión de las últimas semanas. Y debía intentar hacer lo mismo con Irene, aparcarla a un lado de mi mente y volver a recuperar mi yo más genuino, el tío que pasa de sentimentalismos y que solo quiere disfrutar de los placeres de la vida, sin compromisos, sin lanzarse en una olla con agua caliente rodeada de caníbales hambrientos. Ése debía ser yo a la orden de ¡ya!

Pero cuando Raúl me llamó aquel martes por la mañana y me explicó que Sonia había estado a punto de morir en manos de un sicario sin escrúpulos, todo mi yo más genuino se convirtió en un flan dulzón y empalagoso que sintió como se desplomaba al pensar en mi prima, en lo que le podían haber hecho y en lo asustada que debía estar. La llamé enseguida para preguntarle cómo se encontraba y le prometí que esa misma tarde iría a visitarla.

Quedé con Raúl que nos acercaríamos juntos al hospital, pero antes nos tomamos un café en su casa. No di crédito a todo lo que me estaba contando.

—¿Te estabas haciendo pasar por vagabundo para vigilar a ese alemán? Espera, espera... ¿Eras tú el vagabundo sordo del que hablaba Laura? —Raúl asintió sonriente—. ¡Joder, tío! Tu vida parece una película de Hollywood. Y yo que pensaba que a mí me sucedían cosas raras.

—Sí, todo ha sido increíble... El viernes lo pasé fatal cuando aquel cabrón consiguió drogarla. Si se la llega a llevar a su habitación no sé qué hubiera hecho.

—Pues, conociéndote, estoy seguro de que habrías tirado esa puerta abajo. —Nos reímos y tomamos un sorbo de café—. Así que ella ya lo sabe.

—Sí, ayer supo que yo soy policía. Tenía muchas ganas de que se enterara, de que me conociera de verdad, pero ahora... Ahora no sé si es eso lo que quiero.

—¿Por qué? Ella te gusta, ¿dónde está el problema?

—Ese es el problema, que me gusta demasiado y mi trabajo no es compatible con una relación. Ya lo sabes.

Lo sabía y le entendía. Comprendía sus miedos aunque estaba convencido de que no iba a dejarla escapar. La obstinación de Raúl no iba a permitir que se rindiera tan fácilmente y estaba seguro de que en menos de veinticuatro horas ya se habría declarado a Laura. ¡Se aceptan apuestas!

—¿Y tú qué tal con Irene?

—¿Yo?

¡Joder! El café se me atragantó y tuve que dejar que Raúl me golpeara en la espalda como si fuera un criminal al que acababa de detener.

—¡Para, tío! ¡Qué me rompes! —exclamé separándome de él.

—Ayer me explicó Irene que le preparaste la cena el viernes. Dice que está tramitando los papeles para adoptarte... —añadió Raúl, riéndose a carcajadas.

¡Putra gracia tenía la broma! ¿Que me iba a adoptar? ¿En serio había

dicho eso? ¡Joder! Lo que yo sospechaba, que soy un crío para ella.

—¡Pobrecilla! —continuó—. Está muy sola y ahora tú y yo somos su única familia. Supongo que tarde o temprano acabará rehaciendo su vida con otro hombre. Me duele pensarlo, por Nacho, ¿sabes? Pero por otro lado creo que sería lo mejor para ella.

—¿Con hombre te refieres a un tío de cuarenta años? Porque lo has dicho de una forma... —Sí, me estaba poniendo en modo susceptible.

—No tiene por qué ser de cuarenta años, aunque sí es cierto que me imagino a Irene con alguien mayor que ella, un tío responsable, maduro... ¿entiendes?

—Ya, lo entiendo perfectamente. Un anti-yo, por ejemplo...

—Exacto. Ahí le has dado...

¡Cabrón! ¿Y por qué cojones no podía ser yo? ¿Qué tenía yo de malo? ¿Acaso no estaba demostrando ser un buen compañero? ¿Acaso no había sabido estar con ella cuando más lo necesitaba? ¿Acaso no era yo una persona responsable y madura cuando me lo proponía?

¿Lo era? ¿Era yo responsable y maduro? ¡Joder! Si hasta yo dudaba de mí mismo...

Por suerte para mi sistema nervioso, la conversación sobre Irene se zanjó ahí. Salimos de casa de Raúl y mientras caminábamos hacia mi coche me acordé de mi socio y amigo, al que no había vuelto a ver desde el viernes por la noche.

—¿Tú sabes algo de Pedro? Ayer me envió un mensaje avisándome de que no iría a trabajar. Debe estar enfermo de verdad para que falte a su cita con su esposa la informática.

Raúl echó la cabeza hacia atrás riéndose a carcajadas mientras sujetaba la maneta de la puerta de mi Golf GTI.

—Anda, abre y sube al coche que por el camino te cuento en qué parte de su cita debe encontrarse Pedro en este momento.

Cuando Raúl acabó de contarme como Pedro se había abalanzado

sobre Natalia la noche del viernes anterior aluciné más que si permaneciera veinticuatro horas metido en una tienda de campaña hippie. Pedro estaba resultando ser una inagotable caja de sorpresas.

La palidez de Sonia y el vendaje en su cabeza me agriaron el ánimo. Tragué saliva e hice ver que no me había afectado. ¿De qué hubiese servido mostrarle la rabia que sentí en aquel momento? ¿Para recordarle lo que le habían hecho el día anterior?

Raúl le compró unas rosas y yo le llevé una caja de chokolatinas, sabiendo lo golosa que era mi prima.

—¿Cómo te encuentras, preciosa? —le pregunté mientras besaba una de sus mejillas y acariciaba con los dedos la otra.

—Mejor. Gracias, primo.

Me sonrió mostrándome sus encantadores hoyuelos y me pregunté cómo podía Miguel estar tan ciego, cómo iba a dejarla escapar. ¡Gilipollas!

En aquel instante el teléfono móvil de Raúl sonó y me volví hacia él al oír su nombre. Irene estaba en el hospital, había roto aguas y ya la preparaban en la sala de partos. Cuando Raúl se fue con ella sentí una insólita opresión en el pecho y una angustia ascendiendo por mi esófago. Irene debía estar sufriendo un terrible dolor y yo no podía estar a su lado. ¡Mierda! ¿Y las anestésias esas que ponen a las parturientas? Había leído que eran peligrosas, que la vida de la madre podía correr peligro... ¡Jodeeerr! Y yo allí, sin poder hacer nada.

—¿Qué pasa, Marcos? —me preguntó Sonia.

Raúl y Laura habían salido de la habitación y me había quedado solo con mi prima.

—Nada —mentí porque realmente estaba más acojonado de lo que jamás hubiese imaginado—. Tranquila, no pasa nada.

—¿Quién es Irene?

—Es una amiga de Raúl. Su marido trabajaba con él. Murió hace unas semanas y ella está dando a luz ahora.

—¡Ostras! ¡Pobre!

—Sí, una verdadera mierda... —Me senté en un lado de la cama y le acaricié de nuevo la mejilla—. Debiste pasar mucho miedo ayer. ¡Joder! Cada vez que pienso en el daño que te podían haber hecho...

—Fue terrible, el golpe en la cabeza me había dejado semiinconsciente pero sentí perfectamente cómo me agarraba el cuello. No podía casi respirar, notaba la sangre humedeciendo mi brazo y el escozor en la herida era cada vez más intenso...

—Chis... —Silencié su boca depositando un dedo sobre sus labios—. ¿Y sabes cuál es el mejor remedio para todos tus males? —le pregunté alzando las dos cejas repetidas veces.

Sonia sonrió.

—¿Uno de tus picos reconstituyentes?

—Exacto. —Acerqué mis labios a los suyos y le di un beso suave—. ¿Verdad que estás mejor?

—Mucho mejor —afirmó mostrándome de nuevo sus graciosos hoyuelos.

Pero la ternura en su rostro duró poco, se esfumó en milésimas de segundo, en cuanto que sus pupilas se dirigieron hacia la puerta de la habitación. Allí estaba Miguel, de pie, mirándonos con los ojos bien abiertos, enrojando por momentos e inspirando con fuerza. Si llegó a estar a su lado en ese instante me pulveriza la cara a tortazos. Pero si él estaba en estado de shock yo estaba entrando en estado de absoluta ira. Sonia merecía ser feliz, con ese capullo o sin él, así que me levanté y saqué a Miguel de la habitación tirando de su brazo.

—Ha sido un simple pico de primos, nada más —le susurré mientras salíamos al pasillo.

Miguel parecía realmente afectado por lo que le había sucedido a Sonia y era el momento de hacerle reaccionar. “O ahora o nunca”, pensé. Así que le estuve provocando para que tomara una decisión con respecto a mi prima y funcionó.

Me estuvo mirando fijamente por unos segundos, hasta que dio un puñetazo en la pared y se volvió para entrar a toda prisa en la habitación de Sonia. Fui tras él porque no estaba dispuesto a dejarle solo, o le decía lo que ella quería oír o le marcaba la cara a puñetazos.

Cruzó la habitación dando zancadas y una vez se situó frente a Sonia apoyó sus manos en la almohada, una a cada lado de la cabeza de mi prima, se inclinó y la besó. Ella se apartó mirándole con reproche.

—Miguel, no. Te dije que no volvieras...

—Creo que me estoy enamorando de ti...

Sonia abrió mucho los ojos, sorprendida y emocionada a la vez.

—Perdóname, he sido un capullo, un imbécil...

—Un cabrón, un gilipollas, un idiota, un cobarde... —continué por él.

—¿Vas a quedarte ahí? ¿No tienes nada mejor que hacer? —me preguntó Miguel con cara de “o te vas o te mato”.

—No me pienso ir de aquí hasta que no se lo digas todo. —Me crucé de brazos y me apoyé en la pared—. Así que espabila.

Se volvió hacia Sonia mirando el techo y negando con la cabeza.

—Si no fuera porque es tu primo... —Se sentó en el borde de la cama y cogió la mano de Sonia—. He sido un capullo contigo porque me acojoné. Creo que ya hacía meses que estaba asustado. Aquella noche supe que lo que sentía por ti era mucho más fuerte de lo que me temía, que por ti sería capaz de hacer lo que fuera, incluso de abandonar mi sueño si era necesario. Y por la mañana sentí que debía elegir entre ti y mi carrera profesional. Fui un imbécil.

—¿Por qué, Miguel? No te entiendo, yo jamás permitiría que abandonaras un sueño.

—Me voy a New York dentro de seis meses. Me han ofrecido un puesto como redactor en la delegación que tiene el periódico en Manhattan. He firmado un contrato para tres años.

—¡Eso es magnífico! Es una oportunidad única, debes aprovecharla.

—Sí, lo sé, pero... son tres años, Sonia. —Llevó su mano derecha a la mejilla de mi prima y la acarició suavemente—. Sé que debería estar feliz por cumplir un sueño, pero no es así como me siento, porque lo que más deseo en este momento es estar contigo, que nos conozcamos mejor y que salgamos juntos como pareja. Sonia, quiero despertarme a tu lado sin miedo a lo que pueda suceder en el futuro.

—Miguel... —susurró mi prima mientras se acercaba a su boca. Después de un beso suave, ella continuó—. Pero las relaciones a distancia...

—Bueno... —Él se rascó la nuca, dubitativo—. Si durante estos meses todo va bien, también podríamos seguir nuestra relación allí...

—¿Me estás pidiendo que me vaya contigo?

—Te estoy pidiendo que te lo pienses. —Miguel se separó unos centímetros de ella y le sonrió—. Todavía hay tiempo, no nos precipitemos, antes quisiera invitarte a cenar cuando salgas del hospital, si te apetece...

Sonia le mostró sus preciosos hoyuelos y ambos volvieron a acercar sus labios. Acabaron enredados en un abrazo y yo tuve que salir de allí para no parecer un voyeur, porque hubo un momento en el que creí ver más de cuatro manos alrededor de los dos tortolitos. ¡Menudo par de pulpos!

La última vez que había permanecido tanto tiempo en una sala de espera de hospital fue diez años atrás, por el nacimiento de mis hermanos. Aunque aquella vez no estaba solo, aquella vez Manuel estaba de nuevo a mi lado. Ya habían transcurrido dos meses desde la muerte de mi padre y aún seguía sin hablarles. Estuve al lado de mi madre en el funeral, en el entierro, durante sus horas de llanto, en el sofá, en su cama... la acompañé en silencio, sin pronunciar ni una sílaba. Porque aquella fue mi única manera de castigar la mentira de mi madre, el silencio. Le negué la palabra, pero no mi compañía.

En aquella sala de espera, mientras a mi madre le practicaban la cesárea y mis dos hermanos veían la luz, Manuel permaneció a mi lado. A él le estaba castigando de la misma forma pero huyendo de su presencia,

huyendo de su mirada, huyendo de su recuerdo. Ya había empezado a borrar de mi mente todos aquellos instantes de felicidad, su amistad, sus consejos, sus enseñanzas, sus confesiones... todo aquello se convirtió en una película borrosa en blanco y negro, sin sonido, sin subtítulos, una secuencia de imágenes sin sentido.

—Por favor, no la hagas sufrir más con tu indiferencia. No puede haber peor castigo para una madre. Te lo ruego, culpame a mí de todo pero a ella no.

Fue lo único que me dijo en aquella sala de hospital, las únicas palabras que intercambiamos durante las cinco angustiosas horas de espera.

“No la castigues con la indiferencia”, me repetí mientras ojeaba los últimos mensajes de mi madre. “Marcos, por favor, llámame”. “¿Cómo estás, hijo?”, “Te quiero. Llámame”.

Debía acabar con aquella situación aunque con ello pusiera en peligro el recuerdo que había congelado de mi padre: la figura del hombre, del marido y del padre perfecto. Debía hablar con Ivonne. Ella podía ayudarme a reconstruir todas aquellas escenas, a elevar de nuevo el puente que me transportara a mi verdadero yo, al pasado que me había empeñado en borrar. La llamé mientras esperaba a Raúl en la sala de espera de obstetricia y quedé con ella en el centro de ocio a las nueve de la mañana del día siguiente. Manuel no iba a estar a esa hora y acordamos desayunar juntos en el bar.

Poco después de finalizar la llamada, Laura se sentó a mi lado y me sorprendí a mí mismo planteándole aquella pregunta. ¿Me vería ella irresponsable e infantil al igual que todos los demás? ¿Lo era realmente? Sí, definitivamente, lo era... Yo lo sabía, pero... ¿debía cambiar o seguir siendo yo mismo? ¿Iba a conseguir todo lo que deseaba si continuaba siendo irresponsable e infantil? ¿Familia, matrimonio...? ¿Era eso lo que yo más deseaba? No tenía la menor idea pero aun así la respuesta de Laura me gustó. Debía esperar que los demás me aceptaran tal y como era. Con mis virtudes y mis defectos, con mis aficiones y mis gustos, con mis bromas y mi sentido del humor. ¿Era mi carácter incompatible con tener una familia? ¿Con enamorarse? Pensé que no, que podía ser responsable e irresponsable a la

vez, aunque pareciera difícil de concebir.

Y fue eso lo que pensé cuando vi a Nacho por primera vez, dentro de aquella incubadora, envuelto en una mantita blanca, con su carita sonrojada y abriendo los dedos de las manos como si quisiera saludarnos. Creo que jamás había oído el latido de mi corazón palpitar con tanta fuerza. Sonreí emocionado y pensé en la multitud de cosas que quería hacer con él: poner monedas en la vía del tren y esperar escondidos a que éste pasara para aplastarlas, rodar como una croqueta en el césped de un parque infantil, caminar haciendo equilibrio sobre los árboles caídos del bosque, saltar sobre los charcos, colarnos en las filas del cine, hincharnos de chuches hasta acabar con dolor de estómago, acostarnos a las tres de la madrugada con los ojos rojos de tanto jugar con la PlayStation, hacer trompos con el coche en escampados cubiertos de gravilla... Me imaginé haciendo todas aquellas irresponsabilidades con él, sintiéndome a la vez responsable de su educación, de su cuidado y de proporcionarle una infancia feliz.

En pocos minutos había decidido que buscar mi antiguo yo y conservar el actual iban a ser mi objetivo número dos, porque hacer reír a Irene continuaba siendo mi máxima prioridad, por supuesto. Ahora bien, la pregunta más importante seguía sin respuesta. ¿Era eso lo que yo deseaba? ¿Familia, amor...? Y después de contemplar durante unos minutos a Nacho, una posible respuesta comenzó a formarse en mi cabeza. Aunque obtuve la certeza definitiva cuando entré en la habitación donde Irene se recuperaba del parto. El cansancio reinaba en su rostro pero sus ojos brillaban de una forma especial. Estaba preciosa. La saludé sonriente, de nuevo absorto y con cara de panoli, como siempre que contemplaba su rostro. ¡Joder! Cada vez me gustaba más e ignorar lo que me estaba sucediendo era absurdo. No sabía aún si aquello era amor, pero sí supe que la respuesta a la pregunta la tenía delante de mí. Irene era mi deseo.

CAPÍTULO 32 – EN SILENCIO

Ivonne estaba igual que la recordaba. Su mismo pelo corto, castaño y con mechas rubias, sus ojos saltones y negros y su cuerpo alto y delgado. Tenía la misma edad que Manuel y mi madre, de hecho supe años después de conocerla que los tres habían estudiado juntos en la misma escuela. Mi padre y Manuel la contrataron tres años después de abrir el centro de ocio. Las actividades de escalada no les permitían atender las continuas visitas que acudían al centro, interesados por sus eventos para empresas o colegios. El negocio arrancó con fuerza e Ivonne pasó a ser pieza indispensable en la empresa. Aunque también pasó a formar parte de nuestras vidas. Cumpleaños, barbacoas al aire libre, cenas en casa, Navidades... ella siempre estaba allí, con nosotros.

—Marcos, estás altísimo y muy guapo... —exclamó mientras me saludaba con dos besos.

—Y tú pareces más joven. Me vas a tener que contar tu secreto —le dije con una sonrisa picarona.

—No has cambiado nada, sigues con tu mismo sentido del humor... ¡Te pareces tanto a él!

—¿A quién? —pregunté conociendo la respuesta.

—Ya sabes a quién me refiero... —Me cogió del brazo y entramos en el bar—. Supongo que vienes para hablar de él, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Y también quiero saber cosas sobre mi padre... sobre Diego.

Entramos en el bar y saludé a Roberto y a Isabel, el dueño y la cocinera. Me recibieron emocionados y charlamos un rato sobre mis hermanos y mi madre. Poco después Ivonne y yo pedimos uno de los mejores bocadillos del bar: lomo, queso, tomate y pimiento verde.

—Dime, ¿qué quieres saber?

—¿Es verdad que mi padre le fue infiel a mi madre? —pregunté apresuradamente, o lo decía rápido o era incapaz de pronunciar aquellas

palabras.

—Sí.

—¿Dos veces?

—Tu madre solo conoce esas dos infidelidades, pero hubieron más.

Tragué saliva y cerré los ojos mientras inspiraba profundamente.

—¿Manuel lo sabe?

—Sí, siempre lo supo. Aquello le consumía. Después de todo lo que él estaba sufriendo por Marisa, ver como su amigo la engañaba le estaba matando.

—¿Qué hubo entre mi madre y Manuel? Según me dijo ella solo habían estado juntos una vez.

—Sí. Es verdad. Pero para comprender lo que sucedió entre ambos, necesitas conocer toda la historia, desde el inicio.

—Adelante.

—Yo conocí a Manuel cuando comenzamos quinto curso en la escuela primaria. Nos habíamos mudado el verano anterior y al cambiar de barrio tuve que cambiar de escuela. Manuel y yo nos sentamos juntos el primer día y a partir de entonces nos hicimos amigos. Él era muy tímido y le costaba entablar conversación con los compañeros, sin embargo, yo era mucho más abierta y eso fue lo que le animó a dar el paso. Una mañana, mientras jugábamos en el patio de la escuela, me pidió un favor. Quería que me acercara al grupo de Marisa, que las conociera y me hiciera amiga de ellas. No tardé mucho en comprender sus razones. Manuel ya estaba enamorado de tu madre a los once años.

Me hice amiga de ella y conseguí que su grupo acogiera a Manuel. Todas le aceptaron, menos Marisa. Sí, tu madre siempre ha sido muy obstinada. Decía que era un chico aburrido y demasiado enclenque. Y era cierto, Manuel casi no hablaba y su aspecto, delgado y de escasa altura, no le ayudaba. Aun así él nunca se rindió. Se acercaba a ella todos los días para saludarla y cuando nos reuníamos fuera de la escuela hacía todo lo posible para sentarse a su lado.

Pasaron los años y nos hicimos adolescentes. Marisa fue una de las primeras chicas en cambiar físicamente. Le crecieron los pechos, se moldearon sus curvas y pasó a ser una de las más altas de la clase. Su nuevo aspecto más femenino, su melena negra y los ojos azules que tú has heredado de ella, la convirtieron en la muchacha más deseada del instituto. Manuel, sin embargo, continuaba igual, bajito, delgado y muy tímido. Parecían la cara y la cruz, el punto y la i... Para Manuel, Marisa empezaba a ser un deseo inalcanzable pero de nuevo no se rindió. Si el cuerpo de ella había cambiado, él haría todo lo posible para mejorar su aspecto.

—Y empezó a practicar todos los deportes que pudo...

—Exacto.

—Me dijo en varias ocasiones que lo había hecho por amor, pero nunca imaginé que se tratara de mi madre.

—Sí, lo mantuvo en secreto durante años. Solo yo conocía sus sentimientos. Yo y Marisa.

—¿Mi madre lo sabía?

—Se enteró después de que se enamorara de Diego. Como ya sabes, Manuel y tu padre se conocieron practicando escalada cuando ambos tenían diecinueve años. Para entonces la relación entre tu madre y Manuel había mejorado considerablemente. Él se la supo ganar a base de paciencia, de acompañarla a casa cuando salíamos de fiesta y de ofrecerle su hombro cuando ella tenía un desengaño amoroso. Su físico había cambiado, era más alto, corpulento y atractivo y por fin se sentía más seguro de sí mismo. Yo estaba convencida de que lo acabaría consiguiendo y le animé a que diera el paso, a que dejara a un lado la timidez y se lanzara. Y así lo iba a hacer aquel sábado por la noche, lo tenía todo planeado. Primero irían al cine, luego a cenar pizza y de vuelta a casa le confesaría lo que sentía por ella desde que tenía uso de razón. Pero tomó la peor decisión de su vida. Convenció a Diego para que saliéramos juntos los cuatro y lo que no imaginó fue el fatal desenlace de su calculado plan. Fue Diego quien acabó acompañando a Marisa a casa y fue Diego quien la besó en el portal. A partir de entonces tu madre no dejó de hablar de él a todas horas. Diego por aquí, Diego por allá... Se estaba obsesionando con el mejor amigo de Manuel y él de nuevo la

estaba perdiendo.

Hasta que, unos meses después, Manuel volvió a ser el hombro de Marisa, aunque aquella vez el culpable de su desengaño amoroso había sido su mejor amigo. Ella ya estaba enamorada de Diego cuando supo que este aún mantenía una relación con una antigua compañera de instituto. Marisa quedó destrozada y Manuel supo de nuevo estar a su lado. La mimaba, la consentía, la acariciaba, la abrazaba y le decía las palabras más bonitas que una mujer podía oír. Dos semanas después de que Diego desapareciera de la vida de Marisa, salimos todos los amigos a la bolera y, como cada noche, Manuel acompañó a tu madre hasta su casa. Aquel fin de semana tus abuelos estaban fuera y ella le invitó a subir. Escucharon música y hablaron sobre mil temas sentados en la cama de ella, hasta que Marisa, recordando el engaño de Diego, comenzó a llorar. Manuel la abrazó para consolarla y empezó a besar sus mejillas, su frente, su barbilla... y un roce accidental con los labios de ella acabó en un beso, breve pero cargado de pasión. Ante aquel atrevimiento, Manuel se armó de valor y continuó besándola mientras le susurraba que la amaba con locura. Marisa se sintió abrumada, se sintió tremendamente amada y aceptó sus besos. Aquella noche se entregaron el uno al otro en silencio, sin promesas, sin condiciones, llevados por una necesidad y un deseo que ninguno de los dos había sentido hasta entonces.

Pero al día siguiente Diego reapareció para pedirle perdón a Marisa. Según él había finalizado la relación con aquella anterior amiga porque se había dado cuenta de que la echaba de menos a ella. Tu madre le creyó y le perdonó. Estaba aturdida por lo que había sucedido con Manuel pero pensó que se había tratado de una equivocación, que su malestar y el cariño de su amigo les había confundido a ambos. Y para Manuel la euforia de aquella noche se convirtió en su mayor agonía. Haberla amado durante unas horas y perderla otra vez al día siguiente fue lo más doloroso que creía haber vivido jamás. Hasta que dos meses después Marisa supo que estaba embarazada. Ninguno de los dos sospechó sobre la paternidad de Diego. Tu madre tenía menstruaciones muy irregulares y el doctor calculó las semanas de gestación según la ecografía. Es evidente que se equivocó y a nadie le pareció extraño que nacieras dos semanas antes de la fecha prevista.

Cuando conoció la noticia del embarazo Manuel decidió que se iría de

la ciudad en el próximo curso. Ya estaba estudiando INEFC en la Universidad de Barcelona pero consiguió matricularse en la Universidad de Madrid.

—¿Manuel se fue? No lo sabía...

—No, no se fue... Un día, cuando tus padres ya se habían prometido, Marisa llamó a Manuel y le explicó que Diego no quería casarse, ni tener el bebé y que al final había aceptado el compromiso presionado por sus padres. Ella estaba asustada, tenía veinte años, estaba embarazada y se iba a casar con alguien que no la quería ni a ella ni al bebé. Y Manuel fue incapaz de separarse de Marisa. Otra vez. Continuó sus estudios en Barcelona e hizo todo lo posible por transformar aquel amor que sentía por tu madre en una bella amistad. Y así sucedió. Marisa y Diego se casaron, naciste tú y durante unos años todo parecía ir bien. Tú eras un niño risueño, sano y muy querido. Tu madre era feliz y Diego se mostraba orgulloso de su familia.

Cuando Manuel acabó los estudios y le propuso a Diego abrir el centro de ocio, él aceptó. Tus padres tuvieron que pedir un préstamo y para pagar las deudas Marisa decidió buscar empleo. Entró a trabajar como camarera y tú estuviste durante unos años al cuidado de tus abuelos maternos. Cuando ellos enfermaron tú ya tenías siete años y entonces empezaron los verdaderos problemas. Diego nunca se hacía cargo de ti, se pasaba el día en el bar del centro de ocio y Marisa llegaba agotada a casa. Las discusiones eran continuas y Manuel intentó hacer reflexionar a Diego. Incluso le sustituía en algunas actividades para que él regresara temprano a casa. Tu padre se lo reprochaba y le advertía que no debía meterse en sus asuntos. Y Manuel lo intentó, hizo todo lo posible para no intervenir pero cada vez le resultaba más difícil. Y esta vez no era el amor hacia tu madre lo que le impedía mantenerse al margen, esta vez eras tú.

—¿Yo?

—Sí. Manuel te apreciaba mucho, muchísimo, creo que jamás había visto una relación padre e hijo tan estrecha como la vuestra. Era capaz de dejarlo todo por ti. Si querías escalar cuando había una actividad programada, me llamaba y me suplicaba que moviera los horarios para hacerte un hueco en su agenda. Cuando te quiso enseñar a ir en bicicleta tu padre se negó a comprarte una, pero Manuel te la regaló, la guardó en su casa para que Diego

no lo supiera y salíais a pasear a escondidas. Si querías ir al cine un fin de semana y debía cancelar una cita, no lo dudaba ni un segundo. Tú habías pasado a ser su máxima prioridad. Sobre todo después de saber que tu padre se reía de tu delgadez y de tu baja estatura.

—Es cierto, me llamaba enclenque.

—Sí, es curioso como la historia se estaba repitiendo. Tampoco entonces nadie sospechó de tu aspecto. Eras idéntico a Manuel con la misma edad. Incluso recuerdo que una vez Marisa y yo lo hablamos. Las dos coincidimos en que nos recordabas a él pero lo tomamos como una casualidad, una jugada macabra del destino.

—Y por eso quiso que practicara tantos deportes...

—Una vez me dijo: “No quiero que Marcos sufra por amor, quiero que sea un chico fuerte, seguro de sí mismo y que no deje escapar la oportunidad de estar con la mujer que ama”.

—Supongo que nunca dejó de querer a mi madre.

—Nunca. Salió con varias chicas y con un par de ellas lo intentó. La primera duró seis meses, la segunda no llegó a cuatro y el motivo por el que el noviazgo finalizaba era siempre el mismo.

—Mi madre.

—Exacto. Sobre todo a medida que las discusiones con Diego fueron empeorando. Sé que tú eras su cómplice, así que tú conoces esta parte de la historia mucho mejor que yo. Tú le llamabas cuando ella le necesitaba y él salía corriendo. Aun así la relación entre tus padres tenía sus altibajos. Cuando Diego se mostraba más atento y paciente podía llegar a ser encantador. Y durante esos cambios de humor Marisa volvía a caer en sus brazos. Nunca he dudado de que ella realmente quería a tu padre, aunque estoy convencida de que aquel sentimiento no era comparable con el que ella, sin saberlo, ya sentía por Manuel. Porque a tu padre le quería pero a Manuel le amaba.

—¿Y cuándo se enteró mi madre de las infidelidades?

—El mismo día que supo que estaba embarazada de tus hermanos.

—¡Joder!

—Marisa había ido a visitar al médico y se acercó al centro de ocio con la ecografía en la mano. Ella deseaba volver a ser madre y llegó sonriente y feliz como hacía años que no la veía. Diego y Manuel estaban encerrados en el despacho y tu madre decidió esperar fuera. La puerta del despacho se entreabrió por un momento y pudimos oír los gritos de Manuel. Se había enterado de los escauceos de su socio con una de las monitoras en prácticas. Le reprochó su actitud, le recordó que estaba casado y que ni su mujer ni su hijo merecían algo así. No era la primera vez que sucedía pues Manuel le recordó que ya le había amenazado con contárselo a Marisa. Ella se enteró de todo y justo cuando Diego aparecía tras la puerta ella salió corriendo de allí, dejando en la silla la ecografía. Él la tomó entre sus manos y cuando vio los dos fetos se emocionó. Miró a Manuel y le dijo que había sido un imbécil, que debía recuperar a su mujer y que la amaba. Se fue tras tu madre y la encontró en casa llorando.

—Sí, eso lo recuerdo, yo estaba allí.

—Manuel estaba de nuevo destrozado. Se encerró en el despacho unos minutos y salió de él con un maletín en la mano. Se llevaba todas sus cosas y me pidió que le ayudara a reservar un vuelo a Londres. Siempre había querido conocer aquella ciudad y tenía un amigo que vivía allí. Estaba dispuesto a dejarlo todo, el centro de ocio, su casa, a Marisa y a ti... Me dijo: “Ya no lo soporto más”. Sabía que ese nuevo embarazo iba a distanciarle más de ella, que Marisa acabaría perdonando a Diego y que debía ser realista, tú no eras su hijo, así que no podía hacer nada más por ti. Curioso, ¿verdad? ¡Qué equivocado estaba!

—¿Se fue?

—No, no cogió aquel avión, pero esta vez no fue por Marisa.

—¿No? ¿Por qué no se fue?

—¿No lo recuerdas? Llegaste al centro de ocio con la cara desencajada. No tuve el coraje de decirte que Manuel se había ido. Estabas realmente asustado y cuando te vi coger los arneses me preocupé por ti. Sabía que Manuel y tú teníais un lugar especial, que cuando hacíais escalada juntos os gustaba sentaros en una roca y charlar admirando el atardecer. Era vuestro

punto de encuentro y supuse que irías allí. Le llamé y no tardó en regresar al centro de ocio. Salió corriendo en tu búsqueda y te encontró en la roca.

—Le supliqué que no me dejara solo y me prometió que nunca me abandonaría.

—Y eso hizo. Podía renunciar al amor de su vida pero ya no podía renunciar a ti. Marcos, Manuel ya te quería como un padre incluso antes de saber que lo era. Y aún ahora, a pesar de tu comportamiento, habla de ti con orgullo y se le llena la boca de elogios hacia ti. Siempre supo que acabarías siendo bueno en todo lo que te propusieras. Es tu mayor admirador, se descarga todas las aplicaciones y juegos para móviles que diseñas, todas...

—¿En serio?

—Incluso se ha abierto una cuenta en YouTube y es uno de tus seguidores. Me explicó que publicas vídeos mientras juegas con las aplicaciones que diseñas.

Abrí la boca, alucinado e incrédulo.

—Sé que hace unos días tuvisteis una discusión en casa y que desde entonces no has vuelto a hablar con tu madre.

—Es cierto —afirmé sintiéndome un puto egoísta.

—Le dije a Manuel: “¿Qué crees que hubiese pasado si desde el inicio tú hubieses sabido que eras su verdadero padre?” Me contestó: “No quiero pensar en un pasado distinto al que hemos vivido, porque cambiando el pasado Pablo y Nico no estarían aquí y tal vez Marcos no sería el hombre que es ahora. No me arrepiento de nada de lo que hice y espero que Marisa tampoco se arrepienta nunca”.

—La enfermedad de mi padre y saber de aquella forma que yo no era su verdadero hijo me ofuscaron. Acabé idealizándole y borrando de mi mente cualquier recuerdo de Manuel.

—Diego te quería, Marcos, de una forma distinta, pero te quería. Tal vez no fue el mejor padre y no supo ser el mejor marido, pero no era mala persona. Manuel le apreciaba mucho y Diego siempre fue un amigo fiel. Supongo que se casó con tu madre sin amarla lo suficiente y ella soportó aquella relación por ti. Después de conocer las infidelidades y a pesar de estar

embarazada de tus hermanos Marisa le pidió el divorcio. Él intentó recuperarla y durante unos meses fue un marido ejemplar. Hasta que llegó la enfermedad. Tu madre se volcó en sus cuidados y en estar a su lado en todo momento. Al igual que Manuel. Era su amigo y verle así le dolió mucho. Tu padre podía ser un irresponsable pero no merecía sufrir de aquella forma.

—Lo que no llego a comprender es por qué si Manuel apreciaba tanto a mi padre se fue a vivir con su viuda dos meses después de que muriera su amigo. ¡Dos meses!

—El apartamento donde vivíais se iba a quedar pequeño y Manuel le propuso a tu madre vender los dos pisos y comprar una casa en las afueras de la ciudad antes de que nacieran los gemelos.

—¡Ya! Y esa fue la excusa perfecta para que todos viviéramos juntos como si no hubiese pasado nada.

—No sé si aquella fue una excusa o simplemente una necesidad, pero creo que eso es algo que deberías aclarar con tu madre. ¿No crees?

Inspiré con fuerza y me eché el pelo hacia atrás

—Sí, supongo que sí.

Busqué la hora en mi teléfono móvil. Ya eran casi las once de la mañana.

—Me voy, no quisiera encontrarme con Manuel.

—Manuel no estará aquí en todo el día.

Miré a Ivonne extrañado.

—Supongo que como copropietario de la empresa puedo contártelo... Poco después de la muerte de tu padre empezamos a tener problemas con algunos clientes, Manuel no estaba atendiendo el centro de ocio de la misma forma y los visitantes lo notaron. Además algunos monitores estaban empezando a marcharse disgustados con Manuel pues este no estaba cumpliendo con algunas promesas que tu padre les había hecho, como incrementos salariales o seguros médicos. Tuvimos que hacer recortes y eliminar algunas de las actividades que menos beneficios aportaban. Pero lo peor sucedió hace un año, cuando otro centro de ocio abrió al otro lado de la

montaña. Se han llevado a los pocos clientes que teníamos y ahora apenas mantenemos las actividades de verano y algunos grupos de empresa más fieles. Manuel ha tenido que aceptar un trabajo como monitor en ese centro de ocio.

—¿Cómo? ¿En la competencia?

—Sí, trabaja allí miércoles y viernes y los fines de semana. Las pocas actividades que mantenemos las programamos para el resto de los días que está aquí. No se lo digas a tu madre, ella no sabe nada.

—Creo que ya lo sospecha.

—Manuel no quiere que lo sepa para que Marisa no busque empleo. Ya sabes lo tozuda que puede llegar a ser tu madre.

—Lo sé... —Sonreí algo emocionado pues conocía bien a mi madre y las horas que había pasado de pie en el bar para llevar un sueldo a casa.

Me despedí de Ivonne y me fui a trabajar sintiendo la terrible necesidad de ir a ver a mi madre, de abrazarla y de darle las gracias por todo lo que había hecho por mí, por todo lo que había sacrificado y sufrido, por darme la vida y por quererme a pesar de mi conducta.

Y eso hice. Saliendo de trabajar fui directo a casa de mi madre. Por primera vez después de nueve años, abrí con mi propia llave sin llamar antes, sin miedo a encontrármelos abrazados. Mi madre estaba en la cocina, cortando verduras y escuchando la radio. No me oyó entrar y aproveché para sorprenderla como siempre hacía. Tapé sus ojos desde atrás y le susurré al oído.

—Dime quién acaba de llegar.

—¿El hijo al que quiero con locura pero que me vuelve loca con sus tonterías?

Se giró emocionada y la abracé con fuerza.

—Perdóname, mamá —le supliqué mientras notaba como su cuerpo se convulsionaba con los sollozos—. He sido un capullo...

—¡No digas palabrotas! —ordenó entre gimoteos y azotándome en el culo.

—Está bien... He sido un imbécil. ¿Mejor así?

Alzó la cabeza y me miró mientras dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Se las retiré con los dedos y besé su frente.

—¿Me invitas a un café?

—Sí, pero lo preparas tú —me dijo mientras se limpiaba los mocos con un pañuelo.

—Eso está hecho.

Cinco minutos después, estábamos sentados uno frente al otro con nuestras tazas de café en las manos.

—Esta mañana he desayunado con Ivonne y hemos estado hablando un rato. —Me miró algo preocupada pero le sonreí para tranquilizarla—. ¿Es verdad que le llamabas enclenque?

—Sí —asintió mientras se reía divertida—. No sé cómo lo soportó.

—Papá también me llamaba así... —dije con una pizca de tristeza en la voz.

—Diego te quería, Marcos, eso no lo dudas nunca.

—¿Y también te quería a ti? —le pregunté con sarcasmo.

—Teníamos veinte años, casi no nos conocíamos, nos casamos presionados por nuestros padres...

—Sí, pero tú asumiste el papel de madre y él no, tú le fuiste siempre fiel y él a ti no. Y pudiste hacerlo, pudiste dejarle, tenías la oportunidad de ser feliz a tu alcance.

—¿Crees que no lo pensé? ¿Crees que no me planteé mil veces la posibilidad de fugarme con Manuel? Pero, Marcos, le había prometido fidelidad, a pesar de todo yo le quería. Y, lo más importante, tú eras su hijo y no quise separarte de tu padre.

—Extraña paradoja, ¿no te parece? No te fugas con mi verdadero padre para no separarme de mi falso padre.

—No le lloques falso padre. Fue tu padre y eso no cambiará nunca.

Inspiré, expiré con fuerza y cerré los ojos para calmarme.

—Lo sé, mamá. Solo que... hace unas semanas sacaba las garras para defenderle y ahora... Todo es tan confuso.

—Date un poco más de tiempo... —me sugirió acariciando una de mis manos.

En ese instante la puerta de la calle se abrió y mis dos hermanos, los dos movimientos sísmicos llamados Pablo y Nico, entraron en la cocina arrasando con todo. Tiraron una silla, las mochilas que llevaban colgadas en la espalda volaron hasta golpear la puerta de la nevera y las gorras que les cubría el pelo mojado de haber estado nadando en la piscina acabaron empapando mi camiseta. Se colgaron a mi cuello como dos monos de circo. ¿Cómo no iba yo a querer a esos dos enanos?

—¡Marcos! —gritaron los dos a la vez—. ¿Te vas a quedar a cenar? ¿Jugamos a la Play? Hoy hemos cruzado toda la piscina buceando y mañana por la tarde saldremos con las bicicletas, ¿vendrás con nosotros?

—A ver, fieras, tranquilos, que cuando habláis los dos a la vez es imposible entenderos.

Alcé la vista al oír unas risillas y me encontré con sus ojos, apoyado en el marco de la puerta y mirándonos sonriente. Mi madre rodeó con sus brazos la cintura de él y Manuel besó su frente mientras la atraía hacia su pecho. Uno más de los miles de abrazos que había presenciado antes de que, de un día para el otro, me empezaran a repugnar. Uno más de los miles de abrazos que a mi madre la hacían feliz. Volví a mirar para otro lado, pero esta vez no lo hice para evitar contemplar esas muestras de cariño, sino para evitar su mirada.

Aún no estaba preparado para perdonarle después de diez años odiándole.

—¡Chicos! Subid a la habitación a cambiaros de ropa y bajad ya a cenar —ordenó mi madre a los gemelos—. Marcos, ¿te quieres quedar?

—No, mamá, hoy no... —respondí mientras recogía las tazas de café, evitando así cruzarme de nuevo con sus ojos.

—Como quieras... —Noté la mano de mi madre agarrando con suavidad mi brazo—. Sabes que esta también es tu casa.

Le sonreí con cariño y volví a abrazarla. Besé sus mejillas y le dije adiós susurrándole al oído. Salí de la cocina cabizbajo y cuando me disponía a abrir la puerta de la calle, su voz me paralizó.

—Marcos...

No supe qué responder. Cerré los ojos durante unos segundos mientras seguía sujetando el pomo de la puerta. Giré la cabeza apenas unos grados, los suficientes para mirarle de lado. Sus ojos parecían suplicarme y los matices de emoción en su voz al pronunciar mi nombre me encogieron el estómago.

—Gracias...

Agaché la cabeza en un gesto de afirmación y salí de allí con el corazón golpeándome el pecho.

CAPÍTULO 33 – LAS FIESTAS DE SANT ANTONI

A Irene le dieron el alta médica tres días después y Nacho estuvo en la incubadora una semana más. Durante aquellos días, tanto Laura como yo hicimos todo lo posible por acompañar a Irene en el hospital. Laura ya era oficialmente pareja de Raúl, ¿qué había dicho yo?, y entre las dos chicas se estaba forjando una bonita amistad. Pero aunque Irene contaba ahora con una amiga más, yo no dejé de llevarla en mi coche y quedarme un rato con ella todos los días. ¡Joder! ¡Todos los días! Aquello empezaba a ser preocupante, altamente peligroso, una gigantesca cagada. Pero ya estaba hecho, no había marcha atrás, ni tampoco iba a retroceder, ya no, debía empezar a asimilarlo, a hacerme a la idea de que esa necesidad de estar a su lado tenía un nombre. No, no iba a pronunciar ese nombre por muchos millones de euros que me ofrecieran a cambio, pero el sentimiento estaba ahí y no podía seguir ignorándolo.

El día que fuimos a buscar a Nacho al hospital para llevarlo a su casa creo que fue uno de los más emotivos que había vivido hasta entonces. Irene entró en el apartamento con el bebé en brazos, entre sollozos y besando su frente con auténtica devoción. Después de dejar la silla de bebé y una enorme bolsa de tela con las cosas de Nacho en su dormitorio, volví al salón y me quedé de pie contemplándoles. Irene se había sentado en el sofá, con su hijo tumbado sobre su pecho. Estaba tarareando una canción, tenía los ojos cerrados y sus dedos acariciaban la espalda de Nacho. Me acerqué en silencio y me senté a su lado.

—Esta canción me recuerda a mi madre y a la casa donde vivíamos en Manacor. ¿Has estado alguna vez en Mallorca?

—No. He estado en Ibiza con Raúl y un grupo de amigos, pero en Mallorca no.

—Ya lo recuerdo. Raúl nos explicó a Nacho y a mí la noche que pasasteis fuera del apartamento sin poder entrar por tu culpa. —Me miró sonriente y me guiñó un ojo—. Perdiste las llaves en los servicios de una discoteca.

“¡Joder con Raúl! Espero que no le contara qué estaba haciendo yo en los servicios”.

—Mallorca es una isla preciosa —continuó después de volver a cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldo del sofá—. Yo me crié en Manacor. Dicen que es una ciudad pero para mí es tan mío, tan pequeño, tan entrañable que siempre lo consideré un pueblo. Me conocía todas sus calles, sus rincones, sus bares, sus tiendas... En verano adoraba pasear con mi perrita por el paseo de Na Camel.la...

—¿Tenías una perrita?

—Sí, se llamaba Pinky.

No pude evitar soltar una carcajada al oír el nombre del pobre animal.

—No te rías, se me ocurrió a mí —gruñó arrugando el entrecejo.

¡Increíble! Hasta enfadada era perfecta.

—Perdona. —Hice un esfuerzo para ponerme serio y la miré concentrado—. Sigue, sigue...

Volvió a cerrar los ojos y a dejar caer su cabeza en el respaldo del sofá.

—Como te decía, en verano adoraba caminar con Pinky por el paseo de Na Camel.la. Era tranquilo y corría un fresquito muy agradable. Recuerdo que me encantaba ir al bar Xarop con mis padres, sus hamburguesas eran para chuparse los dedos y solo pensar en los palos de crema de Can Roca se me deshace la boca. —Se humedeció los labios con la lengua y tuve que desviar la mirada hacia otro lado—. El centro de Manacor no es especialmente bonito pero caminar por sus calles y convivir con sus gentes me provocaban un sentimiento difícil de explicar. Aquellas calles me han visto crecer, reír, llorar y caminar descalza de lado a lado las noches de mis primeras borracheras con mi amiga Catymary.

—¿Catymary? ¿También le pusiste tú ese nombre?

—Voy a hacer como que no he oído ese comentario.

Sonreí por su ironía y no añadí nada más para dejar que continuara, sobre todo porque contemplarla allí, relajada, con su hijo entre sus pechos y

su preciosa sonrisa en los labios me estaba derritiendo el corazón. ¡Joder! ¿Me estaba convirtiendo en un gilipollas enamorado?

—Pero lo que recuerdo con un especial cariño son las fiestas de Sant Antoni. Se celebran el diecisiete de enero. Todos los manacorines salíamos a hacer pueblo, como se dice allí, hogueras, ximbombada, los dimonis...

—Debe ser divertido.

—Mucho. Yo era entonces una niña y para mí Manacor era mi casa, mi hogar, mi seguridad, todo. Echo de menos sus calles y sus gentes.

—¿Has pensado en volver? —pregunté temeroso de obtener una afirmación.

—Ya no tengo familia en Manacor y algunas de mis mejores amigas también tuvieron que salir de la isla en busca de trabajo. Pero me gustaría pasar allí unas vacaciones y que Nacho conociera el pueblo donde me crié. Tal vez cuando tenga unos cinco años.

—Me encantaría acompañaros.

¿Dije yo aquello? Sí, lo dije. Definitivamente, estaba bien jodido. Y no estaba jodido porque creía decir cosas sin sentido, no, estaba jodido porque pensar en hacer ese viaje con ella y con Nacho me gustó.

—¿Estás seguro?

Irene me miró sorprendida. Tomó a Nacho en sus brazos y se incorporó para estar frente a mí.

—Sí, me apetecería ir con vosotros.

—Pero, Marcos, dentro de cinco años tú tendrás novia y puede que también tengas hijos. —Dejó de hablar por unos segundos y sonrió—. Claro que también podríamos ir todos, sería divertido. Raúl, Laura, tú con tu pareja... ¿Te imaginas?

—¿Qué te hace pensar que yo quiero tener novia? —pregunté mosqueado.

—Tal vez ahora no, pero querrás.

—Ya, claro...

No quise hablar más de ese tema, me estaba molestando que ni tan siquiera se hubiese planteado la posibilidad de hacer ese viaje los tres solos.

—¿Y tú, Marcos, tienes algún lugar que recuerdes con especial cariño?

—¿Yo? —Pensé enseguida en aquella roca y me vi en ella sentado, junto a Manuel, contemplando el atardecer—. A mí me gustaba mucho practicar la escalada. Esa sensación que a ti te provocaban las calles y las gentes de Manacor era la misma que yo sentía ascendiendo por las rocas de las montañas y alcanzando la cima. Siempre pensé que mientras escalaba, el viento me acompañaba, el cielo me protegía y las montañas me retaban. Y en la cumbre tú eres el rey, el dios más poderoso.

—¡Increíble! ¡Qué envidia me das! Yo sería incapaz de escalar, tengo mucho vértigo.

—¿Tienes vértigo?

—No me verás nunca asomarme por la ventana. Se me paralizan las piernas y soy incapaz de moverme. Siempre me han asustado las alturas, desde pequeña.

—Es una pena, te pierdes unos paisajes increíbles.

—¿Y sigues escalando?

—No, dejé de hacerlo después de la muerte de mi padre.

—¿Practicabas ese deporte con él?

—En realidad no. Mi padre y su amigo tenían un centro de ocio en las afueras de la ciudad. Aún continúa abierto. En él se enseña escalada y se organizan salidas en grupo. También se practican otros deportes como barranquismo o senderismo. Mi padre me dejó a mí la mitad del negocio pero en realidad es Manuel quién lo está dirigiendo.

—¿Manuel es tu padrastro?

—Sí. Fue él quien me enseñó a escalar. De hecho, fue él quien me lo enseñó todo. A montar en bicicleta, a nadar, a orientarme en la montaña, a jugar a tenis, a reconocer el canto de algunos pájaros e incluso a poner el jamón en la jamonera. —Sonreí después de decir aquella estupidez—.

Supongo que mi padre no tenía la paciencia suficiente para tratar con niños.

—Y entonces, ¿por qué estás tan enfadado con tu padrastro?

—Porque... —“¿Se lo cuento?”—. La verdad es que Manuel no es mi padrastro... Manuel es mi verdadero padre.

—¿Cómo? —Irene me miró sorprendida.

—Es la primera vez que lo digo en voz alta: Manuel es mi verdadero padre.

Y sin haberlo planeado, me oí a mí mismo explicándole a Irene todo lo que había descubierto y recordado esas últimas semanas. Las infidelidades de mi padre, el amor que Manuel sentía por mi madre y lo que sucedió en aquella consulta médica, cuando descubrimos que mi padre en realidad no lo era. Hablé y hablé durante más de media hora mientras Irene no apartaba los ojos de los míos y Nacho dormía plácidamente en sus brazos.

—Me has dejado sin palabras. ¡Qué historia! ¿Y has hablado ya con tu madre? —Asentí con la cabeza—. Marisa debe ser una mujer increíble.

—Lo es y cocina la mejor paella del país. La llamaré esta tarde y le diré que nos espere a los dos este domingo para comer.

—No, Marcos, no le digas nada. ¡Cómo me voy yo a presentar allí, así sin más!

Me levanté y miré la hora en mi móvil.

—Me voy. No te preocupes por eso, le encantará conoceros.

El viernes de aquella semana volvimos a quedar en *El Midas* y a pesar de estar rodeado de parejas, fue una noche entretenida gracias a Laura. Pedro y Natalia parecían no conocer la palabra intimidad. Se besuqueaban y se metían mano delante nuestro con un descaro que hasta a mí me ruborizó. Miguel y Sonia, por suerte mucho más comedidos que aquel par de salidos, no pararon de conversar con nosotros o entre ellos pero siempre cogidos de la mano, dedicándose miradas de cariño y besándose en las esquinas del local cuando creían que los demás no nos dábamos cuenta. Aquellos dos estaban realmente enamorados y me alegré mucho por mi prima.

—¿Crees que Sonia se irá con Miguel a New York? —me preguntó Laura mientras les observábamos.

—Sí, sin duda. Estos dos están demasiado coladitos como para separarse.

—Al principio estaba convencida de que entre Sonia y tú había algo. Supisteis hacer el papel muy bien.

—Tal vez debí estudiar arte dramático... —solté con chulería.

—¿Quién es ella? —miré a Laura arrugando los ojos, sin comprender la pregunta—. El otro día, en la sala de espera del hospital, me preguntaste algo... era por una chica, ¿verdad?

—Tal vez... —Sonreí y levanté una ceja para hacerme el interesante—. ¿Y tú qué? ¿Vas a dejar que este fin de semana te secuestre tu poli buenorro?

—No digas eso, por favor... ¿Cómo pude decirle aquellas cosas a él y a su hermano? ¡Qué vergüenza!

—¿Sigues sin recordar nada de aquella noche?

—Absolutamente nada.

—Menos mal que estaba allí tu guardaespaldas particular.

Eché una carcajada cuando noté como le subieron los colores a Laura. Aquella noche estaba rodeado de pastelitos rosas, dulzones y enamorados, pero tengo que reconocer que me divertí mucho viéndoles chorrear caramelo.

—Ayer me llamó Raúl. Cree que el caso acabará el viernes y podremos vernos esa misma tarde. ¡Por cierto! Me ha pedido que le aconseje qué comprarle a Nacho. ¿Tú le has hecho algún regalo?

¡Mierda! Se me había pasado por alto ese detalle. Y eso que mi madre era de las que siempre compraba algo a todos los recién nacidos, fueran hijos de primos, de amigos, de vecinos o de clientes del bar donde trabajaba. No importaba si hacía poco que los conocía o no, ella siempre tenía algún chupete, conjunto de ropa o canastilla con todo un surtido de colonias y cremas para regalarles.

Pero el hijo de Irene merecía algo especial, algo diferente, algo que le gustara de verdad a un niño. Y si había alguien que conocía bien los gustos infantiles ese era yo. Mi madre, una novata a mi lado. Así que no lo pensé demasiado y el sábado por la tarde me presenté en casa de Irene con la caja envuelta en un papel de regalo repleto de caritas de Micky Mouse.

—¿Esto es para Nacho? —me preguntó Irene llevándose las manos a la cara.

Aquel día estaba guapísima. Se había puesto un vestido de tirantes estampado con tonos naranjas y rojos y sus rizos acariciaban los hombros descubiertos. Me sonrió de aquella forma que a mí me aceleraba el corazón y cogió la caja emocionada.

—Muchas gracias, Marcos, pero tú eres el mejor regalo que Nacho y yo hemos recibido. El mejor.

Y después de aquellas palabras y sin soltar la caja, Irene se acercó a mi mejilla derecha y la besó lentamente, en una caricia que me dejó atontado durante varios segundos. ¡Joder! ¿Era un beso de amigo u ocultaba algo más? ¿Qué había querido decir con lo del regalo? ¿Que yo era importante para ella? ¿Me estaba insinuando algo? Lo que hubiese dado por tener repuestas a todas esas preguntas.

Mientras Irene rompía el papel que envolvía el regalo me acerqué a la cunita de Nacho. Estaba junto al ventanal del salón, tal y como yo lo había imaginado el día que decidí venderle el apartamento. Jamás me iba a arrepentir de aquella mala inversión, jamás. Aquel apartamento ahora estaba lleno de vida, de amor, de esperanza...

—¿Le has comprado una consola de videojuegos?

—Sí, ¿te gusta? Es la Wii de la Nintendo. Es que me pareció que la PlayStation era demasiado para un niño.

—¡Para un niño no, Marcos, para un bebé de diez días!

—Bueno, ya sé que aún es un bebé, pero crecerá y mientras tanto podemos jugar nosotros delante de él para que vaya aprendiendo.

—¿Nosotros? —me preguntó quedándose con la boca abierta.

—Sí, ¿por qué no? Es divertido, te gustará.

—No sé, Marcos, tal vez más adelante. Yo ahora no estoy para juegos, como comprenderás...

Pero no lo comprendí, en aquel momento no fui capaz de entender a lo que ella se refería. Había comprado la consola pensando en compartir horas de juego con Nacho y, por qué no, también con Irene. Ella necesitaba distraerse y yo podría enseñarle a divertirse jugando con la consola. Pensé que el cansancio había provocado su respuesta, así que no dije nada más, me limité a colocar la Wii bajo el televisor y a conectar los cables mientras ella cogía en brazos a Nacho y lo llevaba hasta el sofá. Cuando acabé, Irene estaba amamantando a su hijo y aquello me hizo reaccionar.

—¿Duermes bien por las noches? —le pregunté.

No me respondió y continuó observando a Nacho mientras acariciaba su mejilla. Siguió sin contestar hasta que percibí temblores en su barbilla.

—¿Estás bien?

Me acerqué a ella y me incliné para ver su rostro. Irene negó con la cabeza y un gemido salió de su garganta.

—Estoy agotada, solo eso. No descanso lo suficiente y las pocas horas que puedo dormir siento la necesidad de estar despierta para vigilarle, para asegurarme de que Nacho está bien. —Ya no pudo contener más el llanto y me miró con los ojos bañados en lágrimas—. Si le sucediera algo, Marcos, si a Nacho le sucediera algo...

—No le va a pasar nada. ¿Por qué piensas esas cosas?

—No sé... —Volvió a mirar a su hijo—. Debe ser el cansancio.

—¿Por qué no te acuestas cuando acabes de darle el pecho? Yo me quedaré a su lado, no te preocupes.

—Pero, Marcos, tú no deberías estar aquí, tú deberías salir a divertirte. Eres joven y estás perdiendo el tiempo con nosotros.

—Ya saldré luego, además ahora estoy donde quiero estar así que deja de decir tonterías.

Me levanté molesto y me dirigí a la cocina. Abrí la nevera y miré el

contenido de la misma sin saber exactamente qué buscaba. Estaba enfadado pero no sabía con quién o por qué. Por fin pude concentrarme en lo que buscaba y encontré unas pechugas de pollo, una lechuga y unos tomates. Preparé una ensalada y calenté los filetes a la plancha. Cuando llevé la cena al salón, Irene colocaba a Nacho en la cuna.

—Come y te acuestas. Yo me quedaré despierto hasta la siguiente toma —le ordené aún disgustado.

Ella obedeció sin decir nada. Estaba exhausta y hasta entonces yo no había sabido ver el agotamiento acumulado en sus ojeras. Se acostó y encendí el televisor a un volumen tan bajo que prácticamente tuve que leer los labios de los protagonistas de la película que se estaba emitiendo. De todas formas, tampoco llegué a concentrarme en lo que sucedía en la pantalla. Me levanté varias veces para comprobar si Nacho dormía y cansado de dar vueltas, acabé apagando el televisor y sentándome en una silla junto a su cuna. Y contemplándole pensé en qué razones podía tener Irene para decir aquella estupidez, por qué creía que yo perdía el tiempo con ellos. Yo estaba donde quería estar, hacía lo que quería hacer y sentía por ellos lo que ya era incapaz de controlar.

Había quedado con mi madre que a las dos del mediodía llegaríamos a su casa y pasé a recoger a Irene media hora antes. La noche anterior había conseguido dormir cuatro horas seguidas mientras yo cuidaba de Nacho y durante el resto de la noche solo tuvo que despertarse una vez, así que esa mañana su rostro lucía más relajado y sus ojeras eran casi invisibles. Me recibió sonriente y me agradeció de nuevo mi ayuda.

Cuando entré en casa de mi madre, cargando con la sillita de Nacho y junto a Irene, me invadió un sentimiento de orgullo, como si llegara triunfal mostrándoles un logro conseguido o como si fuera el ganador de un premio del que necesitaba alardear.

Los primeros en aparecer fueron Nico y Pablo. Corrían escaleras abajo gritando mi nombre pero cuando vieron al bebé pasaron de los chillidos a los susurros. Se acercaron a Nacho como si se tratara de una pompa de jabón y temieran que explotara al rozarla con los dedos. Jamás les había visto

tan entusiasmados y contenidos a la vez.

—¡Ohhh! ¡Qué pequeñito! —murmuraron los dos simultáneamente.

Irene no pudo aguantar la risa y yo no pude ni quise dejar de mirarla.

—¡Bienvenidos! —Mi madre salió de la cocina con los brazos abiertos.

Primero abrazó a Irene, luego le hizo unas carantoñas al bebé y por último me besó las mejillas regañándome porque no la había llamado desde el miércoles. Y después de sentirme como un niño pequeño al que acababan de recriminar una chiquillada entramos en el salón y nos sentamos alrededor de la mesa. Mi madre la había decorado como le gustaba hacer siempre que teníamos invitados. La vajilla para las ocasiones especiales, copas anchas y altas para el vino, servilletas de dos colores colocadas estratégicamente, un bollito de pan para cada uno y un ramillete de hierbas silvestres en el centro de la mesa.

Manuel apareció unos minutos después. Se presentó a Irene muy educadamente y, aunque intenté evitar su mirada, al final acabamos saludándonos con un gesto poco caluroso. Aun así, no me resultó incómodo compartir ese momento con Manuel, es más, deseé adivinar qué estaría él pensando de Irene.

La paella estaba exquisita, los enanos se comportaron como nunca y mi madre parecía entusiasmada. Ella e Irene hablaron sin parar de mil temas distintos, pero sobre todo de niños, de bebés, de cómo crecen, del parto, del embarazo y, para mi desesperación, también hablaron de mí y de mi afán por ir besando a todas las niñas. Mi madre me describió como si fuera el mismísimo Don Juan Tenorio y, claro, no me pareció que fuera un tema apropiado para hablar con Irene. Así que intenté cortar aquella ridícula conversación de raíz.

—¿Y qué tal si tomamos el café?

Las dos arrancaron a reír cuando acertaron en pensar que pretendía zanzar aquel tema y por unos segundos me quedé prendado con la boca de Irene. ¡Joder! Aquella risa me dejaba tan embobado que perdía hasta la noción del tiempo. Cuando fui capaz de reaccionar me topé con los ojos de Manuel que me miraban fijamente, como si escudriñara en mi interior.

Desvié la vista hacia otro lado y me levanté para preparar el café.

Cuatro horas después de haber llegado y una vez Irene acabó de amamantar a Nacho, salimos del salón para despedirnos en la entrada. Mi madre se agarró al brazo de Irene y las dos salieron de la casa. Yo cargaba con la sillita de Nacho y esperaba que los gemelos dejaran de hacerles carantoñas cuando Manuel se acercó por detrás y me susurró al oído.

—Marcos, ten mucho cuidado.

No entendí sus palabras y volví la cabeza para mirarle a los ojos como pocas veces había hecho durante los últimos diez años.

—¿Qué quieres decir? —pregunté procurando parecer impasible.

—No te precipites, ve más despacio.

Durante unos segundos no entendí sus palabras pero me hizo un gesto dirigiéndose a Irene.

—Necesita tiempo.

Le miré molesto y salí de la casa sin responderle.

¿Tiempo? ¿Que necesitaba tiempo? ¿El mismo tiempo que ellos tardaron en olvidar a mi padre? ¡Joder! Me pareció increíble que precisamente él me hablara de tiempo.

CAPÍTULO 34 – EL MAYOR BATACAZO DE LA HISTORIA

Aquello ya era oficial. Estaba enamorado de Irene. Irracionalmente enamorado. Ya no había ningún otro lugar donde yo quisiera estar, ni existía nadie más con quien yo deseara compartir mi vida, solo con ella. Con ella y con Nacho, por supuesto. Cuando estábamos juntos me sentía importante, completo, como si estuviera escribiendo una novela y los tres fuéramos los protagonistas principales. Los protagonistas de una historia que acababa de comenzar.

Durante las cuatro semanas siguientes a aquella comida en casa de mi madre, no hubo un solo día en que no pasara un rato con ellos, incluso cambié mis horarios para dedicarles más tiempo. Me levantaba antes, desayunaba rápido y me pasaba el día concentrado para adelantar trabajo y salir del local más temprano. Paseábamos por el parque con el carrito del bebé, ayudaba a Irene con las compras en el supermercado, preparaba la cena mientras ella alimentaba a su hijo y los fines de semana me quedaba hasta bien entrada la noche cuidando de Nacho para que Irene pudiera dormir. Y aunque muchas veces ella me decía que no lo hiciera, yo la ignoraba. Me recordaba en numerosas ocasiones que debía salir con mis amigos, pero ya había dejado de responderle. Sabía que a pesar de sus palabras Irene se sentía bien a mi lado, cada vez estábamos más cómodos el uno con el otro y estaba convencido de que en realidad ella no quería que me separase de ellos.

Aquel viernes por la noche llegué a casa de Irene con una botella de vino gran reserva en la mano. Pedro y yo habíamos vuelto a firmar un acuerdo importante con un nuevo cliente y me sentía eufórico. Estaba en la cumbre, como cuando escalaba y alcanzaba la cima. Me sentía el rey, el puto amo, un dios inmortal que no podía ser vencido por nadie.

Un imbécil que estaba a punto de pegarse el mayor batacazo de la historia de los imbéciles.

Habíamos acabado de cenar, Nacho estaba dormido y yo casi me había bebido tres cuartos de aquella botella de vino.

—Por tu carrera profesional —Irene alzó su copa y la chocó con la mía.

—Por ti —Repetí el gesto y miré detenidamente a Irene mientras los dos bebíamos de nuestra copa.

Su boca enrojecida por el vino se clavó en mis pupilas y ya no fui capaz de desprenderme de ella. El efecto del alcohol y la tentación de ver sus labios húmedos me provocaron un deseo incontrolable. A duras penas podía contener el desenfrenado instinto de apartar las copas, agarrar su rostro con las dos manos y apoderarme de su boca, de su lengua y del calor de su aliento. Jamás había sentido una excitación tan intensa y la presión en mis pantalones comenzaba a ser dolorosa. No había vuelto a estar con una mujer desde que me follé a Natalia en el coche casi tres meses atrás, pero no era la abstinencia la que me estaba martirizando, sino el deseo salvaje que sentía por Irene. Había intentado por todos los medios refrenar ese instinto, tranquilizarme para darle tiempo, para esperar que ella estuviera preparada, pero el alcohol y su boca me estaban llevando al límite.

—¿Sabes? He estado pensando que tenías razón y puede ser buena idea lo de la consola. Podría ser divertido. ¿Me enseñas a jugar con esos trastos?

—Por supuesto. ¿Recoges tú la mesa mientras la enciendo y preparo los mandos?

Respiré profundamente sentado en el sofá, aprovechando que Irene daba viajes a la cocina. Debía recuperar el ritmo cardíaco y, sobre todo, conseguir que mi sangre dejara de concentrarse en el único órgano de mi cuerpo que parecía tener vida propia.

Cuando Irene se sentó a mi lado y rozamos nuestros muslos, los cinco minutos de recuperación se esfumaron y el riego sanguíneo volvió a tomar la autopista hacia el sur. Le pasé uno de los mandos y como un autómatas le expliqué el funcionamiento. Era incapaz de pronunciar una palabra sin antes tragar saliva. Cuando acabé con aquel patético tutorial, empezamos a jugar. Irene estaba entusiasmada y se divertía como pocas veces la había visto. Se agitaba en el sofá, daba saltos, se levantaba y volvía a sentarse cuando ganaba alguna partida. Y lo peor para mi pésimo auto control, se reía a carcajada

echando la cabeza hacia atrás, mostrándome su cuello y aquellos dos lunares bajo el lóbulo de su oreja que me estaban pidiendo a gritos que los mordiera.

Y ya no logré contenerme por más tiempo. Dejé el mando a un lado, agarré con mis dos manos su rostro, cerré los ojos y me apoderé de su boca. Por fin aquellos labios eran míos, solo míos. Estaban húmedos y cálidos, su piel era tremendamente suave y su olor, joder, el olor de Irene era enloquecedor. Y así estaba yo, enloqueciendo por momentos, perdiendo el control y aplastándola con mi cuerpo. Mi mano derecha buscó su cintura y después de acercarla a mí fui ascendiendo por sus costados, levantando su camiseta y notando el calor de su piel. Irene me agarró los hombros y creí volverme loco cuando noté como acercaba su sexo al mío, como agitaba su cuerpo bajo el mío...

Pero... algo no iba bien. Ella estaba demasiado rígida y sus labios no apretaban los míos con la pasión que yo deseaba absorber de ellos. Y entonces caí de aquella nube de placer que me elevaba del suelo y volví a convertirme en un jodido mortal.

Ella no agarraba mis hombros, sino que los empujaba. Ella no acercaba sus caderas a las mías, sino que intentaba separarse de ellas. Ella no se agitaba bajo mi cuerpo, sino que luchaba para librarse de él.

Cuando abrí los ojos y me separé de su boca vi como el terror había inundado de lágrimas sus mejillas, como el miedo apretaba sus labios y como su cabeza me negaba lo que más deseaba.

—No... —susurró entre sollozos.

Vi mi mano cerca de su pecho y la aparté súbitamente. Me puse de pie sin dejar de mirarla, aterrado por el terror que reflejaban sus ojos.

—Per... Perdóname —tartamudeé sintiéndome el mayor de los capullos—. Por favor, perdóname, Irene, yo no...

Se levantó del sofá sin apartar sus ojos de los míos, como si me temiera, como si fuera una presa en alerta ante su enemigo. Di un paso hacia adelante para acercarme a ella e Irene retrocedió la misma distancia.

—Marcos, no...

—Irene, me gustas. —Ya era demasiado tarde para arrepentirse así

que mi única oportunidad era sincerarme—. Me gustas mucho, jamás había sentido nada parecido por alguien, jamás.

—No, Marcos, no... —ella dio otro paso hacia atrás.

—Sé que piensas que soy algo infantil pero puedo cambiar, puedo ser más responsable...

—No, no...

Irene permanecía con los ojos muy abiertos, el rostro pálido y las mejillas empapadas por el llanto.

—Si necesitas tiempo puedo esperar... puedo hacer muchas cosas por ti, lo que sea...

—¡Basta! —gritó Irene llevándose las manos a la cara—. ¡Cállate! No quiero que hagas nada, no quiero que cambies, no quiero que me esperes.

—Haré lo que me pidas... —continuó sin ser consciente de sus súplicas.

—Tú no puedes darme lo que quiero.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo entiendes? Porque tú no puedes devolverle la vida, porque tú no puedes ser él, porque tú no puedes hacer que Nacho vuelva.

Tragué saliva y sentí que el corazón se me paralizaba al ver a Irene derrumbarse en un llanto desgarrador. Me acerqué a ella y la abracé.

—Quiero que vuelva, quiero que vuelva...

Lloró mientras la rodeaba con mis brazos, lloró mientras la sujetaba cuando creí que perdía el equilibrio, lloró mientras gritaba entre gemidos el nombre de su marido, el nombre del único hombre al que amaba, el único.

—Lo siento, Irene, perdóname... —le susurré al oído.

—Vete, Marcos, por favor, vete...

Deshice el abrazo y ella se volvió para darme la espalda.

—Vete.

Salí de su casa mordiéndome los labios hasta hacerme daño, apretando los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos, salí de allí odiándome, despreciándome y deseando no haber nacido. Subí al coche y de nuevo conduje sin rumbo fijo, al igual que había hecho casi tres meses atrás. Conduje hasta que el coche se paró en una carretera comarcal, a las dos de la madrugada, en la oscuridad de la noche, sin gasolina y dándome cabezazos en el volante. Permanecí allí inmóvil, sentado en el coche, durante dos horas, en silencio, acompañado tan solo por el amargo cantar de los grillos y el ritmo precipitado de mi corazón. ¡Puto corazón! Con el puño cerrado golpeé mi pecho varias veces, con fuerza, deseando frenar sus latidos, deseando que dejara de joder mi vida, deseando que se parara para siempre.

A las cuatro de la madrugada un coche patrulla me acercó a la gasolinera más cercana para comprar un bidón de gasolina y a las seis de la mañana estaba delante de la casa de mi madre. No sabía por qué pero quería estar allí, quería estar con ella, que me devolviera la protección que ella y Manuel me habían proporcionado y a la que me negué durante los últimos diez años. Entré haciendo el menor ruido posible y me senté junto a la mesa de la cocina. Estaba agotado, mi cabeza parecía una olla a presión y los ojos atemorizados de Irene se habían quedado grabados en mis pupilas. No importaba cómo estuvieran mis párpados, si cerraba o no los ojos, no lograba deshacerme de esa imagen, del terror en su rostro.

Oí los pasos de Manuel acercarse por el pasillo pero no entró en la cocina. Pocos segundos después fue mi madre la que se sentó frente a mí y la que depositó sus manos sobre las mías.

—¿Qué te pasa? —susurró.

—La he jodido, mamá, la he jodido bien. He sido un capullo, un egoísta, un imbécil...

—Vale, tranquilo, cuéntamelo todo.

Le expliqué en murmullos todo lo que había sucedido unas horas atrás y lo que sentía por Irene.

—No sé en qué cojones estaba pensando cuando me abalancé sobre ella. ¡Joder! Me miró asustada y me sentí un jodido agresor sexual.

—Cariño, te has equivocado, te has dejado llevar por un impulso, pero frenaste a tiempo, te controlaste cuando notaste que ella no te correspondía, no eres un agresor sexual, quítatelo de la cabeza.

—Pero ella estaba aterrorizada por mi culpa, me miraba como si fuera a asesinarla...

—Irene no se lo esperaba y no está preparada para algo así.

—He estado tan centrado en mis propios sentimientos que ignoré los suyos. He sido un egoísta.

—Ella sigue amando a su marido, necesita tiempo.

—Sí, ahora lo sé. He sido un capullo. Pensé que dos meses serían suficientes, que podía estar preparada al igual que lo estuviste tú. Pero no es lo mismo, ella no ha olvidado a su marido...

—Marcos, ¿y crees que yo sí olvidé a tu padre en dos meses? ¿De verdad crees que fue así?

Mi madre se levantó de la silla y preparó café. Poco después volvió a sentarse, dejando las tazas sobre la mesa.

—¿Nunca te preguntaste por qué siempre encontrabas a Manuel en el sofá del salón cuando llegabas tarde los fines de semana?

—Sí, el muy cabrón estaba controlándome para comprobar si había fumado o no.

—¿Y no te extrañó que todas las mañanas fuera el primero en llegar al salón? ¿O no te pareció raro que de un día para el otro ya no fuera el último en acostarse o el primero en levantarse?

—Mamá, no sé a dónde quieres llegar a parar.

—Marcos, poco antes de que nacieran tus hermanos Manuel me propuso comprar esta casa para tener más espacio. Él vendió su apartamento y nosotros hicimos lo mismo, pero en ningún momento hablamos de matrimonio, ni de compartir mucho más que un techo. Él quería vivir con nosotros para ayudarnos, para cuidar de los gemelos y para estar a tu lado.

—¡Ya! ¿Y me vas a decir que entonces no os queríais?

—Nos amábamos, claro que sí, pero ninguno de los dos había olvidado a Diego. Yo seguía queriendo a tu padre y todavía no estaba preparada para estar con Manuel. Necesitaba tiempo.

—¿Entonces?

—No sucedió nada entre nosotros hasta un año después, poco antes de que nos encontraras en la cocina y salieras corriendo. Hasta entonces Manuel durmió en el sofá pero tú estabas tan ofuscado que ni siquiera te diste cuenta.

—Parece ser que no he acertado en nada.

Mi madre sonrió y me cogió una mano.

—Cariño, has actuado como una persona que no es indiferente a todo. Era normal que sintieras rabia, dolor, desengaño... La enfermedad de tu padre y la forma como descubrimos que no era él tu verdadero padre fue sorprendente para todos. Para Manuel y para mí también fue muy difícil. Y tú tenías quince años, era normal que estuvieras confuso.

Aunque hablar con mi madre me había tranquilizado un poco, no logré sentirme mucho mejor durante aquel fin de semana. Estuve encerrado en mi apartamento sin ganas de salir y sin apenas dormir por las noches. Recordar la expresión de Irene me estaba consumiendo y estar separado de ella también. Me había empezado a acostumbrar a su compañía, a su sonrisa y al olor de Nacho. Me había sumergido en sus vidas y sin ellos me ahogaba. Pero tenía miedo a encontrarme de nuevo con su rostro aterrorizado, así que continué encerrado en mi burbuja, compadeciéndome de mí mismo y culpándome por todo lo que había hecho mal, es decir, por todo lo que había hecho.

CAPÍTULO 35 – FUI YO

Alicia salió de la habitación donde descansaba su hermano. Raúl estaba malherido y acababa de ser intervenido de urgencia, no era el mejor momento para hablar con él, pero debía hacer acopio de todo el coraje necesario y plantarle cara. No podía demorarlo por más tiempo. Sabía que Raúl no iba a aceptarlo, que no iba a creermelo cuando le confesara mis sentimientos hacia ella. Me conocía desde hacía muchos años, sabía que evitaba los compromisos y que enamorarme no entraba en mi cabeza. ¡Qué iluso había sido! Caí en la trampa como un imbécil, dejándome atrapar en el cepo que el mismísimo Cupido había colocado para mí. Y la había jodido hasta el punto de perder cualquier posibilidad de estar con ella.

Jamás me lo iba a perdonar, ni ella, ni Raúl, ni yo mismo.

Tragué saliva antes de abrir la puerta de la habitación y me acerqué en silencio. Raúl estaba recostado en la cama y Laura le rodeaba con sus brazos. Él la había encontrado y sabía que era ella, la mujer con la que quería compartir el resto de su vida. Y me alegraba por él, ¡joder! Nadie más que yo sabía lo que había sufrido Raúl y lo mucho que merecía ser feliz junto a Laura pero... ¿Por qué no podía yo disfrutar de esa misma felicidad? ¿Acaso yo no merecía sus abrazos o sus besos?

—Perdonad... —Al oír mi voz, la pareja se separó unos centímetros—. Raúl, tengo que hablar contigo, ahora.

La inquietud cambió el gesto de mi amigo. Supuse que detectó la tristeza en mis ojos y miré a Laura buscando su apoyo. Ella lo sabía todo y cuando asintió levemente con la cabeza me transmitió las fuerzas necesarias para continuar.

—¿Debo preocuparme? —preguntó Raúl.

—Tengo que contarte algo.

Intenté ir lo más rápido posible para evitar la esperada reacción de Raúl. Le resumí algunos de los encuentros con Irene, la relación amistosa que se había forjado entre nosotros y, por último, mi metedura de pata.

—¡Joder, Marcos! ¿Y tenía que ser ella?

—Raúl, no he podido evitarlo.

—De entre todas las tías que conoces, ¿te has tenido que encaprichar de ella? ¿Precisamente de ella?

—No es un capricho, joder...

—¡Y una mierda! Han pasado casi tres meses, Marcos, tres meses desde que murió Nacho, joder, y tú te abalanzas sobre Irene como si todo fuera tan fácil, como si ella pudiera olvidar a su marido después de tantos años con él. ¡Mierda! Era mi amigo, Marcos, mi amigo.

—Lo sé y créeme que lo siento. No planeé nada de lo que ha pasado, simplemente surgió. Ya sabes que en un inicio yo solo quería ayudarla, pero... no sé, empecé a sentir algo más. ¡Joder! La he cagado y ahora no sé qué hacer.

—Deberías empezar pidiendo perdón, ¿no crees?

—Lo hice y le he enviado un mensaje disculpándome, pero no me responde.

—Pues arréglalo, Marcos. Ella no merece pasar por esto ahora, así que solúcionalo.

Ya no podía dar marcha atrás pero tampoco sabía cómo dar un paso hacia adelante, cómo afrontar mi error y cómo corregir mi comportamiento. Durante varios días me sentí perdido, confuso. Quería verla, quería disculparme, quería olvidar esos estúpidos sentimientos que comenzaban a surgir y rebobinar la película para volver al instante en que yo tan solo quería ayudarla. Debía aprender a ser paciente, a escuchar sus palabras, a entender su silencio y a comprender mejor sus sentimientos, la nostalgia por la ausencia de su marido, su soledad. La soledad de quien está rodeada de gente pero alejada del único ser que necesita a su lado. Debía dejar de ser un egoísta.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo cambiar? ¿Cómo dar el primer paso?

Necesitaba consejo.

Y después de diez años, por fin comprendí que le necesitaba a él, a la única persona que durante años fue mi ejemplo a seguir, mi maestro y mi mejor amigo.

Un jueves por la tarde me acerqué al centro de ocio. Saludé a Ivonne y le pedí mis arneses. Los tenía guardados en un armario, dentro de una bolsa marcada con mi nombre. Me los puse, me cambié el calzado y me preparé para volver a practicar el deporte que me había fascinado durante años. Caminé hasta la primera pared preguntándome si sería capaz de recordar cómo ascender, pero una vez allí, trepé por aquella roca rememorando cada hueco y cada saliente. Fui ascendiendo sin dificultad por todas las paredes hasta llegar allí, a nuestro punto de encuentro, a nuestra roca, al lugar desde el cual se podía contemplar el horizonte y desde donde se podían divisar todas y cada una de las estrellas del cielo.

Me senté y esperé contemplando el atardecer.

Media hora después le oí llegar. Sonreí al pensar que Ivonne no me había fallado, sabía que le iba a llamar en cuanto me viera dirigirme hacia la montaña.

Se sentó a mi lado en silencio.

—Me advertiste y no te escuché —le dije.

—La mejor manera de aprender a caminar es caerse.

—Sí, pero creo que yo me llevo el premio Guinness al mayor número de caídas en menor tiempo.

Vi de reojo que sonreía y sentí como si una pesada cubierta de escombros, piedras y yeso se resquebrajara a mi alrededor, como si me liberara de su peso y de su suciedad. Por primera vez en muchos años cerré los ojos y percibí el frescor del aire de la montaña invadir mis poros, sin la capa del odio impidiendo su paso. Inspiré profundamente hasta llenarme los pulmones y expiré sintiéndome libre.

—Cuando nos llevabas al cine, a mamá y a mí, y las luces se apagaban, yo cerraba los ojos con fuerza y deseaba que aquel momento fuera real, que tú fueras mi verdadero padre y que Diego fuera un personaje de

ficción al que íbamos a ver en la distancia. Otras veces, cuando mi padre se burlaba de mí y tú salías en mi defensa, me aislaba en mi habitación y volvía a cerrar los ojos, pero en esas ocasiones lo que deseaba era que él estuviera muerto y que tú y solo tú fueras mi verdadero padre.

Sentí como se humedecieron mis ojos y mi barbilla empezó a temblar.

—No fuiste tú quién le mató, fui yo. —Dos lágrimas cayeron por mis mejillas y tuve que inspirar con fuerza para continuar—. Deseé tantas veces que fueras tú mi padre y que él saliera de mi vida para siempre que cuando sucedió te culpé a ti por hacer que lo deseara y a mí por desearlo.

—Marcos, tú no tuviste la culpa —dijo Manuel con la emoción contenida en la voz—. Fue una enfermedad lo que le quitó la vida. Él se fue sintiéndose orgulloso de ti y rodeado de gente que le quería. Tú no tuviste la culpa de nada.

—Pero no puedo evitar pensar en ello y en como os he hecho daño a mi madre y a ti, pensando que le habíais traicionado cuando en realidad fui yo quién lo había hecho.

—Olvida esos pensamientos, olvida de una vez aquellos deseos que tuviste cuando eras un crío y recuerda a tu padre al igual que lo hago yo, escalando como a él le gustaba, contemplando la sonrisa que tus hermanos han heredado de él, disfrutando de la naturaleza y haciendo que él, desde donde quiera que esté, se sienta orgulloso de ti.

Sonreí emocionado por sus últimas palabras.

—¿Qué crees que pensaría de las aplicaciones que diseño?

—Que menuda tontería eso de jugar con los móviles —exclamó imitando la voz de mi padre.

Los dos nos reímos a la vez.

—¿Es verdad que eres uno de mis seguidores en YouTube? —Asintió con la cabeza y sonreí al verle apurado—. ¿Y con qué nombre de usuario abriste la cuenta?

—No sé si decírtelo, te vas a reír.

—Sabes que acabaré enterándome.

—“El trepas”, por lo de trepar, escalar... ¿entiendes?

Empecé a reír a carcajadas y Manuel me siguió después. Estuvimos así unos minutos sin saber si las risas eran provocadas por los nervios, la tensión o el nombre tan ridículo que había usado para abrir la cuenta en YouTube. Pero no importaba el motivo, sino el hecho de que estuviéramos los dos allí juntos, riéndonos y perdonándonos todo.

Unos minutos después, tras unos segundos de silencio, Manuel se giró para mirarme.

—¿Te gusta Irene de verdad? ¿La quieres?

—Me gusta mucho pero aún estoy algo confuso. Hace tres meses odiaba el compromiso y evitaba salir con la misma chica más de dos o tres veces para no enamorarme. Y ahora creo que me ahogo si no la veo todos los días. No sé si sigo siendo el tío de hace tres meses y lo que siento por Irene es atracción física o realmente he cambiado y sería capaz de comprometerme por ella.

—Los dos necesitáis tiempo. Ella para querer rehacer su vida con otro hombre y tú para estar seguro de tus sentimientos.

—¿Y crees que solo necesitamos tiempo? Porque después de cómo me comporté con ella dudo que me dé una oportunidad en el futuro.

—Habla con Irene, cara a cara, sincérate, dile que, aunque estás algo confundido, ella te gusta. Pero, sobre todo, no la agobies, no insistas y dale tiempo. Sigue ayudándola como has hecho hasta ahora y no solo porque eso te puede unir a ella, sino porque eso es lo que más deseas, ayudarla. Sé paciente y el tiempo será tu mayor aliado.

—Lo haré. —Me giré para mirarle a los ojos—. Gracias.

Manuel me removió el pelo como había hecho tantas veces y yo volví a sentirme igual que aquel niño de doce años, delgado y de baja estatura, inseguro por fuera pero fuerte por dentro, como su verdadero padre.

Llamé al timbre y temí que no me abriera cuando supe que estaba al

otro lado de la mirilla.

—¿Podemos hablar? —le pregunté acercándome a la puerta—. Por favor.

Irene abrió y agachó la cabeza para evitar mi mirada. Estaba pálida y las ojeras del llanto habían vuelto a pronunciarse en su rostro. Me sentí despreciable por provocar su sufrimiento y entré cabizbajo.

—¿Cómo está Nacho?

—Bien.

No dijo nada más y temí que siguiera enfadada conmigo y que aquel día no aceptara mis disculpas. Entré en el salón y no pude evitar emocionarme al ver a Nacho despierto, tumbado sobre una manta en el suelo y moviendo sus brazos como si se alegrara de verme. Me agaché y dejé que me rodeara un dedo con su manita.

—¡Cómo ha cambiado en estos días!

Alcé la vista para sonreír a Irene pero ella me miraba seria. Me levanté y me senté en el sofá, pidiéndole con un gesto que ella hiciera lo mismo. Lo hizo pero se situó lo más lejos que pudo de mí.

—El otro día me comporté como un imbécil, me dejé llevar y se me fue de las manos. Fui un irresponsable y un egoísta. Y podría seguir diciéndote una multitud de calificativos negativos pero ninguno de ellos justificará mi actitud así que iré al grano. Estoy muy cómodo contigo y quiero seguir a tu lado, ayudándote, haciéndote compañía o abrazándote cuando estés triste. Quiero estar en tu vida y en la de Nacho, como amigo. Me gustas, no te voy a mentir, pero las últimas semanas han sido muy intensas para mí y puede que haya confundido nuestra amistad con algo más o simplemente se trate de una atracción física pasajera. No lo sé, pero ahora no quiero saberlo porque sea lo que sea tú no estás preparada así que voy a aparcar ese sentimiento y seguir a tu lado como amigo.

Irene permaneció en silencio unos segundos, contemplando a Nacho tumbado en la manta.

—Pero si tú no quieres que seamos amigos lo comprenderé —añadí.

Ella se giró y me miró sorprendida.

—Tu amistad es lo que más deseo en estos momentos, Marcos. Pero solo eso, amistad. No puedo ofrecer nada más, ni a ti ni a nadie. Ahora mismo lo único importante para mí es Nacho y seguir adelante con mi vida. Y me importa mucho tu amistad pero también quiero que tú hagas tu vida, que salgas con tus amigos, que conozcas una chica de tu edad, que te corresponda, que te haga feliz, que te dé una familia...

—Ehhh... para el carro. A ver, primero, eres tan solo cinco años mayor que yo, no creo que sea una diferencia tan insalvable como para que me veas como a un niño y, segundo, no me busques ya mujer e hijos que aún soy joven.

—Aclárate, Marcos, no quieres que te trate como a un niño pero no quieres hablar de novias porque eres joven.

—Exactamente.

Me levanté para encender la consola de videojuegos y antes de volver al sofá tomé en brazos a Nacho.

—¿Cómo que exactamente? De verdad que yo no te entiendo.

—Pues está bien claro. Soy un adulto que no quiere que le traten como a un crío pero también soy un adulto que no quiere ser tratado como tal. —Senté a Nacho en mi regazo y estiré el brazo en dirección a Irene—. ¿Me pasas un mando de la Wii?

—¿Vas a jugar a la Wii con un bebé de seis semanas?

—¿Algún problema?

—No, ninguno. ¿Te quedarás a cenar?

—¿Acaso lo dudas?

DOS AÑOS DESPUÉS

CAPÍTULO 36 – PROMÉTEMELO

Creo que nunca me había sentido tan observado como aquel día. Claro que ver a un tío con un traje negro, una camisa azul celeste, una pajarita estampada con colores vivos, a juego con los tirantes que asomaban bajo la americana, corriendo por la zona de llegadas del aeropuerto era bastante inusual. Pero si a esa imagen además le añadimos un niño de dos años, vestido exactamente igual, subido en los hombros del tío trajeado, lo que podría parecer un desfile de moda acaba siendo un espectáculo. Sobre todo si el niño, con su carita redondita y su sonrisa encantadora, va gritando y moviéndose como si cabalgara sobre un caballo.

—¡Arre, arre...!

Cuando llegamos a la puerta por donde salen los viajeros frené imitando el relincho del animal y fui esquivando gente hasta acercarme lo máximo posible al límite marcado por los postes separadores.

—Nacho, ¿los ves salir?

—No.

Lo cargaba sobre mis hombros y no le veía la cara pero sonreí imaginándome su expresión. Sus labios haciendo morritos y sus ojos arrugados buscando entre la gente a dos personas que era imposible que reconociera. Sonia y Miguel se fueron a New York cuando Nacho tenía apenas seis meses y desde entonces solo les habíamos visto por *Skype* o en fotos. Así que era prácticamente imposible que Nacho les recordara.

—*Macos* —Sí, aún no había conseguido que pronunciara bien mi nombre—. Ahí, ahí... están ahí...

Y sorprendentemente tenía razón, entre un grupo de personas con pinta de turistas americanos aparecieron ellos. Miguel llevaba un traje gris oscuro y Sonia un vestido largo, color granate, ceñido y con un escote bastante generoso. Después de una espera de tres horas de retraso y siete más de vuelo, supuse que se habrían cambiado de ropa al bajar del avión.

Cuando vi el trasportín que Miguel cargaba en sus manos adiviné la

razón por la cual Nacho les había reconocido. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Porque podía no recordar a la pareja, pero las fotos que Sonia me enviaba de Lax no las había olvidado. Lax era el cachorro de Sandy que Miguel le regaló a mi prima dos días después de saber que se iba con él a New York. Creo que no la había visto llorar tanto como aquella noche. Miguel le preparó una fiesta sorpresa a la que asistimos todos y le entregó el cachorro como si de un anillo de compromiso se tratara. Se puso de rodillas, estiró los brazos con Lax en las manos, imitando la escena del Rey León, y le preguntó: ¿quieres formar una familia con nosotros?

Bajé a Nacho de mis hombros y mientras él corría hacia el transportín y Miguel le mostraba a Lax, Sonia y yo nos fundimos en un abrazo, intenso aunque breve, para que no se arrugaran nuestros trajes. Luego la miré de arriba abajo emitiendo un silbido de admiración.

—Estás fantástica y muy sexy. —Estiré la mano para saludar a Miguel sin dejar de contemplar las curvas de mi prima—. Dime si este capullo te trata bien porque si no es así le parto la cara.

—El que te va a partir la cara soy yo como sigas mirando así a Sonia.

—Es una mirada de primo. ¡Joder! Sí que estamos susceptibles.

—¿Y este niño tan guapo es Nacho? —preguntó Sonia agachándose para ponerse a su altura.

—Sí —respondió él con una sonrisa—. ¿Puedo coger al perrito?

—Ahora no, Nacho, podrás jugar con Lax en el coche. Tenemos que irnos ya. Si llegamos tarde tu tío Raúl nos encarcela a todos.

Cargué de nuevo a Nacho en los hombros y corrimos hasta el parking del aeropuerto. En dos horas Raúl y Laura se casaban en el restaurante de un hotel situado en las afueras de Barcelona y a esas horas el tráfico podía ser un problema.

Miguel se sentó atrás con Nacho y Sonia se situó a mi lado.

—¿Qué tal te va en el hospital? —le pregunté mientras maniobraba para salir del aparcamiento.

—Muy bien. Mis compañeras me han ayudado mucho a adaptarme y

los niños son encantadores. Pensé que tendría problemas con el idioma pero la mayoría de mis pacientes son hispanos.

—¿Y con él? —pregunté en un susurro refiriéndome a Miguel.

No me respondió con palabras pero su sonrisa, el brillo en sus ojos y el rubor en sus mejillas lo dijeron todo.

—¿Y cómo está Irene?

Sonia conoció a Irene unos días después de que Nacho cumpliera cuatro meses. Convencí a Irene para que dejara a Nacho al cuidado de mi madre y fuimos a cenar todos juntos. Hasta entonces apenas salía de casa y aunque ya conseguía dormir toda la noche, estaba débil y muy triste. Fueron muchas las tardes que pasamos en el sofá, ella apoyada en mi hombro llorando y yo meciendo la cunita de Nacho para que se durmiera. Después de aquel beso y de que le confesara mis sentimientos empecé a reconocer su tristeza y a entender mejor su sufrimiento. Echaba de menos a su marido, había tenido a su bebé un mes después de enterrarle y no tenía fuerzas para rehacer su vida. Pero el tiempo fue pasando y entre todos conseguimos que Irene recuperara la sonrisa. Nacho estaba creciendo con normalidad, era un niño fuerte y solo tenía que abrir la boca para que todos estuviéramos a su merced. Sobre todo yo, por supuesto, para eso están los tíos, ¿no? Raúl, Laura, Natalia, Pedro, mi madre, Manuel... todos estábamos aportando nuestro granito de arena.

—Muy bien. Está mucho más tranquila y desde que ha encontrado trabajo está más ocupada pero feliz.

—¿Y tú?

Supuse que se refería a Irene y nuestra relación porque, aunque solo Raúl y Laura sabían lo que había sucedido hacía casi dos años, los demás estaban convencidos de que si yo ayudaba a Irene era porque sentía algo por ella. Y para no profundizar en el tema, había aprendido a esquivar ese tipo de preguntas.

—Muy bien. Ya sabes, como siempre. Diseñando aplicaciones, echando una mano en el centro de ocio, de canguro con Nacho y de fiesta los fines de semana.

—¿Y sigues soltero?

—Eso depende de ti. —Sonreí de medio lado y alcé un poco la voz—. Porque tú tienes preferencia ante todas las mujeres, solo tienes que llamarme y allí estaré, dispuesto a morrearte hasta dejarte seca.

—Te estoy escuchando, cabrón —replicó Miguel desde el asiento trasero.

—*Macos...* ha dicho una palabrota —miré a Nacho por el espejo retrovisor y sonreí al ver su carita de susto.

—Sí, Nacho, a Miguel vamos a tener que lavarle la boca con un estropajo.

Nacho se puso las manos en las mejillas y ese gesto de sorpresa nos hizo reír a todos.

Llegamos al hotel cuando aún faltaba media hora para la ceremonia. Sonia subió corriendo a la habitación donde preparaban a Laura y se llevó a Nacho con ella para que se reuniera con su madre. Me hubiese gustado ver la cara de Irene cuando se encontró a su hijo vestido con un traje negro y la pajarita y los tirantes de colorines, los mismos colores vivos que ella había elegido para su vestido. El día que se lo compró la acompañábamos los dos y cuando se probó aquella prenda casi se me cae Nacho de los brazos. Estaba increíble, aquel trozo de tela se amoldaba a su cuerpo como si lo hubiesen diseñado solo para ella. Y cuando se miró en el espejo y sonrió satisfecha supe lo que iba a hacer para sorprenderla. Mientras pagaba el vestido le dije: “de Nacho me encargo yo”.

Encontré un sastre que nos hizo un traje con un corte similar y encargué por internet las pajaritas y los tirantes con los mismos tonos que el vestido de Irene. Y aquella mañana, antes de dirigirnos al aeropuerto, cuando Nacho y yo nos situamos frente al espejo cogidos de la mano y contemplamos nuestro reflejo, me emocioné al pensar que parecíamos padre e hijo. Aunque físicamente éramos el desierto y la selva negra: él blanquito de piel, yo moreno, él ojos oscuros, yo azules, él pelo castaño claro y corto, yo negro y largo. Pero el físico no importaba en ese momento, lo realmente importante era que entre nosotros existía un vínculo especial, como lo que yo

sentía con Manuel cuando era un niño y nos sentábamos en aquella roca. Como habíamos vuelto a hacer al menos una vez por semana, doce años después. Sí, estaba practicando escalada de nuevo y, lo mejor de todo, estaba compartiendo esa afición con Pablo y Nico. Casi cada fin de semana salíamos los cuatro a escalar o a pasear con las bicicletas, incluso hacía unas semanas me había comprado una sillita para llevar a Nacho con nosotros.

—¡Por fin! Pensaba que no llegaríais a tiempo —exclamó Raúl.

—¡Tío! Conducía yo con mi Golf, ¿qué esperabas?

—Marcos, ibas con Nacho, ¿crees que no sé que con él te pitan por conducir despacio?

—Exagerado.

Miré hacia otro lado para no tener que reconocer que era cierto, que desde que Nacho había entrado en mi vida me la había desordenado por completo. Conducía despacio, madrugaba, era puntual, cambiaba pañales, preparaba papillas, siempre llevaba manchas en la camiseta y olía a colonia de bebé. Y desde que Irene empezó a trabajar y yo iba a recoger a Nacho a la guardería, me relacionaba con más mujeres en el parque infantil que en la discoteca los sábados por la noche. Así que sí, era cierto, Nacho había cambiado muchos aspectos de mi vida, pero aquel renacuajo me había arrebatado el corazón y ya nada importaba, solo él.

—¿Estás nervioso? —le pregunté a Raúl antes de que su hermana Alicia le cogiera del brazo para caminar juntos hacia el altar instalado en los jardines del restaurante.

—Un poco, esto de llevar traje no va conmigo. —Sonrió mientras se abría unos milímetros el cuello de la camisa—. Y tengo ganas de ver a Laura.

—Yo también tengo ganas de ver al pibonazo de mi cuñada —añadió el hermano de Raúl.

—¡Héctor...! No empieces a buscarme que me encontrarás.

Desde que se había divorciado de su mujer, Héctor ya no era el mismo. Era raro el fin de semana que Raúl no tenía que salir corriendo para

sacarle de algún altercado en bares de mala muerte. Bebía más de la cuenta y participaba en fiestas en las que se respiraba más polvo blanco que oxígeno. Raúl estaba desesperado e intentaba hacerle comprender que su actitud no le conducía a nada bueno, pero Héctor parecía estar comportándose de aquella forma para estrellarse, para llegar al límite y darse de bruces. Yo hacía años que conocía a Héctor y él nunca había sido así. ¡Joder! El puto amor y el puto desengaño podían joderle la vida a cualquiera.

Alicia y Raúl empezaron a caminar hacia el altar y Héctor y yo, los testigos del novio, fuimos detrás. Antes de situarnos de cara a los invitados, Raúl se acercó a su padre que estaba sentado en primera fila. A Fermín le diagnosticaron Alzheimer unos meses después del disparo en la pierna de Raúl y aunque la enfermedad todavía no estaba muy avanzada, Fermín ya no era el mismo hombre activo y entusiasta que había sido hasta entonces. Había olvidado algunas cosas básicas y cotidianas, pero lo peor de todo es que algunos recuerdos sobre su fascinante vida se estaban consumiendo con él. Raúl abrazó a su padre y le oí darle las gracias.

—A mí no me tienes que agradecer nada, hijo —respondió Fermín.

—Sí, papá, gracias a ti y a mamá hoy estoy viviendo el día más feliz de mi vida.

Besó su frente y se acercó a nosotros. Héctor, emocionado al oír las palabras de su hermano, tiró bruscamente de Raúl y le apretó en un abrazo, mientras le palmeaba la espalda y le decía “te quiero, cabrón” al oído. Y yo tuve que cerrar los puños para no darles dos hostias a aquel par de gilipollas, por sensibleras y porque estuvieron a punto de sacarme la lagrimilla del ojo.

Después del momento *Candy Candy*, busqué entre los invitados a mis amigos. Vi a Natalia y a Pedro sentados en la segunda fila y les saludé con un guiño. Estaban cogidos de la mano, para variar, esos dos no se soltaban ni para sonarse los mocos. Ya llevaban un año viviendo juntos y desde entonces Pedro había dejado de dedicarle tantas horas al trabajo. No hablaban de matrimonio pero ya habían decidido buscar el primer embarazo. El primero de cuatro. Aluciné cuando Pedro me lo dijo. ¿En serio? Mi amigo y socio a veces me parecía un extraño. Yo que siempre hablaba de él como el tío más tímido y convencional, acaba liado con la chica menos convencional que conozco y con un equipo de fútbol como descendencia. Si ni tan siquiera

podemos estar seguros de lo que nosotros mismos vamos a acabar siendo o haciendo en la vida, ¿por qué hablamos de los demás con tanta convicción?

Detrás de ellos reconocí a algunos compañeros de Raúl. Alfonso, con el que había compartido algunos casos cuando trabajaba en las calles y un par de sus nuevos compañeros. Después del disparo en la pierna, a Raúl le dieron un puesto provisional como informático en la Brigada Central de Crimen Organizado. Y en cuanto reconocieron su talento ya no le dejaron escapar. Su trabajo ya no era peligroso, aunque sí muy duro. Utilizaba sus conocimientos de informática para investigar asesinatos, violaciones o descubrir redes de pornografía infantil. Escenas e imágenes tremendamente crueles que debía analizar minuciosamente. Naturalmente era muy bueno en su trabajo, había conseguido resolver varios casos y se había ganado el respeto de sus compañeros y superiores. Al dejar las calles, la relación entre Raúl y Laura se fue afianzando y un año después de empezar su noviazgo Raúl le pidió matrimonio.

Sonia fue la primera en aparecer por la puerta hacia donde mirábamos todos.

—La amiga de la novia no está nada mal... —Ese era el salido de Héctor.

—Está comprometida, así que ni te acerques... —Ese era el protector de su hermano pequeño.

—Y es mi prima, así que ni la mires... —Ese era yo, pero solo lo dije para tocar los cojones.

Sonia y Paz, la prima de Laura, eran los testigos por parte de la novia. Se acercaron ambas a Raúl y después de que la niña se comunicara con él en el lenguaje de signos, las dos se situaron a su derecha. Me gustaba ver a Raúl conversar con Paz, existía una relación especial entre ellos. Nunca más hablaron del tiroteo en el hotel, pero creo que ella siempre supo que Raúl era aquel vagabundo. El mismo que un día le regaló una rosa y otro día le ofreció su protección.

La música empezó a sonar y me giré para ver la cara de Raúl. Tragó saliva y volvió a estirar el cuello de la camisa como si le estrangulara. ¡Vaya con el poli buenorro! El Raúl tranquilo y seguro de sí mismo estaba siendo asediado por los nervios. ¿En qué estaría pensando? ¿Acaso temía que Laura le diera plantón en el último momento? ¿Era normal tanto nerviosismo? Pensé que no, que era cosa de enamorados empalagosos, pero, en fin, tal vez no era yo el más adecuado para opinar sobre eso.

Apareció Laura cogida del brazo de su padre y todos los asistentes suspiraron al unísono, como si alguien estuviera dirigiéndoles con una batuta. Fue caminando a paso lento, con una enorme sonrisa y sus ojos azules clavados en los de Raúl. Volví a fijarme en él y sonreí al verle embobado y con la boca abierta. Casi saco un pañuelo de mi americana para limpiarle la salivilla.

—Hermano, ¿de verdad te vas a casar con ella? ¿No crees que yo haría mejor pareja con Laura? —preguntó Héctor alzando la ceja. ¡Menudo cachondo!

—Cállate ya... —susurró Raúl—. Cuando te toque a ti me voy a reír...

—¡Ja! A mí no me vuelves a ver casado.

Sonreí al escucharles pelear porque, aunque Héctor parecía comportarse como un cabrón insensible, sabía que bromeaba, que le gustaba hacer enfadar a Raúl y que los dos hermanos se apreciaban un montón.

—Uauuu... ¡Cómo está la amiga del novio! —exclamó Héctor de nuevo.

Miré en la misma dirección que lo estaba haciendo él y tuve que agarrarme a la silla que tenía al lado para no caerme al suelo.

¡Joder!

Era ella, mi amiga, mi amiga del alma, mi mejor amiga, mi única amiga, A-M-I-G-A.

Ella, sí, mi amiga Irene, caminaba hacia nosotros, cogida de la mano de Nacho, con su preciosa sonrisa y ese vestido que me provocaba taquicardias. Mi amiga, mi mejor amiga, llevaba los rizos recogidos en un

moño, dejando a la vista su cuello y esos dos jodidos lunares bajo su lóbulo derecho. Mi amiga, mi amiga del alma, buscó mis ojos con esa perfecta complicidad que tanto nos unía y yo abrí la americana para que descubriera la pajarita y los tirantes, los mismos que llevaba Nacho. Mi amiga, mi amiga especial, echó la cabeza hacia atrás para reírse y sentí el mismo puto cosquilleo que recorrió todo mi cuerpo el día que la vi reír por primera vez.

“Es mi amiga, es mi amiga, es mi amiga...”

Nacho llevaba en la mano un pequeño cojín con las alianzas y salió corriendo en mi dirección. Le tomé en brazos e Irene se sentó junto a Natalia, no sin antes dedicarme un guiño de esos que derriten un helado en el Polo Norte.

“Somos amigos, somos A-M-I-G-O-S”.

—Toma, límpiame la baba... —me dijo Héctor mientras me ofrecía un pañuelo.

Lo rechacé, haciéndome el indiferente, pero tuve que coger el mío para secarme el sudor de la frente. ¡Joder! Qué calor hacía allí, ¿no?

Afortunadamente la ceremonia fue breve y Nacho no se cansó de esperar en mis brazos. En el momento de entregarle los anillos a los novios se situó frente a ellos, como tantas veces habíamos ensayado, y levantó el cojín para que Raúl y Laura pudieran coger sus alianzas. Una vez acabó de desempeñar el papel más importante de su aún corta vida, volvió a mi lado y copió mi pose: mano izquierda en el bolsillo del pantalón, dejando ver la camisa y los tirantes, y mirada chulesca hacia los invitados, más concretamente hacia Irene.

Ella estaba emocionada y sonriente a la vez, como siempre que miraba a su hijo y recordaba a Nacho. Ya había aprendido a reconocer esa mirada. Una mirada que me enternecía y a la vez me provocaba unos hilos de celos. Hacía muchos meses que lo había asumido, no podía hacer nada para superar a su marido, solo esperar. Y tampoco el tiempo me daba garantías, porque ¿y si Irene estaba preparada para rehacer su vida con otro hombre pero no contaba conmigo? ¿Qué iba a hacer yo si ella empezaba a salir con alguien? Supongo que olvidarla, pero ¿iba a poder?

Porque sí, aunque en un inicio pensé que estaba confuso con respecto a lo que Irene me hacía sentir, no tardé demasiado en darme cuenta de que estaba muy jodido. Intenté seguir con mi vida, tal y como Irene me había pedido, salía con otras chicas, nada serio, como siempre, pero estando con otras solo conseguía reforzar más mis sentimientos. Con ninguna de ellas estaba cómodo, con ninguna de ellas me reía a carcajadas, con ninguna de ellas podía pasar toda una tarde en silencio, rodeándola con los brazos y acariciando sus dedos. Con ninguna de ellas era yo mismo. Con Irene, sí.

Después de la típica lluvia de arroz y pétalos, todos los invitados nos dirigimos a un salón donde se servían bebidas y las mesas estaban repletas de platos con canapés, croquetas, chips y un sinnúmero de apetitosos entrantes.

—Gracias, Marcos. —Irene me sorprendió por detrás mientras el camarero encargado de la barra me servía una cerveza—. El traje de Nacho es precioso y me encanta el detalle de los colores en la pajarita y los tirantes. — Se rió de esa forma que tanto me fascinaba y tuve que dar un sorbo a mi bebida para refrescar el sofoco que me provocaba ese gesto— ¡Y solo a ti se te ocurre ir vestido igual que un niño de dos años!

—No, perdona, es Nacho el que va vestido como un hombre de veintisiete años —le repliqué molesto.

Habían transcurrido dos años desde que nos conocimos y aún me veía mucho más joven que ella. Para Irene existía una franja abismal entre nosotros y yo ya no sabía cómo hacerle ver que en realidad la distancia entre ambos era ínfima. Cada vez era más evidente para mí, cada vez la conexión era más estrecha, más mágica. Nuestras miradas, nuestras risas, nuestras palabras secretas, nuestras confidencias, eso era lo realmente importante, la edad era un detalle superfluo. Así que, siempre que la conversación se desviaba hacia ese tema, yo le recordaba mis veintisiete años.

—¿Has visto cómo te mira la prima de Laura? —me preguntó alzando una ceja.

—¿Paz? —Busqué con la mirada a la niña y la vi conversando con Héctor, que al igual que su hermano, también conocía la lengua de signos—. Es un encanto de niña.

—Pues parece que le gustas... —la risita de Irene me puso la mosca detrás de la oreja.

—Ahora me dirás que hacemos buena pareja... Que te conozco, Irene.

—De acuerdo, tienes razón, te lo iba a decir... Pero era una broma cariñosa —Me miró parpadeando repetidamente y tuve que reír por su expresión.

Definitivamente, Irene iba a acabar conmigo.

Aunque... pensándolo bien, ese era el propósito, que acabara conmigo.

—Marcos, la prima de Laura me ha pedido que te diga algo —Héctor se acercó a nosotros con Paz a su lado—. Quiere saber si bailarás con ella.

—Dile que sí, por supuesto... No, espera, enséñame a decirle que sí con las manos.

Y durante unos minutos Héctor nos ayudó a comunicarnos. Me agaché para estar a su altura y le pregunté qué tipo de música le gustaba. Ella me respondió sonrojada y, antes de irse, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Tío, has triunfado... —exclamó Héctor dándome un toque en la espalda.

¡Lo que me faltaba!

—¿Y, usted, señorita? —Héctor se dirigió a Irene haciéndole una reverencia—. ¿Me concederá un baile?

—Por supuesto, caballero —respondió ella estirando su mano para que él besara su dorso.

“¡Ja! ¡Por encima de mi cadáver!”, pensé yo contemplando la espalda de Héctor mientras caminaba hacia la barra del bar.

—Ten cuidado con él, es un mujeriego y ya sabes lo que busca —le advertí a Irene acercándome a su oreja.

Ella se rio divertida y se puso delante de mí colocándome bien la

pajarita.

—Solo me ha pedido un baile, no me ha pedido sexo, ni una cita, ni matrimonio, ni descendencia...

—Ya lo sé, pero tú ten cuidado.

Comimos todos en un salón contiguo. Irene, Nacho y yo nos sentamos juntos y compartimos mesa con Pedro, Natalia, Sonia, Miguel y Héctor. El hermano de Raúl junto a Irene, claro, lo que me supuso un dolor de estómago que casi me quita el apetito. Intenté desviar la atención hacia Sonia y Miguel que nos explicaron cosas sobre New York, pero no pude evitar vigilarles de reojo. Les pillé hablando en susurros varias veces y sentí que esa paciencia de la que tanto habíamos hablado Manuel y yo se estaba precipitando al abismo.

Después de los cafés y de que los novios cortaran la tarta nupcial, empezó el ansiado baile. Todos se levantaron de sus asientos como si hubiera pinchos en las sillas. Los padres de Laura eran unos bailarines excelentes. Ya estaban los dos jubilados y se habían apuntado a clases de bailes de salón. Raúl y Alicia también nos deleitaron con la salsa y la bachata.

Nacho estaba sentado sobre mi regazo y los dos disfrutábamos del espectáculo hasta que Héctor se levantó y estiró el brazo invitando a Irene a bailar. Estuve a punto de ponerle la zancadilla para que cayera de bruces cuando pasaba por mi lado, pero la pierna de Nacho chocó con la pata de la mesa y no llegué a tiempo. ¡Mierda!

Y aunque me costara reconocerlo, tengo que admitir que Héctor era un buen bailarín y que no solo estaba sorprendiéndonos a todos con sus movimientos, sino que además estaba haciendo reír a Irene de esa forma tan escandalosamente sexy. ¡Mierda!

Apreté los dientes y me armé de toneladas de paciencia. Empecé a contar de cinco en cinco para tener la mente ocupada mientras mis ojos se clavaron en las manos de Héctor, rozando la cintura de Irene. Cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta... Por segunda vez inclinó el cuerpo de ella hacia un lado y él se acercó a sus labios mientras la levantaba y volvía a apretar su torso contra el de ella. Sesenta y cinco, setenta, setenta y cinco... Él se separó unos centímetros de Irene para sujetar sus caderas y hacerla girar, colocando

la palma de sus manos sobre su vientre. Noventa, noventa y cinco, cien.

—Sonia, ¿sujetas a Nacho? Gracias —No esperé una respuesta. Dejé a Nacho en el regazo de mi prima y me levanté de la silla.

Y justo cuando me dirigía hacia la pista de baile con la firme intención de separarles, la canción acabó y la pequeña orquesta que los novios habían contratado empezó a tocar una balada lenta. ¡Bien! Ya estaba cerca, así que iba a impedir que Héctor aprovechara el momento para rozarse más con Irene. Ya casi los tenía a mi alcance pero no había contado con un pequeño y encantador detalle: Paz. La niña se acercó a mí y tiró de mi americana para llamarme la atención. Me miró con sus preciosos ojos y fui incapaz de negarme. La cogí de la mano y la guié hasta la pista. La acerqué a mi pecho y bailamos abrazados.

Mientras nos balanceábamos con los pies pegados en el suelo, sonreí como un tonto. Estaba allí, en medio de la pista, bailando con una niña de doce años, rodeado de parejas de adultos y sintiéndome el tío más afortunado del salón. Incliné la cabeza para mirar a Paz a los ojos y le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa ruborizándose en el acto y volví a abrazarla satisfecho por hacer feliz a la chica más guapa en kilómetros a la redonda. Alcé la vista y vi a los novios mirándonos emocionados. Laura me dio las gracias y me lanzó un beso que recogí con el permiso del novio, claro. Pero la sonrisa se borró de mi cara en cuanto mis ojos se desviaron hacia Irene, que en esos momentos reía en los brazos de Héctor. Creí arder en llamas y supuse que Raúl supo lo que me pasaba porque guió a Laura hasta llegar a nosotros.

—¿Cambio de pareja?

Paz aceptó el cambio y Laura me cogió de los hombros.

—Gracias por bailar con mi prima, eres un encanto.

—No, el encanto es ella y el privilegio ha sido mío.

Y mientras me miraba sonriente y agradecida dio unos pasos en dirección a su objetivo.

—¿Cambio de pareja?

Cogió a Héctor de los hombros y se alejaron de nosotros, dejándonos a Irene y a mí uno frente al otro. Nos miramos fijamente a los ojos, nos

sonreímos y nos abrazamos a la vez. Ella rodeó con sus manos mi cuello y yo la atraje hacia mí con mis brazos. Ella apoyó su cabeza en mi hombro y yo acerqué mi nariz a su cuello. Ella enredó uno de mis mechones entre sus dedos y yo acaricié su espalda.

Había aprendido a reprimir mi deseo por ella, a controlar la pasión que despertaba en mí y a utilizar toda aquella energía para hacerla reír, para ofrecerle mi amistad y para adivinar cuando necesitaba un abrazo o cuando debía dejarla sola. Había aprendido a disimular mis sentimientos y a amarla en silencio.

Pero verla en brazos de Héctor y temer que otro se me adelantara hicieron que no pudiera reprimir aquella pregunta por más tiempo.

—Irene, quisiera pedirte un favor.

—Lo que quieras... —dijo después de ronronear sobre mi hombro.

—Si alguna vez crees estar preparada para volver a enamorarte, ¿me lo dirás?

Levantó la cabeza de mi hombro y me miró fijamente.

—¿A qué ha venido esa pregunta?

—Tú solo responde sí o no. ¿Me lo dirás? ¿Me lo harás saber de alguna forma?

—No lo sé, Marcos... —Dejó de balancearse y se separó unos centímetros—. ¿Por qué lo preguntas?

En ese preciso instante la orquesta empezó a tocar una canción mucho más animada y cogí a Irene de la mano para llevarla al exterior. En la puerta estaban algunos de los invitados fumando y continué tirando de ella hasta que llegamos a un banco de madera blanco rodeado de césped. Nos sentamos y cogí sus manos.

—Durante estos dos años hemos sido buenos amigos, hoy eres mi mejor amiga y quiero seguir siéndolo en el futuro. Pero también quiero ser algo más en tu vida, mucho más...

Irene me miró asombrada, retiró mis manos de las suyas y se separó unos centímetros.

—Marcos, no... pensé que aquello había quedado atrás...

Quise acercarme a ella, recorrer de nuevo esos centímetros que ella había añadido entre nosotros, pero recordé aquel impulso que casi acaba con nuestra amistad y me retuve.

—Tranquila, puedo seguir controlándolo. No es un problema.

—No, no... esto te está haciendo daño. Creo que deberíamos dejar de...

—Ni se te ocurra acabar la frase —la interrumpí enfadado—. No pienso separarme de ti y menos aún de Nacho, ¿me oyes?

—Yo tampoco deseo que eso suceda, Marcos, pero... No quiero que sufras ni que me esperes.

—No estoy sufriendo y, como ya te he dicho, esperar no es un problema.

—Quiero que me prometas algo —me miró con una súplica en los ojos.

—¿Qué?

—Prométeme que intentarás conocer a una chica que te corresponda, que intentarás enamorarte...

—Otra vez con eso... —Agaché la cabeza, resignado.

—Marcos, prométemelo. —Se inclinó y buscó mis ojos—. Por favor.

—Vale... pero tú también debes prometerme algo a mí.

—Tú dirás.

—Si alguna vez tienes dudas sobre si sientes algo diferente por mí, algo más que amistad. Si en cualquier momento crees que existe la más mínima remota probabilidad de que te puedas enamorar de mí, aunque sea microscópica... prométeme que me lo harás saber, que me enviarás una señal, que me lo dirás, cuando sea, como sea...

—¿Aunque estés con otra?

—Aunque esté con otra.

—No puedo prometerte eso, Marcos.

—Pues yo no puedo prometerte que vaya a intentar enamorarme de otra chica.

—De acuerdo, está bien... —Estiró el brazo y me ofreció su mano para estrecharla—. Trato hecho.

DOS AÑOS Y CUATRO MESES DESPUÉS

LAURA

CAPÍTULO 37 – VIVIR CAUTIVA EL RESTO DE MIS DÍAS

Cuando llegué a la recepción del hotel estaba agotada. Ese día habíamos organizado dos convenciones, una con ciento cincuenta asistentes y otra con más de ochenta. Saludé a Carol, la nueva recepcionista, y ella sonrió al ver como me quitaba los zapatos y caminaba descalza tras el mostrador, escondiéndome de los huéspedes que tomaban sus cócteles en el bar. Entré en mi despacho y dejé la puerta entreabierta por si Carol necesitaba ayuda. Me senté en el pequeño sillón y estiré las piernas dejándolas apoyar sobre la mesita. Desde allí pude oír a la joven informar a los nuevos huéspedes sobre los horarios de las comidas y el camino que debían seguir hasta llegar a los ascensores. Sonreí al recordar a aquella chica inexperta de veinticuatro años y su primer día como recepcionista en aquel hotel de dos estrellas. El primer día de mi nueva vida. El primer día de nuestra aventura juntos.

Ya habían transcurrido cuatro años y casi todo había cambiado: ya no era una joven huyendo de las relaciones sentimentales, trabajaba en un hotel de cinco estrellas, estaba casada con un hombre maravilloso y me acababan de ascender a encargada.

Mi nuevo trabajo: un sueño hecho realidad.

Raúl: la realidad vivida como en un sueño.

Miré la hora en la pantalla de mi móvil. Eran las seis de la tarde y, aunque mi turno ya había acabado y me podía ir a casa, había decidido esperar allí a Raúl. Habíamos quedado con Marcos a las siete en la nave que él y Manuel, su padrastro o su padre, aún no sabía bien como llamarle, habían comprado después de vender el centro de ocio. Nos querían explicar in situ sus planes para el nuevo negocio. Solo sabíamos que estaba relacionado con la escalada, pero Marcos nos quería sorprender aquella tarde y no nos había anticipado nada más.

“La recepcionista nueva es guapa pero no tanto como la chica de ojos azules que me dejaba entrar en los servicios”.

Me reincorporé sorprendida al leer el mensaje de Raúl en la pantalla de mi móvil.

“¿Cuándo has conocido a Carol?”

“La estoy mirando en este momento”.

Me levanté dando un salto y poniéndome los zapatos a la vez. Salí del despacho y rodeé el mostrador para buscar a Raúl en recepción, pero no le encontré. Solo había tres huéspedes nuevos en medio del hall, así que dirigí la vista hacia el bar. Vi a dos parejas tomando unos cócteles en las mesas altas y a un hombre sentado en uno de los sillones de cuero, con las piernas cruzadas y leyendo el periódico. No le veía la cara pero supe que era él. Sonreí al reconocer en esa pose misteriosa al seductor de mi marido. ¡Me encantaba esa faceta de Raúl!

Apartó levemente el periódico y me miró alzando la ceja derecha, haciéndose el interesante y sonriendo de esa forma tan arrolladora que me dejaba noqueada. Y así permanecí durante unos segundos, paralizada en medio del hall mientras él dejaba el periódico en el sillón, se levantaba y caminaba hacia mí sin apartar sus ojos de los míos. Esos ojos castaños y aterciopelados que me atrapaban en su interior y en los que desearía vivir cautiva el resto de mis días.

—Hola, preciosa.

Sus labios atraparon mi saludo y su boca lo absorbió con uno de esos besos apasionados que me solía regalar cada vez que nos veíamos, con su brazo rodeando mi cintura y su cuerpo pegado al mío. Como si aquella mañana, apenas nueve horas antes, no nos hubiésemos despedido con otro de esos besos intensos y cargados de deseo. Como si apenas diez horas atrás no hubiésemos estado haciendo el amor mientras susurrábamos nuestros nombres entre gemidos.

—Dame cinco minutos para cambiarme y nos vamos —acerté a decir después de que liberara mi boca.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó con su sonrisa picarona y acercándose más a su pecho.

Me sonrojé por su insinuación y al recordar la primera y última vez que accedí a que me acompañara. A pesar de mi vergüenza y del miedo a ser descubiertos, acabamos jadeando contra las puertas de las taquillas.

—Ni hablar, que te conozco... —Le di un beso breve y me separé de su cuerpo para evitar dar un espectáculo a los allí presentes.

Pocos minutos después salíamos del hotel cogidos de la mano. Aún disponíamos de más de media hora, así que paramos a tomar un café en el Starbucks más cercano.

—Acaba de llamarme Héctor.

—¿Ya han llegado?

—Sí, aterrizaron este mediodía. Quiere que vayamos este sábado a Vilanén para conocer a la niña.

—¿Y a Naira no le importará?

—No, al parecer le ha pedido permiso y ella ha accedido.

Sonreí pensando en aquellos dos. Héctor y Naira iban a acabar enamorados, no me cabía la menor duda. Estaban destinados a estar juntos aunque mi cuñado se empeñara en no verlo. Conocí a Héctor después de su divorcio, cuando su vida era un caos y él se estaba abandonando, dejándose arrastrar por el alcohol, las drogas y las relaciones impersonales e interesadas. Estaba huyendo de los sentimientos y de sí mismo.

Hasta que Fermín murió.

El padre de Raúl sufrió un infarto cuando el Alzheimer ya estaba avanzado. Pocos días después de su trágica muerte, Héctor decidió dar un giro radical a su vida y aceptó un trabajo como abogado durante dos años, fuera de la ciudad, en un pequeño pueblo rodeado de montañas. Año y medio después yo aún continuaba desconfiando de las razones que le habían llevado hasta allí. Héctor amaba demasiado su vida en la metrópoli y me sorprendió su decisión. Y lo que todavía me sorprendió más fue la reacción de Raúl: no le resultó extraño, no le preguntó las razones, no dudó en ningún momento. Estaba segura de que él sabía algo que tanto Alicia como yo desconocíamos.

Pero eso ya no importaba. Héctor estaba cambiando, estaba volviendo a ser el chico humilde y cariñoso del que tanto había oído hablar y que por fin estaba empezando a conocer. Aquel hermoso pueblo y sus habitantes le habían devuelto la paz interior.

—¿Sabes algo de Natalia? —me preguntó Raúl después de vaciar el contenido de su taza.

—Sí, hoy le han dado el alta y las dos ya están en casa.

Natalia y Pedro acababan de ser papás de una preciosa niña llamada Daniela, un año y medio después de que naciera Kevin, el primer hijo de la pareja. Marcos todavía se ponía las manos en la cabeza cuando les oía decir que querían tener cuatro. No olvidaré nunca lo mucho que me reí el día que supimos que Natalia estaba embarazada de Daniela y Marcos, después de poner una mano sobre el hombro de Pedro, le dijo muy seriamente “¿sabes que no hace falta tener hijos para follar con tu mujer?”

—¿Llevas el regalo de Irene en el bolso?

—No te preocupes, está a buen recaudo —Raúl sonrió y acercó su boca para besarme—. ¿Solo vamos los cuatro a cenar a su casa?

—Sí, quiere una cena íntima y tranquila, así que seremos cinco y Nacho, por supuesto.

Salimos del Starbucks cuando aún faltaban quince minutos para las siete y llegamos puntuales a la dirección que Marcos nos había enviado, en uno de los polígonos industriales de la ciudad. Entramos en una nave enorme, diáfana y de unos quinientos metros cuadrados. Algunos obreros estaban instalando un suelo con piezas de colores y otros recubrían las paredes con unos grandes paneles blancos. Vimos a Marcos y a Manuel junto a una mesa, mirando lo que parecían unos planos. Nos acercamos a ellos y se dieron la vuelta al oírnos llegar.

Marcos nos miró con un brillo especial en los ojos. Ya llevaba unos meses así de sonriente. Estaba eufórico y aún no sabíamos si esa alegría se debía al proyecto que estaba compartiendo con Manuel o a Bea. Según Raúl, Marcos estaba contento porque su relación con Manuel había avanzado a pasos gigantescos y porque estaba muy ilusionado con la idea que les había animado a vender el centro de ocio y comprar la nave. Pero según yo, Bea era el motivo de su constante sonrisa.

Marcos había conocido a Bea cinco meses atrás y cuatro semanas

después nos la presentó como su novia. Raúl aún recuerda aquel día como uno de los más sorprendentes de su vida. Tardé horas en conseguir cerrarle la boca después de la impresión.

—¿De verdad acaba de suceder lo que acaba de suceder? —me preguntó con los ojos abiertos como dos plazas de toros—. ¿Marcos acaba de decir la palabra novia?

Arranqué a reír al ver su expresión. Pero comprendía su sorpresa, hacía tiempo que no habíamos vuelto a hablar de ello, pero ambos estábamos convencidos de que Marcos acabaría consiguiendo el amor de Irene, que tarde o temprano ella reconocería que lo que les unía no era una simple amistad, que entre ellos había mucho más. Pero al parecer no, nos habíamos equivocado todos. Todos menos ella, por supuesto. Irene supo desde el primer día que Bea iba a ser alguien especial para Marcos y no se había equivocado.

Bea tenía mi misma edad, es decir, un año menos que Marcos. Era dulce, paciente, simpática, divertida, guapa y los dos parecían entenderse muy bien. Además de la más que evidente complicidad que había entre ambos, Marcos y Bea compartían aficiones y gustos: los coches, los videojuegos y los deportes al aire libre. Almas gemelas que el destino había conseguido unir.

Marcos y Manuel se acercaron a nosotros y al verles juntos me volví a preguntar por enésima vez cómo no se habían dado cuenta años atrás del parecido entre padre e hijo. A excepción de los ojos azules que Marcos había heredado de Marisa y de su peculiar melena, el resto de las facciones de la cara y características del cuerpo eran idénticas: mismas cejas, misma nariz, misma barbilla, mismos hombros, misma pose, mismos andares...

—¡Hola, parejita! —Marcos nos saludó y se dio la vuelta para señalarnos el interior de la nave—. ¿Qué os parece? ¿Os explico de qué va todo esto?

No esperó que contestáramos, cogió los planos que había sobre la mesa y los extendió para que los viéramos.

—En esta zona instalaremos un rocódromo para niños, junto con un parque infantil con colchonetas, camas elásticas, piscinas de bolas y un área

con mesas alargadas para celebrar fiestas de cumpleaños. Y en esta zona de aquí estará el rocódromo para adultos en el que podremos enseñar escalada a los padres mientras los monitores están pendientes de sus hijos. Al lado montaremos una barra de bar y unas mesas para que los adultos puedan estar sentados tranquilamente y descansen un rato de sus fieras.

Sonreímos por sus palabras pero continuamos en silencio porque tanto Raúl como yo nos habíamos quedado con los ojos muy abiertos y sin saber qué decir.

—En un inicio había pensado colocar aquí unas máquinas recreativas o unas pantallas con videojuegos pero luego lo descarté. Los niños de ahora necesitan espacios así para divertirse con amigos, hacer algo de deporte y olvidarse de los videojuegos durante unas horas. —Dejó de hablar y nos miró con curiosidad, como si buscara una reacción por nuestra parte—. ¿Qué? ¿No me vais a decir nada? ¿Os gusta la idea?

—Estoy impresionado —acertó a decir Raúl.

—¿Y eso es bueno o malo? —Marcos se cruzó de brazos.

—Me encanta la idea... Es, es... simplemente genial —respondí en un susurro.

—Bien, menos mal que Laura sí es una buena amiga...

—¡Joder, Marcos! —Raúl puso los ojos en blanco—. Estoy impresionado muy gratamente, me parece una magnífica idea y estoy seguro de que va a ser todo un éxito. ¿Mejor así? ¿Más tranquilo?

Marcos le dio unos golpes en la espalda.

—¡Da gusto tener amigos como vosotros!

Nos reímos por su ironía y continuamos un rato más hablando sobre el proyecto. Marcos parecía un niño pequeño enseñándonos su nuevo juguete, se sentía orgulloso, feliz y acabamos riéndonos por cualquier tontería, contagiados por su entusiasmo.

Unos minutos más tarde Bea nos sorprendió por detrás. Llevaba un vestido negro que se ajustaba perfectamente a sus curvas y unos tacones que la estilizaban hasta alcanzar la altura de Marcos. Este se acercó a ella, sujetó

su cintura con las dos manos y le dio un beso breve en los labios. Ella, después de saludar a Manuel, se acercó a nosotros.

—¿Qué os ha parecido la idea? Le habréis dicho que os ha gustado mucho, ¿no?

—¡Cómo para no decírselo! —exclamó Raúl.

Mientras los cuatro arrancábamos a reír, Manuel depositó una mano sobre el hombro de Marcos.

—La idea y el diseño son mérito de Marcos. Es su proyecto.

—No. Es nuestro proyecto... —replicó Marcos con seguridad.

—Yo solo soy el socio que aporta dinero. Aquí eres tú el que tiene el espíritu emprendedor.

—Te recuerdo que tú montaste un centro de ocio siendo más joven que yo y fue un éxito durante muchos años. ¿De quién te crees entonces que he heredado ese espíritu emprendedor?

Manuel se sorprendió ante las palabras de Marcos. Aunque la relación entre ambos era muy semejante a la de un padre y un hijo, Marcos continuaba refiriéndose a él como su padrastro. Y supuse que con aquellas palabras lo había verbalizado públicamente por primera vez, reconociéndole abiertamente como su verdadero padre. Raúl y yo nos sonreímos y volvimos a mirar a Manuel que empezaba a hacer grandes esfuerzos para contener la emoción. La emoción que acabó en lágrimas en el instante en que Marcos se acercó a él y le dio un abrazo. Permanecieron unos segundos así, dándose toques en la espalda y en silencio.

—¿Y cuándo será la inauguración? —preguntó Raúl una vez se separaron.

—Creemos que estará todo preparado dentro de seis meses —respondió Marcos.

—Marcos quiere inaugurar el centro el día del cumpleaños de Nacho —añadió Bea— ¿No os parece una idea magnífica? Al renacuajo le va a encantar, será la primera celebración de cumpleaños del parque.

Y tras acabar la frase Bea y Marcos se miraron con especial cariño. Él

rodeó con su brazo su cintura y, mientras las bocas de ambos se buscaban, ella depositó las palmas de sus manos sobre su pecho. La conexión era evidente, pero no solo entre ellos, también existía un vínculo especial entre Bea, Irene y Nacho. Desde el primer día las dos mujeres se hicieron amigas y desde el minuto uno Nacho vio en Bea otra compañera con la que compartir juegos. Raúl y yo decíamos que Nacho había descubierto a un Marcos con forma de mujer.

Media hora después nos despedimos de Manuel y los cuatro nos dirigimos hacia el apartamento de Irene. Aquel día era su cumpleaños y nos había invitado a las dos parejas a cenar.

Cuando la puerta del piso se abrió Nacho salió corriendo en busca de Marcos. Este tiró de sus brazos hacia arriba y el niño acabó rodeando la cintura de Marcos con sus piernas.

—Ya he acabado el juego que me compraste la semana pasada — explicó Nacho con una enorme sonrisa en la boca.

—¿No te he dicho que hoy debías ayudar a tu madre a preparar la cena?

—Y lo ha hecho —explicó Irene mientras se acercaba a nosotros y nos saludábamos con dos besos—. Nunca nadie había batido los huevos a esa velocidad

—Es que tenía que acabar la partida —se excusó el niño.

—¿Y ya has preparado la mesa? —preguntó Marcos con un tono algo autoritario.

—No. Te estaba esperando —contestó Irene mientras saludaba a Marcos con dos besos y este le susurraba “felicidades otra vez” en el oído.

—Pues, los invitados —dijo Marcos mirándonos a mí y a Raúl— podéis esperar en el sofá mientras Nacho y yo preparamos la mesa y Bea e Irene sirven los platos.

Y una vez más presenciábamos aquella escena. Nacho detrás de Marcos imitándole, Marcos moviéndose por aquella casa como si llevara viviendo en ella desde la infancia e Irene observándoles con una sonrisa en los labios. La conexión entre los tres era ideal y en aquel momento pensé que

quizá había sido lo mejor, que aquella relación nunca se hubiese visto contaminada por los celos o las discusiones en pareja. Así eran perfectos: Irene la mejor amiga y consejera de Marcos, Marcos el mejor apoyo para Irene y, como no, el mejor padre para Nacho.

Y a aquella fórmula perfecta se había añadido otro componente clave, Bea: la compañera de Irene para asuntos femeninos, la cómplice de Nacho cuando este no conseguía lo que quería de Marcos y, para Marcos, en fin, para Marcos Bea tenía todo aquello que Irene le había negado desde el inicio.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa y disfrutamos de una encantadora cena en familia. Risas, conversaciones intrascendentes, proyectos futuros, bromas, más risas y mucha complicidad. Después del café, Irene nos sorprendió con una exquisita tarta de chocolate que ella misma había elaborado. Y tras cantar el cumpleaños feliz llegó el momento de los regalos.

Nosotros le habíamos comprado un collar de plata negra con un colgante muy especial. Raúl había encargado a un joyero que realizara una réplica de la placa de la pulsera de Nacho. La placa plateada quedó perfecta, de un tamaño similar y con las letras del mismo estilo. Cuando Irene abrió la cajita que contenía la joya no pudo reprimir las lágrimas.

—Laura y yo queremos que te dé la misma suerte que la pulsera de Nacho me dio a mí —explicó Raúl apretando mi mano.

Irene se levantó con la emoción empapando sus mejillas y se acercó a Raúl para rodearle con sus brazos. Todos nos emocionamos al verles allí, de pie, abrazados y llorando.

—Mi mayor fortuna ha sido conoceros. Teneros en mi vida y en la de mi hijo es el mejor regalo que puedo recibir —dijo Irene entre sollozos.

Después de secarse las lágrimas con los dedos se acercó a mí y me abrazó con ternura mientras me agradecía el regalo en susurros.

Tras aquel momento de emoción, volvimos a sentarnos y durante unos minutos estuvimos tan absortos conversando sobre el colgante que no nos dimos cuenta de que Marcos había ido a la habitación de Nacho y volvía con un paquete envuelto en un papel de colores llamativos.

—Irene, yo te he comprado algo, no es tan bonito como el regalo de Raúl y Laura pero creo que te gustará. En realidad hace meses que lo tengo pero he querido esperar a tu cumpleaños para dártelo.

La expresión de Marcos me sorprendió y supuse que a Raúl también porque nos miramos durante unos segundos y pude leer esa misma sorpresa en sus ojos. Marcos estaba nervioso y emocionado a la vez. Una combinación que parecía difícil en un chico tan risueño y aparentemente impasible como Marcos. Así que intuimos que aquel regalo debía ser algo muy especial para él.

Irene rompió el papel con delicadeza, mirando el paquete y los ojos de Marcos alternativamente, emocionada y también sorprendida por la reacción de él. Cuando por fin pudo ver el contenido, Irene emblanqueció de golpe, se llevó las manos a boca y alzó la vista para mirar a Marcos.

—Lo vi casualmente en un escaparate y me recordó a la pintura en la habitación de Nacho. ¿Te gusta?

Ella dejó el regalo sobre la mesa y se levantó para abrazar a Marcos. Entonces pudimos ver el dibujo pintado sobre aquel lienzo. Se trataba de un paisaje similar al que adornaba la pared de la habitación de Nacho, las mismas montañas, el mismo cielo azul, la misma inmensidad del horizonte, pero las figuras humanas que contemplaban aquel atardecer eran distintas. El niño debía tener unos cinco años, de una estatura similar a la de Nacho, estaba en medio de una pareja. Ella con una melena ondulada ligeramente movida por el viento y él, algo más alto, de perfil, contemplando al niño como si hablara con él. Una imagen igual de entrañable que la del padre y el hijo pero aquella transmitía un sentimiento distinto. Era la representación de la felicidad completa.

Durante varios segundos Marcos e Irene permanecieron abrazados, sin decir nada. Marcos hundió la cara en el cuello de Irene y ella enredó las manos en el pelo de él acercándole más a su cuerpo, en un contacto que cada vez se tornó más íntimo. Miré a Bea con temor y lo que leí en sus ojos no me gustó. Supuse que ella no sabía lo que Marcos había sentido por Irene durante años y que en ese instante las sospechas y los celos estaban amenazando su idílica relación.

Cuando por fin se separaron, Irene tomó en brazos a su hijo y se excusó explicando que era tarde y debía acostar a Nacho. Se lo llevó a su habitación y nos dejó allí a los cuatro, sumidos en un incómodo silencio. Después de aquel abrazo la cara de Marcos parecía un campo de batalla, con una mezcla extraña de dolor, terror y tristeza. Bea estaba disgustada y nosotros no sabíamos hacia donde mirar.

—¿Nos vamos? —preguntó Marcos a Bea mientras se levantaba—. ¿Le podéis decir a Irene que nos teníamos que ir, por favor?

Respondimos afirmativamente los dos y se fueron sin decir nada más.

—¿Qué crees que acaba de pasar? —le pregunté a Raúl en un susurro.

—No tardaremos en saberlo. Conozco bien a Marcos y se ha ido jodido. No aguantará mucho tiempo sin contárnoslo.

Nos despedimos de Irene sin hacer comentarios sobre lo sucedido y volvimos a casa aún incómodos por la situación. Quince minutos después de llegar a nuestro apartamento, el timbre del portero automático nos sorprendió. Nos miramos y Raúl sonrió de medio lado.

—¿Qué te dije? No ha tardado ni una hora...

Abrió sin preguntar y unos segundos después Marcos ya estaba golpeando la puerta. Raúl le abrió y su amigo entró en el salón dando zancadas y enfadado.

—¡Se acabó! Ya no lo soporto más...

Estaba muy alterado, respiraba con dificultad y caminaba de lado a lado.

—Suéltalo ya... —dijo Raúl, sentándose en una silla y mirándole con calma.

—Lo de Bea se ha acabado, le he dicho que no quiero seguir con ella.

—Pero si parecías muy contento, os llevabais muy bien... —dije yo sorprendida.

—Sí y así era —me interrumpió Marcos—. Bea es jodidamente

perfecta: es guapa, es simpática, compartimos aficiones, tiene un cuerpo increíble y en la cama es una diosa. Es una compañera ideal en muchos sentidos, pero...

—¿Pero? —preguntamos Raúl y yo a la vez.

Marcos por fin dejó de andar alrededor de la mesita del salón y se dejó caer sobre el sofá.

—Pero no es ella.

Se tapó los ojos con un brazo y suspiró con fuerza.

—No me parece justo estar con una mujer pensando en otra, deseando a otra y queriendo a otra. Bea es una chica maravillosa y no se merece a alguien como yo, a un tío que sale con tías para olvidar a la única mujer que ama. A pesar de todo, lo he intentado, de verdad, y durante las primeras semanas pensé que con Bea lo podría conseguir, que tal vez por fin me podía enamorar de otra. Pero es imposible y estar con alguien todavía empeora más las cosas. Se acabó, abandono, no puedo más, tiro la toalla.

—¿Abandono? ¿Tiro la toalla? ¿Eso qué quiere decir? —Raúl se levantó de la silla y se acercó a su amigo enfadado—. ¡No me toques los cojones!

Marcos retiró el brazo de la cara y miró a Raúl sorprendido por su enfado.

—Cuando me dijiste que te habías enamorado de Irene pensé que se trataba de otro de tus caprichos y que en pocos días cambiarías de opinión. Pero, Marcos, después de ver como la haces reír, como cuidas de Nacho y como parecéis la familia perfecta, solo puedo desear que seas tú y solo tú el hombre que vuelva a hacerla feliz, al igual que lo hizo Nacho durante años. Así que deja de decir gilipolleces y coge al toro por los cuernos.

Marcos se quedó durante unos segundos en silencio sin apartar los ojos de los de Raúl. Hasta que ladeó levemente la boca, formando una de esas risas irónicas que tanto le caracterizaban.

—¿Y qué te hace pensar a ti que voy a dejar de intentarlo?

SEIS MESES DESPUÉS

IRENE

EPÍLOGO – TODO TUYO

Viernes por la noche, mi primera cita con un completo desconocido y mirándome en el espejo, nerviosa, no, nerviosísima. Me había comprado un vestido estampado en tonos grises, especial para la ocasión, con poco escote, bastante suelto y falda larga. No quería una prenda que descubriera mis piernas o el contorno de mis pechos, ni tampoco nada demasiado ceñido, es decir, no quería llevar un cartel que dijera “sexo en la primera cita”.

Después de cinco años sin mantener relaciones sexuales, no estaba dispuesta a acostarme con un tío en la primera cita, por mucho que Marcos insistiera en ello. Por él hubiese salido aquella noche luciendo el vestido más sexy y llamativo de todas las tiendas que visitamos juntos. Porque aunque su comportamiento conmigo se había enfriado desde hacía unos meses, a partir del momento en que se empeñó en conseguirme una cita a ciegas, se había convertido en mi sombra. “¿Le has enviado ya un mensaje a ese tío?” “¿Habéis quedado para veros?” “¿Cuándo es la cita?” “¿Qué te vas a poner?” Y para colmo aquella misma mañana me llama y me dice que en vez de cuidar de Nacho en mi apartamento se lo iba a llevar al suyo y así podía invitar a mi cita a subir a tomar algo o a lo que surgiera. Aquellas fueron sus palabras textuales: “lo que surgiera”. Pero, ¿a qué venía aquella obsesión? ¿Qué pretendía?

—Mamá, Marcos me ha dicho que saldremos los dos solos a cenar pizza. —Nacho entró corriendo en mi habitación y se tiró sobre la cama— ¿Por qué no vienes tú también con nosotros? Podríamos celebrar hoy mi cumpleaños.

—He quedado con un amigo y además ya sabes que tu cumpleaños es mañana y lo celebraremos con la familia de Marcos.

Eso es lo que le habíamos contado para ocultar la sorpresa que Marcos le estaba preparando. El sábado se inauguraba el rocódromo y la primera fiesta de cumpleaños infantil iba a ser la de Nacho. Me emocioné otra vez al pensar en la cara que iba a poner cuando viera allí a sus amigos. Marcos se había encargado de todos los detalles de la fiesta y de contactar con los padres de sus compañeros de clase.

—Mamá, han llamado al timbre. Será Marcos. ¿Puedo abrir?

—Sí, puedes abrir.

Contemplé su carita risueña mientras saltaba de la cama y de nuevo reconocí a mi marido en la alegría que daba brillo a sus ojos. Nacho era igual de vivaz e inquieto que su padre. Y cada vez que Marcos llamaba al timbre del interfono, Nacho se convertía en un huracán. Corría hacia la puerta, esperaba ansioso dando saltitos en el rellano y se abalanzaba sobre él en cuanto el ascensor se abría.

Cuando llegué al salón, Marcos y Nacho me esperaban sentados en el sofá. Los dos reían mirando la pantalla del móvil hasta que alzaron la vista y la expresión de Marcos cambió por completo. Otra vez. Desde hacía unos meses era capaz de reír a carcajadas con Nacho y en décimas de segundo ensombrecer su rostro al clavar sus pupilas en las mías.

Aquello me estaba matando. Cada vez que su mirada se oscurecía, agachaba la cabeza o evitaba mis ojos, una pequeña parte de mí se hacía añicos. Ya no era el muchacho descarado, infantil e irónico que tanto me hacía reír. Tampoco el chico aquel que me susurraba al oído, me miraba fijamente cuando creía que yo no me daba cuenta o me acariciaba los dedos cuando su contacto era lo único que me calmaba. Marcos ya no era la persona capaz de iluminar mi oscuridad cuando ya no me quedaban fuerzas para encender una cerilla.

Se levantó del sofá con el semblante serio y se acercó a mí para saludarme con dos besos.

—Estás muy guapa pero ya sabes lo que opino de este vestido —murmuró con cierta frialdad.

—Marcos, no vuelvas a insistir. Voy a salir con ese hombre por ti, para no oírte más, pero no voy a ponerme otro vestido —le recalqué molesta.

Aquella situación me estaba enervando. No solo se comportaba conmigo de aquella forma tan esquiva y fría, sino que además estaba empeñado en que saliera con hombres.

—Perdona, tienes razón. —Su voz de súplica me sorprendió y nos miramos fijamente—. Puedes ir vestida como quieras, naturalmente, yo solo

pretendo ayudar para que tu primera cita sea un éxito.

No añadí nada más, no supe qué más decirle. Mientras él cogía la bolsa con la ropa de Nacho y los dos se dirigían hacia la puerta principal, me quedé pensativa contemplando su espalda ancha. Llevaba una camiseta de algodón de manga corta que marcaba sus hombros, dejando ver los músculos de sus brazos y el color bronceado de su piel, fruto del ejercicio físico al aire libre. Desde hacía unos meses llevaba el pelo corto y acabé clavando los ojos en su nuca.

Salí de mi aturdimiento cuando la puerta estaba a punto de cerrarse.

—Marcos, espera. —Él se dio media vuelta y me miró con esa intensidad que tanto echaba de menos—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No. —Se acercó suavizando su expresión y después de besar una de mis mejillas me susurró al oído—. Pásalo bien.

Veinte minutos después estaba sentada en un sofisticado restaurante con decoración minimalista, donde se servían menús degustación con más de diez mini-platos. Mi cita a ciegas se llamaba Andrés. Le había conocido a través de una de las tres plataformas de citas donde Marcos me había inscrito. Tenía cuarenta años, cinco más que yo, era abogado, divorciado y con dos hijos, uno de diez y otro de ocho. Los datos de su perfil me parecieron interesantes y por la foto intuí a un hombre bastante atractivo. Y aunque a mí todo aquello me resultaba absurdo, acabé poniéndome en contacto con Andrés para no escuchar más a Marcos. Dos semanas después de conversar con él todos los días, decidimos conocernos en persona.

Entró por la puerta del restaurante a la hora acordada. Me buscó en el salón y cuando cruzamos las miradas abrió la boca con una sonrisa de dientes perfectamente alineados. Mientras caminaba hacia nuestra mesa pensé en aquellos hombres trajeados de los anuncios de colonia.

—¿Irene?

Asentí con la cabeza mientras me levantaba de la silla. Andrés depositó una de sus manos en mi cintura y me besó las mejillas acercándose mucho a mis labios. Demasiado, diría yo. Luego se separó unos centímetros y

repasó mi rostro con una lentitud que me abrumó.

—Perdona mi descaro, es que pocas mujeres me han impresionado tanto por su belleza.

Sonreí porque pensé que debía agradecerle el cumplido, pero en realidad no me gustó la poca sinceridad que leí en sus ojos. Unos ojos negros, fríos y distantes, de esos que no transmiten sentimientos, ni son capaces de erizarte el vello con una mirada intensa. Unos ojos muy distintos a aquellos en los que me sumergía cuando necesitaba sentirme segura.

—¿Has estado alguna vez en este restaurante? —me preguntó Andrés sacándome de mis pensamientos—. Yo lo conozco bien, suelo traer a muchos clientes. Te propongo pedir el menú degustación con marisco.

—Me parece perfecto. Me encanta el marisco.

—Mmhh... pues dicen que es afrodisíaco —susurró acercándose a mí y alzando las dos cejas.

Sonreí recordando las veces que Marcos hacía ese mismo gesto provocándome carcajadas. Solo él sabía cómo hacerme reír, con una simple palabra o un gesto cómplice.

—Espero que esta vez sean rápidos sirviendo —añadió mirándome fijamente—, tengo ganas de llevarte a un bar de copas muy exclusivo donde sirven los mejores gin-tonics de la ciudad.

No había salido con demasiados chicos en mi juventud, apenas tuve un par de relaciones breves antes de conocer a Nacho, pero no necesitaba mucha experiencia para reconocer el deseo en los ojos de Andrés. Sus prisas por salir lo antes posible de allí no se debía a los gin-tonics.

Pedimos el menú que propuso Andrés y los platos empezaron a llegar. Debo reconocer que todo era exquisito y que mi cita estaba resultando ser un experto en gastronomía. Me describió las sensaciones que en él provocaba cada uno de los platos y coincidimos en casi todo. Mientras los camareros iban y venían con el *tartar* de calamares, el crujiente de gambas al curry, la crema de langostinos o la pera con algas marinas, las copas se fueron llenando y vaciando. Pedimos una botella más de vino blanco y las risas empezaron a fluir como el agua por los desagües en un día de lluvia.

—El *coulant* es lo mejor. Por algo dicen que el chocolate es el sustituto del sexo. —Andrés volvió a alzar las dos cejas por sexta o séptima vez en aquellas dos horas—. Aunque no estoy de acuerdo. Me gusta el *coulant*, pero me gusta mucho más el sexo, sobre todo si se comparte con una mujer preciosa cuyos labios suplican ser besados.

Bajó la vista a mi boca y sentí que me faltaba el oxígeno.

—Disculpa —dije, levantándome de la silla—. Necesito ir al baño.

Corrí, literalmente, hacia los servicios y me encerré en uno de los lavabos. Una vez allí, a salvo del instinto animal de Andrés, cogí el móvil y le escribí un mensaje a Marcos.

“¿Dónde estáis?”.

Después de teclear aquellas dos palabras, me quedé unos segundos mirando la pantalla, impaciente por saber dónde estaban, qué hacían, de qué chiste absurdo se reían y, sobre todo, si me echaban de menos de la misma forma que yo a ellos. Un minuto después de enviar el mensaje recibí un audio.

“Mamáááá... me he comido una pizza entera y ahora nos van a traer un helado con cuatro bolas. Hemos visto a Kevin y a Daniela con sus papás y nos hemos sentado con ellos. Y ¿sabes qué palabrota ha dicho Kevin?... ¿Se lo puedo decir, Marcos?... Sí, pero dilo en voz baja para que solo lo oiga ella... Ha dicho polla, mamá... Irene, que conste que no se lo enseñé yo... No, mamá, Marcos no ha sido. Ya vienen los helados. Adiós, mamááááá...”

Después de oír sus voces y sus risas hasta seis veces y de sonarme los mocos del llanto por décima vez, me retoqué el maquillaje mirándome en el espejo de los servicios. Cuando ya me disponía a salir, el timbre del móvil me avisó de un nuevo mensaje. Era de Marcos.

“¿Va todo bien?”

“Sí. Estamos cenando uno de esos menús degustación de tantos platos que acaban dejándote con hambre y Andrés parece ser un entendido en gastronomía. Me ha dicho que quiere llevarme luego a tomar unos gin-tonics”.

“Muy bien, pues ya sabes, aprovecha que estás sola esta noche...”

Me quedé relejendo sus palabras una y otra vez, preguntándome de nuevo por qué se empeñaba en que saliera con hombres, por qué quería que mantuviera relaciones sexuales con ellos... ¿Acaso me veía muy necesitada? Las veces que habíamos hablado de sexo siempre nos referimos a sus amigas y esos rollos de una noche que yo no comprendía. Jamás le había dado a entender que yo tuviera la necesidad de probarlo.

No le respondí. Bloqueé el móvil y volví con Andrés.

Acabamos los postres entre risas y más copas de vino. Después de pagar la cuenta a medias, Andrés insistió en llevarme a esa famosa coctelería. Fuimos en su BMW y dejamos el coche en el parking que el local guardaba para sus clientes más exclusivos. Cuando entramos en el bar me sentí algo incómoda por tanta ostentación, aunque tuve que reconocer que la decoración me encantó. Grandes lámparas con centenares de bombillas caían del techo, paredes blancas que iluminaban el local, sillones rojos de piel y un suelo negro tan brillante y reflectante que, a pesar de llevar falda larga, temí que alguien pudiera ver mis piernas desnudas reflejadas en esas baldosas.

—Voy a pedir un *Hendrick's* con pepino, ¿te apetece lo mismo?

Le dije que sí sin entender exactamente a qué se refería y le acompañé hasta la barra. Una vez allí, Andrés me presentó a la chica que preparaba la bebida mientras rodeaba mi espalda con su brazo. Después de que la joven me saludara con dos besos, Andrés sujetó con sus manos mi cintura y me atrajo hacia él.

—¿Te gusta este sitio? —Acercó sus labios a mi oreja y noté el calor de su aliento sobre mi cuello—. Eres maravillosa... —susurró antes de inspirar profundamente—... y tu olor es un vicio. Toda tú eres un vicio.

Sus manos fueron descendiendo por mis costados mientras depositaba sobre mi hombro desnudo una hilera de besos húmedos. Cerré los ojos intentando concentrarme en sus caricias, pero solo pude recordar el abrazo que Marcos y yo nos dimos el día de mi cumpleaños, después de que me regalara aquel maravilloso lienzo. Andrés trepó con sus labios por mi cuello hasta alcanzar mis mejillas, pero en ningún momento sentí la excitación que me sobresaltó aquella noche. La noche en la que descubrí que Marcos había llegado más allá, que ya no era un simple amigo, sino que había encendido en

mí la llama del deseo. La llama que creía haber apagado para siempre.

—Irene, me vuelves loco...

El aliento de Andrés se acercaba a mis labios y, a pesar de mi reticencia inicial, permanecí inmóvil y expectante. Yo tenía treinta y cinco años, Andrés cuarenta, ya no éramos unos críos, podía seguir el consejo de Marcos y dejarme llevar. Así que abrí la boca cuando noté su lengua pidiendo paso. Era cálida y sabía a vino. Dejé que jugara con la mía, con mis labios y con mi cuello mientras yo cerraba los ojos y hacía grandes esfuerzos por sentir. Noté como sus manos amasaban mis glúteos y como su erección buscaba mi sexo. Pero yo seguía igual, fría, rígida y preguntándome qué estaba haciendo allí, por qué no estaba con Marcos y Nacho cenando o sentados en el sofá viendo una película de dibujos animados o, simplemente, dejando que Marcos me envolviera en un abrazo y acariciara mis dedos. ¿Por qué estaba allí, insensible ante los besos de un completo desconocido, cuando yo solo anhelaba estar con la única persona que sabía cómo despertar mis sentidos?

—Andrés —Me separé unos centímetros de él y apoyé mis manos sobre su pecho—. No sigas, por favor, verás yo... No estoy aún preparada —mentí para no ofenderle.

—Tranquila, lo entiendo. Podemos ir más despacio.

—Si no te importa, quisiera irme a casa.

Me miró algo molesto pero inspiró con resignación.

—¿Te llevo?

Iba a decir que sí pero preferí que no supiera donde vivía.

—No, tranquilo, tomaré un taxi.

Salí de allí casi corriendo y con una terrible sensación de frustración. ¿No tenía treinta y cinco años? ¿No era una mujer adulta capaz de disfrutar del sexo sin compromiso?

Me duché para arrancar de mi piel cualquier rastro de esa absurda noche y me lavé los dientes con insistencia para hacer desaparecer todas las

huellas de aquella lengua desconocida. Y, una hora después de salir huyendo de aquel bar, me dejaba caer sobre mi cama, sobre mi sábana limpia y fresca, en mi dormitorio, en mi hogar, con mi pijama y su olor a suavizante. Acompañada tan solo por la tenue luz de una lámpara de mesa, me recosté de lado para contemplar aquel cuadro y rememorar lo que sentí cuando desgarré el papel que lo envolvía y contemplé emocionada las tres figuras pintadas sobre el lienzo. Marcos debió pensar que había visto a Nacho en aquella figura masculina, pero en realidad no fue así. Desde aquel instante supe que el amor que sentía hacia mi marido había cambiado.

Dos días después de aquella noche, Marcos me contó que había roto su relación con Bea. No me quiso explicar más y yo tampoco pregunté, pero a partir de entonces su comportamiento empezó a cambiar. Supe por Laura que los fines de semana los pasaba recluido en el rocódromo, que había dejado de salir por las noches y que no le habían vuelto a ver con una chica. Pero lo que más me sorprendía era su cambio de actitud hacia mí. Evitaba estar a solas conmigo, ya no me miraba con la misma intensidad, dejó de confiarme sus secretos y de provocar mis risas. De un día para el otro sentí como si hubiésemos perdido el hilo que nos unía. Y a medida que su comportamiento se enfriaba mis sentimientos hacia él fueron brotando, como los tallos de una planta, despacio, débilmente, pero con tesón.

Cogí el teléfono y busqué su número en el Whatsapp. Estaba en línea, tal vez chateando con alguna amiga. Dejé el móvil sobre la mesita pero unos minutos después volví a cogerlo. Seguía en línea. Era la una y media de la madrugada. Quizá estaba preocupado por mí. ¿Y si le decía que ya estaba en casa? ¿Debía darle explicaciones? No, por supuesto que no. Miré de nuevo la pantalla y seguía en línea. Seguro que no podía dormir pensando en la inauguración del rocódromo. Levanté la vista y contemplé su figura en aquel lienzo.

“¿Estás despierto?”

Esperé durante dos eternos minutos arrepintiéndome de haberle escrito.

“Sí. Y tú, ¿sigues tomando gin-tonics?”

“No, ya estoy en casa, tumbada en la cama”.

Volvió a permanecer en línea sin escribir durante varios minutos.

“¿Sola?”

“Sola, ¿y tú?”

“Yo no. Tengo un niño de cinco años pegado a mi espalda”.

Sonreí, cerré los ojos y deseé tele transportarme a aquella cama.

“Así que el tal Andrés ha sido un caballero...”

“No, digamos que yo he sido toda una dama...”

“Eso quiere decir que lo intentó”.

“Sí, pero prefiero no hablar de eso”.

“Como quieras. Hasta mañana”.

Finalizó ahí la conversación y dos segundos después vi que había desconectado el Whatsapp, dejándome desconcertada por enésima vez.

Tiré el móvil sobre la mesita de noche enfadada. No sabía qué le sucedía conmigo pero ya estaba cansada de disculpar su actitud. Si quería comportarse de esa forma, pues bien, ningún problema, de mí iba a obtener lo mismo, iba a ser lo más seca y distante que pudiera.

Me desperté con dolor de cabeza y algo espesa pero no por el vino, sino por la noche en vela que Marcos me había hecho pasar. Él y ese repentino afán por buscarme pareja, él y esa frialdad que no lograba comprender, él y sus cambios sin sentido. Estaba enfadada y presentí que aquel día iba a acabar así con él, muy, muy enfadada.

La fiesta de Nacho empezaba a las diez de la mañana, así que llegué al rocódromo media hora antes. Quería estar allí cuando apareciera Nacho y fotografiar su cara de sorpresa. Las puertas exteriores estaban cerradas pero llamé sabiendo que Manuel ya se encontraba dentro. Me abrió ofreciéndome su encantadora sonrisa y recordé de nuevo su eterna historia de amor por Marisa y cómo desde bien joven la había amado incondicionalmente.

—Entra, Irene, te estaba esperando. —Me dio dos besos y me hizo

pasar—. Hace tiempo que no venías, ¿verdad?

Era cierto, Marcos no nos había vuelto a llevar para ver la evolución de las obras y dado su recién estrenado comportamiento yo tampoco había querido insistir.

Seguí a Manuel, atenta a sus explicaciones. El rocódromo para niños era espectacular, pintado con colores vivos y divertidos. La mesa donde se iba a celebrar el cumpleaños de Nacho ya estaba preparada con una bandeja de desayuno y la indispensable bolsa con chuches para cada niño. El castillo hinchable, el parque de bolas, las colchonetas elásticas... todo estaba nuevo e invitaba a retroceder en el tiempo, convertirte en un niño y estrenar cada uno de los rincones de aquel paraíso.

—¿Qué te parece?

—Es increíble, me encanta... Los niños no van a querer salir de aquí en todo el día. Vais a tener que sacarlos a la fuerza.

Los dos nos echamos a reír a la vez y sentí la misma conexión que hacía años me había unido a Marcos, antes de que todo cambiara.

—Ven, te enseñaré la zona para los padres.

Llegamos hasta el rocódromo para adultos. Era mucho más alto que el infantil y con diferentes zonas según la dificultad para ascender. Eso supuse en aquel momento porque yo nunca había practicado la escalada y, gracias a mi vértigo, estaba muy lejos de ser uno de mis deportes favoritos. Rodeamos el rocódromo y nos acercamos a una zona con mesas, sillas y una barra de bar. Me gustó mucho su distribución y la combinación de colores del mobiliario, pero lo que más me llamó la atención fueron los dibujos que decoraban las paredes. Me acerqué atraída por las figuras humanas que parecían revolotear entre las nubes. A medida que iba aproximándome a ellas mi corazón fue acelerando sus latidos de la misma forma que lo hizo la primera vez que vi aquellas mismas montañas en la pared de mi apartamento. Las mismas trazadas, las mismas pinceladas, las mismas tonalidades, las mismas figuras contemplando el atardecer. Niños en los brazos de sus padres, parejas cogidas de la mano, hijos mirando a sus padres y padres mirando a sus hijos.

—Son increíbles, ¿verdad? —preguntó Manuel mientras se situaba a

mi lado—. Cuando Marcos me enseñó su cuaderno de dibujo por primera vez debía tener unos siete u ocho años. Me quedé impresionado por la facilidad que tenía para plasmar sus ideas en un papel con cuatro líneas y pocos colores. Marisa intentó llevarle a una academia para que perfeccionara sus dibujos pero Marcos nunca quiso compartir su talento. Para él pintar era una forma de expresar sus sentimientos, algo muy íntimo que quería guardar solo para él...

—Espera, espera... ¿Me estás queriendo decir que esto lo ha pintado Marcos?

—Sí, no lo sabías...

—No. —Inspiré para coger aire porque llevaba una eternidad sin respirar—. En mi apartamento hay un paisaje muy parecido a este, pintado en la pared, pero las figuras que contemplan el atardecer son las de un padre y su hijo. Son las mismas siluetas, las mismas montañas... —Dejé de mirar aquella pared y busqué los ojos de Manuel—. ¿Es posible que lo pintara Marcos?

—¿En la pared de un apartamento? ¿Qué apartamento?

—Me lo vendió su amigo Luis. Un piso de dos habitaciones, muy soleado, en la calle Norte, en un barrio tranquilo...

—No me digas más... El piso donde se crió Marcos. Marisa lo vendió después de que Diego muriera. Marcos debió comprarlo más tarde.

Volví a perder la vista entre aquellas pinceladas y durante varios minutos estuve allí de pie, sola, incapaz de saber qué debía sentir tras aquella revelación. ¿Enfado? ¿Por ocultarme algo así? ¿Rabia? ¿Por las veces que yo le había hablado de aquella pintura imaginando que la figura del padre era la de Nacho? ¿Qué estaría pensando él en ese momento? ¿Se estaba riendo de mí? ¿Agradecimiento? ¿Por venderme el apartamento a un precio por debajo del mercado?

Me acerqué más a la pared y acaricié una de las figuras. ¿Y aquel lienzo? ¿Quiénes eran aquellas tres figuras? ¿Nosotros? ¿Pintó la imagen de aquel hombre deseando ser él, al igual que lo deseé yo la primera vez que lo

vi?

El timbre del móvil me hizo regresar de entre las montañas. Era un mensaje de Marcos avisándome de que ya estaban de camino. Me dirigí a la zona infantil y preparé la cámara de fotos para retratar la cara de mi hijo, sumida aún en una espiral extraña de sensaciones, dudas y emociones. Saludé a los padres de los amigos de Nacho que ya le esperaban cerca de la puerta y me coloqué en una esquina, desde donde podría captar unas buenas imágenes.

Sonia entró en aquel momento. Me extrañó verla sola pero pensé que tal vez Miguel estuviera trabajando. Se acercó a mí, me saludó con una leve sonrisa y se quedó a mi lado en silencio. No, Miguel no estaba trabajando, era evidente que aquellos dos se habían enfadado.

—¿Pasa algo? —le pregunté para darle a entender que podía contármelo.

—Nada... —Arrugó el entrecejo e inspiró con fuerza—. Bueno, sí. Se acabó. Le he echado de casa.

—¿A Miguel? ¿Tú?

—Sí, yo. No me quiere, Irene, lo sé y yo estoy perdiendo el tiempo con él.

—Sonia, por favor, si creo que no conozco otra pareja más enamorada que vosotros dos. Y Miguel está loco por ti.

—Estaba, pero ya no.

En ese instante la puerta de la calle se abrió y aparecieron Nacho y Marcos. La cara de sorpresa de mi hijo me erizó el vello de todo el cuerpo y me humedecieron los ojos de tal forma que fui incapaz de apretar el disparador de la cámara fotográfica.

—¡Felicidades!

Todos los niños gritaron a la vez y corrieron en busca de Nacho, rodeándole en un abrazo multitudinario. Cuando pude reaccionar empecé a hacer fotos. La cara de mi hijo era el reflejo de la felicidad absoluta. No sabía a dónde acudir. Tenía ante él a todos sus amigos, en un lugar paradisíaco, expresamente diseñado para niños como él, rodeado de sus seres más

queridos y sintiéndose el rey de la fiesta.

—Hola, prima.

Estaba tan concentrada retratando a Nacho que mi cuerpo se estremeció al oír la voz de Marcos cerca de mí. Después de saludar a Sonia, me besó la mejilla levemente, sin decir nada, como si yo fuera el mismísimo Lucifer. Continué haciendo fotos para olvidar el enfado que había ido creciendo durante la mañana, pero cuando creía que Marcos ya se había alejado de nosotras, su voz volvió a mi oído en un susurro.

—¿Y te besó, te metió mano o las dos cosas?

Abrí mucho los ojos asombrada por su pregunta y noté que el fuego me iba a quemar hasta las cejas.

—Pues tuve suerte. —Dejé de mirar por el objetivo de la cámara y me encaré a él—. Me tocó el pack completo. —Sus ojos se ensombrecieron y los músculos de su cuello se endurecieron como si se transformaran en barras de hierro forjado—. ¿Y tú? ¿Pintas paisajes en las paredes como hobby o para reírte de la gente?

Clavó sus pupilas en las mías y el dolor que oscureció sus ojos azules me atravesó como si fuera una daga. Tragué saliva e intenté mantenerme firme, no había querido mostrarle mis sentimientos durante meses y en ese momento debía ser más fría que nunca. Estaba dolida, por su actitud, por ocultarme que él había pintado aquel paisaje y por lanzarme a aquella babosa cita a ciegas.

—Irene... —murmuró mi nombre acariciando cada letra—. Quería contártelo pero...

—¡Mamá...!

Nacho saltó sobre mí y tuve que dejar la cámara colgando de mi cuello para levantarlo con mis brazos.

—¡Felicidades, cariño! —Besé su carita redondita una y otra vez hasta que las risas iniciales se transformaron en quejas—. ¿Te ha gustado la sorpresa?

—Sí, me encanta.

Saltó de mis brazos al suelo y tiró de la camiseta de Marcos. Un Marcos aún aturdido, mirándome con la súplica dibujada en los ojos.

—Marcos, ¿podemos subir ya? ¿Me enseñarás a escalar? —Nacho tiró de la camiseta con más fuerza y Marcos tuvo que bajar la vista para escucharle—. Por favor...

No respondió. Se limitó a dejarse arrastrar por un niño de cinco años, al que se añadieron unos siete más. Se reunieron con Manuel a los pies del rocódromo donde también esperaban dos monitores más, preparados con los arneses en las manos. Continué haciéndoles fotografías mientras Sonia me acompañaba silenciosa. Estuvimos así unos minutos hasta que noté que alguien me sujetaba la pierna por detrás. Me giré y vi a Kevin, mirándome con sus ojillos traviesos.

—¡Hola, preciosidades! —exclamó Natalia luciendo su amplia sonrisa y sujetando el carrito de Daniela—. ¿Dónde está el cumpleañosero?

—Está con sus amigos, preparándose para escalar. —Le señalé a los críos y luego me agaché para hablar con Kevin—. Y ¿tú? ¿Quieres entrar en el parque de bolas?

—Sí, pero iré con su padre, ¿verdad, cariño? —Natalia se dirigió a Pedro y este nos guiñó un ojo—. Nosotras vamos a tomar algo al bar. Me han dicho que hay una zona para que los padres se relajen y nosotras necesitamos relajarnos, ¿verdad, chicas?

Nos sacó la lengua en un gesto divertido y nos animó a seguirla.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Natalia a Sonia mientras caminábamos hacia el bar—. Tienes una cara de angustia que da miedo. Y ¿dónde te has dejado al maromo?

Sonia no respondió, iba con la mirada perdida y estaba tan absorta que ni tan siquiera escuchó la pregunta. Me acerqué a Natalia y le expliqué en un susurro lo que Sonia me había contado sobre Miguel. Llegamos al bar, juntamos un par de mesas, colocamos unas sillas alrededor y nos sentamos en una esquina.

—¿Y Laura y Raúl? ¿No han llegado aún? —preguntó Natalia, cambiando de tema para no agobiar a Sonia.

—No, están de boda. Hoy se casa el hermano de Raúl.

—¿Héctor?

—El mismo... ¿Increíble, verdad?

—Todos acaban cayendo... ahora solo nos falta el soltero de oro.

—¿Soltero de oro? —preguntó Sonia después de emitir un suspiro.

—Irene sabe a quién me refiero.

—No empieces de nuevo, Natalia.

—Es que no lo entiendo, Irene. Hacéis vida juntos como marido y mujer pero sin sexo. ¡Joder! ¡Os estáis perdiendo lo mejor del matrimonio!

Oír hablar a Natalia era como oír a Marcos pero con un tono de voz más femenino. Por todo lo demás, eran una copia exacta.

—Y, por cierto, ¿qué tal la cita de anoche? —Alzó las dos cejas y me sonrió ladeando los labios. ¿Y si Natalia y Marcos eran hermanos y lo desconocían?

Sabía perfectamente la dirección que iba a tomar aquella conversación, así que tomé un atajo para acabar pronto.

—Me fui cuando la cosa se empezaba a poner caliente, así que tengo poco que contarte.

—¿Es normal que después de cinco años juntos no me pida matrimonio? —Sonia nos sorprendió con la pregunta y las dos nos volvimos hacia ella con los ojos bien abiertos—. Tengo treinta años, quiero casarme y tener hijos, ¿es tan raro? Durante todo este tiempo juntos, las únicas veces que Miguel ha hablado de niños ha sido para decir que estamos muy bien sin ellos.

—Pero tal vez lo dijo sin pensar... Ya sabes, solo son comentarios...

—Le dejé caer lo de la boda, se lo puse en bandeja y nada.

—¿Y por eso le echas de casa?

No dijo nada más. Volvió a perder la mirada en el rocódromo y a emitir pequeños suspiros. Sentí algo de pena por Sonia. Tanto ella como Miguel estaban muy enamorados, nunca ocultaron el amor que les unía y

supuse que debían estar sufriendo por una estupidez o un simple malentendido.

—Mirad, parece que al soltero de oro le han salido unas seguidoras nuevas...

No entendí a qué se refería Natalia pero las risitas que oí a lo lejos me hicieron sospechar lo peor. Efectivamente, Marcos aparecía con dos chicas jóvenes, de unos veintidós o veintitrés años. Ellas reían por un comentario de él y no hacía falta conocerlas para entender el lenguaje de sus cuerpos. Aquellas curvas estaban pidiendo a gritos que él las rozara con descaro. Les estuve observando un rato hasta que Marcos miró en nuestra dirección. Mantuve la mirada firme, seria, desafiante... Estaba molesta con él y no me importaba lo más mínimo que él lo supiera, es más, deseaba que le doliera, que mi malestar le hiciera sentir... Al menos de esa forma, habría vuelto a sentir algo por mí.

La gente se fue aglomerando alrededor del rocódromo de adultos, mirando como escalaban o esperando su turno. Marcos había estado en todo momento con aquellas dos chicas, dándoles explicaciones de cómo ascender y luego guiándolas desde el suelo. Durante aquellas dos horas en el bar o dando viajes a la zona infantil para fotografiar a Nacho con sus amigos, Marcos y yo no habíamos dejado de buscarnos con la mirada, ajenos a todo lo que nos rodeaba. Intenté evitar en todo momento desvelar lo que me hacía sentir cuando mantenía sus ojos fijos en los míos durante varios segundos, como si no existiera nadie más, como cuando no ocultaba lo que sentía por mí.

Me acerqué de nuevo a la zona infantil y me senté en la mesa alargada donde los niños masticaban con desesperación unos bocadillos o unos pastelitos de chocolate, riéndome con sus comentarios y sus bromas inocentes.

—¿Puedo?

La voz de Marcos me envolvió en un abrazo imaginario que me hizo temblar. No esperó mi respuesta y giró una de las sillas infantiles para sentarse con las piernas abiertas y apoyar sus brazos sobre el respaldo.

—Tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que decir... —repliqué con indiferencia.

—Pero yo sí —apuntó con seguridad—. Dime, ¿hubieses aceptado que yo te vendiera el piso que había sido de mis padres por el precio que lo compraste? ¿Lo hubieses permitido?

La respuesta que vino a mi mente fue “por supuesto que no, jamás” pero eso era darle la razón y mi enfado intervino para que acabara mintiendo.

—Tal vez sí...

—Irene, te conozco, no lo hubieses aceptado. Deja de comportarte como una niña.

—¿Una niña yo? Mira quién fue a hablar...

Marcos puso los ojos en blanco pero continuó hablando, haciendo esfuerzos por ignorar mis insinuaciones.

—Te lo hubiese contado más tarde pero no quería que supieras que aquella pared la había pintado yo, que la figura de aquel niño era la mía y que la del padre era la de Manuel. Tú viste en aquella escena a Nacho con su hijo y quería que continuara siendo así.

Agaché la cabeza recordando la multitud de veces que había acariciado aquella pintura creyendo que era a él a quien rozaba, a él a quien hablaba y a él a quien suplicaba entre sollozos que volviera a mi lado. Aquella imagen en la pared había sido como un santuario para mí, un lugar donde sentirme acunada por su recuerdo, un lugar donde sentirme acompañada. La amistad de Marcos y su dibujo en la pared fueron durante años lo único que reconfortaba el dolor de mi soledad.

—Hola, ¿puedo hablar un momento con vosotros?

Marcos y yo alzamos la vista y nos sorprendió encontrarnos con un Miguel ojeroso, despeinado y con la barba de dos días salpicando su rostro. Se sentó en una de aquellas mini sillas y nos miró con una tremenda tristeza en los ojos.

—No sé qué le pasa a Sonia. Desde hace unos días se irrita con facilidad, me recrimina lo que hago o dejo de hacer y discutimos por cualquier tontería. Sé que algo la hace sufrir y eso me está matando.

—Quiere casarse... —le interrumpí sin pensarlo demasiado. Me dolía verles así y, a pesar de que no debía intervenir, no pude reprimirme.

—Pero, si hemos hablado de ese tema más de una vez y parecía no importarle seguir como estamos. Le he dicho en numerosas ocasiones que no se necesita un contrato firmado para prometer amor eterno.

—En eso te doy la razón. —Marcos me miró fijamente y continuó hablando—. Solo debes cumplir la promesa. Eso es lo que yo suelo hacer, cumplir mis promesas... Y tú, Irene, ¿tú cumples las tuyas?

Me dejó fría, inexpresiva, sin saber cómo reaccionar ante su pregunta. Él estaba serio, concentrado en mis ojos, buscando una respuesta. ¿Qué si cumplía mis promesas? Siempre las había cumplido, pero ¿estaba cumpliendo la única que le había hecho a él? No había olvidado aquellas palabras, sentados en aquel banco, rodeados de césped y ocultos bajo la oscuridad de la noche. Desde hacía unos meses aquella frase había resurgido de mi memoria una y otra vez: “prométeme que me lo harás saber, que me enviarás una señal, que me lo dirás, cuando sea, como sea”. ¿Y cómo se lo iba a decir si cuando reconocí mis sentimientos hacia Marcos él ya había dejado de quererme? ¿De qué iba a servir? Él ya no me miraba de aquella forma, él ya no me rodeaba con sus brazos, él solo pretendía que conociera a otros hombres, que me olvidara de él. Y eso era lo que debía hacer. Agaché la cabeza huyendo de su mirada y me levanté de la silla para escapar de allí.

—Miguel, creo que deberías hablar con Sonia. Está en el bar con Natalia. Te acompaño.

Sonia continuaba con la mirada perdida, sentada en una esquina, triste y silenciosa. Natalia, aunque estaba de pie moviendo el carrito de Daniela, nos vio llegar y abrió mucho los ojos con una sonrisa picarona en la boca. Pedro estaba sentado junto a ella, con Kevin sobre su regazo. Miguel caminó seguro hasta situarse delante de Sonia y una vez allí, sin importarle que todos estuviéramos a su alrededor, se arrodilló en el suelo y cogió sus manos.

—Si lo que deseas es que nos casemos, hagámoslo. —Ella intentó decir algo pero él no la dejó hablar—. Sabes que para mí el matrimonio no es necesario y no te lo estoy pidiendo para que me dejes volver a casa, te lo

estoy pidiendo porque si casarte te hace feliz, entonces quiero tener yo el privilegio de ser tu esposo y...

—Estoy embarazada.

—¿Cómo? —Miguel se levantó de golpe y dio un paso hacia atrás.

—Ves, ahora ya no quieres casarte conmigo, ¿verdad?

Miguel se quedó mirándola en silencio durante unos segundos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó él casi tartamudeando.

—Hace una semana.

—¿Y no me lo pensabas decir?

—¿Para qué? Tú no quieres tener hijos, lo has dicho más de una vez.

—Yo nunca he dicho eso —replicó él enfadado.

Inspiró profundamente, volvió a arrodillarse frente a Sonia y con la palma de la mano acarició el vientre de ella.

—¿De verdad vamos a tener un hijo? —Sonia asintió con la cabeza mientras le miraba con un brillo especial en los ojos—. ¿Crees que será niño o niña?

Sonia arrancó a reír y todos hicimos lo mismo. Miguel se giró con el ceño fruncido, recriminándonos nuestras risas.

—¿Qué pasa? Dicen que algunas mujeres lo saben desde el inicio. —Volvió a mirar a Sonia y esta se inclinó para besarle. —Cariño, ¿cómo puedes haber pensado que no quería tener un hijo contigo?

—No sé, Miguel, estoy muy rara desde hace unas semanas.

—Las hormonas, hija. ¡Bienvenida al club! —exclamó Natalia antes de soltar una de sus carcajadas.

Todos nos quedamos mirándola y ella puso una mano en su vientre y nos guiñó un ojo.

—¿Otra vez? —Marcos me sorprendió por detrás—. ¡Joder, Pedro! Te voy a tener que enseñar a ponerte un condón.

Durante unos minutos las carcajadas, las risas, los abrazos y los besos

se sucedieron como si en aquel instante la felicidad completa se hubiese apoderado de nosotros.

La fiesta de Nacho acabó poco antes de las dos del mediodía, la hora que el centro cerraba sus puertas. Volvían a abrir a las cinco de la tarde y aquel día Manuel y Marcos encargaron un catering para amigos, familia y los trabajadores del rocódromo.

Marisa llegó poco antes de las dos, con Nico y Pablo. Los hermanos de Marcos ya eran unos adolescentes de quince años, altos y guapos. Pablo se parecía mucho a su madre. Ojos azules, facciones suaves, amable y muy extrovertido. Nico, sin embargo, era como su padre y polo opuesto a su hermano gemelo. Delgado, ojos negros de mirada intensa, siempre rígido, introvertido y misterioso. Una extraña aura le confería un semblante serio e incluso oscuro, pero quienes le conocíamos habíamos descubierto en él una sensibilidad especial. Tal vez por esa razón se escudaba tras aquella imagen de impasibilidad.

Paz, la prima de Laura, llegó con sus padres poco después. Tras la boda de Raúl y Laura, nos la habíamos encontrado más de una vez. Siempre buscaba a Marcos e intentaba estar a su lado en todo momento. Sabíamos que estaba enamorada de él pero ella siempre intentó ocultarlo tras su timidez e inocencia. Sin embargo, su enamoramiento por Marcos desapareció en el instante en que conoció a sus hermanos. Pablo la adoraba y Nico la evitaba. Aquella fue durante meses la relación que unió a los tres amigos. Paz se había convertido en una preciosa adolescente, alta, delgada pero con curvas pronunciadas, pelo largo, siempre liso y esos encantadores ojos castaños que te hipnotizaban mientras te hablaba con las manos. Aquella niña era única y todos la queríamos de una forma muy especial.

Marisa se sentó a mi lado y comimos sin dejar de hablar, como siempre que nos encontrábamos. Y es que aquella mujer me tenía encandilada. El brillo de sus ojos azules me recordaba a la mirada de Marcos y me encantaba perderme en ellos cuando me explicaba sus cosas. Daba igual de qué conversáramos, de los gemelos, de sus recetas de cocina, de política o del último libro que había leído, su forma de hablar y de mirar me absorbía y solo podía contemplarla y reírme con sus comentarios.

—¿Has visto a Nico? —me preguntó Marisa mientras saboreábamos

una tarta de Santiago.

Busqué al muchacho y lo encontré entre Pablo y Paz. Ella intentaba llamar su atención y su hermano le hablaba enfadado.

—¿Qué les pasa?

—Nico ha aprendido la lengua de signos.

—¿Nico? Pero si no le hace caso a la pobre Paz —exclamé sorprendida.

—Dice que lo ha aprendido porque conoce a un chico sordo del instituto que le ha enseñado, pero no le creo. Pablo me ha dicho que Nico no tiene ningún amigo sordo.

—¿Entonces? —susurré.

—Debe haberse comprado algún libro o tal vez haya aprendido por internet... El caso es que Pablo lo sabe e intenta que le ayude a comunicarse con Paz, pero Nico no quiere. Este crío es todo un misterio. ¿Por qué se ha esforzado en aprender el lenguaje si luego no quiere usarlo? A veces me preocupa ese carácter que tiene.

—Muy posiblemente no quiera usar el lenguaje de signos para ayudar a su hermano, sino para comunicarse con Paz. —Miré a Marisa y le guiñé un ojo—. Nico no es el típico adolescente hormonado que no piensa con la cabeza. Es astuto y tiene las ideas claras. No te preocupes por él, sabe muy bien lo que hace.

Después de tomar el café, Sonia, Natalia y yo volvimos a sentarnos juntas. Estuvimos un buen rato hablando sobre niños y embarazos hasta que el rocódromo abrió sus puertas y las risas de aquellas dos chicas comenzaron a taladrar mi cerebro.

—Las seguidoras de Marcos han vuelto —puntualizó Natalia.

Marcos ayudaba a las chicas a ponerse los arneses mientras los tres se reían escandalosamente.

—Parece que por la mañana no se rozaron lo suficiente —añadí yo sorprendiéndome por el tono que había utilizado—. Claro que por mí, como

si se acuesta con las dos a la vez.

Sonia y Natalia se giraron simultáneamente para mirarme a los ojos y entonces fui consciente de mi metedura de pata.

—Irene ¡Joder! —exclamó Natalia—. Que solo tienes que mover ficha y Marcos cae a tus pies. Lleva cinco años loco por ti.

—Ya no... Aquello pasó, desde hace unos meses ya no es el mismo. —Inspiré profundamente y me recosté en el respaldo de la silla—. Además, últimamente está empeñado en que salga con hombres, me ha inscrito en esas plataformas para conocer gente e incluso ayer se llevó a Nacho a su apartamento para que pudiera acostarme con mi cita.

—¿Y lo hiciste?

—Natalia, ya te lo he dicho antes, anoche no pasó nada.

—Pues yo de ti empezaba a mover el culo, porque llegará una niñata como esas dos y te dejará sin Marcos. Tú misma.

Me quedé observando la escena de risas cursis, miraditas sin pudor, fricciones aparentemente accidentales y tocamientos con descaro por parte de ellas, mientras se oían las carcajadas del hombre que llevaba meses sacándome de mis casillas. Él parecía divertirse mucho con aquellas dos niñatas, como si fueran de la misma edad... Pero, ¿es que no se daba cuenta? Debían tener ocho años menos que él, eran unas crías... ¡Joder! Y ¿si acababa la noche con una de las dos? ¿O con las dos? ¿Y si las besaba allí delante de mis narices? No había vuelto a ver a Marcos con otra chica después de que dejara a Bea y solo pensar en esa posibilidad notaba cómo se secaban todas las venas de mi cuerpo.

—¿Alguna de vosotras quiere probar? —Manuel se acercó a nosotras con unos arneses en la mano.

—¡Yo!

Me levanté de la silla y me acerqué a él sin pensar en nada más, solo en llegar hasta allí, en entrar en la zona del rocódromo, en chafarle el plan a Marcos, en darle a entender que yo seguía estando ahí y que no podía continuar ignorándome de esa manera. Cogí los arneses que Manuel llevaba en la mano y le seguí hasta donde los monitores preparaban a los clientes.

—¿Has hecho esto alguna vez?

—No, nunca —respondí escuchando la conversación y las risas de aquellos tres.

—Entonces empezaremos por un trayecto corto y fácil.

—¿Y no podemos ir directamente a uno más largo?

No supe por qué le propuse aquella estupidez, pero no quería hacer el ridículo subiendo dos metros y bajando en apenas cinco minutos. Quería estar allí, quería que me viera, quería que se fijara en mí...

—Como quieras. Antes te explicaré cómo funciona el equipo y cómo sujetarte a las presas. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza sin entender las palabras de Manuel mientras cruzaba algunas miradas con Marcos. Parecía molesto y me observaba arrugando el entrecejo. ¡Bien! ¡Por lo menos había conseguido llamar su atención!

Quince minutos después ya estaba equipada y Manuel me había dado instrucciones precisas. No parecía muy complicado así que empecé a subir sin más, sin caer en la cuenta de mi problema con las alturas, sin analizar las consecuencias de mi chiquillada. A pesar de todo, fui ascendiendo con facilidad, desde que Nacho había empezado la escuela me había apuntado a un gimnasio y estaba físicamente preparada para hacer algo así. Mis brazos aguantaron bien la tensión y las piernas se flexionaron con total naturalidad. En pocos minutos había escalado unos cinco metros pero oí las risas de las dos jóvenes que acompañaban a Marcos y bajé la vista. Ellas hablaban con él pero Marcos no parecía escucharlas, solo me miraba molesto. Cuando quise continuar con mi ascenso, sentí que las piernas se habían engarrotado. Una ola de calor me engulló y el miedo a caerme paralizó todas las neuronas de mi cuerpo.

Me quedé quieta como una estatua de mármol, el terror me impedía pensar y permanecí así durante una eternidad. Creí oír mi nombre a lo lejos pero mis tímpanos también se habían insensibilizado. Cerré los ojos y deseé que aquella sensación acabara pronto.

—¿Se puede saber por qué coño has subido? ¿En qué estabas

pensando? —La voz de Marcos me reconfortó pero no sus ojos, que me miraban con frialdad.

—Yo...

Volví a cerrar los ojos para no ver la indiferencia en los suyos, pero al sentir su brazo rodeándome, al notar el calor de su cuerpo junto al mío, los abrí de nuevo con la esperanza de encontrarme a aquel chico que acariciaba mis dedos cuando más lo necesitaba.

—Tranquila, no pasa nada... —Su rostro estaba a pocos centímetros del mío y me quedé presa en sus ojos azules.

Por unos instantes mantuvimos la mirada fija el uno en el otro, sin decir nada, evaluándonos.

—¿Por qué has subido, Irene? —Murmuró aquella pregunta clavando sus ojos en mi boca—. ¿Por qué?

Su voz era más ronca de lo normal y por un momento sentí que su cuerpo se estremecía sobre el mío.

—Irene, dímelo...

Se acercó unos centímetros más a mi rostro y contemplé atónita el movimiento de sus labios pronunciando mi nombre en un ligero susurro.

—¡¡Marcos...!! Te estamos esperando.

Las voces de aquellas dos niñas aniquiló por completo el halo de atracción que se había creado entre nosotros, volviéndome a sentir irritada y frustrada.

—¿No crees que son un poco jóvenes para ti? —Evité sus ojos girando la cara con desprecio.

—Vaya, Ahora resulta que soy un hombre maduro que sale con jovencitas. ¿He pasado de ser un crío a un viejo verde?

No estaba dispuesta a responder a aquella absurda pregunta.

—Quiero bajar de aquí.

—¿No me vas a decir por qué has subido?

—No, no te lo voy a decir. —Volví a clavar mis ojos en los suyos,

con una mirada fría como la nieve—. Tampoco creo que te importe mucho, últimamente parece que solo te preocupa mi vida social y sexual.

—Por cierto, ¿hubo o no hubo sexo anoche? —preguntó con su tono de voz más socarrón.

—A ti no te importa...

—Me importa más de lo que tú crees.

—Quiero bajar... —le ordené.

Arrugó el entrecejo y gruñó unas palabras que no logré comprender. Empezó a descender sujetándome fuertemente con uno de sus brazos y cuando llegamos abajo, quise salir corriendo de allí pero las piernas me flaquearon y Manuel y Marcos evitaron que me desplomara en el suelo.

—¿Tienes vértigo? —me preguntó Manuel.

Asentí con la cabeza y dejé que Manuel me acompañara hasta el bar mientras oía de nuevo las risas de las dos jóvenes. “Que se diviertan, yo ya no lo soporto más...”, pensé. Veinte minutos después salía de allí tirando del brazo de Nacho. Empecé el día molesta por culpa de Marcos y lo iba a acabar fuera de control, así que lo mejor era pasar el resto de la tarde en casa e intentar calmarme.

Y eso fue lo que quise hacer, relajarme tras un baño de espuma, con sales de lavanda y una mascarilla facial con rodajas de pepino incluido. Nacho se quedó dormido incluso antes de acabar la cena, así que durante unos minutos disfruté tumbada en el sofá, con apenas una camiseta y unos short y la compañía de un libro que casi no pude saborear. Llamaron al timbre de la puerta justo cuando intentaba releer por cuarta vez el segundo capítulo, incapaz de concentrarme.

—Ya voy, ya voy...

El timbre sonó con insistencia y me asomé por la mirilla extrañada de que el portero automático no hubiese sonado antes.

—Abre... —ordenó Marcos, acercando sus ojos a la mirilla—. Estás ahí, abre.

Lo hice. Abrí la puerta y entró como un torbellino.

—¿Y Nacho? —preguntó una vez estuvo en medio del salón

—Está durmiendo. Si has venido para estar con él ya puedes irte.

—Bien, mejor... —Se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos cuando estábamos a pocos centímetros—. ¿Por qué has subido al rocódromo?

—Otra vez con la dichosa preguntita —Me aparté de él y entré en la cocina para coger un vaso.

—¿Sigues enfadada conmigo por lo del apartamento y por no contarte lo de la pintura?

No supe qué responder. ¿Estaba enfadada con él por eso? Rellené el vaso de agua y bebí de él mientras Marcos esperaba mi respuesta en silencio.

—No, no estoy enfadada contigo por eso. Sé que vendiéndome el piso quisiste ayudarme y te lo agradezco. —Me giré para mirarle a los ojos—. No puedo enfadarme contigo por algo así. Me hubiese gustado saber que esas figuras las habías pintado tú pero entiendo las razones por las que lo ocultaste.

Respiró más aliviado pero continuó con su expresión seria.

—Pero sigues enfadada...

—¿Y tú?

—Yo no estoy enfadado contigo, ya te lo dije ayer.

—Pues no lo parece...

Inspiró con fuerza y expulsó el aire como si pretendiera liberarse de un remordimiento.

—Es verdad, últimamente estoy algo más distante contigo.

Entonces fui yo la que respiró aliviada. Por fin lo confesaba, por fin iba a conocer los motivos.

—¿Por qué?

Arrugó los ojos y se acercó de nuevo hasta estar muy cerca de mi rostro.

—Te responderé cuando tú me expliques a mí por qué has subido al

rocódromo.

—¡Marcos! —Retrocedí porque me estaba poniendo nerviosa su cercanía—. Déjalo ya.

—No, no lo voy a dejar... Ya no voy a esperar más tiempo. ¿Por qué has subido?

—Pero, ¿qué más dará eso? No tiene importancia.

—Tal vez sí la tenga para mí. Dímelo.

—¡Joder, Marcos!

—Dímelo...

—Está bien —respondí alzando la voz, cansada de su insistencia y, sobre todo, cansada de seguir en esa situación—. Quería que dejaras de reírte con esas niñatas, quería que me miraras, quería que volvieras a ser el de antes, quería enviarte una señal y cumplir de una vez mi promesa.

Noté que mis ojos se humedecieron y me di media vuelta para que no me viera llorar. Marcos había retrocedido unos centímetros y me miraba como si no me reconociera, como si mis palabras le hubieran decepcionado.

—Ahora ya nada importa, ya es demasiado tarde —añadí.

Llené de nuevo mi vaso de agua, pero cuando iba a beber noté que algo me aprisionaba contra el canto de mármol. Dejé el vaso en el fregadero y cerré los ojos al sentir el aliento de Marcos sobre mi nuca.

—Tienes razón. Perdóname. Me he distanciado de ti porque ya estaba desesperado, ya no sabía qué hacer para que abrieras los ojos y vieras la realidad, que tú y yo debíamos estar juntos y que ya estabas preparada para volver a enamorarte. —Depositó sus manos sobre mi cadera y me estremecí al sentir el roce de sus labios sobre mi cuello—. Durante estos cinco años, cada vez que salía con una chica solo podía pensar en ti y por esa razón quería que tú también salieras con alguien, deseando que te sucediera lo mismo. Pero ayer estaba muerto de celos, no podía apartar la vista del jodido móvil, no creo que hubiese podido soportar otra noche así. —La yema de sus dedos buscaron curiosos bajo mi camiseta—. Cuando acabé mi relación con Bea, después de haber intentado enamorarme de ella, tal y como te prometí,

decidí que ya no iba a estar con nadie más, que iba a hacer lo que fuera necesario para conseguir que aceptaras de una vez lo nuestro. Porque esto es real, Irene, no es tan solo una imagen en un lienzo, lo que hay entre nosotros es real.

Subió su mano derecha para apartar mi pelo de mi cuello y así besarme bajo el lóbulo de la oreja.

—Estos dos putos lunares me vuelven loco.

Sonreí nerviosa y excitada. Había vuelto, el chico malhablado y descarado al que tanto había echado de menos por fin había regresado a mí. Mi Marcos. Quise darme la vuelta pero él me lo impidió.

—Quieta. Llevo cinco años esperando este momento, ahora te toca esperar a ti.

—¿Me vas a hacer esperar cinco años? —pregunté extasiada por el contacto de sus labios sobre mi piel.

—Cinco años no, pero dos minutos sí...

Eché la cabeza hacia atrás y me apoyé en su hombro.

—Antes de que te des media vuelta quiero que sepas lo que va a pasar a partir de ese momento. —Inspiré con fuerza al sentir el calor de sus manos sobre la piel de mi vientre—. Primero te besaré y luego te desnudaré mientras vamos a tu dormitorio. —Una de sus manos ascendió por mi abdomen hasta rozar uno de mis senos, haciéndome temblar—. Haremos el amor como dos animales salvajes que no saben hacer otra cosa. —Sonreí por sus palabras y noté como él hacía lo mismo sobre la piel de mi hombro—. Por la mañana iremos a mi apartamento y me ayudarás a recoger mis cosas porque a partir de ya vivo oficialmente en esta casa, contigo y con Nacho. —Gemí excitada al sentir la palma de su mano amasar mi pecho con una delicadeza casi dolorosa—. ¡Ah! Y hay algo más, quiero tener otro hijo contigo. —Me sorprendió su frase, pero me gustó que no hablara de ser padre por primera vez y que a Nacho ya lo considerara su hijo—. Pero si no quieres que suceda todo eso, solo debes decírmelo y me iré. Aunque te advierto de que...

—Marcos —le interrumpí totalmente excitada—, cállate ya.

Me liberó de su cuerpo dejando espacio entre nosotros y me di media

vuelta, deseando recobrar su contacto. Sus ojos desbordaban deseo, pero la humedad que hacía brillar sus pupilas delató su emoción. Llevó una de sus manos a mis mejillas y la acarició con delicadeza.

—Durante estos cinco años siempre he sido tuyo, todo tuyo.

Acerqué mis labios a los suyos y nos besamos lentamente, conteniendo el deseo de ir más allá. Me separé de nuevo para mirarle a los ojos.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta de que te quería.

Sonrió y volvió a besarme, pero esa vez con una pasión enloquecedora. Abrimos nuestras bocas y dejamos que las lenguas de ambos exploraran sin límites. Sentí como sus manos bajaban por mis caderas, hasta sujetar mis muslos y elevarme para que rodeara su cintura con mis piernas. Me sujeté con fuerza a su cuello sin dejar de besarle.

—Podríamos empezar ya a recuperar el tiempo perdido —sugirió mientras salía de la cocina y mordisqueaba mi cuello en el punto aquel que le volvía loco—. Un día de estos te arranco los lunares a mordiscos.

Llegamos desnudos a mi dormitorio, después de que en el salón me aprisionara entre su cuerpo y la pared para librarme de la camiseta y bajar mis shorts, permitiendo que yo hiciera lo mismo con sus prendas. Cuando me tumbó sobre las sábanas y sentí el calor de su piel envolviendo mi cuerpo temí que los latidos de mi corazón despertaran a Nacho. Besos, caricias, sudor, dedos curiosos, músculos en tensión, saliva, besos y más caricias.

—Irene... —susurró mi nombre mientras rociaba de besos mi abdomen—. He olvidado preguntarte algo...

Bajé la vista sin comprender qué era tan importante como para interrumpir un momento tan íntimo. Le miré molesta y él me dedicó una sonrisa socarrona.

—¿Puedo traer la PlayStation?

No supe si arrancar a reír o arrancar a tiras su cabellera, pero sus besos sobre mi vientre fueron descendiendo y olvidé por completo su absurda pregunta. Después de una eternidad de gemidos, besos y caricias, Marcos volvió a alzar la cabeza.

—¡Ah! Y otra pregunta más.

Trepó por mi cuerpo hasta que nuestros labios estuvieron alineados.

—¿Te quieres casar conmigo?

Estaba agotada, tenía mucho sueño pero los golpes no censaban y acabé despertándome. Abrí los ojos y sonreí al ver su rostro cerca del mío, con los ojos cerrados y su boca formando una suave sonrisa. Con la yema de mis dedos acaricié su labio inferior, esos labios insaciables que habían buscado los míos durante toda la noche. Me acerqué y le besé con delicadeza para no despertarle, pero los golpes volvieron y Marcos abrió los ojos.

—Buenos días, futura esposa.

Nos reímos unos segundos y volvimos a besarnos como si apenas unas horas antes no nos hubiésemos devorado el uno al otro. Noté su erección apretando mi muslo y sus manos acariciando mi espalda.

—¿A qué hora nos dormimos? —preguntó buscando con sus labios mis lunares bajo el lóbulo derecho.

—Creo que eran las cinco —Enredé mis dedos en su pelo y estiré el cuello para dejarle maniobrar.

Pero los golpes insistieron y Marcos dejó de besarme.

—¡Mamá...!

—¡Joder! ¡Nacho!

Saltamos de la cama los dos a la vez. Afortunadamente la noche anterior habíamos cerrado la puerta de mi dormitorio desde el interior. Busqué la hora en mi despertador. Eran las ocho de la mañana. Corrí hacia mi armario y en dos movimientos me puse ropa interior y una camiseta.

—¡Mierda! Mis pantalones están en el salón —exclamó Marcos en voz baja.

Me miró preocupado. Estaba de pie, desnudo, con una importante erección y cara de “amante pillado en bolas”. Y aunque en un inicio me preocupó lo que Nacho pudiera pensar de nosotros, todos esos pensamientos

sin sentido desaparecieron y arranqué a reír.

—¿De qué te ríes? No le veo la gracia —Puso los brazos en jarras y aquello me hizo reír con más fuerza.

—Marcos, es mi hijo, no es mi marido, no estamos haciendo nada malo. Venga, métete en la ducha y yo voy a por tu ropa.

Se acercó alzando las dos cejas y me rodeó con sus brazos.

—Está bien, pero esta noche seguimos...

Mientras desayunábamos le expliqué a Nacho que Marcos se iba a vivir con nosotros y en cuanto acabé la frase saltó de la silla y se abalanzó sobre él para abrazarle. Tuve que contener el llanto y no solo por la reacción de mi hijo, sino también al ver las lágrimas de emoción que humedecieron los ojos de Marcos.

Tal y como Marcos me había pedido, fuimos a su apartamento para recoger sus cosas: dos maletas llenas de ropa, su portátil y la PlayStation, naturalmente. Antes de volver a casa paseamos por el barrio y dejamos que Nacho jugara un rato con unos amigos de la escuela que encontró en un parque infantil. Nos sentamos en un banco y Marcos pasó su brazo por encima de mi hombro, acercándose a su pecho.

—¿Crees que habrá habido suerte? —No supe a qué se refería pero lo entendí en cuanto puso su mano sobre mi vientre.

—Tal vez, si no siempre podemos seguir intentándolo, ¿no?

Sonrió y me dio un beso suave en los labios.

—De eso no te escapas...

Volvimos a casa cargados con las cosas de Marcos y mientras le hacía espacio en el armario para que guardara su ropa, el timbre del portero automático nos sorprendió.

—¿Esperas a alguien?

Negué con la cabeza y fui hasta el interfono para preguntar.

“Irene, somos Raúl y Laura”.

Sonreí al pensar en lo oportunos que habían sido y les abrí enseguida. Entraron cogidos de la mano y con un brillo especial en los ojos.

—¿Qué hacéis por aquí? ¿No estabais en Vilanén con Héctor?

—Sí, acabamos de llegar, pero queríamos darte una noticia —explicó Laura.

En ese instante Marcos salió del dormitorio.

—¡Hombre! Tú por aquí... —exclamó Raúl sin sorprenderse por su presencia—. Mejor, así os damos la noticia a los dos a la vez.

—Pero antes... —Laura se acercó a Nacho y sacó un paquete de una bolsa de plástico—. Felicidades, campeón.

Mientras Marcos y yo preparábamos unas bebidas y algo sólido para acompañar, Raúl y Laura se entretuvieron con Nacho y su nuevo juego de piezas.

—¿Les decimos lo nuestro después de que nos den su noticia? —me preguntó Marcos acercándose peligrosamente a mi cuello.

—Marcos... —Le miré melosa y acercando mis labios a los suyos—. ¿Crees que hará falta que les demos explicaciones?

—No... —Me agarró por las caderas y me atrajo a él, apoderándose de mi boca como si llevara años deseándolo—. Supongo que no hace falta...

—Pues no, no hace falta que nos digáis nada...

Nos dimos media vuelta y sonreímos al verlos a los dos con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Y podemos saber cuándo ha sucedido?

—Sí, eso te lo podemos decir —añadió Marcos mientras dejaba las bebidas en la mesa y los demás ocupábamos nuestros asientos—. Anoche conseguí convencerla de que no podía seguir viviendo sin mí.

Estuvimos un rato riendo hasta que les pedimos que nos dieran la gran noticia. Una noticia que tanto Marcos como yo ya imaginábamos.

—Estamos embarazados. Ayer nos hicimos la prueba.

Y durante unos minutos, todo fueron felicitaciones, besos, abrazos y más risas, sobre todo cuando pensamos qué podía pasar si las tres amigas acababan juntas en la misma sala de partos.

—Esto hay que celebrarlo con un buen vino y un buen almuerzo —propuso Marcos—. Nacho y yo nos encargamos hoy de cocinar, ¿verdad, campeón? —preguntó en voz alta buscando la confirmación de mi hijo.

—Yo os ayudo —añadió Laura, levantándose con decisión.

Raúl y yo nos quedamos sentados viendo como los tres se movían en la cocina, hasta que posó su mano sobre la mía.

—Me alegro mucho, Irene, por Marcos y por ti.

—Gracias. —Le sonreí emocionada—. Raúl, quiero que sepas que no le he olvidado.

—Irene, es normal, Nacho siempre estará en nuestro corazón, pero tú debes seguir con tu vida. Tienes derecho a ser feliz y sé que con Marcos lo serás.

Miré la espalda de Marcos mientras le daba instrucciones a Nacho de como lavar las verduras y no lo dudé, con él ya era feliz.

—Recuerdo que aquella noche, mientras íbamos en la furgoneta con los pasamontañas, hablamos de Marcos.

—¿Sí?

Miré a Raúl sorprendida, nunca me había explicado detalles de la noche que murió Nacho.

—Me preguntó si tenía planes para el viernes porque una prima tuya os iba a visitar y querías invitarme a cenar. —Sonreí recordándolo, era cierto, siempre había pensado que mi prima y Raúl congeniarían bien—. Le dije que Marcos había quedado con una amiga y quería que conociéramos a sus amigos.

—¿Sonia?

—Sí. —Nos reímos durante unos segundos y Raúl volvió a ponerse

serio—. Nacho ya conocía bien a Marcos, sabía que huía de las relaciones y entonces me dijo: “Aunque él no lo quiera, acabará enamorándose, solo es cuestión de tiempo y de que conozca a la mujer perfecta, al igual que hice yo”.



¡¡FIN!!

Si quieres saber más sobre Raúl y Laura no te pierdas la historia de Héctor en ¡Héctor, Víctor no, Héctor! Las risas están garantizadas ;)

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a las que quisiera agradecer su apoyo y colaboración pero tres de ellas merecen un AGRADecIMIENTO en mayúsculas. Porque son ellos, mis tres hombres, los que están a mi lado todos y cada uno de los días en los que permanezco horas y horas ausente, hilando historias, perfeccionando escenas, retocando diálogos... Son ellos los que sufren, no exagero, no, sufren esta tan sacrificada afición. Gracias, Juan, Álvaro y Sergio, sin vosotros esto sería impensable. También merece una especial mención mi hermana Carmela, mi mejor correctora, meticulosa, paciente y trabajadora como ella sola. Sonia Grier, gracias por confiar en esta historia desde el inicio, por insistir en ella, por apoyarme y por ayudarme con tu experiencia como florista. A ti está dedicado este libro porque no podía ser de otra manera, tiene mucho de ti y lo sabes.... Mil gracias, Susana Rubio (mi hermana en esta locura) y Roser Barceló, por vuestras correcciones, consejos y apoyo incondicional, sois las mejores. Gracias, Ismael Jiménez, Encarna Carrillo y Gemma Carmona por ser mis lectores cero y colaborar con vuestros comentarios. Josep Górriz, un honor poder contar con tus sabios consejos y tu fuerza para seguir adelante en esta aventura. A mis padres, hermanas, suegros y cuñados, gracias por vuestro amor.

Quiero también agradecer la colaboración de Eva Secades, por compartir conmigo su experiencia como jefa de recepción de hotel.

Y ¡cómo no! no me puedo olvidar de ellas, de las Purpusocks, un grupo de Facebook de casi seiscientas fantásticas locas de las que mi compañera Susana Rubio y yo nos sentimos muy orgullosas. De entre ellas tengo que hacer una especial mención a Marisa Gallen, por corregirme, aconsejarme y ser tan maravillosa como persona. A Silvia Gallardo, mi Irene particular, mi chica de Manacor que adora a su pueblo y sus gentes, gracias, guapa, por prestarme un cachito de ti, por fin Marcos es Todo tuyo ;). Gracias, Beatriz Belmonte, por tu apoyo, tus risas y tus consejos, la próxima vez no serás la novia que le duró pocos meses jejeje.... Y a todas las demás, hasta llegar a las 591 que somos ahora mismo, mil gracias por estar siempre

ahí.